

José María Salaverría: escritor y periodista (1904 – 1940)

Andreu Navarra Ordoño

ADVERTIMENT. La consulta d'aquesta tesi queda condicionada a l'acceptació de les següents condicions d'ús: La difusió d'aquesta tesi per mitjà del servei TDX (www.tdx.cat) ha estat autoritzada pels titulars dels drets de propietat intel·lectual únicament per a usos privats emmarcats en activitats d'investigació i docència. No s'autoritza la seva reproducció amb finalitats de lucre ni la seva difusió i posada a disposició des d'un lloc aliè al servei TDX. No s'autoritza la presentació del seu contingut en una finestra o marc aliè a TDX (framing). Aquesta reserva de drets afecta tant al resum de presentació de la tesi com als seus continguts. En la utilització o cita de parts de la tesi és obligat indicar el nom de la persona autora.

ADVERTENCIA. La consulta de esta tesis queda condicionada a la aceptación de las siguientes condiciones de uso: La difusión de esta tesis por medio del servicio TDR (www.tdx.cat) ha sido autorizada por los titulares de los derechos de propiedad intelectual únicamente para usos privados enmarcados en actividades de investigación y docencia. No se autoriza su reproducción con finalidades de lucro ni su difusión y puesta a disposición desde un sitio ajeno al servicio TDR. No se autoriza la presentación de su contenido en una ventana o marco ajeno a TDR (framing). Esta reserva de derechos afecta tanto al resumen de presentación de la tesis como a sus contenidos. En la utilización o cita de partes de la tesis es obligado indicar el nombre de la persona autora.

WARNING. On having consulted this thesis you're accepting the following use conditions: Spreading this thesis by the TDX (www.tdx.cat) service has been authorized by the titular of the intellectual property rights only for private uses placed in investigation and teaching activities. Reproduction with lucrative aims is not authorized neither its spreading and availability from a site foreign to the TDX service. Introducing its content in a window or frame foreign to the TDX service is not authorized (framing). This rights affect to the presentation summary of the thesis as well as to its contents. In the using or citation of parts of the thesis it's obliged to indicate the name of the author.

**José María Salaverría:
escritor y periodista (1904 – 1940)**



Andreu Navarra Ordoño

Tesis Doctoral

dirigida por Adolfo Sotelo Vázquez

Programa de Doctorado:

Historia e Invención de los Textos Literarios Hispánicos

Bienio 2003 - 2005

APÉNDICE

Antología de artículos de Salaverría nunca recogidos en libro.

ÍNDICE

I.- Artículos políticos.

- 1.- “Una revolución frustrada”. *ABC*, 5 de diciembre de 1906, p.6.
- 2.- “El fusilamiento de la Moncloa”. *ABC*, 2 de mayo de 1908, p.8.
- 3.- “Las interviús imaginarias. Cómo piensa el Presidente”. *ABC*, 3 de junio de 1908, p.11.
- 4.- “El sueño de un diputado”. *ABC*, 23 de octubre de 1908, p.15.
- 5.- “España – América”. *ABC*, 18 de abril de 1909, p.18.
- 6.- “Españoles arrepentidos”. *ABC*, 24 de mayo de 1909, p.20.
- 7.- “Al volver a España”. *ABC*, 26 de enero de 1910, p.22.
- 8.- “Nuestra pereza”. *ABC*, 1 de febrero de 1910, p.24.
- 9.- “El culto de los héroes, de las personas y de la Patria”. *ABC*, 12 de febrero e 1910, p.25.
- 10.- “De política”. *ABC*, 13 de febrero de 1910, p.27.
- 11.- “El pueblo y la política”. *ABC*, 25 de abril de 1910, p.29.
- 12.- “El vicio político”. *ABC*, 17 de julio de 1910, p.31.
- 13.- “La sombra de Lerroux”. *ABC*, 9 de septiembre de 1910, p.33.
- 14.- “Las dietas a los diputados”. *ABC*, 3 de diciembre de 1910, p.35.
- 15.- “El hebraísmo español”, *ABC*, 28 de diciembre de 1910, p.37.
- 16.- “La guerra como lógica”. *ABC*, 28 de agosto de 1914, p.39.
- 17.- “Después de la guerra. Los inválidos”. *La Vanguardia*, 19 de septiembre de 1914, p.41.
- 18.- “Nuestra neutralidad beligerante”. *ABC*, 26 de diciembre de 1914, p.44.
- 19.- “Las sombras del pasado”. *ABC*, 25 de enero de 1915, p.47.
- 20.- “Pesimismo y Dictadura”. *ABC*, 27 de diciembre de 1915, p.50.
- 21.- “Un nido separatista”. *ABC*, 22 de junio de 1916, p.52.
- 22.- “Viaje a Cataluña. ¿Qué piensan los intelectuales?” *ABC*, 25 de junio de 1916, p.55.
- 23.- “Maura”, *ABC*, 18 de julio de 1917, p.58.
- 24.- “El Futurismo Conservador”, *ABC*, 13 de octubre de 1917, p.61.
- 25.- “El tono catalanista”, *ABC*, 26 de febrero de 1919, p.63.
- 26.- “En la hora culminante”, *La Vanguardia*, 25 de septiembre de 1923, p.65.

- 27.- “La propiedad espiritual es lo que pelagra en el bolcheviquismo”, *ABC*, 22 de noviembre de 1919, p.67.
- 28.- “La perplejidad ante la política”, *La Vanguardia*, 5 de abril de 1923, p.69.
- 29.- “El conejo de Indias”, *ABC*, 2 de julio de 1931, p.71.

II.- Crítica literaria.

- 30.- “La atonía española. Falta de idealidad”. *El Gráfico*, 15 de Octubre de 1904, p.73.
- 31.- “El género chico en la Academia”. *ABC*, 11 de noviembre de 1906, p.75.
- 32.- “Modo extraño de ver las regatas”. *ABC*, 8 de septiembre de 1907, p.77.
- 33.- “El veraneo de Pérez Galdós”. *ABC*, 9 de septiembre de 1907, p.80.
- 34.- “España como fuente de literatura”. *ABC*, 18 de diciembre de 1907, p.83.
- 35.- “Bohemia y avaricia”. *ABC*, 13 de marzo de 1910, p.86.
- 36.- “El arte sensual”. *ABC*, 23 de julio de 1910, p.88.
- 37.- “La rebelión de las necesidades”. *La Vanguardia*, 9 de septiembre de 1914, p.90.
- 38.- “¿Dónde está la verdad?”. *ABC*, 29 de abril de 1915, p.93.
- 39.- “La guerra intelectual”. *ABC*, 4 de junio de 1915, p.96.
- 40.- “Un libro de Anatole France”. *ABC*, 15 de julio de 1915, p.98.
- 41.- “Renovaciones”. *ABC*, 2 de enero de 1916, p.100.
- 42.- “La literatura retrasada”. *La Vanguardia*, 23 de enero de 1916, p.103.
- 43.- “Rubén Darío”. *ABC*, 19 de febrero de 1916, p.105.
- 44.- “La coacción del periódico”. *La Vanguardia*, 23 de febrero de 1916, p.108.
- 45.- “Dos libros”. *ABC*, 30 de abril de 1916, p.111.
- 46.- “El teatro catalán”. *ABC*, 3 de julio de 1916, p.113.
- 47.- “El catedrático hablador”. *ABC*, 31 de enero de 1917, p.116.
- 48.- “Las nuevas ideas”. *ABC*, 24 de febrero de 1917, p.119.
- 49.- “Algunos libros”. *ABC*, 14 de marzo de 1917, p.122.
- 50.- “Asamblea de los Amigos del Libro”. *ABC*, 17 de junio de 1917, p.125.
- 51.- “Paréntesis en Irún”. *ABC*, 1 de septiembre de 1917, p.128.
- 52.- “Lectura clásica”. *ABC*, 12 de septiembre de 1917, p.130.
- 53.- “Un libro estridente”. *La Vanguardia*, 17 de octubre de 1917, p.133.
- 54.- “Literatura de *Clarín*”. *ABC*, 11 de noviembre de 1917, p.137.
- 55.- “Un escritor”. *ABC*, 17 de noviembre de 1917, p.140.

- 56.- “Los antepasados”. *ABC*, 22 de abril de 1918, p.144.
- 57.- “Un escritor secular”. *ABC*, 25 de enero de 1919, p.147.
- 58.- “Comunistas, dadaístas y cubistas”. *ABC*, 22 de julio de 1920, p.149.
- 59.- “El Patriotismo en Pío Baroja”, *La Vanguardia*, 22 de diciembre de 1922, p.151.
- 60.- “Marruecos y la literatura”, *La Vanguardia*, 18 de febrero de 1923, p.155.
- 61.- “El caso Baroja”. *ABC*, 28 de diciembre de 1923, p.157.
- 62.- “Sobre la crisis de la novela”. *ABC*, 16 de diciembre de 1924, p.160.
- 63.- “Las inquietudes de un novelista”, *ABC*, 4 de febrero de 1927, p.162.
- 64.- “Carteles de Vanguardia”, *ABC*, 12 de marzo de 1927, p.166.

III.- Crítica artística.

- 65.- “Arte antiguo y arte moderno”. *ABC*, 29 de Noviembre de 1907, p.169.
- 66.- “El arte inmoral”. *ABC*, 12 de mayo de 1910, p.171.
- 67.- “San Ignacio de Loyola”. *ABC*, 9 de agosto de 1916, p.173.
- 68.- “La pintura nihilista”. *ABC*, 18 de abril de 1918, p.175.
- 69.- “Arte nuevo”. *La Vanguardia*, 17 de junio de 1925, p.178.
- 70.- “La lección del Modernismo”, *ABC*, 24 de enero de 1925, p.181.

IV.- Artículos de viajes.

- 71.- “El prejuicio alemán”. *La Vanguardia*, 13 de agosto de 1914, p.185.
- 72.- “Lo que dicen las Ramblas”, *ABC*, 11 de junio de 1916, p.187.
- 73.- “Visita a París”, *La Vanguardia*, 31 de mayo de 1923, p.190.
- 74.- “Paisajes de interior”. *La Vanguardia*, 27 de noviembre de 1923, p.193.
- 75.- “En las orillas del Sena”. *ABC*, 22 de junio de 1923, p.195.
- 76.- “La abadía flotante”. *La Vanguardia*, 14 de septiembre de 1924, p.197.

V.- Cuadros de costumbres.

- 77.- “En el Boulevard”, *El Gráfico*, 21 de julio de 1904, p.200.
- 78.- “El domingo”, *El Gráfico*, 8 de agosto de 1904, p.201.
- 79.- “Veraneantes ínfimos”, *El Gráfico*, 20 de agosto de 1904, p.203.
- 80.- “Las cosas buenas de Madrid”, *ABC*, 12 de junio de 1910, p.204.

- 81.- “Piedras viejas y nuevas”, *ABC*, 1 de julio de 1910, p.207.
- 82.- “La pasa de turistas”, *ABC*, 7 de abril de 1914, p.208.
- 83.- “La mujer española”. *ABC*, 20 de febrero de 1917, p.211.
- 84.- “Absurdas maneras de veranear”, *ABC*, 7 de septiembre de 1919, p.214.
- 85.- “Discreto elogio del taxímetro”, *ABC*, 24 de mayo de 1924, p.216.
- 86.- “Breve elogio del autocar”, *ABC*, 25 de julio de 1924, p.219.

I.- Artículos políticos

1.- Una revolución frustrada

De cuantos sucesos han ocurrido en estos días —y no han sido pocos,— el que más impresión ha dejado en mi memoria es aquel conato de motín que hubo anteayer, día de la crisis.

Acaso la fuerza de esta impresión provenga del miedo que sentí cuando en mitad de la calle oyeron mis oídos un toque vivísimo, repentino y agudo de corneta; un toque de alarma que hizo temblar al más lejano y oculto de mis nervios. Aquel sonido de corneta me trajo a la mente, no los bellos y sublimes campos de batalla, sino la turba arremolinada, los caballos al galope, los sables golpeando, la botica, la cabeza abierta... Temblé, me llené de susto y corrí gallardamente; pero mientras corría, flotaba en mi cerebro una idea temerosa y horrible, y me pregunté espantado:

“¿Es esto una revolución que empieza...?” Después he visto que fue el miedo quien me hizo abultar las cosas; aquello no era una revolución, sino una algarada de chicos y desocupados.

Pero las revoluciones, ¿no tendrán acaso un principio tan pueril y despreciable como todas esas algaradas del arroyo que se desvanecen al primer toque de corneta? ¿Cómo empiezan las revoluciones, cuál es su proceso? Lo horrendo y desolador de las

revoluciones ¿no nacerá tal vez de una simple tema de muchachos, o del feroz instinto de unos pocos hombres perversos, crueles, vengativos?

Es muy curioso el desarrollo de estos tumultos callejeros. Quien haya asistido a ellos más de una vez, habrá observado que en un principio la masa turbulenta es insignificante, sin fuerza alguna; pero este sedimento de motín, que apenas si se compone de un montón de jovenzuelos, que tienen la fuerza de su elasticidad y de su fácil disgregamiento, opera en la calle una especie de acción sugestiva sobre el resto de las cosas, una especie de abultamiento y de extensión activa, como la de un líquido oleaginoso. Los jovenzuelos gritan y andan en montón; atraen la curiosidad de los transeúntes; promueven la discusión; despiertan el miedo, o el entusiasmo, o la expectación en los que todavía son meros curiosos; empiezan, pues, unos sencillos muchachuelos a ejercer violencia y sugestión sobre la masa universal.

Después, cuando el tiempo va pasando y aquella sugestión del grupo inicial llega hasta la esferas de la autoridad; cuando la atmósfera está ya caldeada y llena de sugestión, viene la fuerza armada. Entonces el proceso del motín marcha ya rápidamente; en la atmósfera, que estaba llena de inquietud, entra un nuevo elemento mucho más vivo, que es el miedo, y ante la fuerza armada la turba se deshace y disgrega, presa del pánico. Pero la turba estaba demasiado enardecida: un sentimiento de amor propio la hace reaccionar contra el miedo; por otra parte, la vanidad de la turba, que se veía dueña de la calle y de la masa pacífica, no quiere perder tan prontamente su dominio y su acción sugestionadora, y entonces la turba vuelve, grita, provoca a la fuerza armada, y entonces los guardias desenvainan los sables y pegan al azar, todavía sin rabia ni ensañamiento, meros sablazos de fórmula.

Al sentirse herida, la turba padece un dolor vivísimo en toda ella: dolor físico por los golpes, dolor por la injuria, dolor, terrible dolor por la humillación inferida a su vanidad: la turba se veía dueña de la calle, dueña del mundo, con influencia enérgica sobre el resto de los hombres, y de repente se siente golpeada y humillada.

La turba se encrespa y enciende, y trata de devolver la ofensa con mayores gritos, con mayor escándalo: vuelven los guardias y golpean otra vez, ahora con más irritación que antes; los turbulentos ya no huyen ahora tan presto, sino que vociferan, injurian y hasta arrojan piedras a los guardias; los guardias, que se ven injuriados y golpeados, arremeten con doble furia, golpean duramente, se ciegan, despierta en ellos la obscura rabia del soldado... Y el motín llega a su máximo. Aquí pueden ocurrir dos cosas: que la autoridad se imponga firmemente, por un movimiento disciplinado y enérgico, o que intervenga un

nuevo elemento fortuito que dé al motín orientación determinada, sobreviniendo la revolución.

Así, pues, las feroces y mortales revoluciones que tanto nos pasman y que nos figuramos como nacidas por un estallido tremendo de la furia universal, no son, realmente, a veces, sino efectos de un principio pueril, de un origen inocente, de la voluntad de cuatro muchachos andariegos.

Todas las grandes cosas, en fin, todos los sucesos tremendos nacen de nada. Todo es vanidad y pequeñez. Sólo es grande el tiempo, que desbarata las miserias de los hombres, y los cataclismos humanos como los cataclismos geológicos, y da a las cosas su verdadero valor, a las sociedades su equilibrio, a los ríos su antiguo y lógico cauce...

ABC, 5 de diciembre de 1906.

2.- El fusilamiento de la Moncloa

Ciertas impresiones de la niñez producen en nuestro espíritu un surco tan hondo, que después, por muchos años que vivamos sobre la tierra, aquel surco permanece imborrable por toda nuestra vida. Esas impresiones infantiles son como las piedras angulares de nuestro sentimiento posterior, o como explosiones afectivas que han de dar la norma de los sentimientos que el curso de la vida nos traiga. Y de esas impresiones nacen todas las ideas grandes, representativas, fundamentales, de nuestra existencia: religión, patria, amor.

El sentimiento o la concepción patriótica tuvo en mi alma origen bien sencillo. Era la escuela en que aprendíamos a leer y a contar un salón extenso, de techo muy alto, de grandes y severas paredes; colgados de estas paredes había unos cuadros en los que se reproducían varios episodios de Historia Sagrada, alguna variedad de mamíferos, el sistema métrico y unos cuantos sucesos culminantes de la Historia de España. El maestro —un señor alto, erguido, con aire de caballero del antiguo régimen,— nos explicaba en el curso de la semana el motivo de aquellos cuadros, y de esta explicación procuraba el buen maestro sacar el mayor partido posible, haciéndonos grata la lección endulzándonos la aridez de la ciencia con el atractivo de las figuras y los colorines. Nos hablaba de Moisés y

del Nilo, del maná en el Desierto y de las murallas de Jericó; nos contaba la vida de los animales exóticos; nos explicaba como podía la ley decimal de las mediciones, y al llegar a los cuadros de historia profana el buen señor nos encarecía la virtud del patriotismo y el deber en que nos vemos todos de amar a nuestra patria hasta el sacrificio.

Varios eran estos cuadros históricos, pero yo no me acuerdo más que de uno; los otros se me volaron, y hasta creo que entonces se me pasaban desapercibidos. Uno era el que me atraía, uno nada más. ¡Y qué cuadro aquél, qué escena aquélla, tan terrible...! No podía mirarlo sin estremecerme. Allí se veía a los soldados extranjeros fusilando a los mártires españoles; allí estaban los soldados apuntando fijamente, con la cabeza un poco gacha y las piernas bien afirmadas sobre el suelo; allí se apretaban los prisioneros sobre los cadáveres de sus amigos: uno, cubriéndose los ojos como para llorar; otro, queriendo esconder el despavorido rostro en el hombro de su compañero; otro, mirando a lo alto, y otro —¡éste era el más señalado y descomunal de todos!,—con los brazos en cruz, las piernas despatarradas, la camisa rota, el pelo sudoroso, los ojos salientes, la boca abierta, como si estuviera gritando: “¡Tirad, cobardes...!”

Después me enteré de que aquel cuadro — *El fusilamiento de la Moncloa*— lo pintó Goya. He visto después el original en el Museo del Prado; pero la impresión estética de la edad adulta no puede compararse a la otra impresión, a la trágica, a la definitiva, de la niñez. De manera que la idea de la patria y la idea del Dos de Mayo se funden en mi persona y forman una especie de *alma mater*, algo como una asociación indivisible. Para mi inteligencia de muchacho, aquellos hombres que iban a caer muertos a los disparos de los franceses eran la patria, eran la Historia; aquel hombre hirsuto que abría los brazos con heroica ferocidad y que apostrofaba a sus verdugos, aquel terrible y espantable hombre era para mí como la esencia de la nación; y entre aquella sangre, aquellos cadáveres y aquel cielo tenebroso, mi infantil imaginación veía levantarse una especie de triste sombra: España...

No pudo ser más tremenda mi primera sensación patriótica. Por espacio de mucho tiempo evocar a España era para mí como evocar una tragedia. Concebía yo a la patria de manera muy semejante a la religión: ésta se sintetizaba en un drama, cuyo principal personaje, Jesús, moría sacrificado por los desalmados enemigos; y España era también un mártir que moría fusilado en un tremendo sacrificio.

Más tarde empecé a leer la Historia de España, y ya entonces la idea de la patria se aclaró un poco, se hizo algo luminosa. En el librito que nos dieron había nombres alegres y sonoros: Pavía, San Quintín, Otumba, Lepanto; había reyes fastuosos; había conquistas gloriosas, brillantes batallas, imperios que se agregaban y mundos que se descubrían ante

los españoles. Sin embargo, la impresión primera del cuadro de Goya, la trágica impresión primitiva, ha sido la que ha perdurado siempre y la que ha dado el sello a mi concepto de patria: tragedia, sacrificio, sangre y violencia.

Realmente, la Historia de España no es nada más que eso: una cosa bañada por dos tintes, el uno rojo y el otro negro; un recuerdo de martirio, una pesadilla trágica. Aparte los triunfos de Carlos V, brillantes como el corazón del Renacimiento, bellos y gallardos como la tierra de Italia en que se ganaron; aparte la triunfal aventura del descubrimiento de América —carabelas e islas frondosas, papagayos y minas de oro...,— todo lo demás de nuestra Historia es un sacrificio y una tragedia. Historia de martirios heroicos, nombres de gloriosas derrotas: Numancia, Villalar, Trafalgar, Zaragoza, Cuba,...

Pero aun siendo, como es, trágica y triste, debemos amarla. Que a fuerza de amor y de entusiasmo podamos nosotros, y puedan nuestros hijos, rectificar el curso de esa historia. Hagamos luminosa y triunfante la Historia de España del porvenir.

La patria es un algo incorpóreo e ideal, a quien hay que amar siempre. En la patria está incluido todo lo que nos pertenece, lo que nos hace libres y honrados, lo que nos da inteligencia y amor, desde el pan hasta la oración, lo mismo la vida que la muerte. Sin la idea de patria la humanidad hubiese permanecido estancada sin progreso alguno; la humanidad se dividiría en familias aisladas, o, cuando más, en tribus. Gracias a la unión de las tribus y a la federación de los pueblos se han podido formar las patrias, las naciones. En el porvenir remoto no sabemos lo que se nos deparará a los hombres; hoy por hoy, la nación es necesaria para el progreso, y ella es nuestra salvaguardia. En ella está también nuestro pasado, nuestra alma colectiva anterior. A ella, pues, debemos amar y defender, defenderla como aquel hombre hirsuto del cuadro de Goya, ¡aquel que muere gritando, apostrofando a los enemigos...!

ABC, 2 de mayo de 1908.

3.- Las entrevistas imaginarias. Cómo piensa el Presidente

Ayer mañana iba yo paseando por la Moncloa (bajo aquel bello pinar que hay en lo alto del parque), cuando me encontré de manos a boca con el mismo presidente del Consejo de ministros. La mañana no podía ser mas ideal: corría un airecillo fresco; el sol apenas si molestaba; algunos pájaros unían sus cantos a los monótonos cris-cris de los grillos; y, lo que es mejor todavía, no era la hora del paseo, no había paseantes ni ninguna clase de muchedumbre.

Desde aquel admirable paseo podía explayarse la mirada y ver las frondosas arboledas de la Casa de Campo, allí precisamente donde Pío Baroja ha puesto uno de los más interesantes capítulos de su *Dama Errante*. Tropecé, pues, con el señor Presidente, y estaba yo viéndole acercarse. Venía solo, abstraído en la contemplación del paisaje, jugando con la cadenilla de su reloj o atusándose nerviosamente la canosa y puntiaguda barba. Venía abstraído el señor Presidente... Y de pronto, ¡oh, dolor!, una de sus botas pisó en el mismísimo centro de un charco, y la bota salió, como podrán calcular los lectores, completamente enlodada.

¿Quién puso allí, en aquel sitio, el charco fatal? ¿Quién empujó la bota hasta el centro del charco? Sea el destino, o sea otra cual quiera voluntad invisible, el caso es que D. Antonio Maura se detuvo, se inclinó sobre su bota sucia y se quedó un instante pensativo. Pero, en fin, la ocasión no consentía dudas ni dilaciones; no se trataba de algún asunto de Gobierno, de esos que la molición nacional permite que se dejen para el santo día de mañana. Era fuerza limpiar la bota, extirpar el lodo. Y, en efecto, el Presidente sacó su pañuelo, se agachó y restregó una y varias veces la indiscreta bota. Ahora bien; el lodo era mucho, el pañuelo era pequeño; quiere decirse que la bota siguió sucia. Y allí verían ustedes al señor Maura completamente perplejo ante un caso tan insólito y sin saber qué acuerdo tomar. Entonces, yo, que había estado observando toda la escena, me dije lleno de coraje: ¡Ea, amigo, ha llegado tu cuarto de hora...! Y avanzando unos pasos saqué mi pañuelo, lo tendí hacia el Presidente y exclamé:

- Puede usted servirse de mi pañuelo.

- ¡Sería un abuso...!
- Sentiré que desdeñe usted mi humilde ofrecimiento.
- Bien, muchas gracias.

El lodo era ya escaso; mi pañuelo era grande; quiere decirse que la bota se limpió por completo. Entonces pensé yo que debiera cobrarme mi servicio. La vida es un cambio de servicios y deberes: *do ut des*. Mi pañuelo había sido muy útil; el Presidente, en justa correspondencia, debía serme útil a mí. No dudé ni un minuto más.

- ¿Qué piensa usted hacer ahora, D. Antonio?

El Sr. Maura se irguió, miróme de alto a abajo, y respondió con indudable asombro:

- ¿Qué pienso hacer ahora? ¿Y sobre qué...?
- Sobre la cuestión esa del “terrorismo”.
- ¿El terrorismo, dice...?

Y aquí el Sr. Maura volvió a examinarme de una rápida mirada, como queriendo desentrañar el sentido de mi indiscreción y de mi persona. Yo temblé... Pero no; por una parte la fresca mañana, por otra parte la oportunidad de mi pañuelo habían predispuesto al señor Presidente en favor de “soluciones de concordia”. De modo que, en lugar de mandarme a paseo, el Sr. Maura sonrió y dijo:

- ¿Usted es periodista?
- Pues bien, sí; prefiero ser sincero. Soy periodista. Ya sé que usted nos detesta...
- ¿Yo detestarles a ustedes? ¡Ja, ja, ja!...

Aquella risa fuerte, repentina y retadora (en este hombre singular, el menor gesto adquiere un aire de reto), aquella risa me desconcertó y me hizo temer por el buen éxito de mi interviú.

- ¿De dónde sacan ustedes, los periodistas, esa absurda opinión de mi odio hacia la Prensa? Es una de tantas aberraciones como circulan por ahí, sin más fundamento que el capricho de los inventores. Pero sepamos ahora: ¿quién es usted?

- Yo soy Fulano, de Tal..
- Sí, me suena el apellido, me suena... ¡Ah, vamos! ¿Es usted el que escribió aquel artículo en que me atribuía cierta frase absurda?...
- No fui yo quien se la atribuyó; fueron todos los periódicos.
- ¡Ah, los periódicos, lo periódicos!...

Aquí el Sr. Maura abandonó su sonrisa; su semblante adquirió un tono extraño; por sus ojos pasó algo como una ráfaga, y sus dedos se enredaron con la frágil y fina cadenilla del reloj en un involuntario y nervioso movimiento.

- ¡Los periódicos...! - volvió á exclamar - La Prensa es mala, créame usted, señor periodista; la Prensa española tiene gravísimas culpas sobre su conciencia. Dicen que entre yo y la Prensa hay un duelo; ¡es verdad! Yo quiero, y querré siempre, demostrarle a la Prensa que su tutoría sobre los Gobiernos se ha acabado. Yo no puedo, ni mi dignidad me lo consentiría, gobernar a medias con los periódicos. Hablan ustedes de tiranía; ¿qué tiranía mayor puede inventarse que la de los periódicos erigidos en dueños de las riendas del Estado?

- Pero la Prensa - me atreví yo a argüir,- la Prensa es así, y no puede ser de otra manera. Es un hecho fatal que la Prensa haya. de ser inquieta, nerviosa, irritable..., Al fin, es hija del siglo, y nuestro tiempo se distingue por eso precisamente, por estar tocado de lo que pudiéramos llamar «espíritu de la neurastenia».

- Pero la Prensa española...

- La Prensa, en España—seguí yo diciendo,—participa de los grandes vicios y de las grandes virtudes españolas. Si la Prensa es hija de los tiempos, lo es también de la nación, del pueblo de quien brota; y si España es una raza incongruente, ¿qué quiere que sean sus periódicos? España causa admiración por sus genialidades de carácter, y otras veces produce asombro por lo que pudiéramos llamar “fallas de la constitución interna”. Todo lo español es así; incongruente e incompleto. La Prensa participa de la suerte de las demás cosas de España; posee virtudes como no las tiene, ni sueña tener, la Prensa de otros países; posee también fallas que en otros países no existen. Pero, en total, podría calcularse que la Prensa española, en honradez y en algunos otros respectos, no le va a la zaga a esos bullangueros periódicos de Francia, ni a esos otros terribles, exagerados, locos, fantásticos, periódicos anglo-sajones.

La Prensa española no es ni más ni menos mala que la industria, que la agricultura, que la milicia, que la política, que la administración española. La Prensa es un reflejo de los pueblos; es como un barómetro,...

El Sr. Maura me dejó terminar. Con ademán parlamentario, con el mismo gesto que usa en las grandes ocasiones, el Sr. Maura, olvidándose de la calidad del lugar y del auditorio, se volvió frente a mí y dijo, levantando la voz, sacudiendo en el aire su mano diestra:

- ¡Es que al barómetro de que usted habla le conviene una compostura! Y si el barómetro se obstina en acusar altas presiones que no tienen su fundamento en la realidad, si el barómetro de la Prensa se obstina en fomentar una pasión que no arraiga en los corazones de las muchedumbres, entonces, yo... entonces, yo...

Aquí ocurrió un lance curiosísimo y sorprendente. Y fue que, cuando más exaltado estaba el Sr. Presidente, una hormiguita, un bichejo inoportuno, creyó necesario pasearse por la blanca, por la tersa superficie del cuello de la camisa del Sr. Maura. Yo, mientras escuchaba al Presidente, miraba correr la hormiguilla o el sapillo por el cuello de la camisa, y el Presidente observó que yo miraba, y observó además que el punto de visión de mis ojos era su cuello... ¡Sagrada palabra! La nitidez de los cuellos el Sr. Maura es célebre a estas horas. Recordar su cuello, sospechar que en su cuello había algo anormal, huir las ideas, balbucear, interrumpir el discurso, todo esto fue una misma cosa en el Sr. Presidente. Su mano, que andaba haciendo rasgos elocuentes por el aire, corrió hacia el cuello de la camisa; tropezaron los dedos con el sapillo...

- ¿Se ha manchado? - exclamó.

- Nada... Una ligera mota de sangre.

- Es un fastidio que los bichitos le persigan a uno, y que le persigan precisamente ahí, sobre el cuello de la camisa... Ahora bien, señor mío: usted me ha interrogado, y yo quiero también interrogarle a usted. ¿Qué piensa usted de mí? ¡Nada de vacilaciones!

- Yo pienso que usted sería el dueño de España si fuese algo más liberal...

- Y ¿qué cosa es el liberalismo?... Yo no puedo ni quiero ser liberal a la manera que ustedes entienden la libertad.

- Pues, en ese caso, yo creo que no será usted el dueño de España. No se puede ir a contrapelo del tiempo; accidentalmente, parece que sí, que puede irse, y hasta parece que ese contrapelo es la *realidad*; pero el momento transitorio, circunstancial, pasa luego, y vuelve aquello que es fatal e irremisible. Lleva usted demasiada impedimenta consigo; aunque le da la *fuerza*, le impide al mismo tiempo *consolidarse*. Está usted condenado a luchar contra muchos, contra repetidos y fatales *voceríos*. Y es que sus masas disciplinadas, las que a usted le dan la fuerza, representan cosas y sentimientos que gustan marchar a contrapelo de la época.

El Sr. Maura se sonrió otra vez. Pero esta su última sonrisa llegó a lo más vivo de mi humilde orgullo. En aquella sonrisa podía leerse sin mucho trabajo la siguiente respuesta tácita: “¡Desgraciado! ¡Quién te mandará a ti juzgar mis ideas, mis procedimientos y mi porvenir!”.

Y aquí se acabó nuestra interviú. Porque el carruaje del señor presidente, no estaba aguardando a la entrada de la Moncloa, avanzó hacia nosotros, y el señor presidente, se

metió dentro del coche. Antes de que los caballos rompieran a trotar, el Sr. Maura sacó la cabeza por la ventanilla y me dijo, señalando a.....¹

ABC, 3 de junio de 1908.

4.- El sueño de un diputado

Anoche soñé que me habían elegido diputado, yo no sé por qué ni a título de qué méritos. Durante varios días anduvieron fatigándose los electores; discutían todos, enzarzándose los periódicos en terribles contiendas, hasta que llegó el día fijado; votaron las masas, se abrió el escrutinio y salí electo. Bien, ya era diputado...

Soñé que al verme con el acta en la mano no pude disimular mi gran alegría. ¡Ya soy diputado, ya soy diputado!— repetía a mis solas, estremeciéndome de emoción. Pero ni por casualidad se me ocurría pensar en el uso que haría de mi acta, ni en el programa que llevaría al Parlamento; sólo pensaba en alegrarme y en considerar que yo era el árbitro de un sinfín de cosas. Entre tanto, los ánimos fueron encalmándose, y lo mismo los afectos como los adversarios volvían sus negocios, confiando en mis relevantes prendas oratorias.

Pero soñé que, pocos días antes de abrirse las Cortes, me entraba un miedo formidable pensando en que habría de hablar, discutir, combatir a mis enemigos; pensé con terror que necesitaba preparar mi programa, estudiar las aspiraciones de mi distrito y organizar un plan de batalla; consideré lleno de miedo que el país me miraba, que la patria dirigía a mí sus ojos y sus lamentos. Pero enseguida volvió la confianza a mi pecho, mi espíritu se serenó e hice ferviente voto de guiar mis actos y palabras por el más estrecho camino de la moralidad, del patriotismo y del progreso. Quedé, pues, tranquilizado.

Soñé que se abría el Parlamento y que iba yo a sentarme en el escaño correspondiente. Allí era de ver la expectación del público ante la solemne ceremonia; allí los uniformes, los discursos engolados, los parabienes y las promesas gubernamentales; todo se deslizaba según el ritual de costumbre, y yo esperaba que bien pronto se me presentaría ocasión de defender mi programa y de llevar al Congreso las quejas, las

¹ Peculiaridad gráfica del autor (N. del Ed.).

aspiraciones de la patria. Más tarde se discutieron las actas dudosas; pasó el tiempo; ¡me comía la impaciencia! Para desfogar mi malhumor me dediqué a ensayar posturas y ademanes, a levantar la voz y a espetarles a los muebles de mi despacho tremendos apóstrofes y vibrantes parrafadas. “¿Hasta cuándo, Sr. Soriano, abusaréis de la paciencia nuestra...?”

Soñé que pasaba el tiempo de un modo lamentable. Llegó la época del calor, y en el Congreso ninguna cosa extraordinaria había ocurrido. Soñé que el calor aumentaba y que todos los diputados comenzábamos a murmurar. ¡Yo mismo me asocié a las universales murmuraciones! Hasta que nos dieron vacación, como a los niños. El verano me lo pasé trotando por esos mundos merced a mi buen billete kilométrico. Tuve diversas consultas con los prohombres políticos, y hasta me serví hacerle a un *reporter*, ciertas confidencias que sonaron mucho, por cierto.

Soñé que se acababa el verano y que se reanudaban las sesiones parlamentarias. ¡Volvíamos a comenzar las eternas discusiones! Envuelto, saturado por aquella atmósfera de monotonía y trivialidad, mis ardientes pujos parlamentarios comenzaron a enfriarse; como nunca me llegaba el momento deseado, como nunca llegaba el hueso, me callaba, y concluí por caer también yo en aquella pecaminosa atonía; me convertí en un número más de aquella amable farsa política. Acudía al Congreso como un autómatas, como quien acude a una tertulia; me sentaba invariablemente en mi escaño, me limpiaba el sudor, si acaso lo tenía, y luego paseaba mis ojos por las pinturas del techo, saludaba a los amigos, sonreía a los adversarios —con vergüenza, lo confieso,— y a veces se sentaba cerca de mí algún amigacho con quien charlaba de las cosas de la vida: de los negocios, de las diversiones, de la novia o del tiempo. Apenas me acordaba entonces de que existían patria, electores, deberes y necesidades. Suponía que todos nosotros estábamos allí por derecho propio, por floración espontánea, como la de los hongos. Descendía por la suave pendiente de la negligencia al abismo del pecado.

Soñé que me hice camarada de todos, tanto diputados como ministros. Me divertían mucho las ocurrencias de Soriano, oía con alborozo las torpes frases de algún orador novel, siseaba a los exaltados, contribuía al ridículo de los ministros más torpes; yo me unía a la masa del Congreso para aplaudir o para protestar, según el orden de los acontecimientos. Caía, caía por la pendiente al abismo de la inmoralidad. Hasta llegué a cambiar paquetitos de caramelos con unos y con otros; entre charlar y chupar caramelos, el tiempo se me iba muy entretenidamente.

Y soñé que cierto día, no sé con qué motivo, llegó a mi conocimiento que el país existía, que el pueblo tenía necesidades, que mis electores me estaban contemplando. Entonces volví repentinamente a la realidad y se me representó lo inmenso y nefando de mi culpa. Sentí un gran arrepentimiento; sentí una fuerte indignación contra aquel conciliábulo congresil, contra aquella lenidad y aquella indiferencia de los padres de la patria, contra aquel juego de camaradas y aquel mutuo cambio de caramelos, sonrisas y discursos vanos. Me propuse purgar mi culpa con un acto que fuera sonado. Y sin acordarme de ensayar mi discurso ni de estudiar algunos ademanes ante el espejo, salí galopando y penetré en el Congreso a tiempo que los políticos, junto con el público, reían no sé qué graciosas palabras de ignoro qué diputado.

Soñé que me levantaba a hablar intempestivamente; creo que sin pedir la palabra. Hablé acaso una hora, sin cuidarme ni del estilo, ni de las interrupciones, ni de los campanillazos. A nadie escuchaba; yo seguía hablando con indignada elocuencia, no respetando nada, flagelando a todos, trayendo a la imaginación de los oyentes la figura del país, del desgraciado país, que aguardaba en nosotros, mientras nosotros pasábamos el tiempo regocijadamente. Todo lo apostrofé, todo el tinglado político sufrió la arremetida de mi elocuencia. Y fueron tales mis expresiones, tal mi vehemencia, que al terminar oí que el presidente del Consejo, poniendo una cara de sorpresa y espanto, se volvía á la Cámara y exclamaba: — Señores todos del Congreso con escándalo hemos oído las feroces palabras, las inauditas palabras de ese *bárbaro*...

Soñé, por último, que el Congreso en masa quedó espantado de mi discurso: todos convinieron en que yo era un *bárbaro*, un inadaptable, un falto de ductilidad, y que si mis teorías se atendiesen la vida parlamentaria seria imposible. Las formas, la ductilidad, las conveniencias..., exclaman ministros y diputados. El mismo Soriano decía que conmigo no podía irse a ningún lado; que era conveniente soltar frases terribles, pero no hasta aquel extremo, porque lo importante es divertirse y hacer que la política dure.

Soñé que me levantaba a hablar otra vez, con mayor indignación que antes... Pero sin duda el esfuerzo era demasiado grande; sin duda la indignación me ahogaba, porque no pude pasar del “¡Señores diputados...!” Me desperté y víme incorporado en la cama, sin poder respirar, rojo todavía de ira y temblando de elocuencia.

ABC, 23 de octubre de 1908.

5.- España - América

De allá abajo, de aquellas doradas Indias que fueron el hito de nuestra ambición ancestral, llegan actualmente noticias asombrosas. Si uno se para a leer estadísticas, queda sorprendido ante el desarrollo increíble de las Repúblicas americanas. La Argentina ha doblado su población en veinte años; la producción de cereales crece de un modo alucinante; millones de reses se multiplican, como si se tratara de hormigas; la ciudad de Buenos Aires rebasa el millón y se convierte en la segunda urbe del mundo latino.

Este cuadro de vertiginosas grandezas no podía menos que atraer y seducir a los hombres europeos. Pero antes sólo eran los humildes, los oscuros emigrantes, quienes hacían las veces de mariposas, seducidas por la luz; ahora, recientemente, son los hombres de talento encumbrado los que embarcan en busca de la llama de las Indias. Primero los italianos Ferrero y Ferri, ahora Anatolio France y Blasco Ibáñez, después Unamuno, más tarde otros varios.

Pero los españoles nos hemos acordado muy tarde. ¿Por qué desde hace cincuenta años no había de haber sido el Océano un “mar español”? Un poco de desdén ibérico y un mucho de rabia americana han sido las causas entorpecedoras y separadoras. Ahora, después de un largo siglo de desamor, queremos enmendar el yerro. Y todos los días repetimos la eterna frase, que condensa nuestra aspiración de cordialidad: “Nuestros hermanos de América...”

Pero esos hermanos que tenemos en América, ¿es verdad que quieren ser nuestros hermanos? Ahí está la magna cuestión. Y para nosotros es una cuestión de vida o muerte, pues si por alguna parte ha de derramarse el espíritu español, será por la parte de América. Dicen nuestros «hermanos» que nos aman; pero esto lo dicen con ocasión de algún banquete oficial; la realidad es otra, puesto que continúan leyendo en francés, pensando en francés y gastándose los pesos duros en París.

¿Qué recursos ha empleado España para atraerse la simpatía de América? Comercial e industrialmente, ha sido muy mezquina la campaña; intelectualmente, no ha sido mejor. Tenemos tratados de propiedad intelectual con Suiza, pongo por ejemplo, y no los hemos concertado con Chile, Argentina, Uruguay. Escribimos detalladas listas de los reyes godos, y no sabemos quiénes eran ni qué hacían los virreyes de Méjico y Perú.

Sabemos mucho más de los reyes moros de Granada que no de la civilización de nuestras Indias. Comentamos con dolor la pérdida de Flandes, y, en cambio, nadie se acuerda de que por estas fechas precisamente, hace un siglo, comenzó a divorciarse aquel cúmulo inaudito de imperios, ciudades, minas, selvas, que se llamó «Indias».

Tampoco hemos hecho nada por justificar la historia de nuestra dominación en América: los escritores extranjeros han sido los encargados de contar y exagerar nuestros errores de la colonización. Y aquella épica conquista de nuestros hidalgos segundones, aquel ejemplo gigantesco de nuestra colonización, aquel esfuerzo cívico de nuestras leyes indianas, todo eso apenas ha tenido plumas y palabras españolas que se encargasen de estudiar, analizar, justificar y valorizar con tacto y amor.

Entre tanto, los escritores y pedagogos de América han hecho su labor, una labor que consiste en difamar a nuestros soldados, evangelizadores, gobernantes y jurisconsultos. Las escuelas americanas están llenas de lugares comunes virulentos; los niños americanos aprenden bien pronto a odiar al antepasado español. Y luego vienen los hombres, y éstos se desfogan en libros mentirosos, en páginas exageradas, en dicterios que pasan de boca en boca y de generación en generación. La barbarie española, el fanatismo español, la crueldad española; estos son tópicos y lugares comunes en la literatura íntima de América. Sobre mi mesa tengo precisamente un volumen que es como la síntesis de esa literatura de error y de odio. Se titula el libro *La Atlántida*, y su autor es un señor Diógenes Decoud, descendiente de franceses, por las trazas.

Pero...

Sobre mi mesa tengo también otro libro. Se titula *La gloria de don Ramiro*, y lo escribe Enrique Larreta. Y este señor libro es tan bello, tan intenso; está escrito de un modo tan admirable, tiene un estilo tan puramente español, trata la antigüedad española con tan religioso amor, que de seguro no habrá hoy en España un escritor que pudiera sobrepujar al americano Larreta en casticismo y en unción castellana.

¿Qué significa el libro de Larreta? ¿Se trata nada más que de un caso aislado, de un individuo suelto, o es el síntoma visible de una corriente simpática que empieza acaso a manifestarse poderosamente? Al libro de Larreta, ¿le seguirán otros? Nuestra tradición y nuestro so1az ¿serán desde ahora mirados desde puntos de vista distintos, juzgados con menos prevención, tal vez con entusiasmo?

Y ahora deseo yo lanzar mi correspondiente idea. ¿Por qué nuestros Gobiernos no procuran intervenir más directa y frecuentemente en cuestiones de homenajes académicos? Si a los catedráticos, publicistas y poetas americanos se les tributase de cuando en cuando

una merced honorífica, una condecoración, ¿no serviría esto para borrar distancias y apretar lazos? Y en cuanto a la Academia de la Lengua, ¿qué hace ahí, hecha un bloque cerrado? Sus puertas se abren misteriosamente a un López o a un García desconocidos; ¿por qué no habían de abrirse esas puertas a los hombres de mérito que en América escriben en castellano? Lo que se necesita es “universalizar” la lengua, y no localizarla; hace falta que el castellano sea lengua mundial, intercontinental, sin patria fija; que la lengua sea una patria por sí misma, que la Academia Española deje de pertenecer a Castilla y se transforme en universal...

Descoyuntemos los miembros demasiado rígidos. Que los numerosos componentes del conjunto hispánico se mezclen y se busquen. Todo esto se puede conseguir por medio del idioma castellano. Y aun puede conseguirse algo parecido a lo que llaman “imperialismo anglosajón”. Nosotros podemos hablar sin ninguna timidez del “imperialismo castellano”. Puesto que andando un siglo de fecha hablarán en castellano más de 200 millones de personas.

ABC, 18 de abril de 1909.

6.- Españoles arrepentidos

He leído en un periódico de provincias la carta de un emigrado, cuyo párrafo saliente dice así: “Quiero volver a esa España que abandoné en un momento de locura; si alguien pudiera restituirme a la patria querida...”

Ahí tenemos a un hombre simbólico. En vano se le presenta el panorama del Nuevo Mundo como una cosa conquistable; en vano rueda ante sus ojos el oro de aquellos países ubérrimos; ese nostálgico emigrado quiere volver a la patria, a la manera que las alondras buscan el brillo de los espejuelos. Es un hombre símbolo. Del mismo modo que él, por todo el inundo hay esparcidos muchos miles de españoles que sueñan, que quieren, que ansían volver España. Acaso la fortuna les brinda sus favores; tal vez la vida muelle y regalada de la emigración les envuelve en cien y mil halagos; ellos quieren volver a España, sueñan con su radiante España...

¿Qué profunda y paradójica nación es ésta en donde nacimos? Vive la gente desesperada, hartándose de bilis y de mala sangre; se muere la gente de indignación, de asco o de miseria; anda la gente destrozándose entre sí, mordiéndose y odiándose; la vida es áspera, la lucha fatigosa; el peso de las cosas muertas pone barreras de obstáculos en todos los caminos, y las malas pasiones, junto con la prevaricación continua y ambiente, hace de la nación una verdadera jaula de fieras. La gente huye, la gente emigra, sacudiéndose las sandalias en el puerto, maldiciendo a la patria amarga. Sin embargo de esto, los españoles llegan a las remotas playas, y al tender los ojos de la imaginación sobre la patria que ha quedado lejos, una feroz nostalgia les carcome el corazón.

Y entonces cambia todo, como por arte de encantamiento. Los colores se invierten, la retina tiene distinta percepción, la mente interpreta de un modo contrario los fenómenos de la patria. Lo que antes parecía negro, ahora se convierte en azul; los sucesos que antes indignaban, ahora entusiasman; las personas que se odiaban, después pasan a ser queridas: es como si una aurora primaveral tendiese su dorada luz sobre un paisaje que había arrasado la tormenta. La boca que antes decía: “cochino país...” pronuncia luego el nombre de España con un acento lleno de unción casi religiosa. Casi adquiere las proporciones de culto religioso el amor patrio de estos españoles emigrados. Su patriotismo es agudo, intransigente, despótico, absoluto, irritado y agresivo; no pueden oír hablar con vilipendio de la patria; consideran a su patria como la mayor fuerza que late en el mundo; creen que España es un pozo dormido y antiguo, en cuyo fondo se esconde una infinita energía. Y cuando la guerra famosa con los yanquis, aquellos españoles de allá abajo padecen una especie de epilepsia; se figuran que España ha de abrumar bajo su peso a la infame nación sajona... Y construyen buques para España, levantan tercios armados para defender a España.

¿Qué virtud endiablada y femenina posee esta antigua península hispánica? Tritura a sus hijos, o los arroja en lejanos continentes; luego les infunde un sagrado amor... Indudablemente que aquí dentro, en el fondo de esta enigmática península, se esconde alguna rara e incomprensible virtud. ¿Quién sería capaz de hacer surgir esta generosa y gran virtud que existe en el fondo? ¿Qué hombre o qué agrupación de hombres podría levantar la tapa del tesoro oculto? ¿Cuándo será posible asistir á la aurora de ese día en que la enérgica virtud de la raza brote como un sol? Tal vez pueda haber una solución. Podría lograrse que todos los desesperados y descontentos emigrasen a América; que se armasen allí de dinero, de fuerza y de patriotismo, y cuando sumasen algunos millones, que los

emigrados se lanzasen sobre España, la conquistasen, la volviesen del revés... y empezara desde entonces una nueva era...

ABC, 24 de mayo de 1909.

7.- Al volver a España

Cinco meses de vida andariega prestan al alma una virtud muy poderosa de síntesis, de crítica y de visión panorámica. Un individuo puede habitar multitud de años en este pozo que llamamos España, y acaso no llegue nunca a sentir el contraste y la perversión de ese mismo pozo donde vive. Pero se sueltan las amarras, sale bogando la nave del Individuo, y entonces las cosas adquieren un color, un relieve, tan distintos, que verdaderamente queda uno pasmado.

He rondado por esos mares de Dios; he ido con las muchedumbres emigradoras; he sentido la emoción de los desembarcos en puertos o ciudades exóticas; he metido mi persona en el bártro de aquellas poblaciones americanas, tan llenas de entusiasmo y desesperanza; la vida libre y amplia de los centros cosmopolitas ha rozado mi mente y la ha hecho vibrar. He conocido la agitación de esos países nuevos, en que todo habla del porvenir, en que no se advierte la tristeza colectiva, en que cada ciudadano presiente que su nación irá ascendiendo como por una escala milagrosa hasta llegar a los últimos peldaños de la grandeza. En que todo cambia, se renueva, se multiplica.

Ahora he vuelto a España, he vuelto a Madrid, y he creído que todo había sido un sueño. Nada ha cambiado. La gente sigue comentando la política, el teatro, la mujer o los toros. La gente sigue perdiendo el tiempo en una serie de divagaciones intelectuales de fondo estúpido. Encuentro la misma tendencia semimística, casi metafísica, de ocuparse todas las horas del día en problemas abstractos, como son esa misma política, ese mismo teatro, esa misma mujer y esos mismos toros. Todos se duelen de vivir mal, de no tener suficiente dinero; nadie quiere poner la mente en el último y gran ideal de hombre, que es salir de la miseria y dignificarse varonilmente por medio del poder del dinero. Hallo idéntica pereza del querer, puesto que esta vida ratonil, agria o quejumbrosa no es más que pereza. A ninguno se le ocurre hablar de negocios, de asuntos materiales. En las esferas políticas todo es abstracto, todo es idealismo; en la Prensa todo es también abstracto, idealismo perezoso, cambio y recambio de tópicos holgazanes; todo lo esperan de la

República, o de D. Jaime o de Maura, o de alguien que ha de venir, que tiene que venir, que no puede dejar de venir; se parecen las gentes a los niños pequeños que aguardan al hombre robusto y determinante, a papá. Pereza; nada más que pereza.

Y las calles de Madrid las encuentro abandonadas a los vendedores que alborotan, a los vagos, a los desocupados, los pordioseros. Los mendigos desarrollan toda su potencia sentimental, cantando o quejándose, hasta llegar al último grado de lo trágico. Y esto lo siente, lo palpa, lo roza el público; y nadie se asombra. Madrid ofrece un tono trágico, doloroso, que tiene un valor literario y artístico inapreciable, pero que socialmente es un crimen.

Madrid, volviendo del mundo, da la impresión de una ciudad de provincias.

Y leo los artículos, la literatura, los versos, cuanto se imprime en esas hojas y esos libros; todo me produce asombro y pena. Se escribe por darle gusto á la pluma, por unir dos frases con arte, por hacer un poco de ingenio o dar una nota lacrimosa y decadente. La poesía, y la emoción de la Naturaleza, de los campos, de los ríos, de los mares, de los puertos, de los almacenes, del comercio, de las multitudes, de las risas o las muecas de la humanidad, todo eso permanece ausente de tanta letra como se imprime.

Falta de nervio, falta de vida, de realidad, de jugoso e ideal materialismo, de salud, de ilusión, de fe, de optimismo, de voluntad y de enérgico deseo: he ahí lo que encuentro al volver a la patria. Y pienso que esta nación está demasiado lejos del mundo; que Madrid se halla a mil leguas de Europa; que son necesarias ocho líneas férreas que vayan desde el corazón de España al seno del mundo para que esta nación pueda tomar un aire civilizado. Vivimos aún en el tiempo de Felipe IV, el tiempo de la literatura conceptuosa, de la ciencia parásita, de la filosofía nula. Encuentro que España entera tiene un gran valor literario y artístico, pero que socialmente es una aberración. Acaso por eso muchos literatos nacionales y extranjeros se han llenado de devoción por la España original, por la España antigua, por el Greco, por Goya y por las escenas fuertes, trágicas, de esta España que ha venido a caer en un muero tópico literario, para escritores y pintores, en el fondo íntimamente reaccionarios. El reaccionarismo de España no está en los carlistas, sino en muchos que se llaman radicales.

En una palabra: encuentro al volver que España sigue en el mismo estado en que la dejaron los ministros civilizados de Carlos III.

ABC, 26 de enero de 1910.

8.- Nuestra pereza

Al volver de mi viaje por América, el espectáculo de la vida española me arrancó un artículo que fue, probablemente, un poco agrio. Las personas más condescendientes no podemos en algunas ocasiones reprimir esa ráfaga de pena y de indignación que nos asalta enfrente de los hechos contumaces, criminalmente contumaces, y se nos van la palabra o la pluma.

El amigo *Pármeno*, que yo me atreveré a clasificar entre los escritores bien hallados con las cosas corrientes, o sea entre los escritores optimistas, me moteja la acritud o desesperanza de aquel artículo mío. Sin embargo, amigo *Pármeno*, yo no puedo rectificar; sigo creyendo que el espectáculo de la vida española es lamentable; que no nos movemos sino muy lentamente; que nuestro movimiento político, social e ideológico es un resultado de puro arrastre; que nos arrastra la corriente europea a nuestro pesar; que ese mismo movimiento de arrastre lo efectuamos con dolor. Y ésta es la particularidad capital de los caracteres perezosos: el sentir dolor en la acción. .

Sigo creyendo que nuestro pecado máximo es la pereza. Para encapuzar nuestra pereza nos valemos de cien procedimientos ladinos: metemos ruido, charlamos, discutimos, encendemos fogatas de indignación o de rebeliones; pero todo eso es un arbitrio para no accionar por *de dentro*, para evitar la acción verdadera. La misma política que nos apasiona es pereza. Porque mientras hacemos esa política de periódico, de Parlamento y de elecciones evitamos tener que hacer la otra política de acción, la política fundamental, que consiste en *hacer*. Hacer civilización, cultura, canales, cosechas, industrias, libros, cordialidad, patriotismo, fe, ideas. Por evitar esta acción ejercitamos la otra acción ratonil de moverse y gritar en el vacío. Tal como algunos pícaros que huyendo del trabajo regular y honrado se meten a embaucadores, sacamuelas, titiriteros, sablistas y danzantes, en que ejercitan una actividad ratonil muy grande, hija de la pereza.

Por perezosos hacemos también esa literatura de palabras y de cenáculo, esa literatura artificial de entre calles y de entre cafés ahumados. El mundo es grande y está lleno de intensidad; pero nos produce miedo la acción dentro de ese mundo claro, y preferimos removernos dentro del mundo de la Puerta del Sol y sus arrabales. No existe entre nosotros un tipo semejante a Walt Whitman, aquel yanqui esforzado y generoso que iba *viviendo* por el mundo, que cruzaba los ríos, las praderas, las ciudades entusiastas, y esa

vida que él vivía la reflejaba en cantos luminosos e ideales, perfectamente humanos. Los tipos como Walt Whitman los tuvimos nosotros, los españoles; pero fue allá lejos, al punto de romper el Renacimiento: Hurtado de Mendoza, capitán valiente y literato enérgico; Ercilla, conquistador de pueblos indios y poeta épico... Aquel era tiempo en que España no sentía pereza, podía poblar un continente en medio siglo.

Si no padeciéramos de tanta pereza, comprenderíamos que estamos perdiendo el tiempo y engañándonos miserablemente. ¿Qué disputas políticas son esas en que nos vemos metidos siempre? Queremos imitar a Francia o Inglaterra, copiando sus luchas sociales, religiosas y literarias, sin ver que esos países han terminado su obra material, y pueden, por consiguiente, dedicar sus ocios a cuestiones ideales. Ellos tienen civilización, huertos, canales, fábricas, libros, maestros; la vida marcha allí como un reloj; tienen hecha la nación. Pero nosotros no hemos hecho aún la nación, ni tenemos huertos, canales, fábricas, escuelas, libros, civilización. Hagamos civilización y luego nos ocuparemos de lo demás. También esto es pereza, pues mientras involucramos la cuestión nos libramos de trabajar fundamentalmente. En España no hay nada que hacer más que *cultura y riqueza*, lo demás son deseos de enturbiar y complicar el asunto.. Simplificación, he ahí el sistema. Un hombre, un partido, que supieran simplificar los negocios españoles, nos rehabilitarían. Vida material, cultura, riqueza. Y también es un asunto de moral, porque la pereza nos ha hecho inmorales, naturalmente, ya que la pereza es la madre de todos los vicios, según precepto cristiano. El picarismo, la mendicidad, la administración concupiscente, el individualismo egoísta, el sentimentalismo mal administrado: esto es fruto de la pereza. Y la pereza nace de la pobreza, de la ignorancia. El ignorante es pobre; el pobre es ignorante, y el ignorante y el pobre son inmorales...

ABC, 1 de febrero de 1910.

9.- El culto de los héroes, de las personas y de la Patria

Poco antes de que llegase a Madrid don Belisario Roldán, algunos compañeros en letras me preguntaban:

- ¿Vale mucho, en efecto, ese orador argentino?

Y yo les contestaba que me era tan desconocida como a ellos su oratoria. Pero los compañeros en letras insistían aún, con esa curiosidad casi morbosa de la gente del oficio:

- ¿Tiene verdadero renombre en la Argentina?...

Sí, compañeros míos; D. Belisario Roldán es admirado, glorificado y querido en su patria. Aquella es una patria joven, que sabe amar apasionadamente, como las mujeres mozas, cuanto sea brillante, glorioso, fuerte y distinguido Navegaba yo por el río Paraná, en compañía de dos caballeros argentinos, y en cada escala que hacía el vapor buscábamos enseguida los periódicos. Mis compañeros leían los telegramas de Francia con verdadero anhelo. ¿Qué buscaban? Sencillamente, buscaban el relato del discurso de Roldán en Boulogne sur Mer, adonde había ido comisionado por la nación argentina. Y luego, en el transatlántico que me restituyó a Europa, trabé amistad con una bella y culta señorita porteña, y, hablando de mil cosas, hablamos de don Belisario Roldán, y aquella señorita no sabía cómo ponderar el talento y la gloria del orador, del “orador nacional”.

Sí, ésta es la diferencia que nos separa a los españoles de nuestros hermanos los argentinos: el poder de amar. Nosotros somos viejos, somos escépticos, envidiosos, irónicos y fríos; no sabemos amar a nuestros hombres; en tanto que aquellos hermanos jóvenes, de sus hombres culminantes hacen héroes a quienes encumbran y aman; sobre todo, aman.

Tal vez sea ésta la virtud capital de los pueblos. La posee Francia, que mima a sus hombres y los presenta al mundo como tipos de imitación; la posee Inglaterra, que convierte a Shakespeare en la figura más alta de la historia literaria, aunque Tolstoi proteste; la misma Italia, posee esa virtud ponderativa y amadora. Nosotros, al revés, procuramos rebajar la estatura hasta a las figuras clásicas y sancionadas: un día se nos ocurre decir que Cervantes era algo ñoño, o que Larra era adocenado. Contra el poder adorativo y amador de otros pueblos, nosotros oponemos nuestra fuerza destructiva y avara. Somos iconoclastas. Y el muchacho que empieza la carrera de las letras sabe que tiene que buscarse el renombre “metiéndose con alguien”. Si no muerde, si no dice alguna cosa tremenda contra alguna figura sancionada, nunca saldrá del olvido. Es preciso “pegar”... Así han comenzado su carrera muchos talentos contemporáneos, que luego, cuando el renombre ha sido logrado, se han convertido en escritores prudentes, conservadores y respetuosos de las cosas nacionales.

Y es, en suma, que formamos un país de mal educados. No tenemos disciplina, ni respeto, ni apenas poseemos el espíritu crítico, la noción de las categorías, el instinto de las distancias y de las diferencias. Todos iguales; éste es nuestro plan brutalmente democrático.

Y sobre todo, una falta absoluta de respeto a toda clase de autoridad ¿Veis ese niño caprichoso, que pega a su madre, que patatea y gruñe? Así somos todos los españoles. El último de los majaderos se pone a juzgar al Gobierno o a criticar las ideas de patria, de guerra, de humanidad, de todo; y el último de los jovencillos toma la pluma y se le antoja escribir que Calderón de la Barca era un necio, y queda tan contento, y nadie le dice nada, y en el Código no hay un capítulo que prevenga con la cárcel tales inconveniencias.

Somos mal educados porque no tenemos escuelas. La cuestión de la enseñanza escolar es aquí la cuestión magna. No es que faltan escuelas, como se dice; faltan maestros. Falta un plan de enseñanza, pero de enseñanza *española*. De las escuelas de otros países salen los chicos disciplinados en un mismo sentimiento: el culto a la patria, el respeto por la civilización y la patria. Salen con una fuerza que es el poder del respeto y de la admiración. Nosotros creemos que a los chicos les basta el leer, contar y conocer las leyes de la física. Pero esa sabiduría es la menos importante, porque es la más fácil de adquirir; lo difícil es adquirir las virtudes viriles, las virtudes fuertes de la ética. Nuestra enseñanza no es mala por escasez de escuelas, de material y de otras zarandajas; es mala porque carecemos de maestros. Y carecemos de maestros por carencia de plan. Por carencia de preocupación educativa. Porque nunca nos preocupamos bien de esa cuestión. Porque no tenemos fuerza para preocuparnos. Y todo esto tiene su origen en la inmoralidad nacional, en la debilidad, en la pereza. Sobre todo, en la inmoralidad, o sea en el “pecado de negligencia”.

ABC, 12 de febrero de 1910.

10.- De política

Una prueba de la mala educación ambiente es el carácter descortés que adquieren las controversias en España, no sólo entre gente vulgar, sino entre las mismas personas de letras. Escribí yo un artículo al volver a España, y *Pármene* le puso objeciones; escribí otro artículo, y Ramiro de Maeztu le añade otras objeciones por su cuenta. Pero lo de la descortesía no va con *Pármene*, amable escritor; va con Maeztu, precisamente.

Porque yo no sé que haya nada tan descortés y deplorable como un escritor que se rige en dómine y se dedica a repartir patentes a todos sus compañeros en letras. Hay algo más grosero que el insulto, y es la pedertería.

Cuando un individuo llega a convencerse de que él solo posee la verdad, como quien posee una arquita milagrosa, ese individuo cae en continuas descortesías, puesto que humilla a todos sus semejantes. Tratar con compasión a los compañeros, tenerles lástima por sus errores, erigirse en maestro y en protector, eso es falta de civilización.

Lo que le pierde al Sr. Maeztu es su fogosidad de neófito. Se trata de un hombre que está en continuo neofitismo, con las narices al viento, para atisbar por dónde viene la última novedad. Esto lo llaman en inglés *snobismo* y en francés, *rastacuerismo*, y, naturalmente, el neófito, sobre todo el que llega de campos contrarios o enemigos, lo que primero procura es hacer méritos ante las nuevas teorías, o los nuevos partidos en que se abandera, y de ahí surge la exageración y los otros vicios.

Otro caso de descortesía es interpretar un artículo como nos convenga, para sacar de esta cómoda interpretación las consecuencias que necesitamos a nuestros fines. El Sr. Maeztu abusa de este arbitrio. Da por sentado que yo soy conservador, y hasta maurista, y se queda tan contento. Después supone que abomino de la política en absoluto, sin pararse distinguir el espíritu de mi aversión hacia una determinada política.

Amigo Maeztu, lo que yo detesto es la política meridional, la política de la tradición grecolatina. Para mí, los griegos fueron unos danzantes, a pesar de su filosofía y de su arte; eran unos danzantes, charlatanes, irónicos, amigos de vagar por las plazas al sol; yo los detesto, y usted me ha de permitir esa tan poco usual opinión. Como detesto a todo lo mediterráneo, región de la “plaza pública”, de la política al aire libre. No soy meridional, y mucho menos mediterráneo. Permítame también esta herejía. Con toda la civilización consiguiente, yo detesto el Mediterráneo.

Así, pues, la política que a mí me indigna es la meridional que usamos en España. Y como todo lo hacemos mal en España, también esa política, mediterránea o grecolatina la cultivamos deficientemente. Esto ocurrirá tal vez porque España es “muy poco latina”, y de ahí viene que los hábitos y usos latinos los cultivamos con torpeza. España, exceptuada la banda de Levante, desde Gerona a Murcia, no es un pueblo latino.

Quiere Maeztu que en España se mantenga una fuerte preocupación política para que de ella surja la conciencia pública y las grandes obras, incluso las escuelas. Pero en España ha habido tanta agitación política como en los demás países: el siglo XIX está preñado de política. A esto replicará él que ésa fue una política deficiente y superficial...

¡Pues es claro que sí! Por eso la condeno yo. Entonces, ¿el Sr. Maeztu deseará una acción política honda, fundamental, bien de dentro, y, sobre todo, bien castiza, bien española...? Todo, eso lo deseo yo tanto como él, y porque falta eso fue por lo que yo me había indignado.

En fin, de todo esto hay mucho que hablar, mi antiguo y buen amigo Maeztu. Yo también he leído una poca de Historia, y no me faltarán algunas cosas que decir.

ABC, 13 de febrero de 1910.

11.- El pueblo y la política

Desde la ventanilla del vagón donde viajo he visto un tropel de señores, todos perfectamente ataviados. Rodean a un caballero de ojos vivos, ademanes elocuentes y cabeza erguida. Antes de que el tren arranque, algunos señores han pedido al caballero una última palabra, una frase definitiva. Y, el caballero, levantando la mano a la altura del pecho, ha comenzado a decir:

- Sí, amigos míos; es necesario dar la batalla a nuestros adversarios, y yo vengo a eso precisamente, a capitanear las huestes, a ser el general que os guíe y el soldado que os acompañe al triunfo. Y si fuera preciso mayor sacrificio, yo os acompañaré a la muerte. Votando mi candidatura, votáis la causa de la patria.

El tren arranca inopinadamente, el orador interrumpe su discurso y yo me quedo pensando en la ley oculta de las cosas, que manda que las mismas vaguedades se repitan eternamente, sin remedio. En la próxima estación he visto a tres patanes parados en el andén, con sus alforjas al hombro.

- Pedro, ¿vas a Madrid?- pregunta uno de ellos.

- Sí, voy para Madrid- contesta el interpelado.- Voy a ver si el diputado del distrito me arregla eso de las aguas del puerto de junto al río.

- Pero ya no hay diputados, hombre...

- ¿Cómo que no...?

- Ha caído el Gobierno.

- ¿No manda Maura?

- ¡Pero si ahora está Canalejas...!

El tren ha vuelto a crujir sus hierros y lanzarse en su habitual carrera. Desde la ventanilla voy mirando los campos de cultivo, las casas de labor, las fábricas, los molinos, las aldeas, los hombres, que se inclinan sobre el terreno, arañando las heredades con heroica obstinación. Y pienso que todo ese mundo rural y aldeano; con el otro mundo de los talleres y los suburbios urbanos, viven a espaldas de la vida corriente, ignorantes de las cosas. No se enteran de quién manda. Les llegan las noticias con largos lustros de atraso y apenas saben si es Maura o Canalejas el que les gobierna.

Muchas de esas gentes hasta ignoran el nombre del Rey que preside los destinos de la nación. No están seguros de obedecer a Fernando VII, a Isabel II, a Prim o a Alfonso XIII. Tienen de la política una idea tan vaga, que la política es para ellos una especie de autoridad que les saca contribuciones, les lleva soldados a los hijos y, a veces, se inclina en favor de uno, siempre que haya mediado el cacique.

Pienso, en fin, que aquí, en España, no hay agitación política más que en un círculo escaso de gentes. Cinco mil personas en Madrid y otras pocas más en el resto de España se ocupan de política, viven de ella, se inquietan o se lucran con ella: las demás personas de España viven a espaldas de la política y de la civilización.

Y esto ocurre por el estado de embrutecimiento en que yace la nación. Y el embrutecimiento es hijo de las malas artes, de los políticos interesados, que consideran la política como un algo privativo de cierta casta de hombres, pero no un medio para procurar la mejora y la inteligencia del pueblo. Existe en España el régimen de las castas, lo mismo que en la India: una es la casta de los que negocian con la política, y la otra casta es de los que sufren los males de la política. Toda la bambolla y el inmenso ruido de los periódicos, los mítines y las algaradas parlamentarias son fuegos fatuos que no afectan a la masa de la nación: la nación es un inmenso bloque de estupidez, ignorancia y resignación, que no se entera de nada, porque no puede enterarse, porque es ciega, con ceguedad de ignorancia. Por eso España resulta el país clásico de los pícaros: sobre el bloque ignaro de la nación, la pillería campa y triunfa divinamente. El caso de un Romero Robledo sólo es explicable en España. Como es único en Europa el caso de los diputados *cuneros*. El diputado cunero de los distritos rurales aún no podría ser explicado y disculpado; pero en España, las mismas grandes ciudades, no están exentas del cunerismo. ¿Y qué podemos esperar de un pueblo donde hasta los espíritus ilustrados y eminentes aspiran a que se les

encasille como cuneros, sin comprender la humillación propia y el escarnio ajeno que supone el encasillado?

ABC, 25 de abril de 1910.

12.- El vicio político

Siempre ha tenido la política entre nosotros un carácter violento y absorbente; pero en el tiempo que corre, el escenario político de España toma un aire visiblemente dramático. Se respira en la atmósfera nacional un cierto olor a tragedia, y todos los motores emocionales se aceleran de un modo inquietante. Las luchas se han hecho más vivas, los combatientes parece que se aproximan, a punto de chocar: Y cada fracción enemiga se hace más coherente, hasta llegar al límite de cohesión: pronto no existirán más que dos bandos, las derechas y las izquierdas. Una vez simplificados los grupos hostiles, a un lado los radicales y al otro lado los conservadores, la lucha tomará, si ya no ha tomado, el tono definitivo de la lucha a muerte.

Síntoma de todo esto es la unión de los elementos republicanos; liberales avanzados, socialistas y anarquistas, enfrente de los elementos, que estaban unidos ya, conservadores, carlistas, regionalistas y mixtos. Los acontecimientos van simplificándose y marchando a paso de carga. Los carlistas hablan claramente de su fuerza montaraz; los republicanos, de su “fuerza ciudadana”, y el mismo Pablo Iglesias, que aparentaba ser un patriarca, lanza por su boca increíbles anatemas. ¿Qué delito ha cometido España para que así la castigue el destino? El caso es que nuestro país viene a ser el campo de experimentación de todos los conflictos que requieren el uso de la tragedia. Tenemos un gusto especial por lo trágico. De tal manera que cada español, al levantarse, corre a abrir su periódico con el plausible deseo de ver confirmada la catástrofe. Todo español es un devoto de la catástrofe, porque todo español tiene el íntimo sentido de la tragedia. Los amigos se preguntan: ¿Qué hay de nuevo? Y se responden: No hay nada. En esa pregunta y en esa contestación está el núcleo del espíritu español. Se espera el suceso grande, la coronación de la tragedia; cuando no llega, se hace un gesto de desencanto. Y se aguarda siempre el día soñado con la fe y la esperanza con que los judíos aguardaban a su Mesías.

Por eso la política adquiere aquí un carácter de pelea, de rencilla, de enemistad. El Parlamento viene a ser un circo, o una piedra de contraste, de cuyas chispas saldrá o ha de salir la hecatombe. En fin, el pueblo español está vicioso, de un vicio que le produce mucho daño: tiene el vicio de la catástrofe y de la revolución. Es éste un sentimiento hebreo, mesiánico. El pueblo espera la revolución que le ha de libertar y hacer feliz, como el hebreo espera al Mesías que le hará triunfante y poderoso. Y es claro: todo individuo que reserva su acción, en espera de algo que ha de venir en su ayuda, es un individuo cojo. Los temperamentos cansados o morbosos disculpan su falta de actividad con su espera de algo que ha de llegar en cualquier momento, de un algo indefinido, de una coyuntura favorable, de una fuerza que no ha acudido a la cita... Esperar, siempre esperar: he ahí el mal de los indolentes. Hubiera sido más eficaz para España que en su historia del pasado siglo se operase una revolución bien intensa y clamorosa, para que a su reactivo se calmasen las ansias catastróficas de una vez. Lo malo del suceso es el tiempo que se pierde con toda esa especulación política y ese meneo parlamentario. En fin de cuentas quién sabe si España, como los enfermos, no busque levantarse, sino cambiar de postura.

La política práctica, o sea la que se convierte en oficio, es una cosa vitanda y huera. Es vanidad pura. Todos los políticos oficiantes son enfermos de la vanidad, en el mismo grado casi que los tenores y danzantes. Cuando no es pura concupiscencia y deseo de vivir a poca costa. Observen los lectores la categoría de las personas que el actual Gobierno va distribuyendo en los altos cargos de la nación.

Como la política es vanidad, tiene una fuerza atrayente muy poderosa. Dicen los que han sido diputados que el ambiente del Parlamento es vicioso: produce el mismo efecto que ciertos placeres morbosos, que una vez catados ya se es esclavo de ellos. El que entra en el Parlamento no puede salir de él. Abandona los otros gustos y menesteres, olvida la familia; los negocios, el amor, la amistad. Está corroído, está enviciado. Busca la reelección a todo trance y a costa de todos los amaños. Y es que allí dentro se reúnen todos los motivos del placer. La lucha, la rivalidad, el compadrazgo, el murmurar, el zaherir, el mentir, el hacer traición, la camaradería. Y luego, la vanidad, la inmensa, la suprema vanidad de sentirse árbitros del destino de una nación, el estar a caballo de veinte millones de almas, el mandar y legislar, el que cada gesto o cada palabra sean vistos y oídos por toda la nación.

Así se comprende que muchos hombres de gran talento se vean arrastrados a la política activa. Ellos hacían ciencia o hermosos libros; pero la gloria no llegaba, no sentían

el hartazgo de vanidad que el hombre, aun el más probo, desea y necesita; y lo buscan en la política.

Eso es, ¡ay!, lo triste. Que los espíritus altos y poderosos presten atención, y sumisión a esos hombres ignorantes, vanidosos y llenos de lugares comunes que se llaman políticos.

ABC, 17 de julio de 1910.

13.- La sombra de Lerroux

Inopinadamente, como una de esas nubes repentinas y extemporáneas que ensombrecen el cielo, la figura de Lerroux ha pasado por San Sebastián, anublando la dulce serenidad del veraneo. Hay hombres excepcionales, cuya figura tiene la cualidad de emitir una fuerte y grande sombra; su paso no es como el de los otros hombres anodinos o normales; su paso se señala por una huella o por una sombra bien ostensible. El señor Lerroux pertenece a la categoría de esos hombres excepcionales: por dondequiera que va, la muchedumbre se conmueve a impulso de encontradas emociones. Es el verano en San Sebastián, y en toda Guipúzcoa, un período de tregua galante; ante la probabilidad de perder los ingresos que ocasiona el veraneo, estos buenos ciudadanos hacen dejación de los más altos deberes de la conciencia, y se resignan a no pensar y, sobre todo, a no opinar. Cuando alguien habla de grandes manifestaciones políticas, los ciudadanos se alarman, y repiten terminantemente que ellos no quieren ninguna clase de protesta. Llegan los personajes políticos, pero no les piden ninguna opinión; llegan los Reyes y los Príncipes, los embajadores y los marinos extranjeros, y para todos hay aquí una amable solicitud. De este modo se consigue la dulce paz en que viven, durante los meses de verano, la riente Deva, el aristocrático Zarauz, la noble Fuenterrabía, el fastuoso y alegre San Sebastián.

Cuando todo se desarrollaba tan hermosamente, ahora que el verano ponía un término tan sosegado al periodo de fiestas, ved ahí que llega Lerroux, y su voz se ha puesto a tronar en el pueblecillo de Deva, ante cuatro mil circunstancias. Después ha venido a San Sebastián, y su sombra ha caído gravemente sobre la atemorizada ciudad. ¿Qué quiere ese hombre? - parece decir la ciudad. Ese hombre quiere la revolución. Y la ciudad se conmueve de inquietud, porque todo, cualquiera cosa, le conviene a una población turista, menos la revolución.

Para obsequiarle, unos amigos fieles le han conducido al monte Ulía y allí le han dado un banquete. Esta montañita de Ulía tiene el mismo destino que el Tibidabo de Barcelona: ambas montañas sirven para las explosiones cordiales de los políticos, para los homenajes y las comidas de paz. Allá en el Tibidabo se celebran también mitines o *aplechs*; en la montaña de Ulía no se reúnen muchedumbres políticas, porque la ciudad no ama las congregaciones tumultuosas; pero siempre que los políticos prometan circunspección, la montaña se les ofrece a todos como lugar propicio a los discursos y revelaciones. La montaña, como la Naturaleza entera, se ofrece a todos los seres de buena voluntad: acaso hayan sido creadas las montañas para sugerir sentimientos de paz... En la montaña se siente el hombre irremediamente idealista, porque ¡las montañas se hallan tan cerca del cielo! Pero los políticos, sienten en algún momento la embestida del idealismo? Un político es un hombre de una pieza, es un hombre de acción, y todo hombre de acción tiene la potencia suprema, que es: la simplicidad de ideas. El hombre de acción no pierde nunca en la cabeza; en su cerebro no anidan nunca las golondrinas del ensueño. El político posee cuatro ideas firmes y definitivas, y sobre ellas levanta el edificio de su existencia.

Desde lo alto del monte de Ulía, la mirada columbra las cosas más bellas que guarda la creación para consuelo del hombre: colinas verdes, casas blancas y bosquecillos, un río de metálica superficie rodando por entre praderas, unas sierras, azules a lo lejos, una ciudad populosa a los pies, y en la otra parte, hacia donde el sol se oculta, el mar, el grave y solemne mar Cantábrico. Viendo este espectáculo sereno y sublime, el espíritu siente como que se disgrega, se descompone, pierde su cohesión y se hunde en la ola inmortal del Todo. El alma universal se apodera de nuestra alma y nos abandonamos dulcemente a ese panteístico suicidio de la personalidad; parece también que rectificamos nuestra vida, que volvemos de un viaje, y, como hijos pródigos, nos restituimos al seno primero, al alma materna del universo. Entonces nuestras ideas se aligeran, se ablandan, se convierten en algo sutil y aéreo: vemos el mundo y los fenómenos de la sociedad de una manera distinta al modo de un espectador; y nuestro corazón se llena de indulgencia por los errores y las culpas de los hombres.

El Sr. Lerroux ha subido a la montaña de Ulía; se ha puesto de pie sobre la explanada, y sus ojos se han abismado un momento en la contemplación del paisaje. Pero ha sido un momento nada más. Esa seducción del panteísmo no ataca a los políticos. Un instante tal vez, por el cerebro de Lerroux habrá pasado la idea demoníaca del abandono: una casa blanca, una vaca paciendo, un niño que corre tras los pájaros, un rincón remansado del río o una barca que navega al sol; cualquier nimio de talle del panorama le

habrá mordido en el alma, induciéndole a caminos de paz y de sosiego. ¡Qué dulce la vida en esos repliegues floridos y descansados de la montaña! ¿Por qué tanto luchar si al hombre le bastan cuatro elementos simples? Y después, por qué afanarse en tan fieros propósitos si la Naturaleza nos enseña que nada se realiza violentamente, y que todo marcha al paso medido de las estaciones, y que dentro de la Naturaleza nada se apresura ni nada se verifica por saltos, sino por evoluciones matemáticas, inflexibles, y que todo lo que alcanza la categoría de fruto ha tenido que sujetarse a la ley de la fecundación, a la gradación del terreno fecundado, de la semilla, de la flor, de la fruta madura?

Pero estas divagaciones mentales tienen un sabor enfermizo, y el Sr. Lerroux se ha librado pronto de su influjo volviendo al llano, abandonando las alturas y restituyéndose a la ciudad. El Sr. Lerroux es un hombre robusto, y no divaga nunca: la montaña no ha dejado huella en su espíritu. Es un hombre robusto, y en eso estriba su fuerza. Es incapaz de abandonarse a la seducción de la Metafísica o de las ideas universales: ama lo concreto, como buen hombre de acción. Es robusto e infatigable, exento de debilidades y sentimentalismos. Hay otro hombre en la política española que se le parece en la robustez y en la fijeza de orientación: ese hombre es Maura. Estas dos figuras son las destinadas a guiar al pueblo, porque las dos poseen la *fuerza* y la *fijeza*, hijas de la robustez. Todo lo demás que hay en España, políticamente, son flores de decadencia, cosas inconsistentes, inconscientes y vagas.

ABC, 9 de septiembre de 1910.

14.- Las dietas a los diputados

Si para las cuestiones de la política tuviera mi voto algún valor, yo expondría mi opinión en la forma siguiente: - Los diputados de la nación merecen cobrar dietas, lo mismo que los concejales de los Ayuntamientos. Mas para que unos y otros representantes del pueblo fuesen dignos de tales emolumentos, se deberían considerar las dietas, no como viáticos, sino como sueldos. Sería preciso, por lo tanto, reformar fundamentalmente el organismo del parlamento y de los Ayuntamientos.

Las Diputaciones provinciales, por ejemplo, están constituidas por una Corporación que se titula Comisión provincial. Esta Comisión se compone de varios

diputados, dirigidos por un presidente. Celebran sesiones semanales, juzgan y ordenan los asuntos inmediatos, intervienen en las cuestiones de interés práctico y rinden cuentas de sus acuerdos de la Diputación en pleno. Gozan de un sueldo discreto y trabajan como unos empleados, siempre en la proximidad e intermediación de las oficinas y de los directores de secciones provinciales. Dos veces por año se reúne la Diputación en pleno, y en sus breves sesiones se discuten y ventilan los negocios de carácter jurídico y general, aprobándose la gestión de la Comisión provincial. Tal es, cuando menos, el sistema que siguen las Diputaciones vascongadas, que son, como es sabido, ejemplo de prudencia y de actividad.

¿Por qué no había de reformarse en ese sentido el régimen parlamentario? Es natural que este raro proyecto promueva gestos de desagrado. Somos tan sumisos a la imposición de la rutina, que todo anuncio de cambio nos produce irritación. Sin embargo, una reforma parlamentaria ha de llegar, más temprano o más tarde. Con la anterior reforma volveríamos en cierto grado a la tradición española, a las castizas Cortes castellanas. El proyecto de Administración local del Sr. Maura no significa otra cosa que la implantación de las Comisiones ejecutivas en el régimen municipal.

Se dirá que este sistema es propenso a la tiranía; que los Gobiernos se apresurarían a nutrir las comisiones con elementos propios, y que sus acuerdos vendrían a robustecer el compadrazgo político. Pero ése es un mal irremediable. La imaginación humana no puede concebir un sistema político en que el Gobierno, quiere decirse la autoridad, no se reserve las prerrogativas del Poder. Con régimen personal o con régimen democrático, el Gobierno tendrá siempre el dominio de los registros potestarios.

Un mes durante la primavera y otro mes durante el otoño, los diputados de la nación, elegidos por sufragio universal, se reunirían en el Parlamento y pronunciarían todos los discursos que les diese la gana. Los problemas sociales, religiosos, políticos, saldrían a plaza, y en esa especie de válvula de seguridad hallaría desahogo la elocuencia nacional y el prurito de lucimiento. Discutido todo, y aprobadas las cuentas y reformas, el Parlamento se cerraría y la Comisión nacional volvería a su trabajo sucio, oscuro, pero altamente práctico. Lo mismo se podría hacer en los Ayuntamientos...

Yo no sé que haya nada tan extraño y antinatural como ese régimen parlamentario que consiste en tener abiertas las Cortes todo el año, manteniendo al pueblo en una continua expectación. Este sistema resultaba lógico, verbigracia, en momentos críticos para la nación, o a raíz de un período revolucionario. Pero no se explica que en épocas normales permanezcan unos cientos de diputados en plena efervescencia política y oratoria. Estas

son herencias de aquellos griegos de Atenas que, como eran personas ociosas, mientras sus esclavos trabajaban, ellos se entretenían en hablar, discutir y ostentar sus vanidades.

Si una reforma constitucional es conveniente en todas las naciones, lo es mucho más a España. El Parlamento, abierto los ocho meses hábiles del año, sustrae la atención de los ciudadanos y los aleja de los asuntos o negocios reales. Con la cara vuelta hacia el Parlamento, los españoles, por naturaleza perezosos, se olvidan de pensar, de trabajar, de escribir libros filosóficos o de mejorar la siembra de los cereales.

ABC, 3 de diciembre de 1910.

15.- El hebraísmo español

Por una extraña coincidencia de espíritu y de paisaje, yo le encuentro a la España actual una gran semejanza con el pueblo hebraico. Esta llanura central de la Península Ibérica trae recuerdos vivos de los yermos y graves altozanos de la Palestina. Lo mismo que en las tierras de Judá, soñamos aquí con un Mesías que nos tenga que libertar de la miseria y humillación. Y no pasan cuatro meses sin que surja entre nosotros un profeta como Daniel o Jeremías, que lance apóstrofes terribles o llore las desdichas de la patria.

Se encuentra actualmente España en ese momento agudo en que salen profetas a la vuelta de cada esquina. Salen los profetas clamando, llorando o flagelando la cobardía y la maldad de los españoles; hoy es Costa; mañana Unamuno; luego, los demás profetas menores. Hubo una época en Judá, cuando estaba próxima su ruina, en que el país se llenó de profetas, que iban por los caminos y ciudades reprochando a las gentes su vilipendio. El profetismo se convirtió en oficio, y las gentes les volvieron la espalda a los profetas. Hasta que llegó el Deseado, el profeta verídico, el Mesías auténtico, Jesús de Nazaret.

Yo no sé si a España llegará el profeta verídico y máximo; pero los tiempos son favorables para el profetismo, y no quedará dentro de poco un español que no se sienta tocado por la mano divina, comisionado para predicar la verdad entre los españoles. Pero dentro de poco, al sentirse cada español con el título de acusador, ya no quedará nadie a quien acusar: todos seremos jueces... Quizá sea ese momento el decisivo, pues al faltarnos el sujeto de la acusación nos convertiremos en jueces de nosotros mismos. Y eso es precisamente lo necesario.

Mejor que la acusación en abstracto, nos haría falta la acusación directa y personal. Cuando se acusa a todos, el efecto puede ser muy teatral y bello; pero los resultados son mezquinos. Llegando un pueblo al estado en que se encuentra hoy España, necesítase acusar personalmente a cada uno de los inmorales. Esto es más teatral, es mucho más peligroso, pero más útil y gallardo.

Porque aquel que da una vuelta por lugares representativos de Madrid sabe enseguida que las gentes están podridas y que ante las acusaciones abstractas y englobadas se encogerán de hombros. No; lo necesario es acusar judicialmente, en calidad de policía.

- Éste es un ladrón, ése es un farsante, ese otro es un estulto, aquél un mentiroso.

Los jefes de las facciones extremas siguen este sistema. Conocen la necesidad del pueblo, que ama lo concreto y determinado, y se dedican a acusar. Acusan a diestro y siniestro, con la punta del dedo; y acusan por motivos claros, reales, de esos que saltan a la vista. Y el pueblo les sigue, porque el pueblo es siempre un niño grande.

Todos los que nos movemos en esa charca de la política, del periodismo, de la literatura y de sus contornos sabemos claramente quién es el ladrón, quién el farsante, quién el estulto y quién el mentiroso. ¿Por qué no subimos a lo alto del Parlamento y decimos una tarde con voz exacta y terminante: ése que se sienta ahí es reo por tal delito, y ese otro que se sienta allá abajo es reo de tal concupiscencia? ¿Por qué no decimos en la Prensa, en el mitin o en el Ateneo que una fracción determinada de la política española hace uso indebido de los votos del pueblo, entrando a saco en las haciendas municipales, o pactando con los Gobiernos el silencio, a cambio de donaciones secretas? ¿Por qué no decimos también que tal caudillo popular es un idiota y un frívolo, y que tal ministro es de tosco como un camello, y que tal otro caudillo es un sensual que busca enriquecerse, y que ese literato vive del soborno o del sable, y que aquel periodista goza de tres o cuatro sueldos a la vez, y que el dinero secreto de los ministerios se gasta en tapar, en contestar o en comprar lenguas y plumas?

Mientras las acusaciones no se hagan de ese modo, las gentes contestarán a los profetas encogiéndose de hombros. Sería preciso una labor de policía; señalar al reo, prenderlo del brazo, expulsarlo. Pero, ¿cuántos políticos, cuántos escritores estarían en condiciones de acusar, sin peligro de ser acusados? Con los dedos que un hombre tiene en las manos se podría contar a esos acusadores puros.

ABC, 28 de diciembre de 1910.

16.- La guerra como lógica

Todos los labios repiten las mismas palabras: Esta guerra es un atentado a la civilización. Parece una consigna, y desde el perorador de café hasta el grave filósofo, nadie se cree dispensado de separar los dos términos antagónicos: civilización y guerra.

Pero en esto, como en tantas muchas cosas, interviene el imprescindible enemigo del juicio, que es el lugar común. Y aquí sí que la civilización no falla: civilización, al menos la vestidura correcta de la civilización es el cultivo unánime del sentido común... Por desgracia, o tal vez afortunadamente - ¡quién sabe!,- una alta y disciplinada civilización se caracteriza por la sumisión de las multitudes a los tópicos colectivos, o sea, los lugares comunes.

¿La guerra es la negación de la civilización? Antes de todo necesitaríamos definir el concepto exacto de la civilización. Si la civilización significa debilidad, asentimiento, miedo al dolor, exaltación de los instintos egoístas y persecución del mayor bien personal y cotidiano posible, sobre todo de los bienes cercanos y materiales, entonces la guerra es antagónica a la civilización. La civilización, en el sentido burgués, comercial y hasta proletario, siente horror a la guerra. Lo siente a la manera que la carne aborrece el dolor. Es una reacción primitiva, lógica, pero de índole meramente animal.

Solo que la civilización implica otros conceptos, otras razones más hondas quizá, más indefinibles. ¿Es, por ventura, que en los períodos de mayor esplendor y grandeza humana faltaron las guerras? Al contrario. Los períodos de alta civilización han sido marciales. Las grandes civilizaciones han buscado la guerra. Los pueblos más cultos - Francia y Alemania - de los últimos tiempos son precisamente los que más se han obstinado en pelear. Y las grandes guerras europeas han buscado como campo de batalla las comarcas más industriales, ricas, pobladas: Flandes, la cuenca del Rin, los campos de Francia, el Norte de Italia. Alemanes y franceses, tan fervorosos de la ciencia y del trabajo, dieron siempre soldados para las matanzas. Con sus ciudades activas y sus castillos feudales, Alemania ha sido el país donde se han dirimido los grandes problemas políticos, religiosos e imperialistas de diez siglos. Y Francia, país riente de la vida grata, ha sido la ola

nunca satisfecha, cuyo flujo y reflujo tiene a Europa conmovida, desde mucho antes de Francisco I.

Pero es que nos obstinamos en considerar la guerra como un efecto circunstancial, como una causa intrusa, como algo que reside fuera de la naturaleza humana. Y el caso es que la guerra, al contrario, cae dentro de las funciones intrínsecas, fatales. Quitarle a la guerra su beligerancia y su razón de ser equivale a negar al hombre su sentido real: es como situar al hombre más allá de la órbita de los sucesos naturales. Para una mente idealista o mística, está bien; pero la verdad no se satisface con tales evasivas.

Un gesto de estupor se apodera de las gentes. ¿Será posible...? La guerra nos asombra, en efecto. Y en este asombro es donde situamos nuestra razón de la sinrazón de la guerra.

Pero un día, cuando amanecemos enfermos en la cama, ¿no sentimos el mismo asombro? ¿Por qué la enfermedad, por qué? Otro día contemplamos la vega assolada por la tempestad, la cosecha perdida; el pobre labrador arruinado, y nos volvemos con reproche hacia el cielo, hacia el destino, hacia la fatalidad. ¿Por qué el torrente y el pedrisco, por qué?

Si fuésemos más razonables entenderíamos que la Naturaleza tiene sus obligaciones, y no precisamente sus caprichos. La enfermedad que nos encorva, el pedrisco que destruye el campo, ¿podrían carecer de sentido...? La Naturaleza necesita estar corrigiendo continuamente nuestros impulsos de vida; un día nos mata, nos suprime; pero a todas horas nos está suprimiendo un poco, porque exactamente a todas horas viene a la vida un poco de nueva humanidad, de nueva vida. Y, con una lógica algo perogrullesca, podría objetarnos la Naturaleza: si todas las cosechas fuesen óptimas, el mundo perecería por abundancia. Si careciéramos de enfermedades, la vitalidad humana sería tan grande, que a sí misma se destruiría... La Naturaleza está ejerciendo de equilibrista. El equilibrio y la medida permiten al mundo continuar su misión. Para ello conviene que existan enfermedades, pedriscos y guerras. Suprimid la guerra si podéis; ¡perfectamente! ¿Pero no sabemos que la Naturaleza necesita de las tempestades, de alguna forma de tempestad?

La gente manifiesta su asombro de otra forma cuando considera, con reproche, que las naciones se lanzan a los azares de la guerra sin mirar que se destruyen tantos intereses, tantas vidas. ¿Cómo es posible que una nación, por incentivos de amor propio, arrastre tantas desventuras? No se quiere entender que una nación es un cuerpo y que posee los mismos instintos y pasiones del cuerpo humano. Los que reprochan a las naciones su impresionabilidad, ¿están seguros de que enseñada, en plena calle, por un insulto, por una brutalidad imprevista, no cerrarán sus puños contra alguien y, arrebatados, fuera de sí, hasta

llegarán al crimen? Esto es un acaloramiento, indudablemente. Pero a raíz de una discusión, o por un odio viejo, y siempre por responder a nuestro amor propio, mañana somos capaces de acudir a un duelo, donde quizá, nos espera la muerte, y marcharemos en frío, con calma, casi ya sin rencor... O también, es posible que nosotros, personas tranquilas, porque un amigo o pariente nos reclama, o porque necesitamos sostener nuestro honor comercial, es posible que nos lancemos a una operación financiera aventurada, concertemos una sociedad económica difícil, expongamos, en fin, nuestra fortuna y el bienestar de nuestros hijos, siempre por requerimientos pasionales, emotivos, por compromisos de honor y por impulsos cordiales.

Las naciones están hechas de la misma masa con que se hacen los hombres. ¿Por qué asombrarse de que procedan como nosotros?

Yo quisiera ahora, como se acostumbra, predecir un tiempo futuro en que los hombres no se combatan, en que no haya guerras. Por desgracia, bien enterado de la esencia del hombre, sólo me atrevo a insinuar una esperanza: que las guerras sean menos numerosas, que sean más correctas, más *humanas*... ¡Ilusiones!

Hagamos como los pobladores de las faldas del Vesubio, que bajo la posibilidad de los fuegos volcánicos, construyen sus moradas y cultivan sus heredades, presintiendo que la labor del hombre es más poderosa, al fin, que todos los obstáculos.

ABC, 28 de agosto de 1914

17.- Después de la guerra. Los inválidos

Debemos pensar con espanto, no ya sólo en los innumerables muertos que causará la guerra, sino en aquel ejército de lisiados que quedarán después como remanente o saldo de la campaña. La cirugía moderna, tan próspera y de eficacia irrefutable, no viene a ser más que una colaboradora de ese ejército de lisiados. En efecto, los infinitos heridos que antes perecían, sujetos a un régimen de supuración y gangrena, hoy la asepsia los salva. El acero operador corta sin vacilar piernas y brazos, y los heridos ingresan en la sociedad tan sanos, aunque incompletos. ¿Cuántos miles de cojos y mancos, ciegos y tullidos, sordos e idiotas, volverán al seno de la sociedad cuando la guerra termine?

No faltará quien se horrorice ante ese espectáculo, verdaderamente preocupador. La mayor parte de esos inválidos quedará inservible para procurarse su sostenimiento. Será una carga que deberá asumir la sociedad. He ahí un asilamiento forzoso que aumentará los gastos y quebrantos de la guerra.

Pero tratemos un instante la cuestión ésta del asilamiento. ¿Hacen falta realmente las guerras para alimentar el régimen hospiciano y protector? Mejor deberíamos pensar que la vida social es un constante régimen de asilo.

La sociedad sufraga incalculables asilamientos; es pasmoso el número de asilados que vive al amparo de las leyes y las costumbres protectoras. Y todos estos asilados no se percatan de su situación subordinada, indigente; son individuos que trabajan, que viven en libertad y no dentro de asilos y hospitales; son gentes que tienen familia, hacen uso de sus derechos civiles y hasta muestran un fiero orgullo de ciudadanos libres y conscientes. La sociedad, bien considerada, es un inmenso hospicio.

¿Cuántas personas, entre cien, poseen criterio claro, discernen con rapidez, piensan por su cuenta propia, se orientan en la vida con desembarazo y demuestran iniciativa? Esas personas suponen que nada les falta; bullen, en efecto, por las aldeas y las ciudades, y a veces son las que más alta ponen la voz. Pero abandonadlas a su suerte; quitadles el tranquilo que las sostiene en pie y rápidamente caerán en la inopia absoluta, en la indigencia.

Todos los días cae algún vencido; pero no son éstos los que más importan. Diariamente llama a las puertas del hospital o del asilo un aspeado, un vagabundo que le cobró asco al trabajo, un enfermizo, un lisiado, un cobarde a veces.

La sociedad costea su mantenimiento, y esas sumas cuantiosas, que pesan sobre los presupuestos nacionales y locales, espantan la conciencia de los celosos administradores.

Pero los asilos evidentes no son los más gravosos; la sociedad tiene otras cargas mucho más pesadas. La sociedad costea la vida del ochenta por ciento de los ciudadanos. Toda la sociedad es un inmenso hospicio.

Un hospicio donde no están los huérfanos y los ancianos, los tullidos y los idiotas. Es un hospicio abierto. Es allí donde se refugia el huérfano de voluntad, el anciano por pacatez, el tullido por insuficiencia discernidora, el idiota por estupidez consuetudinaria e irremediable.

¿Es la burocracia otra cosa, en el fondo, que un asilo? Quien aspira a un empleo está casi siempre en la actitud del lisiado que llama a la puerta de un hospital. No se busca el empleo, la mayor parte de las veces, con un fin generoso o con un impulso esforzado; no

se aspira a desarrollar hasta el límite las propias aptitudes, en vista de una vocación definida e irrevocable. Se busca más bien el reposo, es decir, la no lucha, la evasiva al combate, la seguridad del alimento vitalicio. Se recuesta el empleado al empleo como el inválido en la almohada pródiga del hospicio. Huir del hambre, escapar de la escasez, y sobre todo de la lucha: este es el fondo del asilamiento. Y no sólo los burócratas, sino los profesionales que se ejercitan en menesteres que necesitarían como indispensable una vocación de grado sublime. El maestro, el sacerdote, el militar, el magistrado, ¿se lanzan siempre a su misión instigados por una fuerza ideal? Muchas veces, al contrario, sólo se guían por un estímulo pacato. Y a diario vemos sacerdotes y militares que consideran su profesión como un empleo, del que sólo les interesan los gajes y las contingencias del escalafón.

Pero los obreros, ¿qué son más que asilados? Esa muchedumbre de braceros, esa multitud de operarios de fábrica, ¿no deben ser alimentados y guiados como manadas estultas e incapaces? Y así como los presupuestos locales o los de la nación consumen enormes cantidades en beneficencia, ved la verdad, constantemente preocupada en buscar ocupación a esa muchedumbre de operarios.

Las huelgas que tienen que ser resueltas, haciendo concesiones; el trabajo que debe estimularse, o inventarse, para que el rebaño paupérrimo no gima o se rebele. Muchas veces no es el afán de lucro el que agranda las industrias de las naciones; es la necesidad de ofrecer ocupación o asilo a esas muchedumbres, crecientes e inundadoras. La manada proletaria va de un continente a otro, en bíblicas emigraciones. La guerra es otra válvula de escape. Acosada la sociedad por la ola creciente, llegan los choques, se encuentran las competencias industriales, surgen los conflictos. Pero en este sentido la guerra no resuelve nada; pronto vuelve la situación a su estado angustioso.

Es porque, finalmente, el hombre tiene, aptitudes de rebaño. Nada tan inquietante para el pastor como la procura de sustento a la manada. El hombre, en estado sociable, no es como el león, como el águila, como los animales carniceros y valerosos que necesitan mantener íntegras sus facultades de iniciativa, de decisión, de criterio y de voluntad. El hombre es un animal de manada. ¡Tal vez por esto ha podido consumarse la obra de la civilización, verdadera obra de rebaño!

La Vanguardia, 19 de septiembre de 1914.

18.- Nuestra neutralidad beligerante

Mientras los periódicos españoles discuten diariamente el problema de la neutralidad de España; mientras los ingenuos articulistas presumen que las grandes potencias se hallan pendientes de la neutralidad española, el viajero que llega a Londres descubre, con triste estupefacción que la neutralidad de España no inquieta a nadie y que la Prensa londinense no inserta el querido nombre de nuestra Patria más que de tarde en tarde y sin concederle una mayor importancia.

En cambio, la neutralidad de otros países es traída y llevada asiduamente. La de Italia, por ejemplo, es un problema que preocupa, que inquieta en alto modo. Pero no sólo Italia; naciones que hasta ayer eran casi desconocidas adquieren hoy un relieve enorme. Los pasos y los gestos de Bulgaria, de Grecia, hasta del Afganistán, se siguen aquí con relevante interés, dándoseles beligerancia de pueblos temidos, capaces de influir con fuerza en la vacilante, en la dudosa lucha. Y éste es, para los españoles, el aspecto más educativo de la actual conflagración; asistimos, en efecto, a un cambio de lugares, y a la superposición de los Estados. En esta “revisión de los valores nacionales”, España se ha quedado en un lugar postrero y tristísimo...

Todos tenemos un valor en la vida. Pero si es la vida, por encima de todas las objeciones, un combate, cada uno de nosotros representa un valor positivo en esa guerra de todos los seres y todas las cosas. Se nos pesa el valor, por tanto, como una fuerza que hay que contar para los diarios incidentes de la batalla. Y hay dos clases de valores o fuerzas: uno podríamos titularlo simpático, y al otro le daríamos el nombre de temido. Actualmente hay dos naciones que representan estos dos valores opuestos: Francia se apoya en la fuerza de su simpatía (ya que no puede, como antaño, apoyarse simplemente en la fuerza), y Alemania es la nación actual que fía toda su fortuna en su poder, en su exaltado y profundo poder.

España ha tenido su hora de fuerza; pero no tiene, y quién sabe si podrá tener nunca, su hora de simpatía. Otros pueblos, como Grecia e Italia, se han salvado merced a la simpatía; aunque hubieron caído, aunque se les despreciara y atacara, siempre restaba un nudo sentimental que sirviera para acometer la obra de un renacimiento. Por oposición a Italia y Grecia, ahí está Turquía, cuya desaparición, si mañana se realizase, no levantaría en

ninguna mente una aspiración de represalia o renacimiento. En cuanto a España, apartando de nosotros toda ilusión, debemos considerarla como a Turquía en este caso.

Y esto es lo que no se ha querido comprender entre nosotros: que hemos sido, y somos, capaces de ser temidos; pero no de ser queridos. Algunos ilusos, sugestionados por las páginas de Merimée o por el entusiasmo que pueden provocar los toreros, las banderillas y las gitanas de *Carmen*, suponen que el nombre de España brilla en el extranjero como un sol adorado. Pero el español que ha viajado, que ha puesto el oído atento, comprende bien duramente que España, en el extranjero, no suena nada. Es un nombre vacío, sin peso, sin consistencia. Una realidad histórica, cuando más. Y si alguna vez se paran los labios extranjeros a comentar a España, entonces, ¡necesario es decirlo!, se nos comenta con risa o con odio. Desdén por la España de ahora: odio por la España de antes.

¿Desde cuándo, pues, ha *desaparecido* España...? España, como Turquía, ha tenido una sobre-vida muy importante, muy larga y digna de estudio. Hubo naciones, como Suecia y Holanda, que en ciertos momentos históricos pesaron fuertemente en Europa; pasó su momento y no se les volvió a sentir. En cambio, España, que desde la muerte de Felipe II perdió virtualmente su poder, mantuvo, sin embargo, durante dos largos siglos todo su aparato de gran potencia. En el siglo XVIII todavía se la llamaba a los pactos y a las mayores guerras en calidad de gran señora.

¿Era por el prestigio de su Monarquía? ¿Era por sus dimensiones reales, de territorio y de población, cuando las naciones principales carecían de la amplitud e intensidad populosa que luego alcanzaron? ¿Era por el respeto que imponían siempre las minas del Perú y de Méjico? En el mismo reinado de Isabel II conservaba España cierto prestigio de gran potencia. Se la tenía en algo, se la contaba entre las naciones posibles, y España, por su parte, conservaba un sentimiento de significar algo, de ser capaz de alguna cosa. Compárese la tímida, la titubeante intervención en Marruecos de ahora con aquella guerra decidida que llevamos antaño contra el Sultán; entonces no titubeamos en bombardear las fortalezas del Callao; entonces, también, nos apresurábamos a construir acorazados como el *Numancia*, uno de los más poderosos de su tiempo.

Los pueblos que no son simpáticos deben procurar hacerse temibles. Ahora bien; esta frase que yo pongo aquí a manera de axioma parece un voto a favor de la intervención de España... ¿Pero es de veras que España no ha intervenido en la guerra actual?

La neutralidad de las naciones puede señalarse de tres maneras. Hay naciones cuya actitud expectante no influye de ningún modo en el conflicto, y en tal situación se hallan los Estados americanos; otras naciones, por su situación geográfica, realizan con su neutralidad

un beneficio a los dos bandos beligerantes, y es el caso de Suecia, de Holanda, de los países balcánicos, países que pueden inclinarse indistintamente hacia uno de los lados y alterar así el equilibrio de ambas fuerzas contrincantes. Pero el caso de España es distinto. Porque España, si tratara de apoyar con soldados y buques a los aliados, no prestaría más que un esfuerzo, una ayuda somera y poco considerable. En cambio, España posee recursos que, si hubieran sido otorgados a Alemania, la suerte de la guerra podría haber variado radicalmente, acaso decisivamente. De este modo, por el simple hecho de permanecer neutral, España ha intervenido a favor de los aliados... España tenía un caudal de fuerzas importantísimo, que le convenía directamente a Alemania; al no concederle esos recursos, España se ha puesto frente a Alemania.

¿Cómo le será premiado a España este favor? He ahí un favor que reconocerán tácitamente algunos políticos extranjeros; pero a la hora de los beneficios, si hay lugar a beneficios, la misma condición tácita del hecho mantendrá a éste en una discreta ignorancia.

Pero es posible que Alemania no nos olvide... No olvidará este momento trágico y culminante en que España hubiera podido adquirir, de pronto, uno de los lugares más preeminentes. Desatemos, en efecto, los lazos de la imaginación y lancémosla a correr.

Con una preparación de media docena de años, España tendría algunos cruceros rápidos, una escuadrilla de submarinos y unas reservas de minas. El aspecto externo de la nación no habría variado; ni su Ejército ni su diplomacia ofrecerían motivo de sospecha o inquietud. De repente, en la hora precisa, veinte mil soldados se destacarían del campo de Melilla, entrando a ocupar Orán y siguiendo adelante; otros veinte mil soldados del campo de Ceuta correrían por la costa en busca de Casablanca; con un poco de dinero y una previa propaganda libertadora no sería imposible arrastrar contingentes moros contra la dominación francesa. En cuanto a Gibraltar, se le pondría, por la parte de tierra, un Ejército de asedio, y los submarinos, desde Ceuta y Cádiz, y cordones de minas en el Estrecho, y correrías por el Mediterráneo de los cruceros rápidos, hasta entorpecer, perturbar, las operaciones enemigas.

¡Con qué entusiasmo y con qué iniciativas hubieran secundado esta acción los ingenieros y los marinos alemanes! ¿Hubiera sido muy difícil cerrar el estrecho e inutilizar al Peñón? La guerra nos está enseñando que los pueblos pequeños bien situados geográficamente gracias a las minas, los submarinos y morteros, pueden osar acciones que antes les estaban vedadas. Entre tanto, ¿los perjuicios serían grandes...? Sin duda, algunas ciudades sufrirían bombardeos. Un Ejército tendría que luchar en los Pirineos; otro

Ejército distraería el ataque que viniera desde Portugal. Pero estando el enemigo tan acosado, la empresa de España no sería de ningún modo insuperable. Y como la guerra, contra lo que se proclama, no acabará con el aniquilamiento de nadie, porque nadie se dejará aniquilar, en el momento de la paz pasaría a ser España una potencia de primer orden. El ser potencia de primer orden trae consigo un aumento de crédito, facilidades para negociar, valorización de los productos nacionales, política robusta, derroteros definidos, aspiraciones concretas, ideales, propósitos, problemas que discutir, confianza en el propio valer, entusiasmo por la Patria, mayor hondura de pensamiento, mayor responsabilidad en las clases directoras...

Londres 7 Diciembre 1914

ABC, 26 de diciembre de 1914.

19.- Las sombras del pasado

En una vieja librería, junto al Museo Británico, veo, por fortuna, un puesto de estampas antiguas, todas revueltas, hacinadas. ¡Inexpresable placer de rebuscar los viejos grabados; mayor placer todavía el tropezar con sorpresas que nos sacuden el pecho con esa emoción íntima que tan bien conocen los anticuarios!

Entre un montón de paisajes grabados en madera, entre una confusión de retratos ingleses del siglo XVIII, repentinamente descubro una cara distinta a todas las demás. Es una cara española. Es uno de esos semblantes hispánicos que resaltan entre mil, con la profunda personalidad de todo cuanto ha visto la luz en España.

Separo la estampa, la saco fuera del montón, como en un acto de salvamento. Es un retrato español, no hay duda. Rostro alargado, barba luenga y prócer, ojos de recto y firme mirar, frente alta. Un semblante de puro corte siglo XVI; el siglo español podríamos llamarlo.

Al pie del retrato hay una inscripción: "Ferdinand de Toledé, duc d'Albe". Pero este no es un retrato normal y exento de malicia; al contrario, es una especie de pasquín tendencioso, utilizado para fines de propaganda. Así, por ejemplo, la figura del duque lleva como marco una orla complicada, dé hábil dibujo y de indudable fuerza. En la orla se

armonizan los siguientes emblemas ornamentales: una piel de lobo, sujeta por dos tibias humanas a manera de manto; una cabeza de lobo que corona el retrato en lugar de los yelmos usuales; una espada; un puñal desnudo; dos calaveras; un bastón de mando; una tea incendiaria. Debajo del nombre del duque de Alba se leen estos versos:

“D’un Monarque cruel ministre impitoyable,
Vainqueur du Portugal, bourreau des Pays Bas:
Amateur des gibets autant que des combats.
Et du sang innocent toujours insatiable.”

Debemos considerar los españoles, no sé si con orgullo o con tristeza, que hemos sido uno de los pueblos más odiados y, probablemente, el más infamado de Europa. De la categoría de esta estampa que ahora ven mis ojos, ¿cuántas se publicarían en otros siglos? La imprenta no ha tenido reposo y contra España ha lanzado Europa sus libelos llenos de un rencor insaciable.

Sólo hay un momento que podríamos llamar luminoso; es la hora aquella radiante y entusiasta en que los caballeros andaluces siguen el penacho de Gonzalo de Córdoba y realizan en Italia proezas increíbles. Entonces Europa, la incipiente Europa de aquellos días, se inclina ante la fortuna española, y nuestro nombre es invocado con admiración. Llega pronto Carlos V y sus brillantes hazañas añaden prestigio al nombre español. Todo va bien. Hasta que España tropieza con Francia. Desde entonces, nuestra Patria debe soportar el jugo amargo de todos los venenos, de todas las críticas, de todas las rivalidades. Véase bien y se comprenderá que la historia de España durante dos siglos es un duelo a muerte, un duelo entre España y Europa. En ese espacio de tiempo se nos hace la guerra de todos los modos; con la espada, con la calumnia, con el vilipendio. Se sacan de entre nuestros hombres algunos personajes que sirven como tópicos, como enseñas de guerra. Torquemada, Felipe II, el duque de Alba, y, allá en América, Pizarro y demás compañeros de conquista. En nada pone España la mano que no sea amonestada; nada hace que sea justo y humano. La campaña se lleva con tanto calor, que España pasa a considerarse como una cualidad monstruosa.

En ese duelo a muerte que riñe España contra Europa - y quizá, en esa angustiada ambición de España por incorporarse a Europa - nuestra Patria es vencida. Entran a reinar los Borbones. España está dominada. ¿Se le perdonará, por último? No, la estimación le será negada aun entonces. Estará vencida, aplanada, exenta de personalidad y de vigor; pero

el odio y la calumnia seguirán cayendo sobre ella. Si anteriormente los protestantes ingleses hicieron de España un tópico de execración, los enciclopedistas toman pie en nosotros para sus lucubraciones tendenciosas.

Pero en el siglo XVIII, que es decir el siglo borbónico, España carecía de aliento hasta para protestar. Sus hombres intelectuales casi le daban la razón a Europa cuando Europa nos acusaba. En cambio, los hombres del siglo XVII se defendían con altivez. Si se repasan los autores de aquel tiempo, saltan a cada paso párrafos ardientes, que demuestran el grado de irritación que había alcanzado la política entre Europa y España. En Quevedo y en Gracián, como en tantos otros, hay juicios valientes sobre las naciones europeas; el juicio que les merece Francia es definitivo: codiciosos, avaros, arrambladores del oro español, pérfidos y odiosos son los franceses para los articulistas del siglo XVII. En cuanto a los hombres del siglo XVI, éstos no se paran a discutir; éstos obran. Su opinión sobre las naciones europeas es simple y breve: alemanes y británicos, unos glotones y borrachos; italianos, unos canallas pintorescos; franceses, unos enemigos naturales a quienes hay que alancear.

¿Fue tan injusta España? ¿Fue de veras cruel e inhumana...? Cuando se mira la historia de las naciones el ánimo queda confuso al considerar tal suerte de vejaciones, de desatinos, de maldades. Se recuerdan con horror las guerras religiosas de Alemania; con espanto evocamos los crímenes de Saint-Bartelemy y las guerras civiles de Francia, las matanzas de hugonotes, el sombrío gobierno de Calvino, los excesos de los puritanos, los reyes que decapita el verdugo en Inglaterra, el fanatismo cruel que lanza a la emigración pueblos enteros.

Cuando se considera esto, vuélvense los ojos hacia España y encuentra uno que España, en efecto, ha pecado. ¡Su pecado consiste en su debilidad! Porque las naciones, como los perros, ladran al vencido. Lo único que disculpa un crimen es la virtud del triunfo. La victoria da la razón. Al triunfante no se le discute, se le teme; cuando más, se le discute entre dientes. Aunque se le odie, ¿qué importa? Mucho se le ha odiado a Inglaterra; pero su latente y continuo poder ha sabido graduar la categoría del odio: un odio respetable. Para los pueblos que caen, resta el odio sin apelación, sin grandeza.

Londres 1 de enero de 1915.

ABC, 25 de enero de 1915.

20.- Pesimismo y Dictadura

Mientras la Europa que sangra y muere se entrega al culto fervoroso de la fuerza, la voluntad y la vida, he ahí que nosotros, los únicos exentos del dolor de la guerra, nos abismamos en el más negro y lloroso de los pesimismos. Éste se ha acentuado con la última crisis política.

Ahora bien; ¿está completamente justificado nuestro pesimismo...? Sería útil estudiar hasta qué punto obran los artículos de fondo de los diarios sobre la mente de los literatos e historiadores. No olvidemos que nuestra política, girando en el vicioso turno de los partidos gubernamentales, deja siempre en la oposición, por lo regular hambrienta, a un bloque de personas que es materia obligada de pesimismo y procura legitimar y razonar su campaña negativa, demoledora. Tampoco debemos olvidar que en España viven robustos dos partidos antidinásticos, el republicano y el jaimista, incapaces de vencer, convencidos de su fracaso, y dirigidos, por tanto, en una ruta de negación sistemática. Así es como se forma, quizá en nuestro rededor una atmósfera de denso y, sin embargo, ficticio pesimismo.

¿Es el pueblo positivamente pesimista? Quien logra apartarse de las viciosas encrucijadas de Madrid verá en todas las regiones, y especialmente en los territorios del litoral, un auténtico vigor, un indudable progreso, un afán de vivir y de laborar. Obsérvase, en fin, un estado social que tiene, con todos sus defectos circunstanciales y relativos, verdadera energía y substancialidad. A esto se oponen las tristes palabras de siempre: emigración, hambre, caciquismo. Pero se trata precisamente de saber si esos tópicos no son acarreados por los oscuros y consecuentes artículos de fondo y por los manidos discursos de mitin y Parlamento. Los mismos célebres trenos de Costa, ¿hasta qué punto estaban influidos por el artículo y el discurso de oposición...?

Mucho se ha hablado en estos días de una crisis del parlamentarismo. Pero omitimos decir que la crisis parlamentaria no es un sujeto particular del país español, sino una evidencia universal o, por lo menos, europea. Unánimemente se han cerrado los Parlamentos en Europa. Ello significa, en efecto, que un Parlamento puede ser útil, o sea inocuo, cuando el horizonte nacional está despejado; en los momentos difíciles, cuando hay algo verdadero *que hacer*, el Parlamento, bien se ha visto, es una quimera y un estorbo.

Es incomprensible la actitud que toma nuestra política frente al parlamentarismo. Cuando Europa lo denuncia como nefasto o inservible, nosotros le otorgamos una

consecuente santidad. Era el momento hábil para dar de lado a un organismo que dificulta y estorba. Además, ¿estamos seguros de que el parlamentarismo, en su forma actual, ha podido penetrar en el alma de la nación? ¿Se ha nacionalizado, efectivamente, el Parlamento en España? ¿Lo ha digerido la Patria? ¿Resulta hoy menos pegadizo y extranjero que el primer día...?

Se habla de un poder personal... Es notorio, en cambio, que España ha tenido fuerza y razón evidentes cuando ha obedecido a una voluntad personal, llámese Cisneros, Carlos V, conde de Aranda, Prim. Pero esta cualidad no es privativa de España; corresponde a todos los pueblos. En Francia son Richelieu, Luis XIV, Robespierre los geniales dictadores que llevan la nación a extraordinarios destinos. La grandeza de Alemania y de Italia se debe a sus patrióticos dictadores.

No. Lo triste de nuestro caso no reside en la propensión al absolutismo y al régimen personal. Lo verdaderamente doloroso es que España ha carecido de dictaduras hábiles desde hace mucho tiempo.

En cambio, nuestro horror a la dictadura nos hace caer en otras servidumbres estériles y retardatarias. Por repugnancia al amo genial nos doblegamos ante el dictador subalterno, el dictador chico, el dictador de menor cuantía, el tipo del conde-duque de Olivares, de Godoy, de Calomarde... de Dato y de Romanones.

Suerte lamentable es la de un pueblo cuyos hombres eximios carecen de voluntad dictatorial. Reciente está la prueba de Maura. Los dioses le habían investido de virtudes benévolas: fervor, unción, patriotismo, sentido de la responsabilidad, ingenio luminoso, energía intelectual. Pero ante la línea trascendente que separa el mundo vulgar y legalista del otro mundo donde los grandes conductores de pueblos desatan sus alas poderosas, el Sr. Maura se detiene, titubea, cae... Ese es nuestro mal; que los eximios se asustan y los vulgares se atreven.

Y es lo cierto que España aguarda a su dictador desde hace años, desde hace siglos. Nos falta el capataz que coordine esta obra de nacionalización, puesto que son los capataces, desde el origen del mundo, los que facilitan la útil y buena consumación de las obras.

Cuatro años de una genial dictadura bastarían para darle a España un aspecto honorable. No se trata en nuestro caso de volver a la condición de gran potencia; ni podríamos, ni ha variado en balde la significación de los pueblos europeos. Pero un grado respetable y decoroso, una categoría de nación de segundo orden, un aprovechamiento de las caudalosas energías españolas, una organización seria de las fuentes intelectuales y

dinámicas que existen verdaderamente en España, todo eso es posible, es deseable, es probable. Todo eso se logra con cuatro años de un inteligente y fuerte gobierno personal. Pongamos, pues, un quinquenio, como quería Maura.

No ha necesitado Turquía un quinquenio para ponerse en una tremenda actitud bélica. Los pueblos cambian pronta y radicalmente cuando sienten la mano fervorosa y genial del hombre.

Por miedo, pues, de la dictadura, en España no aceptamos siquiera la dictadura del tiempo; dos años es el tipo de tiempo que parece prudente en nuestra política. ¿Qué puede hacer de positivo un Gobierno en ese plazo estúpido de dos años?

La corriente europea se dirige a buscar la dirección única, el gobierno de un hombre. Los aliados pugnan por encontrar la unidad que poseen, para su fortuna, los alemanes. Aquí los españoles hacemos reflexiones lacrimosas sobre la esterilidad parlamentaria. ¡Faltan hombres!, se grita; pero lo que falta en realidad es un hombre. ¿Falta un Gobierno!, y lo que hace falta es un dictador. ¡Vivimos bajo un poder personal!, y precisamente carecemos de un hombre personal. Si preguntamos al país, ese país que vive al margen de la politiquería, él nos responderá con sencilla convicción: Hace falta un hombre.

Tenemos, es verdad, muchos hombres: pero nos falta el hombre. Ni siquiera hombres; hombrecillos.

ABC, 27 de diciembre de 1915.

21.- Un nido separatista

Frente al poético claustro de la catedral de Barcelona, en el sitio que representa la acrópolis de la ciudad, está instalado el “Institut d’Estudis Catalans”. Yo he estimado útil visitarlo, y, al efecto, me ha servido de amable guía el joven poeta y consumado erudito D. Manuel de Montoliu.

La impresión externa que produce el “Institut d’Estudis Catalans no puede ser más recomendable. Se observa allí verdadero orden, amor silencioso al trabajo y cierto lujo en las instalaciones. El visitante adivina, detrás del Institut, la existencia de un alma organizadora que no repara en gastos, que hace uso liberal del dinero.

Pero la impresión interna, lo que se refiere a la honda significación del Institut, ya no es tan halagüeña. Vemos ahí una obra consecuente, sistemática y sagaz que utiliza todos los sentimientos particularistas seculares, todos los instintos de rebeldía local, todos los impulsos de secesión lingüística, literaria, ideológica; espiritual, en suma. Es ahí donde se está fraguando el arma de separación más evidente: el idioma.

Me han mostrado galantemente toda la casa, y he visto arriba, en el piso superior, el gabinete que pudiéramos llamar catalanista. El estudio y la purificación de la lengua catalana está llevado, efectivamente, por exactos procedimientos científicos. Una perfecta instalación de aparatos fonéticos, introducidos de Francia y Alemania. Varios jóvenes estudiosos fueron enviados al centro de Europa para adquirir la técnica y el practicismo, y ellos se encargan hoy de realizar las experiencias en el Laboratorio de Fonética Experimental. Consta el Gabinete de varios aparatos curiosos, como son el *Kimógrafo* y el *Patógrafo*, que sirven para apreciar y retener en discos adecuados las distintas modulaciones de la voz humana, los múltiples matices de las vocales y las diferencias dialectales de la fonética catalana en Cataluña, Valencia, Baleares, Cerdeña y Rosellón.

Por otra parte, en esas mismas oficinas se está labrando el Gran Diccionario de la Lengua Catalana, que comprenderá todas las formas dialectales, y ha de ser como una enciclopedia de Cataluña. Se ha empezado por el espurgo e impresión del diccionario, verdaderamente copioso, que dejó inédito el docto filólogo Mariano Aguiló.

Se ha transformado, pues, considerablemente la lengua catalana. Los jóvenes escritores catalanistas suelen hacer burla de aquellos ingenuos Juegos florales de antaño, en que la lengua aceptaba tímidamente ciertas concomitancias castellanas. Se reconoce, es verdad, el buen servicio que prestaron aquellos Juegos florales a la causa del renacimiento catalán; pero hoy se desdeña el sistema. Ahora, mediante la ayuda de un empaque científico y pedante, logrado en Alemania y en París, los escritores procuran decorar lengua con un aparato abrumador. Cuando se les ve así afanados, parece que se tratara de un idioma profundo, y, sobre todo, trascendental y utilísimo a la ciencia, como es el vascuence. (Ese idioma que interesa de veras y fundamentalmente a España, a Iberia.) También parece que se tratara de un idioma matriz como el germano, receptáculo de una cultura universal.

En esos gabinetes filológicos catalanes, como se comprende, no realizan sus adeptos una obra desinteresada y científica. Por dentro ronda la política. Se procura en primer término robustecer el principal agente de separación: el lenguaje. Mediante el lenguaje, Cataluña podrá pensar, o cuando menos matizar, su idea distintamente que el

resto de España. Hácese, al efecto, lo más difícil posible ese lenguaje catalán. Se le quitan todas las intromisiones que el castellano habla logrado allegar en dos siglos de influencia.

Pero los filólogos catalanes habían encontrado a su lenguaje en una posición medioeval. Era un lenguaje contemporáneo del poema del Cid, que no podía desenvolverse más que en una dirección puramente dialectal; y poco a poco, realmente, el catalán, que fue un idioma en su día, pasaba a ser un dialecto castellano. La gente introducía modismos, palabras, inflexiones de Castilla. El catalán se subordinaba lentamente, y contra esa tendencia aproximadora se levantan los innovadores.

Primeramente se esfuerzan en reavivar los elementos adormecidos del habla que latían aún en las aldeas. Después, para encarnecer la osamenta medioeval del idioma, arramblan con todos los términos hábiles que pueden hallar en los idiomas cultos. Nada de castellanismos; entran a saco en el francés y el italiano, y con esto se sienten felices. Así *fabrican* un idioma, científica y mecánicamente. Han trastornado la gramática y la ortografía, complicándolas mucho, para que sean más difíciles. En vez de *paraula*, dicen *mot*, y son así dichosos. Hasta tal punto, que algunos lectores de la *Veu de Catalunya* se quejan del nuevo lenguaje; no lo entienden casi.

Ha de verse, por tanto, en el catalanismo una tendencia tradicionalista, más reaccionaria que conservadora. Las clases ricas de Barcelona, frente al obrerismo confuso, grosero y cosmopolita, que es una consecuencia de la codicia y del desarrollo fabril, reacciona en un sentido tradicional, medioeval y campesino. Reproducen la vida antigua por medio de las sardanas, y creen que han vencido el problema. Es como los grandes capitalistas bilbaínos, que, después de producir el hacinamiento obrero forastero, reniegan de él, subvencionan el bizcainismo y se consuelan ante el baile pastoril del *eskudantza*.

Las clases ricas de Barcelona reaccionan ante el conflicto social en un sentido localista, egoísta, sin abordarlo en un sentido universal y, desde luego, nacional. Creen que basta romper con Madrid y con los castellanos para que Cataluña se restituya al régimen medioeval de los gremios, las procesiones y los dulces bailes campestres. Pero autónomos o separados, siempre se encontrarían con el monstruo social.

Aunque de esencia conservadora o reaccionaria, el catalanismo representa un valor destructivo y nihilizante. Destruye y niega el gobierno de Madrid, la unidad española, la política grande y común. Por eso han secundado a Cambó ciertas voces de la extrema izquierda, los socialistas y anarquizantes. Estos ven en el catalanismo una fuerza destructiva, negadora del Gobierno nacional y de la idea de la Patria grande, unida y fuerte. Ambos coinciden en el fondo corrosivo y negador, como un ácido disolvente. Quieren

destruir, para que de la disolución quede a flote Cataluña, una sólida, íntegra y fuerte... Pero entonces se encontrarían siempre con el monstruo social, su colaborador en la obra destructiva.

ABC, 22 de junio de 1916.

22.- Viaje a Cataluña. ¿Qué piensan los intelectuales?

En el Paseo de Gracia, columbro la figura un poco tartarinesca de Jaime Brossa, y corro a saludar al viejo amigo. Pronto, claro es, nos hemos trabado en una discusión sobre el tema obsesionante del catalanismo. Y el señor Brossa, que vuelve de Londres, me manifiesta su sentir de esta manera: “Ya es tarde para ciertas conciliaciones espirituales... Queremos vivir en catalán, queremos vivir nuestra vida, la nuestra... Mi criterio es que en Cataluña debe declararse la cooficialidad de los tres idiomas: el catalán, el castellano y el francés...”

(Si yo trato de reflejar ciertos aspectos de la idea catalanista, necesito insistir en el fundamento de mis propósitos ideales, desligados de poso partidista y sustancialmente sintéticos. Con todo esto, yo sé que me aparto de la camaradería de mis colegas los escritores. Los escritores españoles, en su mayoría, son adeptos de los aliados; como los germanófilos son, a su vez, patriotas o patrioterros, entre los escritores hispanos existe algo como un íntimo despego por el patriotismo, por el patriotismo español, se entiende, y no por el de Francia e Inglaterra. Así, el escritor que habla mucho a favor de España está seguro de ganarse enemistades. Lo *popular* es el sistema contrario. Pero hasta que no pasen las actuales circunstancias debemos resignarnos a nuestra suerte los que ponemos nuestro fervor por encima de la *popularidad* de las masas literarias.)

Después de oír a D. Jaime Brossa he querido escuchar la alta opinión de Xenius, uno de los escritores modernos más interesantes, sutiles y cultos. Estaba Xenius en su gabinete de trabajo del Institut d'Estudis Catalans. Amable y ameno como pocos, investido de ese aire sagaz y cortés que proporcionan los viajes a las personas cultivadas, Xenius ha departido conmigo de diversos temas generales. Pero, atraídos por el tema catalanista, el Sr. Xenius me ha expresado al respecto lo que sigue:

“Los escritores catalanes deseamos incorporarnos a Europa; queremos que Cataluña sea una provincia de Europa, y que nuestros poetas, filósofos y hombres de

ciencia tengan un puesto habitual en la vida europea. Para conseguirlo se dirigen nuestros esfuerzos. Si España quiere acompañarnos a esta incorporación europea, iremos juntos: si no, Cataluña irá sola. En cuanto a la unión ibérica, entendemos que existen tres Españas: la España propiamente dicha, Cataluña y Portugal. Pueden unirse federativamente, siempre que el asunto le convenga a España (la España de Madrid). Estas resoluciones caen dentro de la acción de unas cuantas personas dirigentes; en cada país hay cien de estas personas; ellas producirán el cambio y la innovación, siempre que España acepte la nueva forma de nacionalidad *cooperativa*.”

Tales son, en líneas generales, las ideas que el Sr. Xenius ha tenido la bondad de exponerme; no son personalmente y exclusivamente tuyas, sino la forma de pensar de los intelectuales catalanistas.

Estas ideas, como se ve, confirman el fondo de mis artículos: los catalanistas se substraen a la inmersión en el ser de España; los catalanistas quieren la separación orgánica o biológica, y sólo aceptan la convivencia diplomática y aduanera, al modo del Imperio Austro-húngaro. Entienden el imperialismo en una forma *oriental*, o sea, la unión bajo un mismo Rey, Emperador o presidente; un imperialismo que puede separarse cuando las circunstancias lo requieran. No es el imperialismo *occidental*, europeo, de fusión e identidad, como el romano, como el alemán, como el mismo de Norteamérica. En una palabra, los catalanistas quieren reservarse para sí propios los políticos, los escritores y los sabios. Desean excluirse de la vida política e intelectual de España. Esto es, la forma federativa de separación, al modo húngaro; no es de ningún modo la cooperación fusionada de Alemania y los Estados Unidos, en donde no existen una literatura o una filosofía bávara o californiana, sino cultura y ciencia alemanas y yanquis. Aún es mucho menos la fusión abnegada de los antiguos estados italianos.

Yo no dudo de que esas cien personas aludidas por Xenius, puedan realizar incluso la separación completa de Cataluña. Las cien personas existen, y ellas trabajan con ardor, y han logrado en mucha parte su objeto. Pero este régimen dictatorial de las minorías literarias, ¿no nos retrotrae al siglo XIX? Recuérdese que el siglo XIX, muerto en esta guerra, fue el siglo de las dictaduras literarias, el siglo que se proponía poner inmediatamente en práctica *todas* las lucubraciones artísticas o filosóficas. Ese siglo teorizante y dictatorial no hacía caso de la ley de la naturaleza; obedecía a los impulsos de gabinete y cátedra. Llevaba la república a los indios del Ecuador o del Paraguay, introducía el parlamentarismo en Persia y en China, reformaba la arquitectura según el plan llamado modernista, casi llegó a sancionar el *cubismo*, y consumó en la práctica del puñal y las

bombas las últimas conclusiones del anarquismo. El siglo XIX es el triunfo de las dictaduras intelectuales; el éxito de las cien personas sobre la masa, o sea contra la Naturaleza y la realidad. Los catalanistas insisten en ese sistema de los cien. Yo creo, modestamente lo digo, que se han parado en el siglo XIX.

Esta idea de retraso, dentro de la apariencia *futurista*, la he visto palpablemente en ciertos edificios *revolucionadores* del ensanche barcelonés, en la iglesia de la Sagrada Familia y en el Parque de Güell. Todos estos edificios, que parecían el colmo de la innovación, hacen ahora un efecto trágico; pasado el instante de *modernidad*, se muestran como muecas ridículas, estrafalarias... Y la vejez que el sol y las lluvias añaden a sus piedras y adornos aumenta el efecto ridículo; se diría unas pobres viejas luciendo ricos y feos trajes pasados de moda. Es triste pensar que las innovaciones de los cien, en política y en literatura, pueden dar el mismo resultado.

A veces pienso que a Barcelona le falta un cierto peso, una especie de gravedad, de densidad. Flota con demasiado vuelo juvenil. Padece acaso una hipertrofia literaria. Está llena de anhelos geniales, y su cosmopolitismo comercial le sugiere la ilusión de que con facilidad se ha de sumir en el centro espiritual de Europa. Ya me lo decía Xenius: “Nos incorporaremos a Europa, haciendo que nos oigan, realizando *actos geniales* en literatura, arte y ciencias...”

El peso y la densidad que necesita Barcelona es en España donde debe buscarlos. España, substancia histórica y eterna, les nutrirá a los intelectuales catalanistas de una calma, de una desconfianza, de una gravedad indispensables. Las tres grandes naciones latinas poseen la virtud del contrapeso en otras regiones más densas, graves, desconfiadas: así, el Midi francés se halla contrapesado por la densidad por la densidad del Centro y del Norte, y lo mismo pasa en Italia. A Cataluña le interesa apoyarse en Castilla y en el Cantábrico para lograr la medida y escapar a la propensión a la fácil embriaguez.

Si en el curso de estos artículos ven los catalanistas un agrio desamor por Cataluña, seguramente se equivocan. Considero a Cataluña como la más hermosa realidad de España, y me admiran y entusiasman sus cualidades. Pero creo que España no corre tan presta como debiera, precisamente a causa de la inhibición, de la separación de los catalanes. Ellos poseen una aptitud para la política que deberían ingresarla en el fondo español, para vivificar a España. Los escritores y artistas vascongados han ingresado en el acervo español y parece que algún prestigio han aportado han reportado a España. Imaginemos a Unamuno escribiendo cosas provincianas en el periódico *Euzkadi* y Baroja haciendo

cuentitos bucólicos en la revista *Euscal-Erría*. Imaginemos a Pi y Margall como secretario de Prat de la Riba, y a D. Antonio Maura como concejal regionalista en Palma de Mallorca...

Ahora imaginémonos que Prat de la Riba es ministro de Instrucción Pública en Madrid, y Cambó ministro de Fomento, y Musitu, de Gobernación; imaginemos que el dramaturgo Iglesias estrena en Madrid sus obras en castellano, y Xenius escribe sus artículos en los diarios de Madrid, y Alomar, y Carner, y Liost, y Picó y otros muchos componen sus versos en castellano... Entonces España se sentiría agrandada y reformada. ¿Por qué no aventuran esta prueba? ¿Acaso porque, efectivamente, su fervor catalán les impide robarle a Cataluña la flor de sus ingenios? ¿O quizá, quizá, porque la prueba de Madrid es más difícil, porque Madrid es más resistente, porque en la provincia resulta más fácil jugar al juego de la genialidad?

ABC, 25 de junio de 1916.

23.- Maura

A las manos del viajero ha llegado un libro todavía sin abrir. Y mientras vuela el tren por esas deliciosas encañadas de Guipúzcoa, con el cuchillito voy rasgando los pliegos del volumen reciente. Un bibliómano de raza tiene el apetito impudoroso e inaplazable; lee en cualquier momento y en todo lugar, sin ningún respeto a las gentes, al paisaje ni a la vida universal, con un egoísmo algo repugnante. Yo no soy bibliómano, y ante una bella función de la Naturaleza el mejor libro me resulta insípido. Pero esta vez triunfa la curiosidad, y los pueblos y boscajes del camino tienen que someterse a la imposición del nuevo volumen que tiembla, como estando vivo y caliente, entre las manos.

Antonio Maura: treinta y cinco años de vida pública. Tal es el título de esa recopilación selecta y afortunada que acaba de imprimir con verdadero lujo y rara inteligencia D. José Ruiz Castillo.

Los discursos, las frases, las polémicas y los pensamientos de D. Antonio Maura, que llenan el libro, en pocas partes hallarían, para leerse, mejor escenario que aquí, tierra densa en poblaciones, en fábricas, en civismo vital y en empuje progresivo. Todo vibra alrededor del tren; van pasando los sembradíos y los manzanares, los palacetes y las fundiciones, los talleres y las villas numerosas; el país es como si alentara visiblemente... Y mientras tanto, al ritmo frenético del tren en marcha, los ojos recorren las páginas del libro

y se las siente alentar también a ellas con la respiración varonil y energético del gran político español.

La cualidad eminente de Maura es su poder de sugestión. Pero al tener reunidos sus discursos, al leer sus ideas bien trabadas cronológicamente, y sintiendo un poco la coacción de toda obra seleccionada y naturalmente apologética, entonces la sugestión del gran político nos agarra con fuerza increíble y vemos, en efecto, agrandarse desmesuradamente la figura de Maura como una real figura histórica.

¿Todo esto ha dicho D. Antonio Maura? ¿Todos estos proyectos y soluciones han partido de su mente? ¿Esta inmensa copia de luchas nacionales y de visiones idealistas forman el índice de una vida sacrificada en favor de un abrasado patriotismo? Tal se piensa, con emoción y asombro, al repasar el libro de Maura.

He ahí un hombre vibrante y apasionado al que no se puede considerar con frialdad. Es el hombre arrebatado, diremos inspirado, que se mueve en el campo de la política como una constante y fatal inquietud. Nacido en la suave Mallorca, representa, sin embargo, el ímpetu desordenado y la pasión iluminada, brusca, rebelde, que distinguen al carácter puramente español. Al compás del tren vertiginoso, frente a las montañas boscosas, el libro habla, grita, tiembla.

“Yo no confundo la ciudadanía con la delincuencia ni la libertad con la impunidad de los delitos y en cuanto vosotros no juguéis con el doble concepto de las izquierdas y de las facciones en cuanto os acojáis a las leyes y abominéis, como yo, del delito político, estaremos tan conformes que creo que *muchos tendrán que correrse hacia la izquierda para venir donde estoy yo...*”

Este es el tono resaltante de este hombre extraño: el fuego, el golpe, la arremetida impetuosa al enemigo, el orgullo soberbio del que pisa firme en el terreno inatacable de la austeridad. Y lo de menos sería la austeridad cotidiana del simple hombre de bien; aquí se trata de la suprema austeridad de la intención, del propósito, del fin. La austeridad de quien pone la ciudadanía, las leyes y las Patria por encima de todo estímulo sensual, y está pronto a cumplir su palabra y la cumple.

Claro es que tal conducta no puede fracasar. Una vida tensa, vigilante, exaltada, ha de rendir necesariamente el fruto más deseado: la expectación universal. Y si recorremos la lista de los grandes políticos contemporáneos, entre los nombres yanquis, ingleses, franceses o alemanes, tendremos que poner el nombre de Maura.

Hace algunos años, cuando la curiosidad andariega me llevó a la Argentina, escribí en cierto gran periódico de Buenos Aires, un artículo acerca de Maura; no precisé

introducción más diligente en aquel público cosmopolita; el artículo sobre Maura me concedió la amistad de unos lectores para los cuales nuestro político tenía un interés extraordinario.

Otra vez viajaba yo por las breñas de la sierra de Guadalupe, país remoto adonde llegan mitigados los afanes del mundo. Estando en el pueblo y monasterio de Guadalupe, me extrañó la vida tranquila y humilde de aquellas gentes, que hablaban de los problemas españoles y universales con un aire particular, como de sucesos lejanos, históricos. La misma guerra actual tomaba en labios de aquellos buenos hombres un tono de inactualidad. Conocían de los hechos, los fenómenos y las personas solamente lo esencial, lo resaltante, lo trascendental. Y todo lo juzgaban con un buen juicio realmente admirable. Pues bien; cuando aquellas razonables gentes querían encomiar los méritos del monasterio de Guadalupe; cuando, orgullosas, se referían a las ilustres personas que habían visitado el hermoso sitio, exclamaban suficientemente: “Ya ve usted; aquí estuvo Maura...”

He ahí un anticipo de la Historia pronunciado por los ingenuos y videntes guadalupeños. Porque el tiempo pasará, y entre la fuga de las celebridades de un día, ante la eliminación de tanto personaje cotidiano, las gentes de otra edad pronunciarán todavía el nombre de Maura, no sabemos si para elogiarlo o para reprobarlo, pero, sin duda, con vivo interés.

Pero... en este libro de Maura se insinúa acaso con creciente fuerza un sentido que llamaríamos hebreo. Aparece, efectivamente, en D. Antonio Maura, el hombre, no ya despechado o irritado, sino aún peor, desalentado. Y toma el tono de los profetas, el tono temible de Jeremías, la voz descorazonadora de quien empieza a esperar sólo en una voluntad milagrosa. Llega, pues, para Maura y su partido la hora peligrosa; un poco más de tiempo en la oposición, y el maurismo sería una fuerza más de oposicionismo mesiánico; una fuerza negativa y lacerante en el corazón de España; una inercia pesimista como el republicanismo revolucionario y el carlismo intransigente... Conviene a todos detener la caída hacia la negación hebrea de ese gran volumen político español que es el maurismo. Una etapa de gobierno aerea y vivifica a los partidos, los hace aptos para la afirmación y la esperanza y los salva de la terrible función del criticismo sombrío y sistemático.

San Sebastián, Julio 1917

ABC, 18 de julio de 1917.

24.- El futurismo conservador

El mesianismo revolucionario, como decíamos anteriormente, se infiltra a manera de morbo en las capas intelectuales, y presta a España esta situación de constante *espera*, de perpetuo *aplazamiento*. Según los mesiánicos, España no es una realidad, es una cosa transitoria que podrá llegar a ser mañana, cuando un nuevo orden de valores y un nuevo régimen, previa una catástrofe, eleve al Poder a los reformadores.

En esta situación de paréntesis se encuentra verdaderamente España durante todo el siglo anterior; carlistas y republicanos mantienen la nación en continua zozobra, y aunque el pueblo saca de su fondo eterno y denso la aptitud de vida, de perduración y hasta de prosperidad la nación, como concepto político, se disminuye visiblemente, y queda rebajada de un modo positivo en la valoración internacional. Todos los días salen de las Universidades y los Ateneos gentes mesiánicas que repudian las esencias del hoy para encomendarse a la promesa del mañana. En la inactividad, en el ensueño, en el ocio y en el rencor, sucesivas juventudes hacen todos los días más débil cada vez el concepto práctico, actual, de España, y ayudan a empequeñecer y desvalorizar a España.

Dañados de pesimismo, roídos de soberbia, irritados contra la realidad visible española, van aumentando el nivel de rencor y de desaliento que anega sus pobres almas. No quieren conceder nada a su Patria, porque entonces ellos mismos inutilizarían el fondo de su sistema negativo y mesiánico. España es un paréntesis, un aplazamiento, una espera; tiene que venir la catástrofe para que ellos gobiernen; cuando ellos gobiernen, una gran luz radiante transformará bíblicamente la superficie y las honduras de España.

Con una insistencia de fiscal se apresuran a reunir todos los datos negativos; si les falta materia en el país recurren al extranjero; una a una van atesorando las *pruebas*, con todas las calumnias y todos los vanos testimonios; y en posesión de una larga bibliografía, se afirman en su actitud de fiscal rencoroso. Determinan, pues, que España es un pueblo imbécil e inhabitable, al cual es preciso cambiar absolutamente...

¿Consideraremos siempre malvados a estos fiscales de su Patria, estos pesimistas, negadores, catastróficos, mesiánicos y revolucionarios? Muchas gentes de buena fe y positivamente patriotas siguen esas doctrinas por un exceso de credulidad, de impaciencia reformadora y de sugestión literaria o política. Hay otros a quienes guía la frivolidad, puesto que parece bien y viste mucho una postura de negador y de revolucionario. En efecto, muchos señoritos aprenden pronto la lección y saben decir de corrido: “Este es un país que

no tiene salvación. Haría falta cortar cien cabezas.”. Otros piensan así: “Ya que hemos convenido en la inutilidad española, salvémonos siquiera nosotros.” Y añaden: “España no existe”. Con lo cual, en el fondo, quieren decir que ellos personalmente son una excepción; ellos sí que existen, porque son mentes liberadas y excepcionales.

Hay otros a quienes turba una ambición incumplida, y en secreto desearían que viniese una catástrofe, para poder ellos levantarse a las altas esferas. Otros, en el caso actual de la guerra, sienten un odioso despecho contra España porque no ha querido sumarse a la gran cruzada de la libertad de los pueblos. Finalmente, ahí están los fracasados, los infinitos hombres rotos, los parásitos de café, los vocedores de tertulia, los que no cumplen sus mínimos deberes personales, los que trabajan poco y mal, los que no medran por incapacidad intrínseca, los caídos, los impotentes: todos son negadores catastróficos, agoreros, sembradores de pesimismo, revolucionarios.

Y mientras tanto, se corre hasta los subterráneos del pueblo ese mesianismo catastrófico, esa idea de la irrealidad de España y del aplazamiento.. El pueblo absorbe esta envenenada doctrina y todos los malos instintos se sublevan y fermentan. El sentimentalismo obrerista ayuda a trastornar y remover los posos populares amenazando con hacer imposible el equilibrio social. Acaso nos esperan en España aquellos ejemplos de París, cuando en el furor anarquista y sindicalista cualquier cargador beodo se permitía increpar en plena calle a un ciudadano bien vestido con la injuria de *sale bourgeois*. Acaso se remueve para muchos la melancolía de Jovellanos, quien escribe en su diario, al pasar de viaje por la Rioja, estas notas del siglo XVIII: “Buenas huertas, todas en arriendo; ningún propietario rico puede cultivar la suya; nada cogería, porque todo se hurta: la fruta, la hortaliza, los gallineros, cuanto hay. Esto, ¿qué es? Un pueblo de miserables jornaleros, que gastan cuanto trabajan y perecen en el descanso; que, pendientes de pocos ricos propietarios, envidian su fortuna y se irritan de compararla con su miseria...”

Si el autor de estas líneas se le titula ministerial y conservador, no le inquietará nada; él se considera un *liberto de los prejuicios del siglo XIX*. Admitamos la evidencia del siglo en que vivimos; un nuevo siglo exige nuevas palabras. ¿Qué sentido tiene ahora la palabra conservador? ¿Podremos adormilarnos siempre en las frases de discurso ateneísta o parlamentario?

Conservadores somos todos cuantos pretendemos salvar el armazón social y defenderlo contra la amenaza de la plebe turbulenta y terrible. Queremos salvar el contenido de la civilización y restituirle a la vida su sentido legal de cosa perdurable, lógica, equilibrada. Frente a la amenaza de los instintos subterráneos, no vale desertar por un vago

sentimentalismo obrerista. Además, ¿se trata de sentimientos? ¿No es el propio socialismo positivista el que más obstinadamente insiste en quitarle a su empresa un sentido sentimental? Ellos repiten que no quieren compasión, sino el triunfo. Rechazan a los poetas y los soñadores, a los cándidos y sensibleros. Quieren el Poder, sencillamente, para reformar el mundo a su manera. Han planteado fríamente la cuestión: lucha de clases. Entonces, ¿qué tiene que hacer el sentimentalismo? Si consistiera en un movimiento cordial, religioso al modo de los albores del Cristianismo, difícilmente lograríamos sostenernos alejados de la seducción; pero el movimiento socialista es cada vez más una *lucha de clases*, francamente materialista, fría, egoísta. La lucha es ineludible. Contra la amenaza de la plebe, los que aman la civilización en todo su contenido de cultura y de sentimientos tradicionales necesitan llamarse conservadores. El siglo XIX ha pasado ya, con sus infinitas clasificaciones políticas, que hoy resultan pueriles; hoy solo se explica en realidad la separación de conservadores y revolucionarios.

ABC, 13 de octubre de 1917.

25.- El tono catalanista

Definitivamente antipático; tal es el tono del catalanismo. Se ha querido hacer del autonomismo integral una cuestión de ideas, hasta de conveniencias; los caudillos barceloneses han intentado exponer un plan de realidades biológicas que habían de beneficiar a la Gran Iberia, y que, como Dios del caos, crearían una España nueva... Todo en balde. Lo único que triunfa siempre es el tono, espíritu verdadero de las cosas, y el catalanismo se ha presentado irremediabilmente lleno de antipatía.

Comerciantes al fin o influidos del comercialismo barcelonés, los caudillos catalanistas han ensayado a su hora alguna especie de disimulo, dándose cuenta de la asfixiante antipatía que los rodeaba; pero la fuerza integral, casi monstruosa, de su antipatía hace inútiles todos los esfuerzos. Sobre las tentativas, los disimulos, las reservas mentales, la antipatía es lo único que ha triunfado en este negocio.

El tono catalanista posee todos los atributos negativos. Es pedante, es altanero, es ofensivo, es jactancioso, es falaz. Ofende, irrita, molesta, abruma y fastidia. Engaña cuando

acepta unas carteras para sus caudillos; se burla cuando abandona los ministerios a la suerte de una crisis; se ríe de los españoles como de seres despreciables.

La voz catalanista produce ese temblor nervioso tan difícil de reprimir. Sin embargo, la paciencia española ha sido esta vez infinita. Se les ha oído todo, todo... Entonces ellos, juzgando con un criterio de comisionista, han supuesto que los españoles, en efecto, eran unos pobres diablos. Su mentalidad provinciana y mercantil es inepta para comprender cuanto haya de macerado, de íntimamente superior, en los pueblos que durante muchos siglos mantuvieron el trato y el rango de la política universal.

El error cardinal del catalanismo reside en no haber podido distinguir la insalvable distancia que separa a lo español de lo catalán. Los catalanistas, los propios jefes, se han ofuscado ante las simples apariencias de los fenómenos. Han oído el tintinear de las monedas de las Ramblas, les ha deslumbrado la magnitud de Barcelona, y entonces, como el último de los viajeros de comercio que compara la quietud del pueblo castellano con el movimiento ratonil de Sabadell, los catalanistas han llegado a creer en la positiva inferioridad de lo que llaman España, por oposición a Cataluña.

España es una cosa que ha sido grande, que hoy mismo es considerable y que mañana puede volver a ser mayor. Aun renunciando a las sospechas de futura grandeza, España quedará en el mundo como uno de los pocos hechos que pesan siempre. Esta sí que es una realidad, y bien biológica. Se puede borrar de la cuenta de la vida a Marruecos, a Turquía; pero a Italia es imposible borrarla, ni a Francia, ni tampoco a España. Es porque el volumen de su cuerpo histórico se hace invulnerable a la descomposición, y porque una civilización completa, honda de espíritu y rica en acciones universales, es eterna. La nación griega que hoy contemplamos está creada por nada más que por la fuerza del prestigio, sólo por la virtud del nombre de una Hélade que dejó de existir hace veintiún siglos.

Cataluña es sólo una “expresión regional”. No vale poner en limpio los viejos pergaminos, ni hablar de la nación soberana que fue, ni del idioma, ni de las empresas medievales; Cataluña es una expresión regional, como es regional su idioma, como sería siempre regional su cultura. Lo característico de Cataluña es su propensión a lo regional. Era región aragonesa cuando más alardeaba. Y el nombre de catalán tuvo y tiene la significación subordinada de lo que va adscrito a otro poder y a otro rango superiores. Decir catalán es como decir maltés, mahonés, marsellés, gascón. No hay duda de que todos esos pueblos poseen una personalidad: pero es una personalidad subordinada. Tienen un sello regional muy distinto al de los otros pueblos nacidos para ser Estados. Este es el caso de Castilla. Su instinto político tiende a la unificación, a la universalidad y a la grandeza.

Mientras la política catalana ha tendido a la disgregación, a la pequeñez. Valencia y Mallorca, con sus dialectos y virreinos, muestran la capacidad política de Cataluña.

Los catalanistas no han podido captar el ánimo de los españoles, porque desde el principio estaban equivocados. No comprenden: este es su mal. Han creído del todo las estupideces de los pensadores de la corte de Pompeyo Gener, y como cualquiera de los socios que acuden al “Centre de Dependents” admiten, en efecto, que los “castellanos” son unos seres despreciables.

Prodigando dinero, adquiriendo periódicos, aliándose a cuantas fuerzas anárquicas bullen en España, ninguna simpatía logran conquistar. Tienen un tono hiriente que los rechaza. Verdaderamente es preciso poseer un temperamento bien “masoquista” para soportar ese tono.

ABC, 26 de febrero de 1919.

26.- La propiedad espiritual es lo que más peligró en el bolcheviquismo

Antes de poner la pluma sobre el papel, los ojos han podido admirar fugitivamente el *Discóbolo*, que ahí, adosado a la estantería, hace en el fotograbado su elástico, su armonioso, su plenamente bello gesto. La escultura griega preside en calidad de jefe y divisa la multitud de los libros. Es como una enseña del más alto ideal estético, por cuya virtud cobra un íntimo y fervoroso afán el modesto gabinete e trabajo.

Frente al *Discóbolo* griego muestra la *Primavera* del florentino Boticelli su divina frescura y su encanto renaciente. De sus flores y sus pomas, de sus aéreas doncellas y sus serenas actitudes de danza surge una emoción juvenil, para la que el hombre de gracia todavía resulta insuficiente.

Y l otro lado, frente a la luz, un príncipe de Velázquez repite su postura magistral, con su escopeta francamente apercebida y el lebril de dulces ojos a sus plantas. Árboles oportunos, ricos guantes, manto varonil, todo en la eximia figura es noble y elegante.

Cuando la mirada ha concluido de volar de uno a otro grabado, y después de que el espíritu ha absorbido las esencias de tres civilizaciones, que virtualmente forman una sola, el ánimo queda perplejo y un poco triste, porque una duda sinuosa viene a visitarle.

¿Podrá, en efecto, el hombre poseer de nuevo la aptitud creadora y el entusiasmo fervoroso que exige la parición de esas obras? La gracia, la nobleza, el afán de una divina armonía, con todo lo inefable que llevan en sí tales producciones, ¿volverán a ser para el hombre un fin absoluto y algo que llena por completo las vidas más levantadas y exigentes...?

En la calle truenan los automóviles y los tranvías. A través de los cristales contemplan los ojos consternados cómo se levanta un palacio de estilo difuso, con tirantes de hierro, aleros postizos y paredes de cemento armado. Un periódico rueda al suelo, y antes que los ojos puedan apartarse con repugnancia, los llamativos rótulos gritan los anuncios de su contingente y atolondrada literatura. Huelgas, *lock-out*, sindicalismo, cinematógrafo, *trusts*, mercados de comercio, mítines. Y además diversas lucubraciones sobre las bases que conviene establecer para la sociedad futura. (Cada ciudadano tiene hoy en su poder unas bases por las cuales será rectificada la obra absurda, criminosa, ininteligente, que nos entregaron las infinitas civilizaciones).

Lo que bulle en nuestro contorno se aleja tanto de aquel ideal de vida que creó, por ejemplo, el Discóbolo, que el ánimo se estremece y piensa en la probabilidad de un larguísimo período de barbarie más o menos dorada. ¿Cuándo volverá el hombre a sentirse solicitado por propósitos meramente y platónicamente espirituales? El ocio, en su acepción más amplia, se aleja de nuestro mundo chirriante cada vez más. Y una civilización que no posea el sentido del ocio resulta vana para una integral cultura.

Lo que del sindicalismo pone especialmente pavor en el alma es su sentido de utilidad a todo trance. Asigna a la vida del hombre una única e insuperable función biológica, en sus términos más animales. Su ideal de justicia se detiene en la simple aspiración de una perfecta igualdad ante los honorarios. Prevé todas las bajas exigencias del organismo, y lo demás no le importa. No nos dice qué podremos pensar o soñar; cómo llenaremos la angustia religiosa; cuáles serán las disciplinas del Arte, ni cómo conciliaremos la ley de una baja y plebeya organización social con las necesidades suntuarias, con el instinto del adorno, con la ociosidad estética y filosófica; todo eso que es de esencia aristocrática y que absolutamente forma la realidad de una civilización.

Cuando algunos intelectuales toman frente al sindicalismo una actitud de curiosidad casi benevolente, ignoran que nunca como hoy puede permitirse menos a un espíritu selecto y grave una postura de curiosidad y diletantismo. Lo que el bolcheviquismo trae de sí afecta más a la cultura que a la riqueza capitalista. El sindicalismo no ataca tanto a la libertad del capital como a la del Arte. Y el régimen del Soviet, aunque arruinase la industria

y el comercio, no habría cometido su mayor pecado; su enorme culpa consistiría en haber extraído de la sociedad la médula de toda civilización, de todo progreso.

Por tanto, con la cuestión sindical no sirven las actitudes expectantes. Jamás el deber ha llamado al hombre con más impaciencia. Ciertos espíritus se ven contrariados por la necesidad de tener que ir acoplados con la legión de burgueses capitalistas, reaccionarios, a quienes no estiman mucho; pero la lucha social se ha simplificado de tal modo que los términos medios ya no son permisibles. El más aéreo poeta como el más displicente pensador, necesitan marchar juntos con el fabricante, con el cura y con el diputado mayorista (con el filisteo), porque el destino ha hecho que sus suertes sean comunes.

ABC, 22 de noviembre de 1919.

27.- En la hora culminante

Ante el movimiento promovido en España por los militares, todos habrán sentido la natural emoción, pero es seguro que nadie se habrá sorprendido demasiado. Era algo que, según la frase vulgar, «se veía venir».

Hubiera sido incomprensible, y hasta injusto dentro de la ley histórica de la justicia distributiva, que España se mantuviese incólume, al margen de las sensaciones dramáticas, mientras desde 1914 no queda un pedazo de suelo en el mundo que no participe de la tragedia. Nuestro país no podía razonablemente alegar ningún privilegio especial de la Providencia. Retardado el momento de la acción fuerte, de la acción dramática, ésta ha tenido por último que manifestarse. Lo único que debe sorprendernos es la tardanza, porque los motivos se multiplicaban cada día.

Hay una crisis en el mundo: se llama la crisis de la autoridad. Por condiciones de orden geográfico, o por vivir muchas de las personas ilustradas de espaldas al exterior, en España existe la costumbre viciosa de considerar los fenómenos políticos, sociales y espirituales con prescindencia absoluta del resto de la humanidad. Se opera sobre el caso español, no sobre el hombre moderno. Y de ahí surgen los tremendos errores de perspectiva, los juicios falsos o provincianos que tanto abundan entre nuestros

intelectuales. Cuando se habla, pues, de una crisis de la autoridad, es imprudente referirse sólo al problema español, porque se corre el peligro de aislar, de provincializar demasiado el fenómeno, que es lo mismo que equivocarse.

La crisis de la autoridad afecta a todo el mundo, y también en todo el mundo ha producido el mismo efecto: una reacción de fuerza. Únicamente pueden variar los instantes de estas reacciones, su intensidad y sus formas externas.

El movimiento fascista en Italia es el caso más llamativo, más típico de esta reacción. Pero es que con independencia de Mussolini se da el hecho en Hungría, y después en Grecia, y en el mismo Portugal se advierte entre las personas responsables una rectificación de ideas que, en el caso preciso de Guerra Junqueiro, llega hasta el repudio de la obra «Patria», por lo que tenía de destructora y libertaria. En cuanto a Francia, es cierto que no ha tenido que reaccionar en el sentido de la fuerza; pero es simplemente porque desde agosto de 1914 Francia no ha interrumpido la orden de la «unión sagrada». En Francia se vive virtualmente dentro del régimen militar desde que comenzó la guerra.

Si salvamos ahora el Atlántico, encontraremos que en un país tan alejado, diferente y republicano como la Argentina, las cosas se repiten con las mismas características que en Europa. La crisis de la autoridad hace pronunciar a Leopoldo Lugones en Buenos Aires unas conferencias que son casi literalmente una repetición de las razones y los motivos del fascismo italiano, y el gran público aplaude al orador con un entusiasmo clamoroso. Conviene advertir que Leopoldo Lugones, célebre poeta y admirable prosista, se ha significado siempre por sus ideas radicales.

Un poco después, en el mismo Buenos Aires, monseñor Franceschi pronuncia otra conferencia sobre la crisis de la autoridad, y es igualmente aclamado. Esto nos demuestra claramente cómo los grandes fenómenos son universales, y cómo ante ellos el mundo reacciona de idéntica manera. Dice entre otras cosas el conferenciante argentino:

“De hecho, la decadencia del concepto de autoridad se nota por doquiera. Son los niños que se levantan contra sus maestros, es el insulto constante a los encargados de ejercer autoridad, es la acracia abiertamente predicada, la incitación al desorden, la glorificación de la rebeldía. Es el aumento de la criminalidad, fruto de los instintos antisociales, y al mismo tiempo el debilitamiento de las penas. No hay ya quien niegue todo esto, y la prensa cada día lamenta la desorganización social que crece y que es en gran parte consecuencia de la ruina del principio de autoridad. Hasta entre nosotros ha recibido aplausos la actitud fascista, que será todo lo saludable que se quiera, pero que no condice con nuestros principios democráticos...”

He ahí unas palabras que sin la menor enmienda podían haberse pronunciado en España. Añadiéndoles, sin embargo, otros motivos de índole local, como son la desidia y el desconcierto de los gobernantes, la ferocidad impune de los pistoleros y la insultante soberbia con que los separatistas se han dedicado a hacer todavía más grave la crisis de la autoridad.

Todos habrán sentido emoción ante este movimiento; nadie tiene derecho a sorprenderse. La vida española ha entrado en un período que yo llamo dramático, por lo que tiene de superación de las formas falsamente normales, íntimamente laxas y como muertas. Al entrar en ese período, podemos decir también que España se incorpora a la ola de la vida universal. El mundo es actualmente una cosa dramática; los pueblos no duermen hoy sobre almohadas de pluma... Es ahora también, como todo el mundo, cuando los españoles deberemos confiar en nuestras fuerzas y poner toda nuestra exaltada voluntad en la obra seria que el destino nos designa.

La Vanguardia, 25 de septiembre de 1923

28.- La perplejidad ante la política

Más de una vez puede ocurrir que algún amigo benevolente le diga a uno:

—¿Por qué no se decide usted a intervenir en la política de su patria? ¿Por qué no aspira usted a llegar al Parlamento?

En tales casos la respuesta no suele ser fácil y expedita, porque ciertas insinuaciones no pueden contestarse con breves palabras. La verdad es que un ciudadano que quiera llevar su vida con decoro, no tiene la libertad de inhibirse de las obligaciones más elementales, y es indiscutible que la primera obligación de un hombre que desea el mayor bien para su patria consiste precisamente en servirla dentro de la política. No basta que yo trabaje con ahínco en mi profesión y atienda a mi familia, porque si abandono los deberes políticos, me expongo a que éstos sean manejados por personas incapaces o inmorales, y entonces todo lo que yo haga en mi vida personal por el bien de mi patria queda pronto malbaratado por los malos y despreocupados políticos.

Pero también es verdad que la historia política de los últimos años en España es tan pésima, tan deprimente y hasta repugnante, que en cierto modo ello justifica que uno sienta muy pocas ganas de mezclarse entre el número de los políticos habituales.

Aunque la idea del deber nos apremie a salir de nuestro egoísta extrañamiento, la dificultad de poder vencer la desgana, la repugnancia, tiene más fuerza sobre nosotros.

Por otra parte, al amigo benevolente que nos asedia con su insinuación, necesitaríamos explicarle lo inaccesible que se ha puesto el Parlamento para un hombre de buena conciencia, pero pobre. Además, haría falta esclarecer este punto importante: si a los grandes jefes de partidos españoles les interesa algo el atraerse a las gentes de pluma. La realidad nos dice que a los políticos influyentes y poderosos les importa bastante poco, diríamos que nada, el que los literatos formen en sus filas.

Sobre todo, en estos últimos años, la política se ha verificado sin la menor intervención de la literatura. Y aunque esa palabra, *literatura*, aplicada en cierta forma tiene un sentido de fantasía, confusión y alejamiento de las realidades, la verdad es que nuestra política de los últimos tiempos no se ha distinguido por su practicismo y realismo, a pesar de la ausencia de toda colaboración literaria.

La actividad política es cara, cada vez más cara. Un hombre pobre no puede aspirar a ella sin grave peligro de fracaso. Exige mucha riqueza en dinero o en despreocupación, y quien carezca de alguno de esos dos bienes ¿cómo osará lanzarse a una verdadera lucha de fieras?

Se dice pronto: «Vayamos al Parlamento a trabajar por el país...» Pero nadie ignora ya qué especie de cosa terrible resulta la adquisición de un acta. Es preciso haber preguntado a los amigos ricos sobre el costo de sus cédulas de diputado o de senador, para perder para siempre toda esperanza. Son cantidades fabulosas, que uno ni siquiera ha soñado llegar a poseer jamás. Sobre los distritos electorales caen los fabricantes, los propietarios, los mineros, los navieros, en una puja de oro. ¡Y cómo están viciados, amaestrados, los caciques y los simples electores! Hay distritos en las provincias Vascongadas que no ceden el acta por menos de cincuenta mil duros. Y ésta es una cantidad comparativamente modesta.

Queda, es cierto, otro recurso: el recibir un acta de diputado a título de merced de las manos de un jefe de partido. Pero esto implica una servidumbre. Y para el caso en que se esté dispuesto a la servidumbre, ¿a quién serviremos?... He ahí una dificultad tan poderosa como la de poseer bienes de fortuna.

Si a veces no es fácil encontrar el árbol propicio para ahorcarse, igualmente puede

resultar difícil la elección del jefe o el caudillo a quien servir. Un hombre inteligente, y que además sea orgulloso, permanecerá indeciso y perplejo ante esa cuestión electiva, y es posible que se le pasen los años y la vida sin decidirse. Deberá pedir un acta a cambio de su servidumbre personal, y con inquietud y disgusto recorrerá la lista de todos los políticos que son capaces de conceder ese favor.

Ninguno de los políticos le satisface. Uno es adverso por su orientación demasiado inclinada a la derecha o a la izquierda, y otro lo es por su carácter o su educación. En último caso, casi todos ellos se distinguen por su falta de brillo intelectual, por el corto vuelo de su inteligencia. Hay la obligación moral de adherirse y ayudar al prócer político que le proporciona a uno el medio de trabajar por el bien de su patria. La servidumbre, tan condicionada y decorosa como se quiera, es inevitable, es moral en este caso. ¿Pero con qué entusiasmo se puede servir, cuando falta toda fe, toda admiración, toda simpatía?...

Tales son las perplejidades que le asaltan a uno ante el problema de la política, y todo eso sería necesario explicar a los amigos benevolentes que hacen, con la mejor intención, sus repentinas preguntas.

Queda, sin duda, otro camino para llegar hasta el Parlamento. Un hombre de coraje puede dirigirse directamente al pueblo, y pedirle sus sufragios... Pero uno no cree en el pueblo. Por otra parte, todo hombre avisado sabe ya que para servir al pueblo es preciso hacer una renuncia de independencia y de dignidad intelectual mucho mayor que para servir a un jefe de partido. La servidumbre que exige el pueblo es infinitamente más onerosa y denigrante que todas. Un caudillo popular, con todos sus aires altivos, suele ser un criado de la muchedumbre, la cosa que más teme y repugna la inteligencia.

La Vanguardia, 5 de abril de 1923.

29.- El conejo de Indias

Procedentes de Salamanca llegaron a Zamora dos propagandistas, que están realizando por los pueblos una campaña anticomunista.

Bien. Pero en el mismo diario en que aparece esta noticia leo otra de Córdoba, que dice que fueron descubiertas dos mujeres alemanas que se dedicaban a hacer propaganda comunista por los pueblos. Y esto era, sin duda, lo que más nos podía convenir a los

españoles: que los desocupados del mundo tomasen a España como un conejo de Indias para sus personales, fanáticas o pintorescas experiencias. ¿No teníamos suficiente con nuestros propios experimentadores? Cada español tiene en estos momentos, como en la época de los últimos Austrias, un infalible arbitrio para hacer una España magníficamente nueva. Todos se proponen (empleamos por una vez su horrenda palabra) “estructurar” a España. Cada región mantiene apercebido su Estatuto. Más de cuatrocientos varones esclarecidos afilan sus lápices en el Congreso para tachar, rajar, añadir y volver del revés el cuerpo de la Constitución. El cuerpo de España se halla tendido en la mesa de operaciones del gran laboratorio, verdadero conejo de Indias en el cual todos se creen con derecho a poner la mano.

Pues bien, que sea cuanto antes. Que la “estructuración” se realice de una vez. Acaso lo que más olvidan hasta los españoles más responsables es esta sencilla verdad: que el mundo, actualmente, no está para interinidades. Que el mundo se halla en trance de serios acontecimientos, de dramáticas inminencias, de trascendentes determinaciones. Que esta especie de espléndido aislamiento en que confiadamente no hemos situado es un pecado de modernidad, de solidaridad universal y de civilización. Sobre todo es un pecado de patriotismo. No puede abandonarse al juego de las probaturas, de las experiencias, al juego del conejo de Indias, mientras todo marcha en torno tan aprisa y con tan emocionante gravedad. Pronto: es la voz que alienta en el fondo del ser de todos los españoles que no se dedican al juego de las “estructuraciones”, de las ideologías, de los estatutos. Sepamos de una vez qué especie y qué cantidad de patria nos va a quedar. Por el momento, tenemos una República; pero lo que necesitamos es una nación. Es la cosa que se ha desarticulado, con todas las piezas sueltas y una muchedumbre de operadores discutiendo alrededor. ¿Cuál ha de ser el *tono* de esta España que yo he amado siempre y a la que necesito amar en lo sucesivo?

El tono, el sentido profundo, la expresión y la finalidad de la patria nueva es lo que nadie se preocupa de anunciarme o prometerme. ¿Adónde debe dirigirse España; qué tiene que *ser* España; qué se propone *hacer* España...?

ABC, 4 de julio de 1931.

II.- Crítica literaria.

30.- La atonía española. Falta de idealidad

¿Quién no lo ha observado?... En España no nos quedan poetas. Y ved un hecho que debiera afligirnos, aterrarnos, y que ni tan sólo un leve suspiro nos arranca. ¡No hay poetas en España!, puede gritarse actualmente, con la seguridad de que nadie se inquietará poco ni mucho.

Pues bien; sólo este caso puede servir e comprobación al fuerte y abrumador marasmo en que la nación española yace. Nuestra profunda indiferencia invade todos los campos, aun los más sagrados y puros, y ante la caída de los más grandes ideales los españoles nos cruzamos de brazos sosegadamente, no con la serenidad estoica ni con la resignación cristiana, sino con la cínica indiferencia del más bajo epicureísmo.

¿Por qué nos empeñamos en titularnos Quijotes? ¿Por qué, a su vez, los extranjeros llámannos siempre los eternos Quijotes? ¡Nosotros no somos quijotescos, ni aun en el grado más ínfimo! Calumniamos a aquel imaginado, noble, mártir caballero de la Mancha, adjudicándonos sus vicios y sus virtudes: ¡no, ninguna e sus virtudes, ni alguno de sus vicios, tenemos los españoles! Porque aquel caballero ideal solía sacrificar su sosiego aldeano para buscar la arriesgada aventura, para soñar con su amada, para componer madrigales, para dialogar con las flores del campo y para aconsejar y guiar y defender a los desamparados de la tierra. Pero nosotros, ¿qué ideales perseguimos, qué flores, qué sueños, qué nada de nada cultivamos?

Concluyamos, pues, afirmando que los españoles no somos Quijotes: y lamentemos el no serlo.

Porque es preciso, en la vida de los pueblos y de los individuos, una cierta y poderosa inclinación hacia el ideal. Ese ideal es como el señuelo e las voluntades, que las arrastra adelante, que las alienta y las conforta. El ideal es como la sal de toda existencia; es el objeto dorado que alumbra nuestros días y que dirige todos nuestros esfuerzos. El ideal es lo que expansiona los pueblos y hace crecer a los individuos; es lo que presta dignidad, fuente heroísmos, grandes hechos, justas y nobles ambiciones.

Cuando los pueblos tienen esa sed sagrada de ideal, suelen crear una civilización. Del fono de la raza suelen levantarse todas las energías, las más diversas, como una flora exuberante: el esfuerzo colectivo, puesto en actividad y alentado por aquella sed del ideal, se manifiesta en grandes impulsiones generosas; y surgen, al fin, los hombres sabios, los hombres filósofos, los capitanes, los poetas, los artistas...

Pero en España, ¿quién sabe si ese esfuerzo colectivo, esa impulsión nacional se habrá invertido? En tal caso, nuestro ideal, en lugar de ascender, decae; y en vez de las altas y gloriosas nubes, busca la opima tierra... ¿Por qué, entonces, compararnos con el caballero Quijote? ¡No; comparémonos más bien con su barrigudo escudero.

Nuestra falta de idealidad queda comprobada en nuestra carencia de poetas. Y lo peor de todo es que nos pasamos muy bien sin ellos...

Pero no es la ausencia de un poeta determinado lo que empobrece a un país, sino las causas que han motivado la ausencia de aquél. Porque la poesía escrita no es sino una expresión gráfica de la poesía ambiente; y cuando una época late en idealidad, cuando la poesía flota y emana de todas las cosas, de todos los corazones, de la vida total, los versos surgen enseguida, grabando en rimas, en música o en pintura la idealidad ambiente. Hoy no hay en España ni un poeta grande, ni un músico, ni un artista de fama mundial; y no puede haberlos, porque en la nación no queda ni el menor rastro de ambiente idealista.

Hemos vivido hasta ahora de restos de poetas, como hemos vivido también de restos de idealidad. Nuestra preponderancia política y guerrera de otro tiempo nos daba aún algún reflejo de grandeza, algún prestigio entre los pueblos; pero con el desastre último, aquel reflejo se apagó del todo. Así también nuestro siglo de oro de la literatura prestábanos un reflejo de casticismo, un ritmo sonoro, más débil cada día; los líricos y épicos famosos nos daban su pauta: leyéndolos, los poetas sucesivos iban sosteniendo un tono de melodía, cada vez más frágil, hasta que el eco sonoro se apagó por entero, y ahora nos hemos quedado mudos, rotundamente silenciosos. ¡Y no es eso lo horrible, sino nuestra profunda, pesada conformidad!

Hasta hace poco tiempo, Zorrilla, Campoamor, Núñez de Arce nos nutrían todavía con sus versos. Ciertamente es que sus versos eran pasados, de otra época distante y diversa; pero, al fin, ellos nos prestaban alguna apariencia. Después que murieron, todo ha callado: un silencio de páramo ha respondido a aquellas liras rotas. ¡Pero no es lo triste aquel silencio, sino nuestra grosera indiferencia!...

¿Pero cómo va a haber poetas, si no hay idealidad! ¿Si no existe ningún entusiasmo, ni generosidad, ni ambición, ni ternura? Los versos de los poetas son la vestidura tangible

con que se envuelven aquellos otros versos inefables que andan por entre las cosas y por dentro e los corazones, que laten en las almas, que fluyen de la misma vida social, que revuelan y vagan sobre las flores, sobre las cosas bellas de la tierra. ¿Y cómo recoger en versos positivos, armoniosos, gráficos y medidos, unos versos inefables que no existen? ¿Por qué quejarnos de la carencia de poetas? Quejémonos mejor de la ausencia de poesía.

Y no pueden emanar poesía una tierra y un pueblo que no crían flores ni crían ternura. Nuestro suelo español es rígido en su mayor parte, quebrado y hostil; recorred de un cabo al otro cabo la extensión peninsular, y vuestros ojos no hallarán flores en ningún ribazo, en ningún huerto; en los huertos se cultivan patatas, y no hay lugar para una tímida violeta; en los campos crecen mieses, grandes extensiones de mieses, y las amapolas tienen que esconderse y morir.

El corazón tampoco cultiva la ternura. Así como es agrio y quebrado el suelo, los corazones son angulosos y hostiles; una sombría desconfianza nos tiene a los españoles como a los erizos de Schopenhauer, alejados y apercebidos, y de ese aislamiento nace la dureza: y la violencia de nuestro malhumor, y de nuestro latente odio se resuelve en una acritud siempre alerta, la cual se exterioriza en el crimen de sangre, tan frecuente.

Nos falta ternura, suaves inflexiones de carácter, benevolencia; somos, por lo tanto, como un pueblo de *enemigos sueltos y mezclados*. Todos somos enemigos. Y en cuanto conocemos dos días a una persona, después de llamarle “amigo”, la herimos sordamente: para ello tenemos el *chiste*, que, después de la navaja, es la más fuerte arma nacional...

...¡Pero no es todo esto lo más horrible! ¡Lo horrendo es que, careciendo de flores en el campo, de ternura en los corazones, de poesía en la vida, de idealidad en el ser nacional, vivamos en una conformidad abrumadora, en una indiferencia que sobrepasa la raya del más agudo cinismo!

El Gráfico, 15 de Octubre e 1904.

31.- El género chico en la Academia

Cuentan por ahí que para cubrir la vacante que ha dejado Cheste en la Academia de la Lengua se ha pensado en la persona del sainetero Ricardo de la Vega; de modo que el *género chico*, tan despreciado y tan modesto, tan plebeyo y vulgar, va a encaramarse al santuario de la noble y consagrada literatura.

Esta es obra de los tiempos confusos y revolucionarios ¡que corremos! Ya no hay oren ni estabilidad en las cosas de los humanos; los toreros son ahora concejales; los aristócratas son comediantes; los saineteros, académicos... Si aquellos señores de la Corte de Francia, aquellos que fundaron la Academia y que se sentaban solemnemente en sus sitials, con sus grandes pelucas y sus espadines de plata; si aquellos otros académicos españoles, que por obedecer los gustos de los franceses formaron aquí la Academia de la Lengua Española, si todos aquellos solemnes señores vieran a un sainetero convertido en académico, ¿qué escándalo y qué pavor no sentirían?

¡Un sainetero en la Academia...! Después de todo, ¿eso qué importa? Los tiempos son de trastorno y de paradoja, y nada tiene ya que espantarnos. En último término, un sainete vale por dos epopeyas; una franca risa, una carcajada bien abierta y bien sonora, equivale a os horas e compunción y llanto; el reír es más útil que el llorar, y si no tan útil, cuando menos más agradable y entretenido; y es seguro que un buen payaso, un payaso sutil e ingenioso, nos ayuda gratuitamente a sobrellevar las muchas intemperancias de la vida. No he e ser yo quien le niegue a un sainetero el derecho a encaramarse hasta la Academia.

Además, el *género chico* es un género nacional, digno de toda suerte de respetos; hasta podría asegurarse que el género chico es un arte nacido de la entraña misma de la nación, un arte que obedece a la ley de los tiempos y de las circunstancias actuales. Ved: la raza es chica, la laboriosidad es chica, la ilustración es chica, los gobernantes son chicos; donde todo es chico y risible, ¿qué ha de ser la dramaturgia, sino chica también? Pues si la Academia es la consagración el pensamiento y estilo nacionales, que entre en la Academia el *género chico*.

Pero con esto del teatro menudo sucede con lo que muchas otras cosas, y es que no comprendemos su verdadero valor. Generalmente las personas solemnes se figuran que un chiste no significa nada; sin embargo, las personas que no somos solemnes, pero que arrastramos por el mundo alguna tristeza, sabemos que un chiste limpio, bello y oportuno significa tanto para la salud el alma como una ráfaga de aire montesino para un pulmón enfermo. Luego en un pueblo done abundan los chistosos de mala ley, quien se encarga de hacer reír bella y *noblemente* hace funciones e escoba, que barre la inmundicia de la risa brutal y sucia. Los sainetes son útiles, y cuando son bellos, necesarios. La risa es necesaria, sobre todo en este país donde tantos motivos de lloro tenemos a todas horas; porque si nos quitan la risa, y no nos quitan la honda y secreta angustia patria, ¿qué va a ser de nosotros...? Hagan, pues académico un sainetero.

¡Un académico...! Sólo de mentar este nombre les tiembla de espanto el corazón a los literatos jóvenes. La Academia es la vejez, el término, la fin del camino y de la vida; ser académico significa tanto como ser hombre anciano, cerebro gastado, pluma vacilante, gloria que ya no crece, ni se hincha, ni prospera; la Academia es una especie de santuario donde se mete a los hombres vivos para que vayan familiarizándose con la muerte. La Academia pone pavor en el alma de la juventud. ¿Y esto, por qué? Sencillamente, porque en la Academia no entran más que los viejos.

¿Y por qué ha de esperarse a la vejez para gozar del respeto, del poder y del mando? ¿Qué involucración extraña es ésta, que niega a la juventud lo que más necesita, el poder, la gloria? Parece que la vida nuestra obedece a un plan burocrático, de riguroso escalafón, contándose los méritos por años, los derechos por la edad; y de este modo, todos estamos bien convencidos de que el fruto vendrá a la vejez, cuando ya no nos haga falta! Y el que no cuente con una buena salud, ése puede abandonar la esperanza. El político sabe que llegará a regir un Gobierno cuando se caiga de viejo; el soldado piensa que mandará un ejército allá a los setenta años; el escritor mira la Academia, la consagración definitiva, como situada en la proximidad el sepulcro.

¿Cuándo cambiaremos de procedimiento? El mando, la dirección y el poder, ¿no son cosas propicias a la juventud? Un general, un ministro, un académico, darán mayores rendimientos de fuerza a los cuarenta años que no a los ochenta.

Alejandro había conquistado el mundo a los treinta años; Napoleón había acometido sus proezas antes de los cuarenta; Byron pasó a la posteridad bien joven; Goethe compuso el *Fausto* en la fuerza de su edad. Pero si a Napoleón le hubiesen dificultado el ascenso, le hubiesen sujetado a la plantilla y le hubieran hecho general cuando llegara a la vejez.

ABC, 11 de noviembre de 1906.

32.- Modo extraño de ver las regatas

Si yo le dijese al lector que había ido a las regatas con Unamuno, y que había ido con el único objeto de ver las regatas e balandros, el lector tendría derecho a reírse. Pero,

en fin, ríanse cuando quieran, el caso es decir siempre la verdad; y la verdad ha sido que Unamuno y yo hemos visto las regatas, igual que pudieran verlas dos *sportmen* recalcitrantes.

Hemos ido por el río abajo, sentados en un modesto tranvía que anda espacio y se para a cada punto, en lugar de usar el ferrocarril.

“Así tardaremos más tiempo”, dice Unamuno, quien trae, sin duda, de Salamanca cierto odio a la velocidad de locomotoras, automóviles y demás zarandajas.

“El caso es ir espacio y lejos”, añade enseguida, y yo asiento de todo corazón. Y una vez que estamos acordados en este primer motivo, Unamuno y yo nos entregamos a ese grato placer de la conversación que tanto amaban los buenos filósofos de Grecia, peripatéticos y dialogistas los más de ellos.

El río se sucede ante nuestros ojos con sus cien pormenores: un vapor que sube la corriente, un taller de herrería, un trozo de huerta, una fábrica, un pueblo. Mientras Unamuno habla, puedo yo advertir que este “padre de la inquietud española” está acaso en un momento crítico de su vida. Le encuentro más calmado, menos nervioso, con cierta laxitud de la voluntad. Ya no se entretiene, como en otro tiempo, en lanzar sin ton ni son grandes paradojas, hasta creo que el tono de su voz es más humano, menos irritable; y observo también que el contacto de sus pensamientos no producen aquella sacudida de sorpresa o de indignación... En una palabra, creo que Unamuno ya no tiene tantos deseos de *epatar*. El mismo Unamuno advierte el cambio, puesto que me dice sonriendo:

- No hago nada, no leo nada. Como estoy descansando, no tengo tiempo para trabajar... (¡Hum, ya asomó la oreja!) Duermo mucho, paseo mucho y engordo; he aumentado cinco kilos de peso y esto empieza a alarmarme.

- ¿Pero no lee nada? ¿Ni siquiera periódicos?

- Nada...

- ¿No lee usted tampoco a Maeztu, que le está atacando en *La Correspondencia*?

- Tampoco: no sé lo que dice Maeztu. Yo le conozco mucho a Maeztu...!

- También, también le conozco yo...

Pero hemos llegado ya al puente colgante, y una ráfaga marina nos da en el rostro. Delante de nosotros está Portugalete, engalanado con banderas, colgaduras y farolillos de colores. Los palacetes de las Arenas están asimismo, y en fin, la Naturaleza ha puesto también sus galas al servicio del Rey: Brisa suave, mar tranquila, cielo dulce y ligeramente entrevelado. Los balandros se preparan a correr la regata, dando previas bordadas por la bahía. Suena un grito en la escollera: -¡Viva el Rey!- En efecto, el Rey vuelve a visitar la fábrica de los Altos Hornos, y avanza presuroso en su barquito de vapor para acudir a

tiempo a jugar la regata. -¡Viva el Rey, viva el Rey! – se oye gritar en todo lo largo el malecón de Portugalete.

- A mí – dice Unamuno,- a mí no me gusta el mar.

- Pues a mí – replico yo - es una de las cosas que más simpatía me merece.

- El mar – añade Unamuno- es igual que la música: inconcreto, vago, sugeridor de sentimientos de renuncia.

- Pues con todo eso – agregó yo – el mar tiene para mí no sé qué honda significación de ensueño y de nostalgia. Será acaso porque siempre he vivido cerca del mar, porque he nacido en su mismo borde; yo nací en un faro... ¿Ve usted aquel promontorio desolado, agreste, que avanza hacia la mar? Pues aquel es uno de los paisajes que más me enamoran: soledad de tierra junto a soledad de Océano. Hundirse en la inconsciencia del pensamiento, abandonarse al ensueño, olvidar la vida de los fenómenos y de los hombres...

- ¡No, no! – exclama Unamuno vivamente.- Eso es renunciar a la lucha, y la lucha es nuestra vida. Yo quiero luchar siempre, luchar en todos los casos, y sobre todo en la busca del alimento espiritual. Yo quiero ser como el filósofo que prefería buscar a su Dios eternamente, sin dejar nunca de encontrarlo, mejor que alcanzar la verdad irrefutable de la existencia de su Dios... Luchar, siempre luchar.

- Sin embargo, sin embargo... ¿Tal vez no será todo un efecto materialista en lugar de espiritualista? ¿Tal vez no dependerá todo más que de simples y humildes efectos fisiológicos? Si usted demanda la lucha, ¿acaso no será porque su cuerpo es robusto, y la sobra de salud le exige sobra de lucha para atemperar las energías corporales? En cambio yo, esclavo de mis nervios miserables, miro con ansia aquel promontorio y aquella conjunta soledad de tierra y de Océano, en donde quisiera sumirme, como en una gran ola de ensueño contemplativo...

- El mar es como la música – añade Unamuno tercamente – Los ingleses no son músicos, y por eso tienen los mayores poetas líricos del mundo.

- Pero los alemanes...

- ¿Qué?

- Los alemanes son músicos, poetas y filósofos, todo a la vez. Por donde resulta todas las afirmaciones cerradas, en este bajo mundo de lo relativo, son atrevidas y se escapan a la realidad.

Un súbito cañonazo rompe la calma e la bahía. Los balandritos se estremecen y comienzan a correr y dar vueltas, como corceles de pura sangre que presienten la lucha. Uno de ellos, especialmente, se tumba sobre la borda de tal modo, levanta la proa con tal

arrogancia, que parece quiere devorar el espacio y saltar hasta el mismo horizonte. ¡Qué lindo, qué alegre todo eso...!

Y vuelve a decir Unamuno:

- ¡Cuánta insubstantialidad en esas pobres gentes!

A continuación habla de las muchas cosas que él aborrece, él, inteligencia adusta, hombre austero, raza de vasco, entonado aún más por la sombría contextura de Castilla, en donde vive. Habla de su aversión a Francia, a San Sebastián y a Madrid – ese Madrid impuro, adonde nunca volverá...- habla después de un probable viaje a América, Colombia, Venezuela, toda la parte central americana le merece simpatía, por el puro españolismo de su vida y de su literatura; también le interesan los chilenos, que vienen a ser los vizcainos de América...

Y luego nos hundimos en largas consideraciones sociales, filosóficas, religiosas. Y, claro es, mientras más nos hundimos en nuestras reflexiones ultra-actuales, más nos vamos olvidando de los balandros y de la animada fiesta náutica. Hasta que nos encontramos otra vez en el tranvía, de vuelta a Bilbao... Y así resulta que vine yo a ver las regatas y me he quedado sin apenas verlas.

Pero, en fin, a la postre todo es lo mismo. Muchas regatas de balandros me quedan aún por delante, mientras que los Unamuno que me quedan por ver, seguramente que no son muchos. Y algo he sacado de original, es a saber: que Unamuno empieza a engordar. Si continuase engordando, ¡quién sabe!; es posible entonces que aquel pendenciero, inquieto, tornadizo y nebuloso Unamuno, se trocaría en otro Unamuno más ponderado, más transigente y más sereno, y entonces es cuando su espíritu cuajaría en la obra máxima y definitiva – esa obra que todos venimos anhelando.

ABC, 8 de septiembre de 1907

33.- El veraneo de Pérez Galdós

Es sabido que Galdós pasa los inviernos en Madrid, en una casa modesta que anda cerca de la Moncloa. En esta sobria vivienda de literato español, no veréis el menor asomo de lujos ni de redundancia mobiliaria: los muebles son justos; una gran mesa, un diván, una estantería de pino, unas láminas en las paredes, y como único lujo, un armario que contiene

las diversas traducciones, en todos los idiomas europeos, de las novelas el ilustre escritor. Por la ventana que da a la calle se ven pasar las gentes de los suburbios madrileños, obreros que vuelven de la faena, viejos paseantes que se dirigen poco a poco hacia la Moncloa, y algún trapero, alguna pareja de *golfos* descarriados, y por la ventana lateral se alcanza a ver un trozo de la Casa de Campo, y más lejos la llanura, y en el horizonte la punta blanquecina de la sierra de Gredos.

Pues bien, ya que había conocido el modesto y callado vivir de Pérez Galdós en su casa de Madrid, quería yo conocer ahora el otro aspecto e esa vida laboriosa; quería saber cómo *veraneaba* nuestro novelista. ¡Rara cosa es el hecho de que un literato español se permita el adorno del veraneo...! ¿Hay en España quien pueda vivir medianamente holgado con eso que llamamos literatura? Sin embargo, los hechos dicen que sí, y ahí está el ejemplo de Galdós. Pero Galdós es un ejemplo, nada más que un ejemplo, que ninguno quiere seguir, porque en España siempre hemos sido rebeldes a seguir ningún ejemplo sabio. En España preferimos los escritores los consejos de aquella leyenda romántica, que consistía en considerar a un literato como ave rara y privilegiada que canta, come lo que puede y vive feliz. El consejo de Espronceda, de Zorrilla, de Fernández y González, ¡oh, qué bonito consejo! Gastar más de lo que se tiene; embriagarse, porque embriagándose se hace uno superior al resto de los pobres humanos; trabajar poco, porque el trabajo envilece; no estudiar: ese era el plan y esa era la leyenda. Y luego, con decir que ésta es una nación ingrata donde no se protege al genio, sentirse genio y suspirar, ya estábamos cumplidos. Pero viene Galdós, trabaja, gana dinero y mucha gloria, y todos nos quedamos sorprendidos. ¿Cómo ha podido ser el milagro...? No hay milagro alguno, sino la virtud de estas tres palabras: Voluntad, Laboriosidad, Probidad...

Fui, pues, como digo, camino del Sardinero y en una curva el camino tropecé con la finca de San Quintín. Era un palacio, efectivamente, y no una casuca humilde; un palacio que tenía pintado en una de sus fachadas dos leones españoles, dos columnas españolas, y aquella divisa tan sublime y tan española, que dice: *Plus ultra*. Un espacioso terreno, entre huerta y jardín, rodea la casa. Desde las ventanas puede contemplarse un paisaje ancho, abierto, alegre, luminoso; las montañas cántabras, la bahía de Santaner, la extensa playa, las rocas, el mar inmenso. Los buques pasan por el mismo pie de la colina a internarse en la rada; las lanchas pescadoras navegan lentamente al empuje de los remos; una balandra corre viento en popa, con todas sus lindas velas desplegadas; un transatlántico llega de ultramar, con todo el misterio de aquellos países exóticos y fecundos... ¡Hermosa situación la de ese palacio, refugio de un hombre excepcional que ha narrado con espíritu sereno la

turbia existencia de las clases medias españolas y que se ha hundido en la historia turbulenta el último siglo, uno de los siglos más críticos y culminantes de España!

Yo esperaba ver a Galdós en el jardín, cuidando de sus flores o enderezando las plantas de su huerto. Cuentan que Galdós es un gran aficionado a la horticultura, y que sabe conciliar el cultivo de las letras con el de las plantas, lo mismo que aquellos prudentes varones que se llamaron Virgilio, Horacio, Marco Aurelio. Pero no le hallé en el huerto, sino en el otro huerto de su cuarto de trabajo; y estaba trabajando, en esta rica estación el año en que todos huelgan.

- Vea usted – me dijo- cómo no olvido mis promesas. Estoy acabando el prólogo para su obra *Vieja España*, y espero darle fin antes de que termine el mes. Es un asunto simpático el de resucitar la parte épica de nuestra historia: pero yo le aconsejo que no se detenga en este punto, y que ataque usted la parte dramática de esta misma historia, cuyos episodios son de tanta fuerza y han sido tan poco explotados.

Y de aquí nos lanzamos, como quienes están muy acordes, en una carrera imaginativa a través el siglo el Renacimiento; y exhumamos las figuras de Isabel I la fuerte y la castiza castellana; de Carlos V, el que dio rumbo extranjero a España; de Juana la Loca, esa misma mujer que vivió cincuenta años escondida, y que murió de una manera tan original, y los Comuneros, y el obispo Ocaña, una especie de nietzscheano con báculo y espada...

- Y cuando dé usted de mano a este trabajo, ¿descansará usted? ¿Es verdad que ha cerrado usted la serie de los Episodios...? ¿No sería mejor que continuase, que se metiese en el último tercio el siglo pasado, que es tan interesante y novelesco?

- Por lo mismo que lo es, pienso, efectivamente, continuar. Pero ahora me propongo envolver más en la novela a la historia, por lo mismo que esa historia está tan cercana a nosotros: se entiende, sin embargo, que la parte novelesca no atañerá al fondo de los hechos, sino más bien a los accidentes y a las personas...

- Prim...

- A Prim le tengo muchas ganas. Quiero contar su muerte trágica, aquellos momentos de anhelo y de inquietud nacional...

- ¡Aquella muerte del hombre que acaso hubiese dado un rumbo completamente distinto a España!

- Sí, quiero contar, novelar todo eso. Y también las otras figuras, la de Amadeo principalmente. Y el proceso de la segunda guerra civil...

Pero en este momento llegó una niña al gabinete.

- ¡Benito...!

Entró, metiendo en la casa un olor a florecillas campestres, besó a Galdós, me besó a mí y se puso a enredar en unos libros...

- Es una niña de la casa e aquí al lado. Suele venir a revolver esto. ¡Una gran amiguita!

Y la niña, compañera inocente el gran novelista, tuvo la culpa e que las personas del Renacimiento, Prim y los facciosos, todos volvieran a ocultarse en su casillero de la Historia...

ABC, 9 de septiembre de 1907

34.- España como fuente de literatura

Continuamente se les oye decir a los escritores: “Aquí no hay nada, aquí no ocurre nada, en este país no hay manera de escribir nada...” y los escritores sueñan con irse fuera en busca de inquietud literaria y de asuntos literarios. Yo creo, al revés, que España es uno de los países más admirables para la vida de la literatura, no precisamente por el dinero que rinde la literatura – bien miserable por cierto – sino por la multiplicidad y riqueza de los asuntos, problemas y conflictos que hay y que se ventilan en nuestro país. Más diré todavía: España es un país que se halla por explotar literariamente lo mismo que agrícolaemente, y así como nuestros braceros no tienen perdón cuando emigran, tampoco lo tienen los literatos cuando imitan a los braceros del campo. Este es un país semejante a una mina de oro, de donde pueden sacarse verdaderas riquezas de inspiración.

¿No hay de qué escribir en España...? Ahí, queda atrás de nosotros una gloriosa tradición, una epopeya de varios siglos, una historia rara, epiléptica, llena de claros oscuros, sembrada de individuos formidables, como Hernán Cortés; terribles y tortuosos, como César Borgia; hombres-fantasmas, como Felipe II. La vida de César Borgia, ¿quién la ha escudriñado entre nosotros? El paso de los españoles por Italia, su dominio en la Lombardía, las relaciones de españoles y napolitanos durante varios siglos, la clase de mando que ejercimos allí y el carácter e nuestro gobierno sobre aquellas tierras, ¿quién de nosotros ha escrito todo eso, tal y como el asunto merece escribirse? En cuanto a la historia

de nuestro paso por América, es una historia bien deleznable: conocemos mejor la genealogía de los reyes carlovingios, que no la de los virreyes del Perú y de Méjico; apenas nos enseñan en los colegios y Universidades sino una somera relación de la conquista americana; cuatro siglos de colonización quedan para nosotros en la penumbra; nada sabemos de cómo se fundaron las ciudades del Nuevo Mundo, de cómo se vencieron los obstáculos, de cómo llevamos allá abajo, tan rápidamente, nuestra lengua, nuestras supersticiones, nuestras virtudes, nuestro carácter; si hubo allí héroes de la colonización, no lo sabemos; cómo era el espíritu de los virreinos poco antes de insurreccionarse, ni por qué hondas causas se insurreccionaron, no lo sabemos; la glorificación de Cortés, de Balboa, de Pizarro está por hacerse... Tenemos unas cuantas relaciones históricas muy someras, una historia muy fría y muy vaga, nada más. Y cuando queremos enterarnos algo profunda y extensamente de nuestro paso por Italia y América, recurrimos a los extranjeros, quienes, claro es, nos hablan bajo el prejuicio del odio inveterado que siempre nos han tenido los de ultrapuertos y de Ultramar. Así resulta que los españoles, guiados por los comentarios parciales de los historiadores y poetas extranjeros, odiamos gran parte de nuestra historia y echamos sobre nuestras cabezas el sambenito que nos adjudicaron los extraños. Schiller agarró la calumnia el asesinato del príncipe Carlos por Felipe II, y nosotros dimos por buena la calumnia y nos intitulamos “país de fanáticos”; los ingleses y franceses abominaron, por envidia, de nuestra conquista americana, dijeron que degollábamos indios a millares, y nosotros asentimos y nos adjudicamos el título de “malos, crueles, torpes colonizadores...” Así está hecha nuestra reputación: con infamias y odios de los extranjeros. No estará de más advertir que durante los siglos XVI y XVII, por la soberbia y ambición de los Austrias, España fue la nación que más zozobra, más revueltas y conflictos promovió en el Continente; añádase la riqueza de las Indias, póngase aún el carácter metálico, pendenciero, orgulloso de los españoles de entonces, y se tendrá una explicación del odio y de las calumnias del extranjero.

Esa Historia, mejor que Historia, la revisión de los valores hispanos, el examen de las personalidades, la psicología de los momentos, del medio, de las muchedumbres, - todo eso debiéramos hacerlo los españoles con el calor debido. Aunque encontrásemos pozos inmundos en nuestro pasado, deberíamos profundizar en el alma el pasado y sacar a luz todas las cosas, buenas y malas, y ponderarlas con justicia y amor. España es una mina para los literatos a la manera de Carlyle, Macaulay, Taine, etc.

Pero los asuntos actuales no son menos ricos y variados. Ahí está el problema del regionalismo, de la permanencia del carácter local, a pesar de las rápidas comunicaciones y

de las leyes centralistas; ahí está el sentimentalismo regional, maldiciendo de la unidad por sobra de patriotismo regresivo y romántico; ahí está el problema de la mutua incompreensión del centro y la periferia; ahí el conflicto de las costas, que tienden al cosmopolitismo, y el centro, que permanece idéntico a sí mismo, inmutable, sereno, arruinado; ahí está el gran conflicto de la supremacía española, de quién impondrá el sello y la dirección definitiva al conglomerado peninsular, y ahí están, finalmente, esos tres mojones que limitan la ambición futura de España, o sea el mojón de Gibraltar, que nos cierra el paso por el Estrecho; el mojón de Marruecos, que nos impide estirarnos por África, y el mojón de Portugal, esa especie de tapia que nos cierra estúpidamente la puerta del Océano...

¿No hay nada que escribir en España? Para un sociólogo o un político, España tiene asuntos con que llenar toda una biblioteca. Para los poetas, esta nación, si los poetas españoles tuviesen sangre y hueso, daría motivo a un ciento de poemas; pero los poetas, en lugar e seguir a Carducci, que dedicó a Italia y a las almas de sus hombres su estro, prefieren seguir a Verlaine, el del ajeno bajo la luz mortecina, o a Rubén Darío, el de “las princesas tristes...” ¡Diablo! ¿Cuándo se acabarán el ajeno y las princesas en la poesía española?

No insistamos en la falsa especie de que “aquí no ocurre nada”, de que “no hay nada de qué escribir”. Lo que falta es entusiasmo, calor, sangre, hueso. Así estamos de lucidos los escritores; nos dan poco dinero por nuestro trabajo, y, además, nos niegan la honra. Es decir, que los escritores vivimos fuera de concurso, obscuramente: Galdós y Menéndez Pelayo, por ejemplo, hacen vida modesta, tal como pudieron hacerla los filósofos alemanes del siglo XVIII. Ellos han escrito la epopeya el siglo pasado y la historia literaria de los primitivos; pero el mundo español hace como que no se entera. Y esto sucede porque los escritores somos demasiado *modestos*, porque no formamos legión, porque no nos organizamos espiritualmente, porque no queremos intervenir directa y audazmente en la lucha que mantiene España contra sí misma. Somos muy modestos, nos consideramos ecos o tornavoces, y abandonamos a los políticos tradicionales la política, el negocio y renacimiento del país.

No son los políticos solos – pobres leguleyos, infelices teorizantes, habladores o cabezas seniles – quienes podrían avivar a España: son los hombres de espíritu quienes pueden avivarla.

ABC, 18 de diciembre de 1907

35.- Bohemia y avaricia

He leído en un periódico unos versos tan breves como hermosos; leyéndolos he comprobado nuevamente la fuerza que tienen los hábitos antiguos y cómo un pueblo no puede desprenderse de ciertos vicios que parecen fatales.

Son los versos en cuestión de Manuel Machado, y están escritos a manera de epitafio; los dedica el poeta a un *bohemio* incorregible, como fue Alejandro Sawa. No puede hacerse en tan poco espacio mejor apología de la vida bohemia y pródiga:

Y es que él se *daba a perder*,
como muchos a ganar.
Y su vida,
por la *falta de querer*
y *sobra de regalar*,
fue perdida...

Esto es hermoso, efectivamente; es sublime y poético y noble. Toda la generosidad del hidalgo, el desprendimiento, la renuncia aristocrática del espíritu magnánimo de la raza antigua española, está compendiado en esos versos. Son hijos de los versos místicos de la buena época. Como los místicos, hidalgos y aventureros—formas distintas de una misma alma,— los versos estos -alaban la *falta de querer*, o sea la *no ambición*; alaban también la *sobra de regalar*, o sea la generosidad pródiga y aristocrática, y, en fin, cantan la arrogante virtud del corazón que se da a perder, con el desprendimiento valeroso del que no cuida de sí mismo ni conoce el miedo, el ahorro, la previsión, nada.

Pero con estos sentimientos, ¿es posible hacer un pueblo fuerte y civilizado...? En Francia hay exceso de miedo, exceso de ahorro y de previsión; allí existen, como tipos de contrabalance los vagabundos, los *cheminaux*, y para cantar sus proezas se ha hecho una extensa literatura de la que Maupassant es el eje; también existe el tipo del bohemio literario, a lo Verlaine, que se emborracha, rueda por las calles y muere en un hospital. Pero en Francia no hay peligro de perdición; desde el labriego hasta el más fino literato, aquellas son unas gentes que sienten pánico ante el sufrimiento o la escasez, y todos trabajan asiduamente para librarse de la miseria, y del conjunto surge la riqueza y civilización de la

Francia. También en Norteamérica se ha oído la palabra de William James protestando contra la rabia ambiciosa de sus compatriotas y maldiciendo el afán de acumulación financiera que siente aquella raza prepotente. Pero allí tampoco hay peligro, porque junto a la bohemia trágica de Poe, o junto al misticismo de James, la raza se hunde en la exploración y usufructo de aquella fértil naturaleza americana.

En cambio nosotros somos un pueblo de pereza, contagiados por el pesimismo musulmán y perdidos por el sol, además de estar socavados por un misticismo extraño, de renuncia y de desprecio por las cosas terrenales; la pobreza hereditaria, por otra parte, nos hace naturalmente sobrios y resistentes al dolor. En tal caso, ¿qué efecto tienen que hacernos las alabanzas de la bohemia? Un efecto tremendo y desmoralizado. Por desgracia, la tradición de la literatura mística y picaresca no quiere terminar. Hoy, como hace tres siglos nuestros artículos, versos, comedias y hasta sainetes están henchidos de la misma alma antigua. No se acude a un teatro sin que veamos el tipo del hambrón, del cesante, del sablista, del bohemio, que procura hacernos reír con sus apuros. La mayor parte de la literatura actual está hecha a base de picarismo y de hambre.

El tópico del hambre se repite siempre, y estamos tan pervertidos, que eso es lo único que nos produce delectación y risa. El género chico se alimenta de héroes que no han comido, y sobre el motivo del no comer se arma la gran arquitectura del chiste. Y Taboada llegó a la gloria comentando los apuros tristísimos de la clase media española, cursi y hambrienta.

Y añade Manuel Machado, para elogio de Alejandro Sawa:

Es el morir y olvidar
mejor que amar y vivir.
Y más mérito el dejar
que el conseguir.

Pues bien, el caso sería escoger de una vez y terminantemente: o nos quedamos con nuestro carácter hidalgo-cristiano, o nos hacemos hombres del siglo, hombres dignos que aspiran a comer retener y *conseguir*.

El carácter hidalgo-místico es muy bello, y como fuente de literatura no tiene precio con que se pague. Pero hay otra clase de literatura: la que emana de una civilización plena y fuerte y amplia. Esta no se consigue sino ganando, traficando, reteniendo, ambicionando,

sudando. No se puede despreciar la acción, el ahorro y el trabajo solícito y ser al mismo tiempo persona civilizada. Es preciso escoger.

Pero en España no todos piensan que se haya de despreciar el ahorro: al contrario, España padece de exceso de miedo... Este es el país de los avaros. Hay dinero, y mucho, en los Bancos, en los calcetines y debajo de las tejas. Hay avaricia y hay un miedo sucio hacia los negocios y hacia las contingencias del trabajo. No se negocia por miedo. No se fundan industrias, ni se conquistan mercados exteriores, ni progresa la agricultura por miedo al perder, por avaricia, por roñosería de avaro.

Y emigra la gente pobre, porque la gente rica tiene miedo y prefiere vivir estrechamente antes que aventurarse. Y todo esto es hijo de la pereza, del encogimiento, de la miseria, de una mala educación tradicional.

Haría falta orear esta Península, que permanece apartada de Europa. Que entrasen los aires del mundo, para que muriesen los resabios sucios de otro tiempo, para que huyesen las manías, el musgo y el moho, nuestros contumaces resabios, nuestras falsas opiniones. El culto del hambrón, del bohemio y del desprendido es un culto vicioso que tenemos que ahogar. Nos está matando una peste literaria profundamente inmoral. Desde luego, la literatura picaresca había que quemarla.

ABC, 13 de marzo de 1910

36.- El arte sensual

Los tiempos que corren parecen ser trascendentales. ¡Desgraciadamente, hace muchos años que parecemos marchar a la trascendencia, y la trascendencia no llega nunca! Quiero decir que ahora, más que otras veces, hay un ambiente de preocupación nacional y aspectos de un anhelo de cambio, o dígase a la antigua usanza, de regeneración.

Pero si un pueblo desea dar un cambio definitivo, deberá contar con algo que es fundamental; con las ideas y sentimientos. Las ideas y los sentimientos de un país se reflejan en los libros. ¿Y de qué tratan nuestros libros actuales? Bastará echar la vista por los escaparates de las librerías, o por los anuncios de los periódicos, para enterarse de que la inmensa mayoría de las novelas que se publican actualmente tienen un inicuo asunto: la pornografía. Ahora bien: si un pueblo quiere regenerarse, lo primero que necesita es poner

fuertes sus nervios, y nada hay que reblandezca tanto como la licencia obscena. Pero no; hay algo que todavía debilita más y que relaja más hondamente los motores volitivos, y es la obscenidad imaginativa. Una imaginación sucia es una cosa definitivamente abyecta y debilitante. Y los españoles tienen la imaginación sucia.

Al principio no era más que Felipe Trigo. Este buen señor, enfermo de la fantasía, se dedicó a pervertir a los muchachos del Instituto y a las planchadoras; daba pasto licencioso a las jamonas, a los viejos verdes, y sus libros se vendían como el mismo pan. En una nación de privaciones monetarias, el ejemplo de un hombre que gana mucho dinero es un incentivo insuperable. Guiados por el ejemplo de Felipe Trigo, otros escritores se han lanzado por la senda de la literatura *cálida*, y en el momento presente son una legión. Cada semana aparece una nueva novela pornográfica. Antes teníamos los libros crudos de López Bago o de Zamacois, junto con alguna revista galante de Barcelona; pero ésa era una literatura gruesa, y los escritores modernos han querido aliar el arte con la indecencia, a ejemplo de D'Annunzio en Italia. Claro es que el arte no aparece por ningún lado; sólo aparecen unos libros que ostentan portadas significativas, con alguna mujer semidesnuda y unos títulos evidentes, que no den lugar a dudas. Les editores, en las gacetillas que envían a los periódicos en forma de anuncios, se cuidan bien de alejar toda duda en el ánimo del comprador, diciendo que el libro trata de amores febriles, de pasiones torturantes, de conflictos voluptuosos y otras frases por el estilo. De esta invasión libidinosa apenas se salva algún raro novelista, como Pío Baroja, por ejemplo, que sigue siendo el novelista más casto y limpio de la moderna literatura española.

¿Quién ha metido á los españoles en este afán libidinoso? Se significaba España, en los tiempos modernos, por su *pudor*. Los años de la *Celestina*, de comedias moretistas y de los dicterios de Quevedo pasaron, y nos habíamos convertido en gentes honestas, puras y decentes. Pero desde Barcelona, y acaso directamente desde París llega una ola obscena, y el ambiente se llena de suciedad. En el *género chico* echan los autores las piernas por alto, y en las novelas se inventan los cuadros más crudos. La licencia corre y se cuele por todas partes. Y la imaginación española queda embarazada de porquería. Es necesario repetirlo: la peor obscenidad es la de la imaginación, y de ésa están enfermos los españoles.

Pero somos un pueblo sin pulir; nuestra percepción es tarda; nuestros nervios son gruesos como los de un cavador: así resulta que nuestra pornografía ofrece caracteres brutales. En un teatro de una ciudad de provincias he asistido yo a un espectáculo nauseabundo y triste: una multitud de pollos y hombres maduros contemplaban los bailes y oían las canciones de las actrices, y si una actriz se mantenía demasiado reservada, el

público exigía más vida, más realidad, más crudeza en los movimientos y en las palabras. La que no se comportaba bastante crudamente era silbada. Comprendíanlo las actrices, y salían cada vez más descompuestas, hasta que una colmó la medida de la licencia realizando meneos y cantando cosas verdaderamente espeluznantes. Aquello producía vergüenza. Se sentía uno empequeñecido y lastimado en su condición de persona civilizada. Pero el público, relinchando, se fue a la calle tan contento.

Darle a un pueblo honesto y rudo una atracción de arte libidinoso es cosa tremenda. Si falta la preparación, si faltan sutileza y finura de nervios, ese arte se convierte en espectáculo de marinería y de suburbio. Pero como no existe país tan igualitario y democrático como España, ocurre que todos los españoles son hermanos en cuanto a finura nerviosa: tanto el señorito como el cavadador, tienen la misma torpeza nerviosa, y sólo se satisfacen con sensaciones bien claras, fuertes y rotundas.

Las razas vírgenes cuando se rozan con los pueblos civilizados decaen pronto o desaparecen: el alcohol, la viruela y los males venéreos hacen estragos en sus limpias y rudas naturalezas. Estos mismos estragos le van a ocasionar a España el hartazgo de arte sensual. Nuestra naturaleza, ascética, solitaria y hambrienta, no resiste las cosas refinadas, civilizadas y artísticamente viciosas.

ABC, 23 de julio de 1910

37.- La rebelión de las necesidades

Vivimos en una cotidiana vulgaridad, y lo vulgar nos envuelve a toda hora. Pero en estos momentos de crisis colectiva es cuando la vulgaridad se sobrepone a toda regla, a toda contención y medida, y ocurre, finalmente, un desbordamiento de todos los manantiales de la vulgaridad.

Un acontecimiento universal, como este de la guerra, ocasiona una especie de insurrección; los necios, en efecto, se sublevan, y los lugares comunes, todos rebelados, marchan vociferando por la calle. Hay barricadas de estupideces, como en las revoluciones históricas, y la plebe del pensamiento, destrozando las cadenas que la contenían, se desborda, clama y exige derechos. No queda entonces, para la mente eximia, otro arbitrio

que reservarse, esconderse, o enloquecer por su parte, marchando igualmente a las barricadas, tal vez a ser vencida.

Los lugares comunes y las necedades, en la época normal, declinan por la pendiente, guiadas dentro del cauce del río; pero con los desbordamientos, las aguas transponen los márgenes y se desvían por la llanura, cubriendo de espuma y despojos el campo. Ahora la sociedad es una torrentera. En cada esquina y en cada café, en el mercado como en las redacciones de los periódicos, resaltan las tonterías, brotan los absurdos. Todos reclaman su derecho a opinar.

Esta divina gracia de opinar que se nos ha concedido, ¿es parte indeclinable de la raza humana? Una voluntad generosa y democrática diría que sí. Desde luego desearía nuestro ánimo convencerse de que pudiera ser así. Pero si consideramos la inopia mental del vulgo, y los atentados a la razón que se cometen, uno vuelve la vista con cariño hacia los tiempos en que el vulgo estaba más sofrenado. Nunca han faltado necios, ni les faltó ocasión de exponer su necedad; pero al menos entonces carecían de tantos medios expositivos como hoy tienen: el periódico, el mitin, el parlamento. Ni ha tenido nunca también el vulgo tantos derechos como hoy. Pues si fue siempre el vulgo una preocupación y un peligro para las mentes eximias y directoras, hoy se convierte en una amenaza pavorosa; en sofrenar esa amenaza invierten toda su energía los elementos responsables.

Es tan simple opinar que nadie piensa ceder su atributo. Pero el acierto en la opinión vemos cuán raro, cuán difícil resulta. Como toda cuestión de grados, como todo asunto de matiz y de tacto, la opinión es algo que se involucra constantemente. Entre cien mujeres, ¿cuántas son de verdad hermosas? Las cien mujeres pensarán de sí mismas que son suficientemente hermosas. Confunden la feminidad con la belleza. Así, los necios, puesto que sus registros mentales rigen con cierta normalidad, calculan poseer dominio de la opinión. Pero nosotros sabemos quiénes son de veras las mujeres hermosas. Sabemos en qué número precario se cuentan.

Con una linterna en la mano hacemos pesquisas a lo Diógenes, y es cierto que descubrimos algunas almas certeras, ¡pero cuán escasas! La angustia de un espíritu claro consiste en obligarse a chapotear por el lodo de la vulgaridad, perseguido por las voces idiotas, huyendo hacia el refugio, tan difícil, de un espíritu hermano.

De repente encontramos ese refugio. Asistimos como a una aurora de sol. Con íntimo gozo vemos que las ideas de ese espíritu hermano se acuerdan con las nuestras. Nos abandonamos, ligeros, dichosos, confiados, a la gracia de la conversación y de las

confidencias. Son estas horas inefables que nos consuelan y animan, dándonos valor para seguir viviendo.

La guerra ha dispersado las necesidades contenidas. Se ha dado libertad a las opiniones, a todas, como a los chicos de la escuela, y no hay duda de que hacen buen uso de su derecho. Las tertulias se inficionan, los diálogos se empapan de vulgaridad. ¿Cómo ponderar el asco de los periódicos convertidos en vertedero de tonterías, de pasiones y de partidismo? El periódico, que antes no existía, es ahora el documento policíaco que da constancia de la estupidez de un momento histórico. Con la prensa no ha ganado la sociedad, ante la Historia, más que el defecto de quedar grabada, indeleble, comprobable, su ignorancia.

La mentira resalta a nuestros ojos en una forma imponderable. ¡La guerra ha desatado las mentiras, como furias venenosas que inundan el mundo! Este es, por tanto, el producto de la guerra, hasta ahora: ¡hemos visto palpable la insinceridad de los gobiernos, las naciones, los periódicos, la gente en común! Somos, pues, contemporáneos, de la Mentira, y no necesitamos que nos la cuenten. Somos testigos de ese crimen de lesa falsedad en que intervienen a porfía naciones, como Inglaterra misma, que considerábamos como sinceras, como caballerescas y moralmente pulcras. Ante el peligro, seguramente grande, las naciones no dudan en arriesgar la última carta, brindando a su salvación la prenda de la sinceridad. Y para el enemigo no son hábiles únicamente los cañones y las bayonetas; se les hiere con la calumnia. Así, desde que la guerra fue iniciada, asistimos al triste espectáculo de esas crueles, de esas horrorosas, infames acusaciones que creíamos patrimonio de las gentes de plazuela, y que son, pues se ha visto, atributo de los jefes de los Estados.

¿Qué atención prestaremos ahora a los sucesos históricos? Sabemos ya cómo se fragua la Historia... Es verdad que por encima de las palabras están los hechos, con su contundencia, forman los datos reales. Pero cuando el triunfo acompaña al mentiroso, ¿quién podrá desdecir sus embustes? La espada victoriosa, sujetando al vencido, domina igualmente en el campo de las mentiras, e impone éstas definitiva, inexorablemente.

¡Ay del vencido! Sí, dos veces infortunado el vencido, porque se le quita la existencia y el honor, porque se le impone el tributo de guerra y la aceptación del fraude histórico. El vencedor dicta su mentira a la Historia.

Quisiéramos que nuestros semejantes pensarán por su cuenta; en nuestra ilusión altruista inventamos una especie de hombres con criterio autónomo y personal. Pero es pedir demasiado al destino. La Naturaleza no puede prodigarse, por lo visto, en el grado a

que aspira nuestro deseo. Y vemos con desolación, cuando se desatan como ahora todas las opiniones, cuán raros aparecen los hombres que sepan mirar los fenómenos frente a frente, y sorprender la verdad a través de las fantásticas relaciones. Hombres, en fin, que sepan navegar por el piélago de los periódicos, de las mentiras y los infundios sin naufragar, es decir considerando los fenómenos desde lo alto, independientemente de la multitud.

Son pocos los que pueden evadirse del lugar común, y esto es una prueba más de lo necesario de los pastores. El rebaño de la multitud, el hato de los lugares comunes, son guiados o arrastrados por algunas pocas personas que piensan. Cómo se piensa, con qué fuerza y eficacia se piensa, es un problema que la guerra dilucida. La guerra, pues, no es inútil en absoluto. Ella sirve para demostrar que la victoria corresponde al que piensa más fuerte, ¡con una fuerza más inspirada, más intensa, más inexorable!...

La Vanguardia, 9 de septiembre de 1914

38.- ¿Dónde está la verdad?

En los espíritus medianamente cultivados ha producido la guerra, como primer fenómeno, un estado de desconcertamiento. Se busca la verdad, y nadie la encuentra... Como si de repente hubiera alguien apagado las lámparas, los hombres inteligentes andan por el mundo a tientas, tropezando persiguiendo en vano la verdad: Se dice que han fracasado muchos nobles principios en esta guerra; el más sensible de todos, el más evidente y espantable es el caso de la verdad.

¿Quién tiene razón? ¿Dónde está lo cierto? ¿Quién conoce el camino de lo verosímil? Todos buscamos afanosos; la cierto es que la angustia de la ignorancia y de la indecisión nos abrumba a todos: ¡Felices en este caso, las almas apasionadas y sectarias que han tomado partido por alguien y le obedecen con fe ciega! ¡Dichosos los que buscan en las publicaciones más partidistas un diario sustento para su pasión, y que exclaman cuando se les invita a confrontar los partes oficiales del enemigo: ¡Yo no leo nunca esas mentiras...!

¿No queda en los países neutrales siquiera la ilusión de una esperanza, la promesa y la sospecha de un poco de luz? Allí puede el hombre que persigue ante todo la verdad

comparar las distintas versiones, y puede, en último caso, situarse en la. Confluencia de las dos opiniones para ver de discernir, aunque sea por mero instinto, un poco de claridad. Pero en los países que guerrean, esa pequeña esperanza no existe. Reina una obscuridad absoluta. Sobre el turbión tempestuoso de los elogios, los ditirambos, los cantos triunfales y la seguridad de la próxima victoria final, se quiere mirar hacia allá abajo, hacia el país enemigo, y nada se ve; hay allí 'una masa turbia, tenebrosa cada vez más lejana y más turbia. Más allá de las trincheras existe el caos. Es aquello como un recipiente abismático, donde el odio, la estultez y la perversidad arrojan todas las basuras intelectuales.

Uno de los pasajes del Evangelio que más nos emocionan es aquel en que un prefecto romano pregunta a Jesús bruscamente: ¿Qué cosa es la verdad? Y Jesús se calla... ¿Qué es la verdad? Todos vamos tras ella, con más o menos ardiente entusiasmo, todos la perseguimos, y en esta ruda labor se nos pasa la vida. Tal vez el objeto moral que más profundamente interesa al hombre sea la busca, el ojeo, la caza de la verdad. El mismo anhelo del bien, ¿no debemos englobarlo en esta busca de la verdad? La Justicia, ¿no se incluye asimismo en la Verdad?

Pero la guerra ha hecho vacilar los cimientos de nuestra ilusión. Queríamos creer que el culto de la verdad se sobreponía a todas las pasiones; ahora vemos hasta qué punto nos equivocábamos. Se miente con astucia, con hipocresía, con cínica impudencia. Se miente de todas maneras. Con malignidad, con ironía, con crueldad y ensañamiento. Se ve cuán fácil le era al hombre mentir... Y mienten todos los pueblos, todas las razas, las personas más severas y nobles. No es patrimonio de esta zona o de aquel país; ha quebrado la teoría de las razas veraces y orgullosas. ¡Cuando se piensa en la reputación histórica y antropológica del pueblo inglés y se sorprende al pueblo inglés en esa postura maquiavélica de las más agudas y penetrantes calumnias, de las más florentinas e inteligentes mentiras!

De pronto, nos asalta una sospecha alucinante ¿Qué hay de verdad en el pasado...? El hombre era antes igual al hombre de ahora. ¿Las historias, los actos humanos, las empresas de guerra, las vidas geniales, los motivos y las palabras y los sentimientos, todo eso puede ser inexacto, debe ser todo puesto en duda, ¿será todo mentira?

Así se comprende el eterno variar de los sistemas ideológicos, la constante rectificación de los sistemas políticos, el cambio asiduo de las escuelas científicas. El hombre miente porque debe estar en su esencia la necesidad de mentir. Las mentiras de hoy necesitan rectificarlas los hombres de mañana. Ellos mienten a su vez para que la obra no falte jamás a las generaciones. La busca de la verdad es el anhelo ideal del hombre; pero

pueden más las pasiones, sin duda. Puede más la vanidad, el lucro, el arribismo, el afán del éxito.

Esto explicaría el prurito de desconfianza que informa a las experiencias científicas. La experiencia, en el fondo no es más que desconfianza. La ciencia duda siempre para poder afirmar. Repite los hechos, renueva las tentativas, amontona el mayor número de resultados. Con todo esto, la verdadera ciencia no se satisface nunca. Desconfía siempre hasta el último instante. Sus experiencias son como las interrogaciones, llenas de argucia y de penetración, que hace el juez a los reos y los testigos. ¿Contra quién esta desconfianza de la ciencia? ¿Tiene la naturaleza verdadero interés en ocultarnos la verdad? ¿No es el hombre el único que miente, la voluntad despistadora más formidable que haya en el mundo?

Para calmar los males, he aquí que al archivamiento de los actos memorables, la custodia de los datos históricos, el oficinismo, la burocracia o la administración de cuanto ocurre queda encomendado a las gentes de pluma: artistas, literatos, periodistas...: Seres imaginativos, mentes acaloradas, hombres enfermos de vanidad, espíritus que miran a través de cristales de aumento, personas de moral escasa, con frecuencia, en quienes la frivolidad o la fantasía, o aún peor, el histrionismo y el asalariamiento, pueden más que el deber y se prestan fácilmente a desviar los hechos por cauces caprichosos o interesados.

La guerra, en fin, ha confirmado la extensión y la profundidad del vulgo. Se ven continuamente rodar las mentiras más gruesas entre el silencio turbado de unos pocos y la aquiescencia entusiasta de una muchedumbre. Se ha visto aun a las mentes ilustradas confundirse con el vulgo y aceptar propicias los mayores absurdos. Las verdades interesadas, las noticias de basta hechura, todo es bueno, todo lo deglute, y digiere la vulgaridad común. Se siente espanto por una falta de sentido crítico tan elemental. Se acaba por desconfiar de eso que pomposamente hemos llamado opinión pública. En realidad, sólo existe en los pueblos una breve minoría de hombres que posean mirada clara y honda. Y así es como se justifica la existencia de la tiranía. En verdad, el mundo, en sus infinitas formas, está gobernado por minorías, y despóticamente.

En el instante angustioso que estamos viviendo, las naciones beligerantes obedecen, mudas, a la mano de hierro de cuatro o cinco voluntades, de cuatro o cinco oligarquías despóticas. Así ocurre siempre. Pero la guerra, en su brutalidad, presenta el hecho desnudo, implacable, inapelable.

París, Abril de 1915

ABC, 29 de abril de 1915

39.- La guerra intelectual

Al estallar la guerra en Francia, los hombres de pluma enmudecieron instantáneamente. Así en las charcas, cuando un muchacho tira a destiempo una piedra, todas las ranas interrumpen su canto con un silencio súbito y cómico. Entonces las autoridades se llevaban al cuartel a los poetas y los publicistas. Los que quedaron inmunes aturdidos por la grandeza del momento, no estimaron prudente comentarlo. ¿Qué hubiera podido decir Anatole France acerca del avance de los prusianos? Era mejor escribir, con amena ironía respecto un trivial asunto del Bizancio medioeval. Como la gente no estaba para ironías, necesario fue callar. Asimismo callaron los sutiles y entretenidísimos novelistas, dramaturgos y cuenteros. Por otra parte reducido el tamaño de las publicaciones periódicas, faltaba espacio para divagar con arte y con gracia mundana.

Las publicaciones se van agrandando Parece que empieza a abundar el papel. El país sale de su estupor primero. Y al calor de la primavera, en fin, poco a poco, los hombres de pluma reanudan sus divagaciones. Tal como en las charcas, cuando la piedra que lanzó un muchacho duerme mucho tiempo en el fondo una tras otra, con cómica precaución las ranas vuelven a cantar.

Los escritores que por su edad o sus achaques no pudieron empuñar un fusil reclaman un puesto en el combate. Al efecto, valerosamente, se dedican a combatir por medio de frases expertas, la civilización, el espíritu la cultura y la ciencia de Alemania. Cada cual cumple su deber, y la misión de los escritores franceses no es ni ociosa ni pequeña sino muy considerable.

Entre Francia y Alemania no existe sólo un antagonismo nacional ni una rivalidad meramente política o histórica. Son dos culturas, efectivamente, las que pelean, y no debemos tomar a pasatiempo esas invectivas que se leen en papeles de Francia a propósito de la *kultur*. Hay una cultura germánica que trata de abrirse paso con un coraje lleno de obstinación teutónica, y hay una cultura francesa, acostumbrada al dominio, mimada por un éxito de tres siglos que trata de cerrar el paso al invasor. Como Inglaterra quiere conservar indefinidamente el imperio del mar, Francia desea mantener su imperio, visiblemente agrietado, de su cultura. Y si Inglaterra se coloca a modo de valla frente a la energía rebotante de los germanos, Francia se sitúa como un tapón frente a Alemania,

interceptando el paso, oponiéndose al desbordamiento del espíritu alemán sobre sus pueblos protegidos o dependientes.

Pero en los últimos años, Alemania había conseguido rebasar las barreras y los tapones. Inglaterra se ponía nerviosa. En cuanto a Francia parece que el espíritu alemán iba infiltrándose de manera alarmante. (Alarmante claro es, para los franceses.) La filosofía, lo mismo que la música alemana, ganaba en Francia prosélitos numerosos y especialmente escogidos. Wagner y Kant triunfaban sin remedio. Los cálidos aforismos de Nietzsche hacían su trabajo en las mentes jóvenes. Y la ciencia alemana, el método y rigor científicos de los alemanes, ¿a qué extremo de influencia no habían llegado en Francia?

Todo esto es ocioso que nos lo diga nadie; cualquiera puede confirmarlo por sí mismo. Basta leer a los escritores franceses cuando arrostran el tema de la cultura alemana.

En esos artículos de campaña escritos por las primeras firmas de París, se siente el fragor del odio, de la venganza, de los celos tanto tiempo disimulados. Al resguardo de los fusiles que defienden la frontera, los escritores aprovechan la ocasión; desenmascaran su cólera, su envidia y arremeten a mansalva... Es un espectáculo nada consolador y bien poco varonil.

Ya habíamos visto a Saint-Saens, al favor de la guerra, caer como un energúmeno sobre Wagner y vengar sordos y antiguos fracasos de una música superficial. ¡Lo deben odiar a los gigantes los enanos! Con qué repugnante gozo deben los enanos arrojar su piedra sobre el gigante si lo ven acorralado!

¿No hemos visto a Bergson, con su hebraica habilidad hacer un panegírico de la filosofía francesa de forma que aquello equivalga a una refutación de la cultura alemana y de paso, sirva de reclamo a nuestra tienda? La moda, pues, consiste en arrojar piedras o vituperios a la civilización germánica. Las plumas más ilustres no desdeñan esta labor. Se diría que, ante el jacobinismo patriótico, todos se apresuran a manifestarse, con una especie de pánico por las iras de la opinión. Como siempre que interviene el pánico los publicistas se exceden en sus manifestaciones. ¡Cuántas herejías deben escribir, al peso de las circunstancias, esas manos que tiemblan...! Ello no impedirá que mañana, a cualquier hora, se haga ludibrio de los 93 intelectuales alemanes que firmaron aquel manifiesto *bajo la presión del sable prusiano*? ¿Es más noble caer bajo la presión de la opinión pública? Si los alemanes, por miedo, declararon que las tropas prusianas eran humanas, ¿no declaran los intelectuales franceses, ante el jacobinismo de la opinión, que, por ejemplo, Kant era un pobre hombre, Wagner un miserable trompetero y la química alemana un *bluff*?

Ahí tengo sobre la mesa un número de *Le Figaro*, con un artículo de Félix Le Dantec. También este insigne señor debía tener escondidos viejos agravios contra la cultura alemana invasora. No quiere demoler la ciencia alemana con graves argumentos; estima ser más eficaz el uso de la mofa. Se ríe, efectivamente, de los profesores e intelectuales germanos con la misma despreocupación que emplearía una cupletista de café cantante.

No se puede asistir a este espectáculo sin una profunda pena. Quienes sentimos por la verdad y el pensamiento universales, eternos, una devoción vehemente, ¿lograremos conservar firme nuestro culto, nuestra fe? Lo cierto es que las pasiones de la calle trepan hasta los cenáculos de los genios. ¿Cómo creer en la ciencia ni en la filosofía si vemos a sus cultivadores, a sus sacerdotes, hostilizarse rabiosamente? ¿Es admisible que el cultivo de la inteligencia y de la verdad sea utilizado como una bomba más? ¿Tiene nadie el derecho de movilizar el tesoro intelectual para fines nacionales? Si pertenece al mundo, si todos los hombres, según sus fuerzas, lo han levantado, ¿por qué nadie osa apropiárselo para sí?

París, Mayo de 1915

ABC, 4 de junio de 1915

40.- Un libro de Anatole France

Cuando vi anunciarse la aparición de un libro de Anatole France sentí un vivo movimiento de interés y de impaciencia; corrí a comprarlo. En otra ocasión, para hablar sinceramente, no hubiese tenido tanta prisa en adquirir el nuevo libro; hasta es posible que no lo hubiera comprado. Porque Anatole France es de esos escritores que, una vez conocidos, carecen de sorpresas. Iguales a sí mismos, perfectamente amanerados, todo cuanto dicen después es idéntico a lo que dijeron antes. Frente a esta clase de escritores, en fin, se siente una pena: ¡por qué este hombre no escribió un solo, un único libro...!

Pero un escritor, en Francia, no puede escribir ahora un libro sin referirse expresamente a la guerra. Que Anatole France realice mariposeos eruditos e irónicos alrededor de las costumbres de la remota Alejandría, carece tal vez de importancia; pero que un literato de tanta responsabilidad afronte el asunto de la guerra, ved una positiva tentación. He comprado el libro, y pronto se me cae de las manos. ¡Es incorregible, en

efecto, el glorioso Anatole France! La llama de la guerra carece de aptitud para ablandar y conmover el marfil.

Pero en medio de esta decepción flota un consuelo: al adquirir el libro he realizado una buena obra, y es suficiente. El libro se vende con un fin benéfico; el producto de la edición sirve para engrosar el fondo destinado a los heridos de la guerra. A continuación, y en serie coleccionable, irán otros libros de Gourmont, Barrés, D'Annunzio y Charles Amuras. ¡Ojalá estos escritores tengan algo nuevo que decir!

¿Es comprensible que la guerra más grande, la guerra trascendental, llame con sus voces terribles al corazón de un literato francés, y el corazón sólo responda con débiles e inútiles latidos? Doloroso es comprobar cuánto hay de falso y de egoísta en el fondo de la literatura, o cuando menos de cierta literatura. Sí se ve que una inteligencia que se llama fina es factible de emocionarse por el gesto estatuario de un luchador antiguo, y en cambio permanezca sorda ante la infinidad de gestos sublimes que cruzan a su alrededor. Es grotesco admirar, casi con lágrimas de entusiasmo, un episodio cualquiera relatado en versos sonoros por un artista arcaico de la palabra, y quedar frío delante de esa epopeya abrumadora en que participan todas las fuerzas, todos los heroísmos, todos los maravillosos inventos del hombre. ¿No es frecuente oír decir que esta guerra es fea? Digamos que es cruel y espantosa; ¡pero, fea...! El oficial que ha lanzado su aeroplano, entre las llamas del combate aéreo, el piloto que ha asestado su proyectil desde el submarino contra el cíclope de acero, esos hombres de audacia, de imaginación y de locura han vivido, seguramente, minutos mucho más grandiosos que todos los que cuentan los libros.

El nuevo libro de Anatole France se titula *Sur la voie glorieuse*. Consta de 80 páginas apenas y está compuesto con algunos artículos y cartas que antes vieron la luz en periódicos o revistas.

En estas páginas Anatole France repite su tono conocido. No falta la nota sentimental a propósito de la “pequeña ciudad francesa”. No falta igualmente la carta paternal, escrita en ese estilo que trata, ante todo, de mostrarse *sereno, ecuánime, sencillo, limpio, clásico...* ¡Estaría bien todo eso si no hubiese ocurrido el drama de la guerra! Por último, hay un capítulo de filosofía y erudición, un diálogo platónico entre Demarate y Jerjes.

¿Habrá pasado, pues, inútilmente el episodio de la guerra? ¿Quedará todo lo mismo, literariamente considerado...? ¿O se prepara a surgir una generación de nuevos pensadores? La generación antigua, la generación de ante-guerra, hela ahí fracasando en la persona o en la pluma de Anatole France. Ese libro, flojo e íntimamente frío, que se escuda

bajo un título caliente y presuntuoso, es la confesión de la inutilidad de un largo periodo literario representado por Anatole France.

En el mundo se estaba preparando una revolución, y Francia se había tendido a dormir. Estaba ocurriendo, sobre todo, la liquidación del siglo XIX... Quizá también la liquidación de la idea política emanada del siglo XVIII. Se operaba además un grave hecho: la conjunción de los dos propósitos, el europeo y el americano. Por otra parte, el mundo se había desplazado. Una humanidad hasta hoy secundaria exigía que se la atendiese; la porción de Humanidad que alienta en el archipiélago japonés venía a nuestro encuentro. El mundo se ensanchaba. En el Mar Pacífico aparecían nuevos valores; Rusia se ponía en contacto, por un lado, con Alemania y Francia, por otro lado con Japón y Norte América. Algo grande se estaba tramando...

Era la hora en que Anatole France, dulcemente apostado en su muelle París, hacía su cómoda literatura. Y recomendaba cosas blandas y buenas: paz, libertad, ágiles risas. Ahora la tormenta ha estallado, Ha sido cruel pedirle a Anatole France que hable. El silencio a veces es mejor. ¿Y qué podía él decir? Está aturdido por esa cosa desmesurada que vuela sobre los pueblos.

Es triste ver un hombre en el instante supremo de su patria quedar rezagado, inhábil para incorporarse a la masa de sus contemporáneos. Francia exigía de sus hombres las palabras decisivas; Anatole France busca en su corazón y no encuentra más que las palabras de siempre. Es que el corazón se había cristalizado hace mucho tiempo. Detrás de la pluma, ¿había de verdad un hombre? Aquí el hombre se convirtió en un concepto, en un libro; papel y tinta, frases acordadas.

Los libros de la guerra vendrán después. ¡Que los dioses nos libren de los centelleantes lirismos dannunzianos...! Los libros de emoción, de verdadera polémica, los libros *explicativos* de esta guerra saldrán acaso de Rusia, seguramente de Alemania.

París, Julio 1915.

ABC, 15 de julio de 1915

41.- Renovaciones

Unos niños, alegres amiguitos de voces cristalinas, se han dignado ofrecerme participación en sus juegos. Jugaban a los dibujos. Efectivamente, con mano certera habían

dibujado varios monigotes y cosas diversas que representaban, por ejemplo: un automóvil a toda marcha, un submarino, un aeroplano que arroja bombas y un zeppelin que está incendiándose... La vista de estos dibujos infantiles me ha dado la verdadera medida de mi distanciamiento. ¡Qué abismos tan increíbles pueden abrirse entre dos generaciones inmediatas!

Nosotros, cuando éramos chicos, dibujábamos barcos de vela y escuadrones de caballería; todo lo más nos arriesgábamos a reproducir una fragata acorazada. Era el tiempo en que la *Numancia* no había perdido completamente su reputación heroica. Pero los niños de ahora desdeñan dibujar barcos de vela y hombres a caballo; reproducen mejor los submarinos y los automóviles, y un mocoso de cinco años demuestra comprender el mecanismo, la figura, el objeto y la finalidad de un aeroplano.

¡Oh, Fabio, tú que vas caminando entre los treinta y los cuarenta, entre los cuarenta y los cincuenta de tu edad! ¡Verdaderamente somos viejos! Y las nuevas generaciones nos empujan con notoria violencia.

Ante nuestras barbas, y en el espacio de pocos años, el mundo se ha cubierto de novedades y se ha henchido de revoluciones. Una de las grandes revoluciones ha sido la universalización de los deportes: otra de las novedades revolucionarias consiste en esos artefactos, como el automóvil y el aeroplano, que prestan al hombre su vertiginoso incentivo de velocidad. La guerra, la tremenda y enorme guerra, viene por último a dar al mundo un tono perfectamente nuevo y alucinante.

Frente a tales cambios, ¿qué actitud adopta la generación anterior? ¿Cómo reacciona ante estos hechos la mente y la sensibilidad de un intelectual español cuya edad traspase la línea de los treinta años? A esa edad se figura un hombre, y mucho más se lo figura un escritor, hallarse todavía en plena juventud. Pero si nos introducimos en la esfera de los juegos y las preocupaciones juveniles, comprenderemos que algo muy importante se ha verificado en nuestro rededor en muy poco tiempo.

Un mozo de veinte años se abandona hoy al frenesí de los deportes. El mozo actual no tiene nada que ver con el mozo de antes. A los veinte años, antes los muchachos perdían las horas jugando al billar, jugando a la baraja o pensando en las mujeres. Hoy los mozos, por lo menos una gran parte, sienten pasión por la actividad y los ejercicios físicos. Yo acabo de tratar en Berlín a un bravo joven aragonés que me ha servido de palpable modelo; este simpático e inteligente muchacho es profesor, químico consumado, conoce tres idiomas extranjeros y no tiene más de veintitrés años. Juega al *foot-ball*, se ejercita en la natación, es alpinista, maneja los *skis*, adora el baile...

En cuanto a los chicos pequeñitos, tan pronto como agarran un lápiz y un papel, con mano convencida se lanzan a dibujar aeroplanos y submarinos.

Ahora bien: es frecuente oír a eximios poetas y publicistas fieras condenaciones respecto a la guerra y a los gigantescos acontecimientos actuales. El mundo está en una cumbre de interés; el mundo se ha hecho extraordinariamente interesante; han ingresado en la rueda universal de los fenómenos cosas e ideas pasmosas; ninguna época tan preñada de acontecimientos y de fuerza dramática... Sin embargo de eso, es frecuente oír las palabras de intelectual displicencia: “La guerra carece de interés! ¡La guerra es monótona y fea! ¡El momento actual es de una grosera estupidez!”

Se ha inventado, en efecto, una postura. Me refiero a la postura de la “inactualidad”. Los poetas más que nadie, con repulgos y gestos femeninos, ruegan por Dios que no se les hable de la guerra, de la fea y estúpida guerra. En los mismos países combatientes no faltan artistas refinados que deciden adoptar la postura de quien espera; han decidido callar, enmudecer, estar quietos, inhibirse, mientras la guerra pasa.

En verdad, el artista nunca ha sido del todo actual; pero hoy es más inactual que nunca. Cuando el arte y la literatura vivían en contacto con la vida (Dante, Rafael, Vinci, Shakespeare, Cervantes, Velázquez), entonces el artista estaba obligado a desistir en parte de su perezosa inactualidad; pero el siglo XIX creó el tipo del artista que se halla fuera del tiempo, al crear el ejemplar del *snob*, el cuadro de museo y el libro convencionalmente artificial.

El artista es un perfecto reaccionario. Vive de nostalgias, se nutre de reflejos, siente horror a la novedad y a lo imprevisto y usa, como en la religión, palabras y fórmulas tradicionales. Un poeta de hoy compone sus imágenes con elementos de la edad del bronce: la nave de blancas velas, el guerrero de fornido brazo, el arquero de vibrantes saetas... Componer un tropo con elementos de la actual ingeniería, fuera para un artista un crimen nefando. (¡Cuánto más bello y emocionante, sin embargo, mucho más bello que un pobre arquero lanzando flechas, es un cañón de potente y rápido tiro que vomita estrepitoso, furioso, los vibrantes y arrasadores proyectiles!)

El artista se complace en repetir. Se impresiona al conjuro de impresiones ajenas, tardías. Es un eco, y ama los ecos. Sobre todo ahora el artista busca en los libros anteriores, en las pinturas pasadas, en las ruinas, su inspiración. El caso de un Walt Whitman resulta algo maravilloso por lo inaudito. Bien es verdad que el caso ocurrió en Norteamérica, el país de las sorpresas.

Un artista prefiere remover el polvo de los siglos y entusiasmarse con la lucha de los soldados de Homero; prefiere también comentar las incidencias políticas de cualquier periodo florentino o veneciano.

¿Pero el rudo soldado de Homero y su simple esgrima de espada pueden siquiera compararse con la grandeza, con la sublimidad de un combate de aeroplanos en la noche oscura, o con la marcha acelerada de un ejército montado en cuatro mil automóviles, o con la aparición súbita de un submarino que hace estallar, uno tras otro, a tres potentes acorazados? Y luego los problemas políticos de hoy, la magnitud de los conflictos económicos y sociales, las estupendas pruebas a que se someten las grandes naciones, la conmoción que embarga al mundo, la incertidumbre de un porvenir que se precipita sobre nosotros...

Una nueva generación llega, una nueva edad viene a cambiarlo todo. Se están operando alrededor maravillas. Quien se obstine en no verlas será arrinconado como un objeto viejo y estéril.

ABC, 2 de enero de 1916

42.- La literatura retrasada

Mientras nosotros nos dormimos al arrullo de los viejos rumores, el mundo, ¡oh, hermanos en literatural, da brincos y escapa a todo galope.

Es cierto que la vida se ha llenado de nuevos valores y de infinitas cosas nuevas. Lo único que no varía es la literatura. Así, pues, el hombre de letras, frente al disparatado frenesí de los acontecimientos, toma un aire de vieja atolondrada y hace como que quiere ocultarse en un portal. Pero, al mismo tiempo, la vieja curiosa que hay en todo escritor quisiera husmear, venciendo su miedo; husmear por las rendijas para después contar, fantasear y, sobre todo, exagerar.

Todo marcha, en realidad, todo se precipita. Lo único que va a su paso de andadura es la pluma del literato. Hasta el labriego estima conveniente cambiar su candil de aceite por la bombilla eléctrica: en cambio el poeta sigue pulsando la lira...

¿En dónde existen las liras? ¿Han existido las liras alguna vez? ¿Es serio hablar de la lira cuando la industria produce tal número de sonoros instrumentos orquestales? Un

poeta no canta sus versos; solamente los recita. Cuando más, un poeta hará que cante sus versos una bella señorita, acompañándose al piano. ¿Para qué, entonces, persistir en la eterna farsa de las imágenes prehistóricas?

Nada hay tan retrasado en el mundo como la imaginería en el escritor. Esto convendría meditarlo atentamente, pues un día cualquiera el público puede volver la espalda a todos los artistas, poetas y hombres de pluma, como enemigos de la vida y como evidentes reaccionarios.

La literatura, en efecto, se sirve de utensilios prehistóricos. Una imagen poética no ha variado nada desde el tiempo obscuro en que el hombre pulía el pedernal dentro de las cavernas. Para decir, por ejemplo, que ha estallado la guerra, el escritor pronuncia su frase sacramental: Las espadas se tiñen de sangre...

Sin embargo, todos sabemos que las espadas, desde hace muchísimo tiempo, no ejercitan ninguna acción en el combate. La espada es un objeto decorativo. Muchos jefes y generales, cuando el fotógrafo los sorprende en plena zona de batalla, aparecen desguarnecidos de armas, sin espada, sin más que un catalejo de precisión al alcance de la mano. Sería mejor dejar dormidas las espadas. Más bien podría hablarse de los sables... Pero el sable no ha logrado aún sanción literaria.

Una imagen poética es la cosa más conservadora y tiránica; la cosa más absurda y pueril. Por tanto, en lugar de considerarse espíritus libres y almas independientes los artistas en general deberían adoptar un aire rancio, como viejos tartajosos y apergaminados, rezongones, egoístas, vestidos con casaca y pelucón.

En las bellas frases habrá cuidado de introducir la espada vengadora, la fuerte lanza, el escudo protector. ¡Pero que nadie se atreva a nombrar el fusil, la ametralladora, el mortero despedazante!...

Igualmente se hace mención de las naves que llegan a la orilla, y de los barcos que encuentran, por fin, el refugio de las playas nativas.

Véase allí una imagen que corrobora el sentido prehistórico de la literatura. Porque los barcos, en efecto, primitivamente buscaban su amparo en las playas, tal como ahora mismo las lanchas pescadoras, en las costas levantinas, encallan y se deslizan sobre la arena al empuje de los tripulantes o con la ayuda de algunos bueyes o caballos. Los barcos de los héroes prehistóricos, las naves que tripulaban los hombres de Homero, eran pobres artefactos de navegar que hallaban refugio en las playas. Pero modernamente, ¿qué clase de refugio encontraría en la playa un acorazado, ni siquiera un modesto remolcador?...

El aire y la tierra se han llenado de fiebre y de entusiastas cosas; sólo nosotros, ¡oh, hermanos en literatural, permanecemos sordos e inactivos.

La vida se ha poblado de interés; el mundo es más abundante; el universo palpita bajo el tacto de una gigantesca emoción. Todo ha variado, todo es más grande e imprevisto. Sólo está quieto el lenguaje.

El lenguaje, como es una pesadilla, se ha cristalizado... Yo consulto con terror esta máquina verbal que me fue dada, y miro después la máquina resonante y múltiple de las cosas que vibran en el mundo. ¡Pobre lenguaje, tosco y duro instrumento frente a la flexible multiplicidad y variabilidad del universo ambiente! ¡Lenta y ridícula, vieja y resistente, convencional y reaccionaria palabra! ¡Instrumento viejo en un mundo anhelante! ¡Rueda parsimoniosa y mansa en el tiempo de la electricidad! ¡Carreta de bueyes frente a los aeroplanos y los automóviles!...

Hay algo, pues, en el momento actual que está ocurriendo y no halla historiador. Sentimos que está ocurriendo algo inmensamente grande y renovador, en la ciencia, en los pueblos, en las almas, y sin embargo no acertamos a decirlo. Es sin duda porque los fenómenos han venido demasiado aprisa, antes de que el lenguaje estuviera a tono.

La literatura y el arte se hallan a destiempo. Tal vez siempre ha ocurrido igual. .. Así diríamos, como ley fija, que el arte nunca es actual. El arte se nutre de recuerdos y evocaciones. El arte, en suma, nunca vive la tragedia, nunca hace de actor, y media en los sucesos. Es como las viejas que cuentan a los otros lo que a ellas les contaron.

La Vanguardia, 23 de enero de 1916

43.- Rubén Darío

Con la pérdida de Rubén Darío no ha muerto sólo el primer poeta de lengua castellana; hemos perdido además el hombre que servía de nexo y unión a todos los componentes del mundo hispano.

Rubén Darío no era de aquí ni de allá; de Nicaragua o de Chile; era de todas partes; era exactamente el poeta español, español por antonomasia. Era el príncipe de los escritores españoles, y, para mejor decir, era el emperador de un imperio que tiene como base única y sólida el habla.

Este fenómeno de la unanimidad sólo se ha dado, modernamente, en Rubén Darío. En todas partes donde llegó a residir se efectuaba el mismo hecho curioso: el público lo adoptaba como suyo. Era, pues, de todas las naciones castellanas. Vivió en Chile, y los chilenos le llamaban su compatriota; vivió en Buenos Aires, y los argentinos lo adoptaron con un fervor entusiasta: los españoles le consideraban español... Entretanto, el poeta se dejaba querer por todos, y se reconocía, en efecto, sucesivamente nicaragüense, chileno, argentino, español. Otros escritores del mundo castellano tienen un renombre grande y legítimo; pero esa gloria nunca es total, completa y unánime, sino circunscripta al país natal y a una zona de irradiación relativa. Pero Rubén Darío lograba, iguales triunfos en todos los países. Todos los países lo comprendían y estimaban con la misma fuerza. Fue, en una palabra, el hombre que prestó unidad al sentir castellano; el poeta unánime del mundo español: el nexo ideal y propicio de tantas gentes dispersas. Sólo por esto merecería nuestra veneración, si no interviniese además el extraordinario valor de su obra poética.

Ha muerto un gran poeta. Un gran poeta definitivo, esa cosa rara que los dioses conceden al mundo tan pocas veces y en tan espaciados intervalos de tiempo. A diario vemos surgir poetas; oímos constantemente el rumor métrico de las versificaciones; salen al mundo los versos con diversas sonoridades, expresando motivos líricos, épicos, filosóficos, teosóficos... De pronto escuchamos la melodía de un auténtico poeta, y todo aquel ruido versificador queda eclipsado, como los vanos rumores de la selva ante el canto del ruiseñor.

Al principio, debo confesarlo noblemente, sentí una cierta hostilidad por Rubén Darío. Me enojaba su veneración excesivamente francesa, como humilde tributo del mestizo americano hacia la brillante cultura de París; me enojaba su pirueteo verbalista y esa su propensión tropical a producir efectos gramaticales con artificiosas incorrecciones.

Otras veces, sin embargo, hemos desdeñado a poetas que luego nos han vencido para toda la vida. También al principio desdeñaba yo a Heine, y más tarde me sujetó con su íntima garra genial. Así también he caído en la órbita sugerente y mágica de Rubén Darío, y considero su Sonatina como una piedra preciosa, y para los instantes críticos de la melancolía, suben del alma los labios aquellos versos...

Juventud, divino tesoro;
ya te vas para no volver;
cuando quiero llorar, no lloro,
y a veces lloro sin querer.

Personalmente, conocí a Rubén Darío en Buenos Aires, dentro de la casa de *La Nación*. Lo habían llevado como cartel de propaganda unos editores parisinos, a lo largo de Sudamérica. El poeta se dejaba llevar, con esa torpeza económica y esa sumisión humilde que hicieron de su vida una cosa quebrada, negligente, turbia y pintoresca.

Se le dio un banquete apologético, y yo formé en el número de los comensales. Olímpico banquete, si hay que opinar por el precio; mi escote personal me costó la suma de 36 pesos, la cifra más alta que he pagado por una comida.

Durante el banquete tuve al poeta frente a mí. Estaba en actitud violenta, contenida. Disimulaba, se abstenía, sufría... Cuando el vino de Champagne comenzó a burbujear sobre la mesa del banquete, yo recordé la opinión general, que asignaba a Rubén Darío un amor ferviente e inapelable por el rico vino francés. Pero el poeta, bajo el imperio de todas las miradas admiradoras y observadoras, se contuvo. Y sus grandes y dulces ojos de mestizo vieron correr las copas espumantes, en una moral y heroica abstinencia.

El rostro grande y rapado de Rubén Darío se me presentó como la expresión de un espíritu que podría haber sido fuerte, y que no quiso serlo, un poco por desidia, o acaso porque no sintió la necesidad de ser fuerte. El triunfo próximo, pronto, universal; el halago inmediato y fácil de todos los públicos; la falta de necesidad; esto le llevó por el camino de atajo hacia la muerte prematura. Aquella estoica y moral abstinencia del banquete ruidoso, abundante, lleno de Champagne, me ilustró en el conocimiento de un carácter que, por lo menos, poseía la íntima armazón de la fuerza.

Observé en sus ojos una duplicidad de expresión. Había en aquella mirada tanto de amabilidad como de recelo, ese recelo vigilante que suele notarse en los hombres tímidos, inteligentes y que han viajado y vivido mucho.

En cuanto al público de la Argentina, siente por Rubén Darío una verdadera veneración. Los argentinos no se resignan a llamarle extranjero: le tienen por un hijo preclaro del Plata; a estas horas le llorarán con un dolor angustioso.

Es allí, en la Argentina, donde tiene el poeta acaso los más vehementes amadores. Los argentinos no olvidan que las “Prosas profanas”, “Los raros” y numerosos artículos encantadores fueron escritos en Buenos Aires, en medio de una bohemia extraña. Y era extraña su bohemia, porque se ejercitaba en un ambiente hostil, en una ciudad cartaginesa, entre la balumba de los agiotistas y los vulgares buscadores de oro.

Cayó, pues, Rubén Darío en Buenos Aires como una magnífica perturbación. Sus versos revolucionarios causaron morales catástrofes. Los jóvenes se volvían locos. Formó enseguida *escuela*, y un grupo tumultuoso de criollos dejaron que el pelo les creciera en

libertad. Y catecúmenos de la nueva poesía, dando de través a los negocios y las cotizaciones, renunciaron a la riqueza amonedada por escuchar e imitar al vate. Se hartaban, entretanto, de líquido germano en la cervecería de Anes Keller, especie de elegante bodegón al estilo de Munich...

Ahora el poeta descansa en el seno de la muerte. Después de Campoamor y de Zorrilla, él ha cumplido la grave misión de unir y acordar los diversos componentes del mundo castellano. Esta vez no ha sido un español peninsular el príncipe mago del espiritual imperio: la fortuna quiso que fuera un español de América quien arrostrase la responsabilidad del cetro. Esto nos hace entender que, verdaderamente y en efecto, la vida se amplía hoy más que nunca, y que las naciones no son ya meros conceptos geográficos y políticos. Hay una nación positiva que se sustenta sobre el idioma. Y esta inmensa y ascendente nacionalidad castellana, o española... (¿Por qué deseáis vosotros, los catalanistas, desdeñar el regalo que os brinda la Providencia de pertenecer a una Patria grande, cada vez más grande e ilustre? ¿Por qué no había de salir de Cataluña, o de Vasconia, el sucesor principesco de Rubén Darío, nexo cordial de veinte naciones?)

ABC, 19 de febrero de 1916

44.- La coacción del periódico

La guerra nos pone al tanto del inmenso poder del periodismo. La guerra nos dice que el periódico es el elemento más formidable y evidente de que disponen los gobernantes y las escuelas políticas o religiosas para conducir la opinión.

¿Cómo se valían antiguamente los jefes del Estado para tener sujeta a la opinión pública? ¿De qué medios usaban para descomponer y tergiversar las noticias, antes de que apareciesen las Gacetas?

Ahora todo es fácil. El periódico transpone las distancias y llega a los remotos rincones, abre las puertas, invade los palacios o las chozas humildes. Por todas partes lleva el prestigio de su tinta, y hace maravillosos escamoteos con la verdad.

¿Qué es la verdad? ¿En dónde está la verdad?... Nunca, en efecto, hubiéramos imaginado las personas llamadas inteligentes y cultas, de que la verdad pudiera esconderse tan en absoluto, con tanta malicia y en un grado tan desconcertador.

Con espanto volvemos la mirada hacia aquellos días del principio de la guerra, verdadera zona oscura, noche de la inteligencia, catástrofe mental en que todos, como perdidos bajo las cenizas de un terremoto, buscábamos a tientas la verdad. En aquellos días, un íntimo pánico se apoderó de nuestras mentes, porque veíamos que la última creencia, el culto de la verdad, se desmoronaba miserablemente. Entonces comprendimos que el mundo de las verdades universales, oficiales, sancionadas, era tan vano y artificial como el tinglado de un titiritero. Todo zozobró entonces.

La mentira alzó su vuelo siniestro. Pero después, cuando la guerra se ha normalizado, cuando hay como un orden en las cosas de la guerra y nosotros mismos nos hemos adaptado al régimen marcial, ¿existe acaso mayor claridad? La verdad sigue oculta. Se ha condicionado y normalizado la mentira. He ahí todo.

La guerra nos enseña que los hombres civilizados dependen de la letra impresa. El hombre culto está literalizado en una forma increíble, y la inteligencia de que nos envanecemos no evita la diaria y constante coacción libresca, y esa especie de envenenamiento asiduo por intermedio del papel tipográfico. El veneno, como una morfina, nos va captando la flor de nuestra voluntad, y concluimos por dejar que otros piensen por nosotros. Todas esas gentes insignes o modestas, magistrados o albañiles, políticos o médicos, publicistas o marineros, en realidad han enajenado su independencia mental, piensan a la medida de un patrón; obedecen, en fin, al mandato de su periódico.

¡Cuán grotesca suele ser a veces la superstición de la letra impresa! Una persona inteligente y cultivada no duda en aceptar las palabras de su periódico como indubitables; esa persona conoce acaso algún periodista, sabe el grado mental y ético que alcanzan los periodistas. Sin embargo, al leer por la mañana su periódico, lo acepta como un oráculo. Los mismos periodistas, que saben cómo se hacen los periódicos, suelen aceptar humildemente las versiones de un periódico de París y Londres, y dan fe a esas versiones amañadas, como si los periodistas de Londres y París no escribieran igual que todos, bajo el imperio de una necesidad de amaño y consolación.

Hemos visto durante muchos meses el fenómeno desconcertador de las personas discretas ilustradas, concienczudas al parecer, que aceptaban sumisas las revelaciones más fantásticas y estupendas. Hemos visto, y vemos siempre aún, a esas personas ilustradas digerir benévolamente la fluctuación de las noticias, el amaño y tergiversación de las

noticias, los artículos de consolación, los sueltos y párrafos asombrosos encargados de pintar, por ejemplo, una retirada desastrosa como un triunfo y un feliz hecho de armas.

Yo he vivido largos meses en los países beligerantes, y el sufrimiento más terrible que tuvo que soportar mi alma fue el espectáculo de aquellos periódicos, armados verdaderamente en una heroica lucha contra la verdad. ¿Y qué dolor intelectual tan espantoso el ver a la multitud aceptar aquellas falsedades como producto de la misma eterna sabiduría?

Yo he leído un mes y otro mes los periódicos belgas que se publican en Londres. Todos los días presentaban los hechos como conducentes al siguiente resultado: los alemanes no podían sostenerse en Bélgica, y pronto, *la semana próxima*, a más tardar, los alemanes serían expulsados, aniquilados... Y las semanas transcurrían, y los periódicos no variaban la forma de sus vaticinios como la voz del cielo. Un día, otro día; un mes, otro mes.

Yo he leído en París, durante cinco meses, los periódicos, y su lectura me producía espanto. Especialmente leía *Le Temps*, enorme y trascendental diario tenido por la palabra más sapiente de Europa. Eran los días de la campaña de Polonia, cuando las grandes fortalezas caían asaltadas y los ejércitos germanos invadían hasta el corazón de Rusia: eran los días de Gallipoli, cuando los acorazados se hundían, cuando los submarinos preponderaban.

Yo leía *Le Temps* desde el principio hasta el fin, sin perdonar los anuncios ni la información de los tribunales. Aquella tarea la considero yo como la más penosa de mi vida. Se me desgarraba el alma al considerar que un periódico eminente, sin tesis moral de una ciudad cuatro veces ilustre, hiciera tales cabriolas frente a la verdad, frente a los hechos reales. Los hechos reales no tenían valor, lo esencial para el periódico era el *deseo*. De manera que el periódico, frente a los hechos consumados y positivos hacía una maniobra original y dejaba a los hechos como no consumados. Decía: esto, que dicen que ha sucedido, no tiene importancia y, en último caso, hagamos como que no ha ocurrido; no, esto no ha sucedido... En cambio, lo evidente es nuestro *deseo*. Aquello que desea nuestra alma, aquello es lo real. Lo que deseamos, eso sucederá. No tiene derecho a suceder sino aquello que nosotros deseamos...

Por consiguiente, una duda revolucionaria nos asalta y nos perturba. Y preguntamos con angustia: ¿es posible entonces que al hombre no le sea indispensable la posesión de la verdad?

Lo indudable es que los hombres son más débiles de lo que se piensa ante la sugestión extraña. Así no debemos asombrarnos de que las religiones, las supersticiones, las teorías más desequilibradas hayan tenido tanto éxito y producido tan enormes cataclismos sociales.

La Vanguardia, 23 de febrero de 1916

45.- Dos libros

Pronto vendrá a Madrid el insigne filósofo Bergson, presidiendo una cohorte de notabilidades francesas. Esta primavera promete ser fecunda en flores intelectuales, y como primicias tenemos ya dos libros, que recientemente han abierto sus páginas a la luz y son producto de dos hombres altamente admirables: Miguel de Unamuno y José Ortega Gasset.

Tiene de curiosa la aparición de ambos libros el que sean coincidentes, parecidos y llenos de una misma tendencia cultural o didáctica. Los dos libros son recopilaciones de trabajos sueltos, bajo el título eternamente sugerente de *Ensayos*. También tiene de particular el caso que los dos autores se asignan igualmente la pretensión de dirigir a las huestes más o menos anárquicas de los intelectuales españoles. Sin verdadera precisión por nuestra parte de nombrar la palabra peligrosa de rivalidad, hay en este hecho, sin embargo, muchas curiosas particularidades.

Lo cierto es que las letras españolas, desde hace algunos años, se ensayan en ciertos motivos y problemas de índole universal; los mismos problemas españoles son tratados ahora con otro espíritu más cultivado, más hondo, y, sobre todo, con una preocupación más grande y fervorosa. Y si los editores de España no estuviesen todavía tan retrasados, es seguro que ellos podrían fomentar esa clase de alta literatura o semifilosofía que, bajo el mote de ensayos, añaden sumo valor al pensamiento de un pueblo. Tal vez los ignorantes o frívolos editores tengan la culpa de que en España no broten más publicistas capaces de afrontar un asunto de carácter universal y eterno. Los editores se defienden con la teoría de la oferta y la demanda; arguyen que cierta clase de libros no se venden con facilidad. Pero es indudable que la biblioteca de Alcan ha vendido muchos volúmenes en España, traducidos o sin traducir, y que los pueblos de América son muy aficionados a esta clase de libros. Pero los editores en último extremo, dirán que nuestros literatos no hacen tal clase

de libros; que no abundan los ensayistas de verdadero nervio; que un buen libro sobre Toledo o sobre la Mística española, a la manera literaria francesa, tendría siempre éxito... Es posible que desde ahora se vaya todo transformando y mejorando.

Es la crítica lo que más escasea en España. No faltan personas sagaces que quieran dedicar su vida entera al examen de los libros y las cosas. El último crítico de fuerte consistencia fue *Clarín*; lo hubiera sido Unamuno, positivamente más considerable que *Clarín*, si el alma del profesor de Salamanca no estuviese tan solicitada por la enorme y pocas veces igualada necesidad de su Yo. Así ocurre en España que las reputaciones literarias se efectúan de un modo libre, extraño, subterráneo y caprichoso. Muchos escritores necesitan aguardar al largo del transcurso de los años para que espontáneamente casi, o por el mismo peso del tiempo, se realice en ellos la reputación. Otras veces puede suceder que un escritor como Palacio Valdés quede obscurecido en una sombra inexcusable. Otras veces, en fin, se da la gloria repentinamente, arbitrariamente, a manos llenas, a un Dicenta, a un Felipe Trigo, a un Ricardo León.

El libro de Miguel de Unamuno que ahora sale a la luz, perfectamente editado por la Residencia de Estudiantes, engloba en sus páginas unos trabajos ya viejos que se refieren al Casticismo y a problemas ideales españoles; a estos ensayos seguirán otros muchos, y es así como tendremos reunidas en una serie las obras principales de tan eximio escritor. También el libro de Ortega y Gasset sirve para reunir varios artículos, antes de ahora publicados en periódicos y revistas. En otros libros sucesivos vendrán nuevos trabajos... Pero no podrán ser muchos, puesto que la obra del ilustre catedrático de Filosofía se distingue por su premura, por su escasez.

En la lucha inevitable de la vida, la Necesidad es el mayor o el único motor. Generalmente se envidia a aquellos que logran con facilidad el éxito; se envidia a quien nace rico, al que hereda prestigio y blasones, al que halla el camino fácil desde los primeros pasos. Pero esto, que equivale a substraerle a uno la Necesidad, suele hacer con mucha frecuencia inútiles o poco eficaces a las personas. Acostumbrados a vencer con poca lucha, sus órganos impulsivos se enmohecen.

Ved, pues, un escritor que todos admiran. Leyendo el primer ensayo de este libro de Ortega Gasset, encuentro con asombro que está perfecto, redondo, maduro. El autor lo escribió a los veinte años. Quiere decirse que a esa edad del balbuceo, de la vacilación, de las imitaciones y de la necesaria incorrección, el estilo de Ortega Gasset era ya un fruto maduro; ved un escritor, por tanto, que no ha sido nunca joven, que ha prescindido del duro aprendizaje. Dentro de esta prodigiosa facilidad, Ortega Gasset era célebre antes de

escribir ninguna página. Todo lo tenía hecho, hasta la gloria. Pero aquí parece que reside su mayor desgracia, puesto que, situado desde el principio en un plano de excepción y considerado como únicamente apto para crear obras geniales, Ortega Gasset debe vacilar mucho y temblar mucho siempre que se apresta a mover la pluma sobre el papel.

Es lamentable que los escritores españoles, los que están preparados para ello, no apliquen con más disciplina sus esfuerzos, no se especialicen más. Siempre será un noble ejemplo la figura de Menéndez Pelayo, quien supo ordenar sus talentos y dedicar toda su vida a una especialización. Como tipo de la dispersión de las aptitudes, tenemos a Unamuno, que ha querido ensayar todos los géneros, como con femenil coquetería. Pero Unamuno, al cabo, dejará la obra de su vida, turbia y extraña. Sería lamentable que las ricas aptitudes de Ortega Gasset se dispersasen como las de Unamuno; y desde luego más sensiblemente, puesto que la inquietud, el fervor y hasta la excentricidad de Unamuno no pueden igualarse ni acercarse.

De todas maneras, los dos libros nuevos que han nacido en primavera a la luz son dos plausibles producciones que añaden valor a un pueblo e incitan a la buena esperanza. Son de estos libros que *Azorín* estima tanto componer. Los *Ensayos* de Miguel de Unamuno, y *Personas, Obras, Cosas*, de J. Ortega y Gasset, vienen a esquivar noblemente la exagerada preponderancia de tantos libros verdes o nulos como se imprimen.

ABC, 30 de abril de 1916

46.- El teatro catalán

En la ilustre ciudad de Tarrasa ha estrenado su última obra, *Els emigrants*, el eminente dramaturgo D. Ignacio Iglesias. Producirá sorpresa que una primicia literaria de tan afamado ingenio haya debido realizarse en una ciudad fabril y, por qué negarlo, un tanto prosaica. La verdad es que todo el mundo conoce a Tarrasa como fértil lugar donde se producen los célebres “paños catalanes”. La musa de Ignacio Iglesias ha decorado desde ahora la ciudad fabricante con los prestigios de la literatura novecentista.

El drama de *Los emigrantes* no ha gustado al público. La buena sociedad de Tarrasa y muchos intelectuales de Barcelona acudieron al estreno, y les pareció una obra sin realidad,

sin lógica y como sacada de quicio. El drama conserva ese sabor duro, trágico y un poco gesticulante de la musa de Iglesias. Tiene la arquitectura robusta y la emoción sintética de *Los viejos*; pero al través del tiempo, Ignacio Iglesias parece haberse cristalizado y conserva, de su pasada furia, solamente el rugido. ¿Por qué...?

La explicación deberá buscarse en la fatalidad, en la estructura, en la limitación del medio. El medio literario catalán, quieran o no los catalanistas, halla su único enemigo en sí propio. Los ingenios catalanes se mueven entre cuatro paredes. Los mejores talentos encuentran enseguida la barrera fatal, la limitación. Limitación de motivos y de asuntos, pequeñez de ideales. El resultado es siempre un defecto de localismo, y por tanto, de monotonía y pobreza. Así, Guimerá se estancó en la manera de la pasión intuitiva, *Tierra baja*, coincidente con el teatro dialectal napolitano; Maragall pudiera haber sido el gran lírico español; Xenius y otros muchos nobles ingenios amenazan perderse en el pequeño huerto catalán.

Ocurre, pues, que, a pesar de tantos desplantes catalanistas, no obstante el banquete de los 5000 y las valentías del Congreso, en Barcelona no existe ningún teatro donde haya podido estrenarse la obra de Ignacio Iglesias. Los periódicos catalanistas lamentan el hecho, y persisten en recomendar la fundación de compañías teatrales catalanas. Otras veces se habían fundado ya, y han perecido. Es el sino de las cosas creadas artificialmente y a contrapelo de la realidad; suelen morir a manos de la realidad misma. Esta vez ha sido necesario, para estrenar el drama de Iglesias, el concurso de un Mecenaz de Tarrasa. El propio autor, como suele Benavente, ha asumido el oficio de cómico y representado el papel de protagonista. Todo en balde; el drama no ha gustado.

La obra se supone en un pueblo cualquiera de España. El pueblo padece hambre, sequía, inundaciones, caciquismo y desesperación; de pronto decide emigrar en masa todo el pueblo a una, en busca de la abundancia americana. Pero no se marchan todos; quedan en el poblado un mendigo medio lelo, el cura, como representante de las tradiciones seculares, y el protagonista, especie de labrador simbólico que ama la tierra natal como la madre de todas las ilusiones, de todas las lágrimas y de todas las posibles esperanzas.

¿Cómo podía gustar este drama a los catalanistas? No adula los sentimientos egoístas de la región, ni las vanidades locales; no hace tampoco escarnio del atraso de España ni usa de los tópicos de mitin descentralizador, puesto que el drama, en realidad, viene a quitar la razón a los negadores, a los que propugnan la emigración como represalia, y, en último término, está el protagonista, que se agarra a la tierra (a la Patria) y, sea buena o adversa, no quiere abandonarla nunca ni cambiarla por otras patrias remotas.

Se le ha recriminado a Ignacio Iglesias un defecto: que trata en lengua catalana un asunto ajeno a Cataluña. En efecto, en Cataluña no existen esos poblados misérrimos que el hambre empuja a la emigración. Pero con esto, Ignacio Iglesias se diría que hace un esfuerzo rebelde para sobrepasar la limitación y la estrechez obsesionante de su Patria catalana; intenta saltar los muros de su huerto provinciano y sale al mundo de los conflictos nacionales, españoles... Es la tentativa angustiosa hacia la universalidad.

Visitando el Institut d'Estudis Catalans, leyendo los libros nuevos de los poetas catalanes, he considerado con tristeza lo grandioso del esfuerzo y la imposibilidad del fin. ¿Cuánta hermosa energía, condenada por su culpa a la limitación! He ahí unas personas inspiradas, vehementes, estudiosas, beneméritas; organizan admirables centros de estudio; traen la metodología científica de Alemania, los aparatos filológicos de París, la energía emersoniana, el irredentismo italiano, la estética más moderna: fundan casas editoriales, libros de versos, teatro propio: reproducen inclusive la campaña pacifista de Romaní Rolland, y envían a Europa su correspondiente manifiesto; todo lo imitan con asombroso afán de europeísmo; sus poetas hacen, con un idioma pre-renacentista, las mismas figuras que los poetas franceses, alemanes, italianos, norteamericanos, belgas y escandinavos. Pero sus versos, uno tras otro, se marchitan como hojas en un huerto, y el drama de Iglesias tiene que estrenarse en Tarrasa.

Nada hay tan justo y loable como el amor de la región; es un amor íntimo y puro que parece desprenderse del mismo amor de la madre. Es justo también que una parte de los artistas y literatos, los que no pueden substraerse a la nostalgia de la región, dediquen a ésta las flores de su espíritu; así lo hacen continuamente algunos intelectuales de Escocia, de Gales, de Provenza, de Baviera, de Nápoles, de Galicia, de Vasconia. Pero ya no es tan comprensible que toda una generación de talentos piensen que su lengua limitada sea la expresión del mundo entero.

¿Por qué no se acogen al idioma español? ¿Es porque no lo perciben en toda su substancia, porque no lo dominan bien? ¿Es por desdén de ese idioma? ¿Porque creen realmente que el español carece de porvenir? ¿Por despego, por odio? ¿Por un histórico resquemor contra Castilla?

Pero ha llegado el tiempo en que Castilla no es toda España, ni Madrid es completamente la capital de España... Para el que escribe estas líneas, la idea de España se está amplificando y diversificando cada vez. España es Castilla, y Madrid, y Vizcaya, y Barcelona, y Buenos Aires, y Manila. Se convierte cada vez en una expresión histórica, idiomática, cultural. Es un vehículo universal para el pensamiento, y una concavidad

elástica, blanda, donde iniciar nuevas formas. Ese mundo español, además, se le ve lleno de recuerdos y tradiciones, de polémicas y aspectos vírgenes que aguardan la mano del pensador y del artista; es un mundo preñado de carácter, de interés, de grandeza, de nobleza, de originalidad; y abarca incontables climas, archipiélagos, continentes, ciudades que mueren y urbes que nacen como humanas explosiones. Yo no comprendo que los intelectuales más eximios de Cataluña acepten el yugo de los caciques locales, y hagan esa triste omisión de su derecho a compartir los grandes trabajos del mundo hispano.

ABC, 3 de julio de 1916

47.- El catedrático hablador

El Sr. Unamuno, catedrático de la Universidad de Salamanca, ha pronunciado un brillante discurso en los corredores del Palace Hotel. Se trata, a lo que parece, de una arenga política; porque la cuestión aliadista ha tomado por desgracia, un sentido político, partidista, electoral. El señor Unamuno, como en el calor de los períodos electorales, se ha erigido en prohombre de esa campaña electorera, y ha sido designado para concretar las *bases del programa*, definir el sentido de la lucha y lanzar unos cuantos insultos a los electoreros del bando contrario. En efecto, el docto catedrático de Salamanca ha llamado “brutos” y “trogloditas” a los germanófilos, entre los gritos entusiastas de los circunstantes.

El Sr. Unamuno ha definido a los germanófilos en tres grupos: los conservadores, los clericales y los militaristas. Ahora bien, el Sr. Unamuno habla de trogloditas en un sentido anticuado, retrasado, anacrónico; pero el Sr. Unamuno, ¿no es acaso el verdadero tipo del troglodita? Este señor catedrático, que ha leído todos los libros, en realidad se ha estancado en pleno año 1875. Halla especial gusto en referirse a la guerra civil carlista y al bombardeo de Bilbao. Es una inteligencia que no ha podido sobrepasar el tiempo y que está detenida en la pugna de liberales y carlistas. Por tanto, cuando se decide a actuar de político, su actitud resulta lamentable. Se halla aún en las clásicas clasificaciones de conservadores, clericales, militaristas. Su discurso, además de la Marsellesa, hubiera debido tener por remate el Himno de Riego.

Entre las clasificaciones germanófilas del Sr. Unamuno están las más vulgares. No era preciso que las enunciara un señor catedrático; para la campaña burda y gruesa, para las palabras manidas y de club republicano federal, sobra la ciencia de un catedrático; se bastan los artículos de pan llevar de cualquier publicación alquilada.

Lo que se desea es que los hombres de notoriedad digan algo distinto, algo que no se supiera. Pero el Sr. Unamuno ignora que existen otros grupos germanófilos, además de los conservadores, los clericales y los militaristas.

Ignora que existen el médico, el ingeniero, el propietario, que honradamente estiman a Alemania, y no vocean su estimación en plazas y banquetes. Ignora que existen simples obreros, ciudadanos oscuros, a quienes asquea el frenesí partidario y egoísta, falsario e intemperante de los jacobinos aliadistas. Los que no comulgan con ruedas de molino. Los que se ríen de las bravatas aliadas. Los que se guían por su instinto de hombres, y ven que la conducta varonil está en Alemania.

Además, ¿por qué ocultar insidiosamente que existen intelectuales germanófilos que no son precisamente conservadores, o clericales, o militaristas?

Sr. Unamuno, por primera vez en su vida literaria, ha acertado usted su camino. Es usted un ambicioso de éxito, y ahora lo ha logrado. Mientras era usted joven y semidesconocido, sentía usted la arrogancia de contradecir, de marchar a contrapelo, de decir no cuando los otros decían sí, y de echar las piernas por alto, sin miedo a las paradojas. Este ejercicio personal le dio a usted renombre; pero todavía no lograba usted el éxito pleno y universal. Y ahora, con ocasión de la guerra, un poco viejo ya y sin bastante energía para esperar, ha seguido usted el camino de la muchedumbre.

Era la hora para disentir, sin embargo. Era el momento en que hubieran alcanzado realidad y premio sus esfuerzos por la contradicción. El destino le brindaba a usted la oportunidad para irse campo traviesa, contra el vulgo, discordante con la manada (verdaderamente conservadora) de los adeptos del lugar común. ¡Nunca se han dicho tantas vaciedades como ahora; tantos estribillos borreguiles, democráticos, populacheros; tanta prosa de oficinas internacionales, de burocracia propagandista, de club republicano federal.

Pero no tiene usted treinta años, y no puede aguardar. Quiere usted el éxito resonante, de plaza pública. Desea usted, sobre todo, la sanción universal.

En otro tiempo hizo usted sus tentativas para llamar la atención en Francia e Inglaterra. Hería usted a Francia, la escarnecía usted, decretaba usted que Francia era un postema; lanzaba usted flechas contra los escritores franceses y los franceses no le hacían a usted caso. Se metió usted con Remy de Gourmont, y Gourmont, desde lo alto de su

soberbia literaria francesa, le atajó a usted con cuatro desdenes, y fracasó la tentativa de la polémica.

Hoy suena el apellido de usted en las columnas de los diarios franceses. ¡En fin, ahí está la conquista! Periódicos provincianos franceses le piden y pagan a usted artículos. ¡Otra gran conquista! ¿Pero no siente usted nada, allá en lo íntimo, ante ese manoseamiento de la prensa aliada? Está usted incorporado a las oficinas de propaganda; le conceden a usted la gloria en Francia por méritos de guerra.

Los germanófilos son unos brutos, unos trogloditas, unos bárbaros; los germanófilos se venden; los germanófilos no merecen piedad ni respeto. ¡He aquí un lenguaje que no merecerá disculpa, aunque haya sido pronunciado en el calor de un banquete!

Por otra parte, el Sr. Unamuno es catedrático de la nación; ¿y le está permitido a un catedrático oficial dirigir ultrajes a España, manosear con escarnio la historia de España? Los germanófilos más humildes o estultos pocas veces llegan a la injuria; los periódicos germanófilos que claramente defienden a los centrales, no insultan a Francia e Inglaterra; y hacen a favor de esas naciones continuas salvedades. Pero los aliadistas incurren descaradamente en el insulto, contra los gobernantes germanos, contra sus Ejércitos, contra sus pueblos enteros. Pero hay más todavía: un catedrático español, en público banquete, para ultrajar a Alemania no duda en injuriar a su propia patria, España... Es cierto que el Sr. Unamuno, a continuación de esto, se declara ministerial romanonista. Es así que aleja todo peligro. Es así también que antaño decía el señor Unamuno: “el vasco tiene un zorro dentro, ¡y yo tengo dos zorros!”

¿Qué le habrán hecho al señor Unamuno los alemanes? El odio que les tiene, en un hombre tan personal y egoísta como él, debe explicarse por algún agravio que nosotros, naturalmente, desconocemos.

¿Será que los intelectuales de Alemania no le hacen caso a Unamuno? ¿Qué no le tomaban en cuenta bastantemente? Pero la alta cultura alemana, ¿por qué habría de tomar muy en cuenta al señor Unamuno, catedrático de Salamanca, hábil en gestos y maestro de ingeniosidades? El Sr. Unamuno, en un ambiente de seriedad intelectual, debía aparecer como un pseudo científico, como un pseudo filósofo, como un pseudo poeta. Como un pseudo genio que se ha pasado la vida gesticulando.

¡Ea, Sr. Unamuno, ahora está usted en el buen camino, todos van por ahí, lo enarbolarán a usted como una bandera! ¡Ya encontró usted la corriente que lleva al éxito! ¡Tenía usted necesidad de él, porque dentro de usted allá muy dentro... el manantial no

daba agua ya! En vez de renovarse, como su camarada D'Annunzio, necesitará usted repetirse. Repetir las feroces palabras antiguas, los gestos, las gesticulaciones, las frases terribles que asombran a la multitud de usted, la cual prorrumpe: “¡Vaya un tío diciendo cosas, vaya unas cosas que dice ese tío...!”

Se ha repetido mucho que en esta guerra luchan dos grandes tendencias históricas, culturales y políticas; se han nombrado las palabras justicia, derecho, libertad.

No; en esta guerra sólo luchan intereses y simpatías. Mientras tanto, la verdad se oscurece, la justicia revolea en los labios y los corazones se llenan de feos sentimientos. Si en esta guerra hubiese sinceridad no escucharíamos tantas ofensas a la razón. El alma se llena de horror y de ira cuando asiste a esos desenfrenos de los llamados intelectuales. La verdad y la justicia no les interesan nada, sino el sacar adelante su candidatura política. Electoreros de la pluma, muñidores de la cátedra, agentes del pucherazo internacional... ¡Están injuriando a la razón, a la justicia, a la libertad, de las que se dicen defensores! Después de leer la alta Prensa aliadista y de oír discursos como el del señor Unamuno, un espíritu sensible y sincero, devoto de la cultura eterna, de las aspiraciones nobles y fuertes de la Humanidad, no puede menos que entristecerse y buscar las soluciones más allá de Londres y París.

ABC, 31 de enero de 1917

48.- Las nuevas ideas

¿Cómo piensan los jóvenes que se inician en la vida, y cuál es la corriente de las tendencias próximas a manifestarse y a imperar? He aquí un sujeto de meditación que será siempre necesario e interesante.

La guerra ha hecho enmudecer las plumas, ha detenido el curso de las olas ideológicas; pero seríamos cándidos si creyéramos que bajo la triple censura y la mordaza de la guerra no corren ahora mismo las venas subterráneas del pensamiento. Y es indudable que esta guerra ha resultado excesivamente larga para que deje de causar en la mente europea una gran revolución íntima. Nuevos modos de pensar y de sentir se aproximan. España no puede aislarse de la corriente europea, y entre nosotros mismos se operará la

revolución. Si ponemos el oído atento acaso llegaremos a percibir los latidos más o menos vagos de la era próxima.

Un joven llega a mi casa, y pronto me descubre sus propósitos. Deja en mi mano dos artículos. Se trata, pues, de esos frecuentes casos en que una persona juvenil lanza a la faz del mundo su trascendental proyecto: “¡Yo quiero ser escritor!” Y con sus cuartillas retocadas, limadas, maceradas (emocionadas), acude a visitar al literato de firma habitual.

Pero esta vez, el joven que acude no indica en su aspecto un porte frívolo y fácilmente catalogable. No es cuestión de una persona impaciente y caprichuda que opta por las letras por lo que rinden de ostentación y vanidad. Al joven que ahora acude es preciso tomarle en serio. Sus cuartillas no nacen de un capricho, sino de una profunda vocación. ¿Qué ganaríamos con romper esas cuartillas y lanzar luego unas frases evasivas? Nuestros artículos saldrían a luz, con la fuerza con que en primavera brotan las flores en la heredad segada. Estamos ante un acto vivo de voluntad, de fatalidad.

El joven que quiere ser escritor tiene apenas veinte años. Ha vivido algún tiempo en el Uruguay. Ahora está en Madrid, y lee cuanto abarca su potencia adquisitiva: ensayos, historia, filosofía. (Hace algunos lustros, los jovencitos leíamos novelas, versos...)

- ¿Y qué carrera estudia usted?

- No estudio ninguna carrera; soy pobre; trabajo de tipógrafo en una imprenta...

Cuando oigo decir esto, una brusca afección respetuosa me hace mirar al joven con atento interés. Habla con facilidad y sin empaque, modestamente, gravemente, y en sus palabras siempre resalta alguna observación curiosa y, sobre todo, un raro dejo personal. Lee, frasea, asiste a su imprenta, busca los libros como puede, husmea, palpa, trata de orientarse, y todo bajo la premura de la necesidad económica, la más imperiosa de las necesidades. Pero esta misma necesidad, ¿no estará labrando, en efecto, su carácter? ¿No se estará moldeando *su vida* al imperio de esa rigurosa necesidad? (Y mientras él habla, yo recuerdo mis veinte años, y la semejanza de nuestras dos juventudes me hace todavía más simpático y respetable al tipógrafo que quiere ser escritor).

No es que quiere ser, lo es ya desde luego. Sus dos artículos están redactados con claridad y sindéresis, y ni una coma huelga de su sitio. Un poco de malicia, un poco de *oficio*, alguna especie de gracia, que se obtiene con el uso, y el escritor saldrá boyante. Y todo esto se ha logrado entre las apreturas de la vida, en la dificultad del medio social, lejos de los lugares de comunicación y de frecuencia. Entonces me acuerdo de tantos diplomados, doctores, ateneístas, humanistas, llenos de libros la mente, pródigos en palabras y posturas

intelectuales, vacíos de eficacia. (Necesidad, santa necesidad... Santa dificultad, Santa soledad.)

El joven tipógrafo me habla con lenguaje grave y sencillo de sus ideas. Hace algunos lustros, todo individuo que hubiera leído cuatro volúmenes necesitaba ser radical, republicano y un poco socialista; si no se portaba de este modo, sus amigos le insultarían; no podría, aunque quisiera, ser otra cosa que radical, republicano y socialista. Pero teniendo el oficio de tipógrafo, necesariamente había de leer a Kropotkine y a Dicenta, sería fatalmente anarquista.

Pero le estoy oyendo hablar, y sus palabras me aturden. No es anarquista, ni siquiera republicano. No está incluido en ninguna confesión política. Habla de todo eclécticamente, y si algo de doctrina se transparenta en su discurso, es una doctrina, como si dijéramos, idealmente conservadora. Se conoce que Nietzsche, por conducto de las ediciones baratas y accesibles, ha impresionado su imaginación; pero del escritor tudesco no toma la parte anárquica y disolvente que el lector desprevenido suele coger, sino la predicación aristocrática y energética. *El hombre europeo*; he ahí el propósito nietzscheano que preocupa a mi joven visitante.

Habla con la misma serenidad ecléctica, comprensiva, realmente intelectual, de Walt Whitman y de Schopenhauer, de Kant y de Goethe. De todo lo que ha podido atrapar por las bibliotecas, hace un examen propio de este exacto tipo del hombre autodidacto. Ni Felipe II ni Pedro el Cruel le arrancan la menor frase despectiva o de acarreo vulgar internacional. Hablamos de la Edad Media, y nos complacemos en atribuirle a aquel período un sentido bien humano y profundo.

Si esto es así... Si un joven que será escritor piensa de tal modo en España, ¿delante de qué perturbadora transformación nos encontramos efectivamente? ¿No es muy significativo que un joven intelectual, que tiene que vivir entre el pueblo, manifieste ideas tan contrarias a lo que hasta ayer mismo se conceptuaba usual, fatal? ¿Qué un joven, en la edad de los versos, se abalanza a las lecturas más graves? ¿Y que se rodee de un aire tan serio, tan sencillo y comprensivamente generoso? ¿Qué la teoría del *hombre europeo* halle sitio en su mente, sin desalojar a la idea amorosa del destino de España?

Paralelamente a este joven, otros muchachos se lanzan al frenesí del *sport* y rinden culto a los músculos y a la vida robusta. ¿Pero esto mismo no es una honda transformación? ¿Qué cambio rápido se opera ya a nuestra vista?

El tránsito de un siglo a otro parece que no debiera tener más que un significado formal, cronológico, oficinesco. Lo cierto es, sin embargo, que el siglo XIX se aleja tanto y

tan rápidamente de nosotros, que casi lo consideramos en plena Historia, no obstante haberlo vivido nosotros mismos. La guerra ha venido a sellar y confirmar la mutación de los siglos; la guerra, verdaderamente, ha enterrado al siglo XIX.

Estamos, pues, en pleno siglo distinto. ¡Es la hora en que los hombres que no tengan elasticidad evolutiva se verán envejecer y hacerse *espíritus ochocentistas!* Cuando la guerra acabe y se abran las esclusas de la censura, las trincheras se borren y circulen libremente las ideas, entonces se verá lo hondo del cambio. Desde luego desaparecerán, o se harán inocuos, los tópicos que imperaban en el siglo XIX: la Revolución Francesa, que había henchido con su volumen el siglo anterior, ya no tendrá energía impulsora. Serán otros modos de inquietud o de aspiración los que muevan a los pueblos; la idea democrática misma deberá reformarse, o evolucionar más bien. El máximo de industrialismo, las comunicaciones aceleradas, el sentido exaltado de la fuerza, la lucha comercial y por el predominio de los pueblos, la intervención más directa de América, el americanismo, la saturación cultural de la Humanidad en un sentido extenso, y el engrandecimiento progresivo y monstruoso de las ciudades: todo esto será causa de increíbles, grandes, y más que nada rápidas transformaciones...

Presten atención a estos indicios los que no quieran pasar a ser sujetos históricos.

ABC, 24 de febrero de 1917

49.- Algunos libros

La crítica literaria sufre entre nosotros, y tal vez en otras naciones también, una especie de crisis. La palabra crisis va perdiendo va perdiendo mucho valor, por lo apresuradamente que se la aplica y porque la usamos con frecuencia para disculparnos de tener que ahondar en los problemas; pero en este caso indudablemente existe una notoria languidez de la crítica, y los críticos profesionales, al modo de *Clarín*, faltan hoy en el campo de las letras. Como fenómeno interesante debemos anotar que, mientras los críticos habituales de la literatura escasean, o no existen, ha surgido una verdadera legión de críticos de arte, algunos muy competentes y modernizados.

¿Cómo explicaríamos la falta de críticos literarios profesionales? Nunca se han escrito en España, y en todo el mundo, tantos artículos, crónicas y ensayos. Obligado a tratar los asuntos cotidianos y múltiples, el articulista adquiere un poco la cualidad de la mariposa: detenerse un momento, y pasar... Además, el articulismo moderno está obligado a rozar muchos problemas sociales, políticos, costumbristas, filosóficos; se hace, siquiera al paso, constantemente crítica. Siendo, pues, todos algo críticos, nadie quiere o tiene tiempo para detenerse y ahondar en aquella crítica concienzuda, meticulosa, inquisitiva, que usaban nuestros padres. De todos modos, el empleo de crítico profesional y delicado se halla vacante. Hay muchos empleos que aguardan al empleado, en esta nación de los opositoristas y los desocupados...

El escritor que compone artículos tiene el deber de comentar algunas de sus lecturas, subsanando así de cierta manera la falta de una crítica profesional, habitual y metódica. En París y en Londres, los grandes periódicos procuran continuar sus tradiciones de crítica de libros por medio de folletines o páginas semanales; en España, entre tanto no se establezca tal costumbre, los mismos articulistas debemos prestar nuestra pluma pasajera a esos libros que ostentan gozosos, emocionados, palpitantes, sus cubiertas llamativas sobre la mesa del librero.

Corazones sin rumbo; novela de Pedro Mata. En la cubierta de este libro, el artista ha pintado un corazón rojo, que flota y navega por un mar sin orillas. Y más arriba aún, al margen superior, el artista ha pintado otros dos corazones bermejos... Esto es, realmente, la novela de Pedro Mata: un comentario cordial, una apoteosis de la pasión amorosa y una suerte de episodios en que el corazón está constantemente en activo y a flor de piel.

Estos corazones sin rumbo, cuya historia nos cuenta Pedro Mata, no quieren, de seguro, velarse y disimularse; al contrario, se revelan al vivo y en la superficie, sin ninguna especie de pudor. Ha hecho bien, por tanto, el artista en pintar sobre la portada un corazón desnudo y flotante, y otros dos corazones más pequeños y también desnudos.

En fin, he ahí, más bien que corazones sin rumbo, "corazones descarnados"... Pedro Mata rehuye las veladuras del procedimiento tortuoso e intrincado; prefiere, y lo usa con éxito, el procedimiento que llamaríamos descarnado. Sus personajes tienen el corazón a merced de sus pasiones; el amor y el odio, el deseo y el hastío entran y salen en esos corazones con una violencia franca y espontánea. Yo me atrevería a definir el procedimiento de Pedro Mata como un verdadero exceso de salud. Hasta lo enfermizo, lo morboso, que acompaña a todo impulso erótico se resuelve en este novelista de un modo impaciente y violento.

Cálido, fuerte, vigorosamente pasional: ésta es, en mi criterio, la característica de Pedro Mata, que ha dado, con sus *Corazones sin rumbo*, una última y decisiva prueba de saber novelar admirablemente. El estilo de Mata marcha parejo con su psicología; es un lenguaje suelto, cálido, *lleno de salud*, que si no resuelve ningún problema de estética verbal ni halaga el oído con una música esotérica. Sirve para expresar derechamente, y sobre todo con calor, la vida pasional de los personajes. Un lenguaje algo simplista, quizá excesivamente claro, para el gusto de los exigentes...

El luchador; novela de José López Pinillos. Como contraste verbal, aquí tenemos a Pinillos (*Pármeno*), escritor que se preocupa tanto de las palabras como de los personajes.

Tiene Pinillos, si no el mal, por lo menos la obsesión andaluza por los vocablos. Pero no, no es obsesión; trátase sencillamente de una fatalidad. Y es que Andalucía está el lenguaje tan fresco, tan numeroso, tan fértil, que un escritor andaluz, como el paseante que se hunde en olas de flores al margen del Guadalquivir por la primavera, es impotente para desembarazarse de la fronda de los giros, frases, adjetivos y modulaciones verbales.

Pero López Pinillos no trata de segar y reducir esa fronda de palabras; como si aceptase el imperio del destino, se enfurece y enardece con los vocablos, los busca, los acarrea, los persigue en los rincones del pueblo, los trae a todos, los lanza en sus artículos y novelas, y al fin, todo él acalorado, parece entusiasmarse con una íntima y especial rabia. Es como la venganza del escritor que padece plétora de lenguaje y procura abrumar al lector con el mismo peso y la misma abundancia.

Al simpático Pármeno podría llamársele “el enfurecido”. No porque sea furioso ni agrio, sino porque su estilo está lleno de furia y como de exaltación irritada. Sus palabras suelen tener muchas erres y jotas. Usa, además, un tono de frecuente desdén, de constante interjección, de énfasis en el dicitario... Si cada país reúne varias modalidades antagónicas, nosotros conocemos el andaluz ceceante, pintoresco y bonito, frente a un positivo andaluz enérgico, masculino y lleno de ímpetu.

De esta última clase de andaluces es Pinillos. Sevillano, rubio y bastante obeso, Pinillos se evade a la regla convencional que quiere hacer de Andalucía un mero lugar de chistecitos y gentes dulzarronas.

Del Madrid castizo; colección de sainetes de Carlos Arniches. Yo no frecuento mucho el teatro; cuando por ventura asisto a una función me alborozo de todas veras si es una comedia de Arniches la que me ofrecen. Tampoco estoy muy al tanto de ese género que se llama actualmente *astracanescos*. Sean o no *astracanadas* de puro estilo las obras de Arniches, a mí me regocijan plenamente.

Poder reír a plena risa, sin responsabilidad ni trabajo; curarse el alma de preocupaciones y de musgos sentimentales: he ahí una función bien social y bien necesaria a los pueblos.

Cuando nos invitan a llorar, ¿no incurre el invitante en una responsabilidad gravísima...? Tú que nos ofreces ese drama, o esa elegía, o esa película espeluznante, ¿con qué derecho quieres ablandarnos más el corazón y arrancarnos lágrimas? ¿Estás seguro de portarte con eficacia, de *hacerte superior* a nosotros y de entristecernos con nobleza o genialidad, como un Shakespeare o un Ibsen? Porque si nos entristeces con vulgaridad y ramplonería, nos has estafado... Eres inferior a nosotros; nosotros sabemos mucho más que tú de tristezas y escalofríos sentimentales.

Pero al que nos brinda una risa, ¿cómo podremos rehusarlo ni discutirlo? Cualquiera es superior a nosotros en el arte de hacer reír... Tal vez se explica así mi admiración por los autores festivos. Admiro hasta al humilde payaso de cara embadurnada.

Pero si el autor festivo tiene la discreción, el instinto, la vocación honda de la gracia y el chiste; cuando sus obras reflejan todo ese vivir pintoresco, grotesco, enfático, ingenuo y desgarrado del pueblo de Madrid; cuando es usted, Carlos Arniches, quien nos invita al ingenioso viaje de la risa, no cabe más que saludarle con una palabra: gracias.

ABC, 14 de marzo de 1917

50.- Asamblea de los Amigos del Libro

El Centro de la Propiedad Intelectual. De Barcelona, hubo de invitar a todos los editores y amigos del libro de España a una Asamblea. Esta Asamblea ha tenido una significación memorable y, desde luego, simpática, primeramente por el número y calidad de los congregados, y después por el noble y patriótico espíritu que ha informado sus sesiones.

Al entrar yo en el salón de la Asamblea, vino a mí, sonriendo, el admirado Xenius:
- ¿De modo que asiste usted en calidad de oveja a esta reunión de rabadanes?

Pero yo tengo mis ideas acerca de los editores. Comprendo que el escritor deberá siempre sacrificar un poco de su piel entre las garras editoriales; sin embargo, esta

renovación que yo me obstino en descubrir en todos los organismos de España, alcanza también a los editores, y es completamente indudable que el trabajo editorial, tanto en las empresas del periódico como en las del libro, se ha transformado mucho y progresa cada día.

Aquel editor de antaño, que desde su turbia covachuela explotaba al escritor y defraudaba al mismo público; aquel editor, tan zafio como picaresco, que hacía confesar a Juan Valera que a él no le habían producido ningún dinero sus obras literarias; aquel editor, si todavía existe, está compensado por el número de estos nuevos empresarios a la moderna, hombres de carrera, como Salvat; hombres de mundo, como Baillo Bailliere; hombres de iniciativas, como los hermanos Calleja y Gustavo Gili.

Si necesitáramos exponer ejemplos de este progreso y esta modernidad editorial, nos bastaría referirnos a la nueva colección de autores clásicos y actuales que acaba de iniciar la Casa Editorial Calleja; nada más lindo, más impecable, más inteligente y barato se ha editado hasta hoy en el extranjero.

Pues bien; en la Asamblea de Barcelona no han mirado los editores solamente a su interés industrial; algo más amplio y nacionalista se ha tratado en sus sesiones. Y este es el dato que yo deseo recalcar, puesto que expresa la evidencia de una *elevación del tono* en todos los aspectos nacionales. Por debajo de la lentitud política, los órganos vivos de España están removiéndose con verdaderas ansias de progreso y con efectivos resultados de mejora.

Don Rafael Altamira, que se prestó a presidir la Asamblea, añadió al suceso todo el prestigio de su autoridad y todo el calor de su generosa palabra. En primer término, la Asamblea de los editores y los amigos del libro se detuvo a examinar los problemas y los obstáculos que pesan sobre el libro español actualmente. La carestía del papel, la enorme carestía de ese elemental producto libresco, ocupó la atención de la Asamblea. El papel está caro, y además de ser carísimo no se le puede adquirir por ninguna parte. ¿Han pensado nuestros Gobiernos en lo que significaría, si la guerra durase muchos meses, la interrupción de nuestra industria editorial? Mientras las otras naciones se imposibilitan para lanzar sus libros al mercado mundial, España se halla providencialmente bien dispuesta para emitir continuas ediciones, para inundar América de libros, para tomar posiciones de ventaja que en el porvenir la harían difícilmente vulnerable... Hay en los Gobiernos, en efecto, una verdadera obligación de apoyar la industria del libro y de favorecerla en aquello que es primordial: baratura y asequibilidad del papel.

Los editores han traído a esta Asamblea sus antiguas peticiones, que son: franqueo concertado para el libro, como el que existe para los periódicos; rebaja del tipo de certificado; concierto postal entre España y América, por medio de convenios de reciprocidad. Este último extremo podría negociarse amistosamente con las Repúblicas de lengua castellana, creándose una estampilla o sello particular para las remesas librescas. Así no volverá a repetirse el hecho injusto que relataré brevemente: Un periódico de Buenos Aires, *La Nación*, compuso un número extraordinario y voluminoso, del cual envió algunos ejemplares de regalo a distintas personalidades españolas. Estos ejemplares tuvieron que abonar en nuestras aduanas cuantiosos derechos... Y esto es más sensible si consideramos que en Argentina entran libres y quitos de contribución, los libros impresos en Europa... Nuestra diplomacia debería estudiar estos asuntos y ver de llegar a un acuerdo amistoso en lo que afecta al libro, materia industrial de incalculable trascendencia para España. Porque el auténtico viajante y propagandista de España, el agente que ha de conquistar las simpatías y los mercados americanos, no es otro que el libro, nuestro libro español. Cuatro libros españoles pueden realizar mejor propaganda que cien activos viajeros de comercio. El libro opera sobre el espíritu y la voluntad obra sobre la simpatía, prepara el gusto y el paladar y la moda. El americano que se conquista por la virtud de un buen libro, ése está pronto a encontrar sabrosos nuestros vinos y aceites, y agradables nuestros paños y hierros.

Pero en la Asamblea de Barcelona ha habido un editor que supo completar las aspiraciones de todos los congresistas y dar un tono alto y a la vez práctico a las sesiones. Me refiero al proyecto de D. Gustavo Gili, tendiente a crear una especie de Sindicato de iniciativas del libro español. El proyecto del Sr. Gili ha sido aclamado y aprobado por los asambleístas. Si se realiza, como no es posible dudar que se realice, los editores y los amigos del libro español tendrán por último un organismo hábil que facilite la campaña libresca, otorgue personalidad a la causa de la librería y sea el vehículo de aproximación entre los amantes del libro de España y América.

Los lectores me permitirán que trate particularmente de este proyecto del Sr. Gili en otro artículo.

ABC, 17 de junio de 1917

51.- Paréntesis en Irún

En la clínica que el doctor Juaristi tiene en Irún, bajo la acristalada techumbre de una deliciosa estufa, Pío Baroja comenta con Álvarez Quintero las propiedades del vino de Jerez. Entre tanto, una limpia y tácita sirvienta llena los vasos de espumosa sidra. Y ante la larga mesa del banquete cordial se agrupan unos cuantos jóvenes intelectuales de Vera, de Irún, de Fuenterrabía.

Serafin Álvarez Quintero me consulta, con su especie de andaluza timidez, la manera cómo ha de beberse la sidra, puesto que asistimos a una castiza merienda vascongada a base de bacalao en cazuela. Yo le digo que en el beber no existen fórmulas ni ritos entre los guipuzcoanos; se bebe cuanto se puede y cuando se desea, y nada más.

Pío Baroja asegura que ha visto alguna vez, desde una casa de Fuenterrabía, el torpedeamiento de un barco por un submarino alemán.

- Era un día claro. Surgió de pronto una llamarada inmensa y la popa del barco se levantó imponentemente. El barco siguió navegando después.

Alguien duda que fuera un torpedeamiento.

- Sería una de esas minas que los buques patrulleros hacen reventar frecuentemente...

Mientras tanto, arrecian en su música unos tamborileros, apostados en un patio próximo. Y cuando el “bacalao en cazuela” está agotándose y la sidra se extingue, el doctor Larumbe, experto médico de niños, desenvaina un “chistu” que traía oculto, se pone a la cabeza de los tamborileros, y todos los cuatro, en solemne fila y tañendo una marcha carlista (la marcha de Oriamendi), dan una vuelta grotesca por la sala del ágape.

Confundíanse entonces la risa vascongada y la risa andaluza, en una fraternidad interprovincial y unificadora. ¿Hay algo que una e identifique tanto a los hombres como la risa? Nada, en efecto, como no sea la evocación placentera de las gracias femeninas.

Dos docenas de hombres juntos, que beben y ríen, es difícil que no acuerden hablar un poco y con vivo entusiasmo de las mujeres.

Álvarez Quintero, con su urbanidad sevillana, hace un fino elogio de la mujer del país.

- Es tan esbelta, tan elegante, tan bonita...

Entonces alguno hace mención del marqués de Santillana, el cantor de la vaquera de Finojosa. No era solamente la de Finojosa la vaquera que conmovía al marqués – me permito yo agregar –; recuerden ustedes su elogio de la mujer guipuzcoana.

- ¿También la mujer guipuzcoana mereció el elogio del nobiliario poeta...?

- También. ¡Y con qué fervor!

De Vitoria me partía
un día desta semana,
por me pasar a Alegría,
do vi moza Lepuzcana.
Entre Gaona y Salvatierra,
en ese valle arbolado
donde s'aparta la sierra,
la vi guardando ganado,
tal como el albor del día,
en un cargante de grana,
cual todo home la querría
no vos digo por hermana...

Pero el poeta medioeval no se limita a un elogio galante y pasajero; él mismo nos asegura que aquella “moza lepuzcana” es la más bella y atrayente de cuantas ha visto nunca.

Yo loé las de Moncayo
e sus gestos e colores,
de lo cual non me retrayo,
e la mozuela de Bores;
pero tal fisonomía
en toda la su montana
cierto non se fallaría...

Sin duda es curioso que ya en el siglo XIV tuviesen las mujeres de este país renombre de hermosas y distinguidas. Acaso el marqués de Santillana, como experto y galante que era, recogió la flor de ese renombre y creyó necesario ponderar las gracias de las mozas guipuzcoanas. Y tampoco es osado suponer que el avezado galanteador, yendo

en calidad de diplomático al reino de Navarra, hallase ocasión de sentirse preso por el amor de alguna dama, que seguramente no sería vaquera.

Pío Baroja exclama:

- Es sensible que estas cosas vascongadas no se estudien y desentrañen con más seriedad y método. Los vascongados presumen de tradicionalistas y, no obstante, éste es un país donde se pierden los datos y los recuerdos en menos de una generación. De la guerra civil carlista ya no quedan más que noticias borrosas y contradictorias...

Yo añado:

- Ciertamente, habría interés en averiguar el sentido del lujo, del adorno y de la ostentación que ha preocupado siempre a los vascongados, así como el instinto profundo de la belleza y de la distinción aristocrática. En el Palacio de la Diputación de Guipúzcoa hay un cuadro antiguo, no del todo malo, en que se muestran al vivo, como en figurines de la época, los trajes de las mujeres vascongadas en el siglo XVI. Allí se ven trajes ricos, sayas acuchilladas, gorgueras enfáticas, tocados y caperuzas que indican el grado de ostentación y la manía del bello lujo de las antiguas damas vascongadas.

Pero es imposible continuar esta plática semierudita, porque el doctor Larumbe se pone a tañer nuevamente su “chistu”, y todos juntos, al son de una marcha de “cale-gira”, nos dirigimos a un teatrillo cercano, donde el gran Stefaniai se pone a tocar al piano unas románticas sonatas checas.

Mientras cruzamos la calle, al compás del “cale-gira” que tañe en su “chistu” el doctor, los hermanos Quintero, llenos de sorpresa y de felicidad, consideran acaso el extraño sabor desconcertante de esa broma, de esa “juerga” vascongada, compuesta a base de sidra. De toques grotescos y de disquisiciones intelectuales.

Y en tanto desgrana Stefaniai los acentos de una sonata de Listz, por la puerta asoma un gran trozo de calle solitaria y un poco de cielo estival, todo anegado de luna...

ABC, 1 de septiembre de 1917

52.- Lectura clásica

En un rincón de la montaña de Navarra hay un escondido balneario, Elgorriaga, beneficioso a los niños, y sin duda a esos otros niños que son los escritores. Allí se

moderan las intemperancias de los nervios, gracias a esos dos agentes pródigos que nunca fallan y a los cuales acudimos cuando todo nos traiciona: el silencio y la soledad. Allí se depura el ánimo hasta el punto inefable de la mayor serenidad, y un momento, mientras contemplamos cómo el lucero de la tarde se abate sobre una montaña, mientras oímos el canto vespéral del sapo supersticioso, al recordar a nuestros mismos enemigos nos sentimos libres de rencor o de zozobra.

Allí es grato leer largamente esos libros inactuales que otras veces nunca teníamos tiempo de concluir: la *Odisea*, por ejemplo, o las coplas del Arcipreste de Hita. Nos sumergimos contentos en el mar hondo y majestuoso de los clásicos, y entonces, si nos solicita un periódico del día o una novela a la moda, es fácil que la desechemos. La paz del campo y el ritmo de eternidad que adquieren a nuestro lado las cosas y los sencillos hombres, por una ficción benéfica nos sugieren a nosotros mismos la idea de esa eternidad, y sólo en los libros eternos hallamos placer y gusto.

Los clásicos nos enseñan lo que nadie quiere enseñar en nuestro tiempo de arribismo y de petulancia: la disciplina. Una sumersión, siquiera anual, en la hondura de los clásicos, ¡cuánto bien proporciona a un espíritu moderno! En cuanto a los clásicos españoles, ellos nos brindan la numerosa experiencia de los siglos, y verdaderamente es como si el lenguaje nacional hubiese sido trabajado y ensanchado para que nosotros lo disfrutáramos. Cuatro o cinco autores de distinta fecha, leídos consecutivamente, nos amaestran en los infinitos detalles del idioma; sentimos palpitar y moverse el idioma, vivo y abundante... Esto, además del beneficio de la lección y de que salimos ricos y llenos de imprevistas variedades idiomáticas, nos reincorpora más enérgicamente a la raíz del ser nacional y nos hace amar y respetar mejor a los hombres y las acciones de quienes venimos y por quienes somos personas.

Sobre la mesa, frente a la ventana que se abre al campo, he ahí un libro curioso. *Menosprecio de corte y alabanza de aldea*. Lo escribió Fray Antonio de Guevara, aquel montañés de estirpe vascongada, que anduvo en los palacios, presumido de cortesano, se convirtió y acabó en obispo. Esta era una carrera que en el siglo del Renacimiento se repetía en muchos hombres, y sobre todo en España; Iñigo de Loyola, el duque de Gandía, el mismo Carlos V.

Fray Antonio de Guevara conocía la aldea, porque nació en ella, y bastante mejor conocía la corte. Su libro fue famoso y muy imitado por españoles y extranjeros. Al cabo de cuatro siglos, leyéndolo en esta soledad por quien abandona recién la corte, ¡qué interesante es y cómo convida a varias interpretaciones!

Desde luego, Guevara nos enseña a reafirmarnos en el fervor de la frase del poeta: “Cualquiera tiempo pasado fue mejor”. Vive, en efecto, Guevara, en el siglo más vital, más denso, más energético, más vario y brillante que pudo conocer Europa y principalmente España; bajo el reinado de Carlos V, cuando la fortuna sonrío a la gente audaz y el talento no halla cortapisa, ahí está Guevara protestando de su tiempo y de sus conciudadanos.

“Qué es lo que le parece debería escribir destos tiempos tiempos mi pluma? Porque si escribimos que hay bondades y prosperidades, hemos de mentir, y si escribimos las verdades, hemos de escandalizar. ¿Cómo loaremos a nuestro siglo de la mucha abundancia, pues vemos a los temporales tan escasos y a los hombres tan hambrientos? ¿Cómo loaremos a nuestro siglo de hombres ilustres en las armas y doctos en las ciencias, pues las fuerzas se emplean en robar y las letras a engañar...?”

Cuando esto se oye decir de una época tan brillante para todo el mundo, ¿qué aprecio nos merecerán los que a nuestro lado se hartan de repetir la muletilla de la negación? He ahí, pesimistas, vuestro espejo. Se dirá que Guevara hablaba como hombre de iglesia que trata de atraer pecadores. Pero todo negador, todo descontento, todo mesiánico de otra época distinta de la actual, hasta el propio radical progresista e intelectualizante, ¿no son en el fondo unas almas enfermas que tienen el disgusto místico de lo actual, y la ira a lo actual que siente la vejez?

Aquí hay otro párrafo del siglo XVI, que parece escrito ahora: “A los hombres, que son entremetidos, apasionados, bandoleros (de bandos), vagamundos y noveleros, guárdese el cortesano de tomarlos por amigos, porque los tales no vienen a decir sino que el Rey no paga, el Consejo se descuida, los privados triunfan, los alguaciles cohechan, los oficiales roban, el reino se pierde, los servicios no se agradecen ni los buenos se conocen; con estas y con otras semejantes cosas hacen al pobre cortesano que desmaye en el servir y crezca en el murmurar... Y todo el daño desto consiste en que a todos oigo decir *haremos* y a ninguno veo decir *hagamos*.”

¡La verdad es que estas palabras parecen referirse a tantos españoles contemporáneos que se pasan los días murmurando, negando, despreciando a su país, alabando la Patria ajena, predicando revoluciones y confiando en el milagro de mañana!

Y un poco más adelante remacha nuestro autor el parecido de esta manera: “uno de los famosos trabajos de la corte es que como allí ninguno vive contento con su fortuna, todos desean ver mudanza en la fortuna, porque de aquella manera piensan los pobres de enriquecer y los ricos de más mandar...”

Cierro el libro cuando la tarde declina. Frente a mí alza su ingente mole una brava montaña, que las nubes abrazan y rodean. El sencillo aldeano recoge su hoz y su azada y busca el abrigo de su hogar. Pasan dulces y lentas las limpias vacas por el camino. El pueblo se aprieta, se recoge en sí, todo viejo y blanco a la falda del monte. Humean los tejados. Cae del cielo una tierna beatitud...

Todo eso auméntale nivel de calma que había ya en nuestro espíritu, y nos hace comprender mejor el ritmo inexorable con que se manifiesta la eternidad. Sentimos, como si dijéramos, moverse a la Naturaleza, sin prisas ni retóricas ni convulsiones petulantes. Un estudio heráldico, plantado en la fachada de una casa, nos retrae al ser y a las ideas de los antepasados; una lámpara eléctrica, brotando de pronto en una esquina del pueblito nos incorpora a la actualidad; el río baja cantando. ¡Nos tienta entonces el prurito de besar la tierra, esta tierra de España, varia y multiforme, honda de eternidad, formada para ser eterna y libre y señora de sí misma!

ABC, 12 de septiembre de 1917

53.- Un libro estridente

En nuestra vida literaria de estos últimos años, los ejemplos de literalismo no han sido muy frecuentes; la guerra absorbe casi en absoluto las voluntades y la preocupación públicas. Dando de lado a la guerra, despreciándola previamente, Pío Baroja, el gran escritor, ha creído útil escribir un libro de memorias o impresiones personales que titula *Juventud, Egotetría*. Fuerte e interesantísimo como todos los suyos.

¿Por qué se ha publicado este libro fiero y cortante?... Los que tratábamos a Pío Baroja le veíamos últimamente en su retiro de Vera, durante los veranos, asistíamos a unas especie de renovación plácida, en que un temperamento conocido por su inquietud y sus aprensiones parecía encontrar al fin, a la hora de la madurez, el equilibrio filosófico y corporal. Su rostro más sano, su principio de obesidad y de risa menos punzante prometían una labor serena, conciliadora, pacífica. El mismo autor, en un inciso del libro, dice que estuvo tentado a destruir las cuartillas demasiado amargas, influido por una sugestión tranquilizadora y sedante del paisaje en una dulce mañana neblinosa. “A qué vas a publicar

eso? ¿Para qué indisponerse con éste y con el otro por decir cosas que, después de todo, a nadie le importan?...”

Mientras todos creíamos que el autor rozaba ya el límite de su serenidad, he ahí que de pronto lanza su libro, cínico y cortante. Pío Baroja, agrega, en las páginas finales, que cuando estaba a punto de destruir sus cuartillas, oyó en el tren un diálogo entre varias personas burguesas, las cuales, comentando un incidente huelguista, profirieron palabras de inicua crueldad contra el pueblo. Entonces el autor sintióse enardecido, y confiesa su pesar porque su libro no fuese todavía más estridente, más violento, más anti-burgués.

Este es, en efecto, el procedimiento de Baroja; obedece a impulsos personales, francamente interesados. Pío Baroja es uno de los escritores más personales y egoístas; no lo niega él, no creo que le disguste se lo señalen, y él mismo se enorgullece de serlo. En su último libro se declara ególatra y cínico.

Baroja insiste en su incapacidad social; lo social no le interesa, y casi no hacía falta que lo confesase. Es un caso monstruoso de egoísmo, puesto que, exento de preocupación social, sólo le preocupan sus impresiones y sus simpatías personales. El mundo es algo para él, en tanto que se relaciona con su persona. Claro es, por tanto, que Baroja necesitaba anarquismo, y efectivamente se declara anarquista.

Su anarquismo, como el de Max Stirner, es de índole utilitaria y práctica; de manera que Baroja se considera “el único”, y quiere que todo el mundo sea su “propiedad”. Establecida así la cuestión, nuestro autor divide el mundo en partes bien diferenciadas: las cosas benéficas para él (afirmativas); las cosas adversas para él (negativas); las indiferentes.

Planteada de este modo simplista, diríamos animal, la cuestión del mundo, Pío Baroja procede a manifestar sus impresiones. Puras impresiones, nunca razones, porque su egoísmo le impide el examen intelectual y subjetivo de los fenómenos. Entonces se lanza a juzgar, y para esto omite las palabras intermedias o los juicios matizados. Las cosas son buenas, malas o inexistentes. Es bueno lo que a él le beneficia; malo es aquello que le perjudica; lo demás no existe, no le importa. ¿Proceden así todos los escritores?... Tal vez todos un poco, sí; ya que el escritor tiene siempre una honda raíz egoísta. Pero en estos escritores interviene el pudor; en otros se interpone, aunque en raros casos, una íntima generosidad moral. Por lo que se refiere a Pío Baroja, él nos dice que ha querido escribir un libro cínico e impudoroso.

Para justificar, por ejemplo, su rabioso anticlericalismo, el autor refiere una anécdota de su niñez, y cuenta que un canónigo de la Catedral de Pamplona, para castigar

una burla de un muchacho, agarró a Baroja por el cogote y lo zarandeó duramente. Desde entonces le cobró un odio profundo a la Iglesia...

Y el lector que esperaba de un eminente literato una explicación más complicada de tan profundo anticlericalismo, tiene que contentarse con esta modesta anécdota.

Lo característico en Pío Baroja es una especie de “sinceridad de la arbitrariedad”. Así como otros escritores se afanan por envolver en capciosos razonamientos sus arbitrariedades, Baroja desdeña los circunloquios y marcha derecho, en virtud de anárquica soberbia, a la conclusión. Y en vez de razonar y justificar sus opiniones, las afirma o niega a raja tabla. ¿Y cómo niega o afirma? Muy sencillamente: Dice: “esto me gusta, aquello me disgusta”. Y nada más. Pío Baroja es el escritor que más continuamente antepone la frase “me gusta, me disgusta”.

Las cosas, pues, son buenas y positivas en tanto que a él le favorecen. Pero en este proceso de exclusivismo primario y simplista no hemos de ver la perversidad, sino la ingenuidad. Y aunque el mismo Baroja se obstine, como por lujo, en confesarse perverso, nosotros sabremos que se equivoca; no es malo, sino primitivo.

Tiene la espontaneidad del niño. El niño ama a su madre, a su gato, a sus abuelos condescendientes, a su jardín. El niño detesta lo que le incomoda o contraría. Dice el niño: “me gusta mi gato, me gusta mi jardín, me molesta el maestro, me disgusta la valla que cierra el huerto de los perales...”

Cuando en su último libro repasa Baroja las grandes figuras de la literatura, el arte y la filosofía, apenas si invierte media página en cada una de ellas. Dice: me fastidia Wagner, me aburre Flaubert, me gusta Poe. Es bueno todo autor que le entretiene, y malo el que no le distrae. Si algún autor, como por ejemplo, Goethe, se muestra demasiado grande y aplastadoramente completo, el niño que hay en Baroja se rebela con tanta grandeza y grita: “Goethe es antipático”.

Otro autor contemporáneo comparte con Baroja esta cualidad de reducir las cosas a un fondo de practicismo personal, absorbente, primitivo, puerilmente egoísta. Cuando Miguel de Unamuno se obligó a vivir en la obscura Salamanca, inmediatamente adoptó el partido de elogiar, ponderar y envolver en radiantes odas la ciudad del Tormes, asegurando repetidamente que nada existe mejor en el mundo que Salamanca. Y puesto que no podía habitar en Madrid, se dedicó a lanzarle dicerios. Y todo lo que le es hostil, en efecto, a Unamuno, o es inaccesible, resulta malo y odioso para él.

Antes, apto para el errabundeó por las calles ruidosas, reíase Pío Baroja de los eruditos, bibliotecarios e historiadores; la Historia, sobre todo, le merecía gran desprecio.

Pero puesto a hilvanar las aventuras de Aviraneta, nuestro autor se sumerge en montañas de papeles viejos, y rápidamente asegura que “le gusta la historia”. Llega la cuarentena, halla más placer en el reposo de un sillón que en la gimnasia de las caminatas, se entrega a la lectura de los filósofos y los clásicos... Y este espíritu arisco y anteclásico exclama: “me gusta la Filosofía y el Clasicismo”. De la misma manera, antes le interesaba poco el país vasco, casi lo aborrecía; se establece en el valle de Vera, adereza una bellísima casa, y desde entonces se declara vascongado. Sus afectos geográficos, según él mismo certifica, son Castilla y Vasconia. Y agrega: “En Castilla y en el país vasco tengo amigos, lectores, intereses...” El resto no le importa nada.

¿Por qué ha salido publicado el libro *Juventud, egolatría*? Su autor vaciló un momento antes de enviarlo a la imprenta; sintió la tentación de destruirlo. En efecto, ¿añade gloria, valor y carácter a la obra total de Baroja?... Yo me arriesgo a emitir una opinión, cual es: el último libro de Baroja no añade, pero quita. No añade valor al conjunto literario del eminente escritor, y en cambio le roba simpatía. Porque ese libro, siendo tan interesante, es desagradable, ácido, estridente, descarado, inútil.

Toda la labor de Pío Baroja se distingue por su aire personal, y este personalismo pronunciado y palpitante, vivo y ameno, hace tan verdaderamente *legibles* las novelas de nuestro autor. El autor no escribe sus novelas por simple pasatiempo, sino que las utiliza para exponer sus teorías, sus ideas y sus sentimientos, de cuya exposición encarga a los personajes. Un escritor que en el curso de veinte libros ha volcado toda su personalidad, ¿necesita escribir un libro de memorias? Y los capítulos de estas memorias ¿son más frescos y más artísticos que muchos otros de las novelas? No; aunque en *Juventud* hay tres o cuatro páginas admirables, el resto es casi una repetición de trozos barojianos ya conocidos. Tampoco son nuevos los rasgos de brutal sinceridad, ni los golpes de humorismo desenfadado, ni las piruetas anarquistas. Al contrario, faltan en este libro los pasajes de fugaz y orgullosa ternura, las fugitivas y hondas sensaciones del paisaje, los diálogos tan sentidos y densos que animan e ilustran y compensan a las otras obras.

No añade nada: merma simpatía. El capítulo que habla de la cuestión sexual tiene la crudeza de otro célebre de Rousseau en sus memorias... Los que estimamos a Pío Baroja deseáramos que este libro no se hubiera publicado.

La Vanguardia, 17 de octubre de 1917

54.- Literatura de “Clarín”

Hablemos un poco de libros. Y será justo elogiar también ese recrudescimiento editorial a que asistimos actualmente, palpable en las esmeradas y diversas colecciones que en Madrid, Barcelona y otros puntos de España se publican. Los clásicos castellanos hallan como nunca diestros editores, sobre todo en cuanto a baratura y divulgación; las ediciones de antes eran excesivamente caras y sobrecargadas de notas, mientras que hoy nos sirve, por ejemplo, *La Lectura*, los manjares clásicos en forma viable, barata, asequible y al mismo tiempo erudita.

Asequibles y baratos, perfectos y lindos son a su vez los tomos de la nueva colección de la casa editorial Calleja. Los amantes de la cultura deben a los hermanos Calleja el favor de esos volúmenes periódicos, bellamente divulgadores, en cuyas antologías antiguas y contemporáneas se nos dan las páginas principales de los autores *distinguidos*.

Uno de los tomos de la serie de “antologías” está destinado a *Clarín*. Yo confieso haber releído a *Clarín* con verdadera expectación... Es común a todos nosotros este efecto de la doble lectura, que tantas sorpresas y emociones nos proporciona. A veces leemos un autor en plena niñez o en la alborada de la juventud, y no tornamos a leerlo; de su espíritu y de su arte conservamos una impresión definida, cristalizada y como sectaria. Pero el tiempo transcurre; la experiencia y, sobre todo, la *vida viva*; nos hincha el alma de nuevos criterios y de otras exigencias; casi somos otros sujetos, perfectamente extraños al sujeto juvenil o adolescente. Entonces releemos un autor... ¿Cuántas decepciones y sorpresas! Puede ocurrir que el libro que nos parecía sublime, después nos parezca ñoño, y nos avergoncemos en secreto de haber estimado aquella idiotez; o puede ser que el libro que nos parecía pesado y soso, ahora lo desentrañemos con delectación.

Era *Clarín* un escritor *ruidoso*. A él le sucedía lo que a todos los autores *de ruido*: mientras vivió, mientras su pluma imperaba y tiranizaba al público, la gente sentíase incapaz de rebelarse con la más exacta forma de rebelión literaria, que es el desvío; *Clarín* pesaba sobre todos, y no había libertad posible; pero al punto que la pluma tiránica cayó definitivamente, el público se liberó de su despota. Nadie volvió a leerlo.

Hoy reaparece *Clarín*. Vuelve a nosotros desposeído de sus arreos despóticos. Le falta la pluma actuante, injuriante, peleadora. No puede ofender ni replicar con aquella acritud que usaba. Debe someterse al juicio de todos, y soportar sin protesta la objeción del último de los grafómanos.

En la antología de *Clarín* que nos ofrece la casa editorial Calleja, aparecen en primer término los célebres *Paliques*. He ahí un acontecimiento literario que absorbió el interés del público en una gran zona de tiempo. Los *Paliques* eran leídos y comentados con expectante emoción, y ellos, en efecto, sabían dirigirse al fondo de la curiosidad humana. Tenían descaro, suficiencia, pedantería, veneno, mala intención, crueldad y chiste. Dirigíanse a todos los corazones, más que a todas las inteligencias. Halagaban los peores instintos del público ocioso. Eran alimento de esas tertulias de café en que alguien necesita decir siempre con fruición: “¡Menudo *palo* que le dan a Fulano!” Los *Paliques* daban palos, y, además, presumían de chistosos.

¿Por qué se han reeditado esos *Paliques*...? Hoy parecen simulacros de literatura, osamentas sin nervio. En las sociedades muy literatizadas, como la francesa, es frecuente la publicación de libros, epistolarios y fragmentos pasados de modas; interesan a los profesionales y a los aficionados. En este sentido de recordación erudita, puede disculparse la reincorporación de los *Paliques* a la vida actual. El gran público no encontrará en ellos nada aprovechable. En cambio hallará denso zumo de vida en los cuentos de *Clarín*.

Los *Paliques* tienen ahora un sabor extraño y desconcertante. Nos admiramos de que hubieran podido impresionar tanto... Algo de esto es inevitable a toda obra que se envuelve en el chiste; el chiste, y la misma ironía, es lo que envejece más pronto. Un sainete de hace treinta años causa rubor a un muchachuelo actual. Descontemos, naturalmente la gracia y el chiste que tienen origen genial.

Hubiéramos, pues, preferido no releer los *Paliques*. Ciertas reputaciones nos hacen daño cuando se malogran, porque a cada rectificación de éstas tenemos que atribuir a los hombres pasados una mayor estupidez. Para los que deseáramos siempre agregar causas afirmativas a nuestro optimismo, las rectificaciones son deprimentes y producen malsana perplejidad. Quisiéramos hacer con los *Paliques* y otros semejantes éxitos literarios lo mismo que con los tenores: aceptar la sanción de los antepasados, creer lo que otros han oído.

Leyendo los *Paliques* y otros trabajos de *Clarín*, yo me he acordado de Miguel de Unamuno. Es curioso lo mucho que se parecen estos dos autores.

Clarín suena a Unamuno. Es en ambos el mismo tono de *catedrático*. Hay un tono de catedrático en ciertos escritores, que se distingue, que no puede evitarse. Además, el tono de *Clarín* y de Unamuno es el *catedrático-cantábrico*; porque cada región climatológica tiene su aire especial, y un catedrático del Mediterráneo no suena lo mismo que otro del Cantábrico. *Clarín* es un catedrático cantábrico que lee mucho, que sabe mucho, que vive sobre los

libros, y que, en suma, se halla al tanto de las cosas del mundo por intersección de los libros. Una vida universitaria y libresca. Vive en una pequeña capital de provincia, húmeda y lenta, donde se agrava todavía más su catedraticismo. Es, entonces, un catedrático muy catedrático; re-catedrático. Y su literatura, sus cuentos, sus imaginaciones, todo gira en rededor de los libros, sobre motivos de libros.

Unamuno suena a Clarín, porque es un catedrático cantábrico; porque es un re-catedrático; más que catedrático: rector. Vive sobre los libros, ha leído todos los libros. Sus novelas destilan catedraticismo. Y cuando escribe sus Memorias de “Mocedad y de Juventud” (como Renán), vemos admirados que su mocedad y su juventud no tienen nada de lo que tienen las otras vidas juveniles; son páginas y episodios que se desarrollan en la escuela y en el Instituto, sobre temas de estudio y de libros. En fin, vidas predestinadas para ser catedráticos.

Clarín en sus *Paliques* arremete contra los poetastros, grafómanos y estultos de la pluma. Arremete con chistes a lo Taboada y con erudición de catedrático. El lector queda triste, porque considera que no valía la pena de arremeter contra un conejo con una armadura de caballero medioeval. Esta falta de medida, este abuso de fuerza, este desentono integral, es lo que distingue al hombre de biblioteca, al catedrático.

Lo mismo hace Unamuno en sus artículos. He ahí un escritor sabihondo que se coloca al nivel de un currinche de diario izquierdista, y arremete contra los pobres germanófilos o reaccionarios de última fila. Ensayo contra la estultez cotidiana, fatal y eterna, contra la estultez vulgar y de primer plano, todo su arsenal erudito y filosófico que le aportan las bibliotecas, las revistas y los periódicos.

También era Kant catedrático; también habitaba una ciudad de provincia. Pero Kant, frente al vulgo y frente al error, reacciona diferentemente; se remonta a los orígenes de las cosas, busca los altos planos del bien y del mal, investiga las causas eternas de la política y de la estética... Deja los pequeños errores y las cotidianas estulteces para aquellos que carecen de buenas alas y de alto vuelo. Mientras que *Clarín* y Unamuno siéntense en realidad del tamaño del vulgo, discuten con él, se irritan contra él. Saben más que el vulgo, son más inteligentes que el vulgo; pero tienen la misma naturaleza que él.

La *gracia* es muy parecida en *Clarín* y en Unamuno. En sus artículos, sobre todo, ambos presumen de ingeniosos, y tienen, es verdad, una clase de chiste que huele también a erudito y a aula universitaria. No es el ingenio fácil del escritor espontáneo, naturalmente gracioso; es más bien un ingenio forzado, fruto de la voluntad y de la inteligencia. Está recargado de especies, de juegos de palabras, de antítesis, de alusiones eruditas; la erudición,

en esos artículos diarios que quieren ser aéreos y graciosos, salta constantemente, como deben caerle a un dómine de seminario los latinajos.

Clarín fue un gran episodio literario, y Unamuno es también un episodio. Hay escritores que no son más que escritores: Calderón, Moratín, Bécquer, Pereda, Galdós; otros son escritores episódicos, como Quevedo, Espronceda, Rubén Darío. Todavía hay otros que son meramente episodios literarios, y que después de producir mucho ruido, se mueren, y no queda de ellos nada, o queda muy poco: Torres-Villarroel, Ramón de los Santos Álvarez, Sawa.

Como episodio literario, *Clarín* ha sido el más resonante de los últimos tiempos. No lo fue, como Quevedo, por la vida airada y movediza, sino por la vibración egolátrica, por sus ataques tendenciosos, por vivir *marcialmente* la literatura. Metió gran ruido. Si el escritor, como el fabricante de jabones, necesita acudir al reclamo sensacional para facilitar a sus libros una buena carrera, no hay duda de que *Clarín* con sus *Paliques* abrió a su literatura las puertas de la fama. Supo fabricarse una incomparable publicidad. En esto se le parece también Unamuno.

El tiempo pasa; los *Paliques* se marchitan; la posteridad recoge la obra y arranca todo lo inútil, accesorio, temporal. ¿Qué queda entonces de *Clarín*? Todavía apartamos muchas páginas inútiles, ensayos circunstanciales, novelas pesadas. Quedan unos cuentos. Separamos aún más, porque algunas frases ingeniosas nos resultan marchitas, y el humorismo intentado ya no nos convence. Y queda, como último cogollo, como el aroma del espíritu de *Clarín* (ese aroma que ha de tener todo escritor durable), una como tristeza entre mística y filosófica.

ABC, 11 de noviembre de 1917

55.- Un escritor

Un día cualquiera recibimos un paquete con tres libros, mal editados e impresos en deplorable papel. Desde ese día, en los exiguos estantes donde se alinean nuestras admiraciones necesitamos incluir el nombre de un escritor...

Yo no conozco a D. Ramón Gómez de la Serna, ese autor e inventor de las “greguerías”; ignoro su presencia personal, y si es simpático o arisco de carácter. Pero estoy obligado a hablar de él, por el deber moral que se nos impone de expresar honradamente

una emoción que ha sido intensa. Tampoco la filiación ético-literaria del señor de la Serna coincide con la mía; él es un escritor de la familia de los “satánicos” o amorales y yo, al revés, busco en la obra de arte la moralidad, en el sentido eterno y más íntimo del concepto moralidad. (Desde luego se ha de comprender que no me refiero a la moral del carbonero ni a la de una doctrina positiva e imperante.)

Algunas veces hube de leer artículos sueltos de D. Ramón Gómez de la Serna, distribuidos de tarde en tarde en periódicos de precaria circulación. Confieso que aquellos artículos, leídos sueltamente y de mala manera, me interesaron poco. Supuse que se trataría de un escritor impertinente, de esos que aspiran a singularizarse con el uso de adjetivos y modos retorcidos. Pero, sin duda, había más que impertinencia. Y es así que al leer los tres libros, *Greguerías*, *El circo* y *Senos*, se me ha presentado de pronto un caso poco frecuente: me hallo, pues, delante de una figura literaria que abre huella en mi memoria. El autor de las *Greguerías* no puede sumarse al número de tantos libros y firmas que leemos y olvidamos, o cuya suerte nos interesa apenas nada.

El señor de la Serna es un caso interesantísimo en nuestra vida literaria actual. Teníamos escritores de diversos matices y modalidades; nos faltaba el literato ampuloso, tropical, rico, dueño del lenguaje, señor del verbo. Otros, a quien se llama castizos, presumen dominar los secretos del habla antigua; otros afectan un estilismo clásico. Pues bien; Gómez de la Serna no presume de castizo ni de estilista, de clásico ni de moderno; no trata de retener para sí el lenguaje; pero hace con el lenguaje tales malabarismos, que más allá de la gramática y por encima de todas las academias, el idioma se rinde, vencido, a este autor que, manifiestamente, es el Dionisos de la palabra. Pocas veces se ha visto un ejemplo de tal embriaguez, frenesí, entusiasmo, furor verbal. Y hace con las frases y los períodos, en el siglo XX lo que hacía Quevedo en el siglo XVII.

El lenguaje de Gómez de la Serna está pidiendo un nombre: barroquismo. En efecto, el estilo de estas *Greguerías* es un sueño de Churriguera cuando soñara ser escritor. Las palabras se amontonan, giran, vuelven, se aprietan, se desintegran, hacen curvas y dibujan raros adornos; entre esas palabras múltiples van las ideas, las trémulas ideas, todas sofocadas y diluidas, dejadas aquí, reanudadas allá... Es como el lujo de un señor ocioso que gusta ocupar su tiempo en una labor estupefaciente; o es la ira del exquisito que apalea al vulgo pesado y lento, por afán de perturbarlo.

La embriaguez verbal le lleva a exageraciones e hipérboles que aturden, como un andaluz que se sintiera caer en un vértigo de mentiras. “Andan por casa (dice de las solteronas) con suntuosas batas, batas de larga cola, tan larga cola, que llena toda la casa,

que las propaga, que las hace estar en toda ella, haciéndola unánime con ellas; largas colas que son como serpientes interminables que se enroscasen a toda la casa...”

Estamos en presencia de una fantasía original, como la de un niño muy imaginativo. Una fantasía que se emplea en las cosas pequeñas, que describe las habitaciones, que personaliza los muebles y los objetos más olvidados y yacentes. Es un Edgardo Poe sin morbosidad ni amargura, con una fantasía *extraña* a lo Poe, aplicada a desgranar sugericiones sucesivas sobre objetos que son inofensivos, cotidianos, y que de pronto el autor los inviste de una vida imaginativa y gesticulante.

Siente una especie de lujuria verbal que le precipita en saltos y cabriolas gramaticales. Hace lo que quiere con el habla; la gira, la retuerce, la descoyunta. ¿Quién es el escritor que no siente más de una vez esa borrachera verbalista, esa comezón, ese vértigo del adjetivo, esa caída entre las curvas y los giros del lenguaje? El que no se ve arrastrado de pronto por esa irrefrenable *facilidad*, verdaderamente no es un literato de raza.

Gómez de la Serna es ante todo un humorista. Usa un humorismo ultraespañol, muy moderno, que no tiene que ver con los otros humorismos meridionales. El meridional no suele resignarse a soltar su chiste como sin darle importancia; necesita insistir, en una petulante falta de modestia; la *boutade* de los franceses es chillona, llama con exceso la atención, exige y reclama la risa y el aplauso. Pero Gómez de la Serna hace sus gracias por las gracias mismas, sin darles importancia, como un payaso obcecado que haría payasadas aun no existiendo público en el circo. En esto su humorismo se parece al inglés. Pero no es inglés tampoco, porque tiene demasiada agilidad y frescura; además, hay en él algo demasiado español, ese algo hispano que cuando se manifiesta bien, como en ciertas cartas agresivas de Hurtado de Mendoza y en tantas páginas de Quevedo, toma un aire de violencia despectiva inconfundible.

Se acerca su humorismo al inglés, porque se refiere con preferencia a sujetos humildes o pasivos. Alrededor de una chimenea de un tejado borda un episodio chistoso-sentimental. Y así, en su humorismo se mezclan la melancolía, lo grotesco y lo alegre, con una ilustrada y aristocrática continencia de la doble intención. El humorismo bajo, que es el más usual, busca siempre la *utilidad*; es decir, persigue efectismos y consecuencias sociales o filosóficas; mientras que en Gómez de la Serna se excusa toda idea de practicismo trascendentalista; deja caer su interés sobre las cosas, las anima, las obliga a dibujar muecas y contorsiones, y las abandona allí mismo, en la propia postura grotesca.

Son frecuentemente las *Greguerías* breves payasadas de un ingenio muy literario y muy sabio. Simula el literato un candor de *clown*... que está de vuelta de las cosas. Y que

siendo *sabio*, conserva, a pesar de todo, un fondo, o una reminiscencia, o un eco de candor, una predisposición al candor. Que es lo que hace al buen humorista.

“¡Oh, se nos ha caído la pluma al suelo...! Miramos profundamente consternados al abismo del suelo, porque esa caída de la pluma ya sabemos lo que significa de irreparable... La pluma se ha matado, indudablemente se ha matado, porque la pluma siempre cae de punta, de cabeza, como los hombres cuando se tiran de un balcón...”

“Esa muchacha va andando como entre piropos, temiendo pisarlos, con pasos menudos y cuidadosos para no pisarlos...”

“Lo que compensa al rico burgués de su falta de emociones de belleza, y de la falta de espíritu y nobleza de él, y del horror de su mujer y de sus cinco hijos, son las suntuosas tiendas de ultramarinos, cada vez más bellas y más ricas, en la misma calle que las joyerías.”

“El pez más difícil de pescar es el jabón dentro del agua.”

“Las mulas, con su moderno sombrerito de paja, y las agudas orejas que salen del sombrero son como *fantasías* de su pamea. Ante esas mulas ensombreadas, los palos, los fuertes estacazos que las da el carretero, resultan más injustos, menos galantes...”

Gómez de la Serna abre dos grandes ojos de cara al mundo, y describe sin cesar, infinitamente. Es la suya una constante sensación entre irónica y grave, entre bufa y sentimental, delante de lo que rueda por la calle. Le entretienen los objetos familiares, las cosas de todos los días; una cama, una chimenea, un reloj, le inspiran rápidas y extrañas consideraciones. Toma el gesto de las cosas menudas, se introduce en ellas, les presta cordialidad; está dramatizando y reflexionando frente a las cosas pequeñas y los fenómenos insignificantes, más que fenómenos, gestos. Contempla el mundo con ojos de caricaturista, y él mismo se incorpora a la caricatura, por una rara vocación de payaso.

Escritor bohemio, nocturnal y libertario, ¡qué diferente, sin embargo, este escritor curioso de tantos poetas y liberticidas como ruedan por ahí! Hay en Gómez de la Serna una juventud de muchacho sano, inteligente, gracioso, prócer y audaz, que rehusa la simulación sentimental y manida de los usuales “cantores a Mimi” y “poetas de Pierrot”. Que carece de hiel y de estudiada perversidad. Que al volcar su *manera* literaria sobre el campo moderno de las letras, ha hecho inservibles y definitivamente inaguantables los amanerados refinamientos y las vulgares bohemias de tantos *exquisitos* de munición.

ABC, 17 de noviembre de 1917

56.- Los antepasados

La vida de un escritor tiene varias y curiosas fases; primero circula entre las contingencias de la actualidad, luego se sumerge en una semipenumbra, y al cabo de un tiempo, vuelve a surgir a la superficie y adquiere esa segunda actualidad, que es la confirmación definitiva. No siempre siguen el mismo orden las fases vitales de un escritor. Algunos disfrutaban solamente la fase primera; otros (Stendhal) nacen de veras a la vida después que el propio autor ha desaparecido.

La tercera fase de su vida literaria acaba de recorrerla D. José de Cadalso, y vedle, en fin, rondar por las librerías perfectamente rejuvenecido, gracias a la fácil y bella impresión de la Casa Editorial Calleja. No es que Cadalso aguardase del todo esta edición para salir del olvido; es uno de los escritores que más vivos se han conservado a través de las generaciones. Pero no vale igual la estima de los muy letrados y el buen acomodo en las bibliotecas públicas, como este bullir ruidoso y popular de las ediciones baratas., accesibles al estudiante y al oficinista, propensas al curioso innominado que se para ante el escaparate, es herido por el libro nuevo y decide comprar mientras fuma su cigarro. “Vamos a ver qué dice este Sr. Cadalso en sus *Cartas Marruecas*.”

Sí, de seguro; cada vez será más frecuente esa manera de gloria innominada, transeúnte e irresponsable. En otros siglos, ¡qué serie de preparaciones y responsabilidades rodeaban al acto de adquirir un volumen! Leían entonces, como si dijéramos, únicamente los que debían leer. Tal vez era también la fama una cualidad sujeta a dura maceración y otorgable con ímproba responsabilidad. Mientras que ahora, y mañana mucho más, los libros se compran por cualquiera, porque cualquiera posee dinero. Se compra el libro como se entra en el *cine*, como se compra una corbata que no es necesaria: y el libro se lee o se deja sin terminar, se guarda en anaqueles o se tira al horno de la estufa... (Preciso es preparar el ánimo para estas realidades contemporáneas, que aún se agravarán infinitamente mañana.)

Don José de Cadalso representa bien el siglo XVIII. Viendo sus célebres *Cartas Marruecas* en los mostradores de las librerías, nos parece que salta a sonreírnos un señor de peluca blanqueada y espadín delgado, con su buena casaca en punta y sus hebillas de plata. Sin embargo, no esperemos hallarnos frente a un caballerito demasiado “dieciochesco”, que huelga a polvos y haga remilgos afeminados; éste es militar, no de parada sólo, sino de la

estirpe de los Garcilasos, Cervantes y Ercillas, de los que saben guerrear. Para que fuese del todo auténtico, Cadalso murió destrozado por una bomba... ¡Y en qué sitio! Nada menos que delante de las baterías de Gibraltar, cuando todavía se obstinaban los españoles en recuperar el trozo de Patria que les fue substraída.

Las *Cartas Marruecas* responden a aquella afición por la crítica palpitante que dio tantas curiosas obras en el Siglo XVIII. Dentro de España, responden también al gusto por la revisión de nuestra historia y nuestras costumbres, en cuyo género descollaron diversos autores. Si en toda Europa se desarrolló la crítica, a causa del abundante literalismo y del culto apasionado por las ciencias y las artes, en España la afición convirtiéndose en manía, y se dieron a opinar sobre asuntos y usos nacionales todas las gentes, las graves como las frívolas, tal vez las frívolas con mayor audacia. Entonces nació en Europa el “progresismo”. Estaba de moda la cultura, todos presumían de “cientificistas”, y los motes de retrógrado y avanzado adquirieron realidad palpitante. No hay que decir en qué exageraciones incurrieron los críticos transeúntes y a la violeta. Entonces nació en España ese ejemplar de español impaciente y alocado que estima despreñar a su Patria. Por admiración a todo lo extranjero; nació entonces el tipo del intelectual *bien*, que, hallándose sin fuerzas para comprender, explicarse y justificar los fenómenos de su país, que no pudiendo superar el obstáculo de las primeras incorrecciones de su país por carecer del sentido de la relatividad, se abandona a una terminante negación y resuelve de plano la inexistencia y la imposibilidad de su Patria española. Todo lo más admite, como una remota concesión, que España llegue a salvarse cuando ose sumergirse, toda humildemente, en el seno y en el poder de las otras eficaces naciones.

Cadalso pretendía situarse en un justo medio, entre los españoles rancios que aman las cosas pasadas y reniegan de los modernismos, y a los cuales, es claro, combatía, y los otros españoles alocados (los intelectuales *bien*) que nada quieren oír de la antigüedad y que detestan en redondo del pasado. Fíjense los lectores en este pasaje de las *Cartas Marruecas*; parece escrito ayer mañana: “Por el contrario, cuando uno de estos que se avergüenzan de haber nacido de este lado de los Pirineos vaya leyendo un panegírico de muchas cosas buenas que podemos haber contraído de los extranjeros, dará, sin duda, mil besos a tan agradables páginas: pero si tiene la paciencia de leer pocos renglones más y llega a alguna reflexión sobre lo sensible que es la pérdida de alguna parte apreciable de nuestro antiguo carácter, arrojará el libro a la chimenea, y dirá a su ayuda de cámara: Esto es absurdo, ridículo, impertinente, abominable y pitovable...”

Declara, pues, Cadalso, que seguirá en todo las leyes de la razón y el culto de la verdad. A esto se llamaba antes “el justo medio”, o sea, la posición del sabio; hoy se llama “objetivismo”. Pero nuevamente quiero insistir en esa falacia del objetivismo actual, del justo medio antiguo. No existe verdadero objetivismo en crítica, ni acaso en ninguna zona del pensamiento. Sólo existe, y es lo que da apariencia a la teoría objetiva, el hombre inteligente y *honrado* (la honradez tiene gran importancia en los oficios y negocios del pensamiento), como existe el hombre ininteligente y el inmoral. El hombre de la primera categoría produce obras elevadas, sutiles, generosas, y con ello parece que está completamente desinteresado; pero hasta ese hombre eximio es subjetivista. Nunca se ausenta lo personal del pensamiento, y todos nosotros operamos con prejuicios. El arte gótico suplantó al románico-bizantino, y todos construyeron al uso ojival durante tres siglos; el Renacimiento descalificó al arte gótico, que se consideró bárbaro; el romanticismo reivindicó la ojiva e hizo desprecio del barroco. Y lo mismo ha de decirse de las filosofías, de las doctrinas, de las corrientes intelectuales.

Aunque Cadalso determina ser imparcial, no lo consigue. Al juzgar ciertos actos españoles salta fácilmente el subjetivista, y, por fortuna, su subjetivismo es de esencia patriótica. Bastará un ejemplo: el que se refiere a la conquista de América. En este caso no hay más remedio que optar por una y otra de las aficiones; si Cadalso fuese un intelectual *bien*, de los que aceptan el yugo extranjero, opinaría como los detractores de la Conquista y apoyaría en textos innumerables; del otro lado hay otros textos abundantísimos, y en esa opción el subjetivismo de Cadalso cae de la parte que más le llama y seduce; los subjetivismos buscan sus corrientes afines. Por tanto, Cadalso *examina* el viaje de Cortés, lo razona, y encuentra que la toma de Méjico es una acción, no sólo infinitamente heroica e inaudita, sino además justa, lógica, razonable.

José de Cadalso está lleno del espíritu de su siglo; es un hombre de gran cultura, *moderno*, y conoce varios idiomas extranjeros a la perfección. Pero de trecho en trecho hay en él partes ideológicas que a un intelectual acérrimo parecerían de carácter reaccionario. En medio del racionalismo y del progresismo dieciochesco, este autor refinado lanza su grito de nostalgia por las costumbres viriles antiguas. Siente, en efecto, la vuelta hacia atrás, y la siente en la forma común a los clásicos: como una añoranza de la *edad de hierro*, o sea la época, más o menos imaginaria, en que los hombres se educaban para las duras pruebas de una marcial ciudadanía, y las mujeres no se cuidaban de afeites y blanduras, sino de los trabajos de una vida honesta y sincera.

Este grito de nostalgia es en el siglo XVIII bastante curioso; ya por entonces estaban alerta con sus dardos los intelectualistas que tienen del progreso una idea mezquina, sectaria y casi baladí. No parece que sea en Cadalso un tópico retórico esta nostalgia de la edad de hierro, pues surge en sus escritos diversas veces. Pero bien: ¿quién osaría llamar *retrogrado* a Quevedo? Y Quevedo es seguro que siente el patriotismo a lo rabioso, a lo patético. Tan patético y rabioso es el españolismo de Quevedo, que positivamente se adelanta a todos los escritores en el sentido de amar a España tan patéticamente como cualquiera de nosotros ahora. Así Quevedo resulta tan progresista, anticipado y *moderno*. En su epístola al Conde Duque de Olivares canta con fuerza extraordinaria esa *edad de hierro*, que después ensalzaría Cadalso, y que no es otra cosa sino la furia patética de un alma encendida en grandes aspiraciones nacionales.

ABC, 22 de abril de 1918

57.- Un escritor secular

Tienen ya los devotos un nuevo camino de peregrinación. En el lado más hermoso del retiro, el novelista más grande se ha sentado sobre su butaca de mármol, y toma, para aguardar a los siglos, la misma actitud de pleno reposo que aún usa en su vida cotidiana. Y así, al mirarle en estatua, la persona de Galdós se nos confunde dentro del intelecto. El hombre de carne que vive entre nosotros en la ciudad, se nos figura lejano, desaparecido, histórico: mientras que el hombre de mármol, en su actitud de serenidad meditativa, parece sentirnos y escucharnos y vivir nuestra vida propia.

Cierto. La inteligencia del escultor ha consistido en representar al grande hombre como una persona que se sitúa al margen de los hechos actuales. Su misión activa o cotidiana ha terminado. Es un hombre de otra época. Ahora, cumplida su obra genial, Pérez Galdós se sienta a oír el rodar de las acciones, el paso de los siglos. Verdaderamente tiene la actitud de quien penetra y toma sitio en el anfiteatro de la eternidad.

Es así también como Galdós se muestra a nosotros el verdadero representante del siglo XIX. Llamémosle cuanto antes “escritor secular”.

Todo el siglo XIX está incluido en su obra. Y es tan siglo XIX Pérez Galdós, que los dos tercios del siglo que no ha logrado vivir material o personalmente, su imaginación los remueve y trata con el mismo rigor que la misma vida vivida. Siente el gusto y el fervor de ese siglo tan próximo y ya casi tan lejano. Lo vive todo entero, desde el poema de Trafalgar hasta la penumbra política de la Regencia, con el rumor de las barricadas, con la fiebre de las logias, con el entusiasmo de Prim y las marchas aventureras de los cabecillas facciosos.

Hay escritores que sienten su propio siglo con una animación extraordinaria. No es una época lo que representan, sino el siglo entero. Musset y Larra se limitan a la zona del romanticismo; Zola recoge la modalidad naturalista; pero Galdós absorbe toda la substancia secular. Víctor Hugo nos invita al paralelo. Efectivamente, el poeta francés vive la hora actual y se deja influir por el fenómeno actuante, poniendo en verso la crónica diaria del siglo. Más afortunado que Víctor Hugo, ha podido Pérez Galdós salvar la linde del siglo y comentarlo totalmente.

¡Qué interesante, qué novelesco, qué emocional ese comentario! El siglo XIX acude a nosotros entre las páginas galdosianas; lo vemos desplegarse enteramente y percibimos todo su sabor especial: tribunicio retórico, romántico... Es el tiempo en que el heroísmo puede todavía emplearse por causas literarias; en que se puede morir por meras palabras; en que, sobre todo, el ideal está muchas veces limpio de todo contenido práctico. Las personas tienen un valor decisivo, porque el sentido reciente de la masa y de lo anónimo democrático no abrume a los ochocentistas. Las figuras, las personalidades, lo mismo un general como un orador, tienen virtud para arrastrar a las multitudes.

Es el tiempo, para nosotros ingenuo, del gran discurso, del complot tenebroso y de la barricada; una barricada donde esgrimen trabucos populares ciertos hombres de levita y botines afilados. Se lucha y se muere por las ideas. Unos, en nombre de la *reacción*; otros, en nombre del *progresismo*... ¡Palabras de ayer que nos suenan a lejanía!

Entretanto, la idea de la Patria corre por todo este siglo y llena los volúmenes de Galdós. El ultramontano asocia la Patria a su concepto antiguo de la nacionalidad; el progresista hace laico y civil el patriotismo, lo desvincula de la idea real y, como antes Jovellanos y Cadalso, quiere que la nación se eleve sobre las contingencias de los Poderes. Es el liberalismo característico del siglo XIX. Un liberalismo nacionalista, que logra por de pronto impedir toda dispersión atomística. El progresista y el reaccionario catalanes están unidos con sus correligionarios andaluces de una forma apretada y profunda.

El “escritor secular” ha sentido correr bajo su mano la angustia, las idealidades, las quimeras del siglo XIX. Ha vivido un siglo entero. Un gran trozo palpitante de la historia nacional queda en sus obras. El arte de la emoción y la fuerza dan a ese trozo de España una vida para siempre.

Ahora Galdós se ha sentado al borde de ese talud del Retiro, que asoma como un amplio y solemne balcón sobre la llanura infinita. Sentado frente a la inmensidad, núcleo terreno de España, el hombre que ha vivido un siglo entero se dispone a recibir la marea de los siglos rodantes. Pasarán ante él las generaciones trayendo cada una su afán distinto. El tiempo, como un viento rumoroso y voltario, azotará el talud elevado sobre la inmensa y serena llanura. Y a la promesa de tantas curiosidades, Galdós, vicioso de la observación y del dato novelístico, parece que se arrellanará en su asiento de mármol, cruzadas las manos, el oído atento, preparado para los episodios de esa gran novela de la eternidad.

ABC, 25 de enero de 1919

58.- Comunistas, dadaístas y cubistas

Hace todavía poco tiempo, cualquier señor que deseaba obtener el título de *avanzado* lo conseguía sin grandes sacrificios: con hacerse masón o alguna cosa parecida lograba su patente. En cuanto a los escritores que aspiraban a ser revolucionarios, para ellos el asunto era todavía más fácil; bastaba un pequeño juego de sintaxis, una cesura, unos adjetivos algo raros.

Pero actualmente, los negocios universales se han puesto tan difíciles, que para considerarse incluido en la moda política y estética debe una persona arrostrar los gestos más arriesgados. Ya no basta hoy, si se quiere huir del mote reaccionario, afiliarse a una secta masónica o usar unos cuantos adjetivos decadentes. Hay que dar un salto tremendo. Hacerse panegirista de la revolución rusa; he ahí una imposición inapelable para quien aspire a estar a la moda políticamente. Si es un artista o un literato, necesitará afiliarse al cubismo, al ultraísmo, al dadaísmo.

Nos hallamos, pues, en una época verdaderamente convulsiva, en que todo se desarrolla a saltos. Conocemos el caso de los “nuevos ricos” que representan el salto

brusco en la economía. Conocemos también el caso de diversas naciones, surgidas algunas, como Polonia y Checoslovaquia, de un salto, y otras, como el imperio austríaco y la fortaleza alemana, que desaparecen de un salto también.

Hay un ejemplo, aparentemente trivial, que podrá ilustrarnos mucho en este propósito. Examinemos la moda del baile. Las maneras de bailar han variado siempre con tal lentitud, con tal lógica, que un danzarín nunca ha temido verse a lo largo de su vida, fuera de moda en absoluto. Pues bien; todos conocemos personas, todavía jóvenes, que habiendo descuidado el uso del baile nada más que cinco o seis años, se encuentran ahora, cuando intentan volver a bailar, que no saben... Frente a un muchacho de veinte años, una persona de treinta está hoy perfectamente aviejada.

De manera que hay actualmente entre los jóvenes y los viejos una distancia inmensa. La juventud es hoy una cosa prodigiosamente radical, terminante. Claro está que muchos hombres, rapándose toda la cara y ajustándose bien la ropa, pretenden prolongar la juventud hasta los cuarenta y los cincuenta años; las mujeres maduras, aprovechándose de la cortedad de las faldas, presumen de parecer muchachitas; y algunos pintores y literatos intentan rejuvenecerse vistiéndose a la última moda cúbica o bolchevique. En vano. Ser joven es contemporáneamente un problema muy difícil.

¿Cómo lograr, en efecto, escribir a la moda dadaísta? Pongamos al azar un ejemplo. Aquí tenemos un ejemplar de la revista *Grecia*. Transcribimos un elogio en prosa, dirigido a Francis Picabia por otro catecúmeno. Dice:

“Su lenguaje sinuosidad revela la trayectoria arácnida de una neurosis psicopática exacerbada – diagnóstico de los neurólogos doctores Collins, Dupré y Brunuschweiler. Intoxicado por la excesiva lectura de manifiestos en sus festivales “dadaístas” y por el abuso del automóvil-; ved ese retrato suyo representativo en “Cannibale-2”, al volante de un ostentoso Mercer 85 HP-, ya sólo exclama paróxicamente = Dadá : Nada : : Nada : Dadá =. Esta consonancia equivalencia del ritmo negativo, destructor y paranoíaco rasga la perspectiva estelar en el manicomio de las carcajadas.”

Como se ve, esto es muy difícil de llevar; es preciso poseer toda la fuerza evidente de la juventud; pero no hay juventud disimulada, afeitada, sino la juventud de los veinte años. Y aquí necesitaremos hablar de una tragedia un poco cómica.

Ocurre, efectivamente, que algunos hombres de pluma, de esos que desean siempre aparecer como *avanzados*, se han visto envueltos en la ola del cubismo, ultraísmo, futurismo, dadaísmo, y están desorientados. Porque los muchachos que llegan con tanto ímpetu no respetan nada. Tienen una iconoclastia realmente terrible. Escribir sólo con una retórica del

antiguo régimen es para ellos un título de vejez. ¡Y los que presumían ayer mismo de *avanzados*, escriben absolutamente a lo académico, y piensan, lo que aún es peor, a lo académico...! Entonces, llenos de alarma, los avanzados de ayer se apresuran a saludar y mimar a los muchachos de la fórmula = Dadá : Nada... etc.

Y entonces se ve entre la gente de pluma a diversos ejemplares de viejos afeitados que aspiran a que se les confunda con los jóvenes. Pero en política, ¿no hemos visto últimamente al Sr. La Cierva tomar actitudes de revolucionario, y no le habremos de ver incluso dedicando una discreta adhesión al comunismo de Rusia? Para que la persecución de los avanzados no se ensañe con uno, hoy es preciso pagar, a título de costas, un tributo de simpatía a Rusia. Y en estética conviene no irritar a cubistas y dadaístas.

Por consiguiente, ¡qué situación tan desamparada la de los que creemos que el fenómeno ruso es el resultado del alcohol, de una literatura enfermiza y de la barbarie asiática, y que los dadaístas son unos perfectos idiotas!

ABC, 22 de julio de 1920

59.- El patriotismo de Pío Baroja

Con una perseverancia de buen trabajador, y sobre todo de un hombre que tiene algo constantemente que decir, Pío Baroja va escribiendo sin intermitencias sus libros, que forman ya una respetable biblioteca. Ahora acaba de publicar su novela titulada: *El amor, el dandysmo y la intriga*.

Al leer las páginas entre sentimentales y jocosas de esta última producción, he sentido el deseo de hablar de un matiz barojiano poco observado generalmente por la crítica. Me refiero al patriotismo.

¿Qué piensa de la patria Pío Baroja? Sería una pretensión excesiva, naturalmente, pedirle al escritor imaginativo que nos conceda una opinión cerrada, libre de arbitrariedad. En los negocios del arte hay que tener siempre en cuenta los nervios. Y como las mujeres un poco histéricas, el artista siente gusto en desdecirse y rectificarse, perturbar y desorientar, reírse hoy de lo que ayer consideraba serio.

He aquí un escritor de ánimo dualista, expuesto como el que más a las veleidades de sus nervios. Por lo tanto, Pío Baroja nos parece hoy verdaderamente patriota y mañana se evadirá entre cuatro piruetas internacionalistas. Sin embargo, este escritor inquieto no puede ser confundido con los artistas sensuales que huyen de la más grave responsabilidad humana; en medio de su nihilismo, Pío Baroja es un escritor moral, en cuanto le preocupan los eternos problemas del mundo y de la vida. Y puesto frente al problema de la nacionalidad, no hay duda que debemos contar a Baroja entre los españoles que más hondamente se interesan por su patria.

La idea de España, en efecto, está latente en sus obras. Ninguno de sus libros deja de traer la obsesionante cuestión, y en realidad la ideología de nuestro escritor se reduce a dos temas principales: el conflicto del héroe frente al problema de España. Detrás de cada uno de estos héroes novelescos no debemos tener dificultad en ver la propia persona del autor.

En *El amor, el dandysmo y la intriga*, dice al principio de la novela el principal personaje:

“Uno de los resultados de mis lecturas fue el darme una preocupación grande por España y, al último, hacerme patriota. Leí todos los libros que encontré sobre nuestro país. Hay que reconocer que la mayoría de las cosas que los franceses han escrito acerca de España valen poco; son casi siempre observaciones superficiales y vulgaridades que destilan antipatía y odio. No se explica bien, más que teniendo un fondo entre rencoroso e indelicado, la rabia de los franceses contra un país como el nuestro en el siglo XIX, en plena disolución y decadencia. Estas duras invectivas contra España me hicieron, como digo, patriota.”

“Mi sensibilidad patriótica fue un hecho nuevo que surgió en mí con la lectura y al ver que se denigraba constantemente a España. En España no se podía vivir una vida relativamente civilizada, ni comer, ni dormir.

España era un país imposible. Los españoles, al parecer, éramos una excepción en el mundo: malos, crueles, sanguinarios, incultos, indisciplinados, de color negro y cobardes.”

“Sin embargo, cuando fui leyendo biografías, encontré que los tipos históricos españoles valían lo que los de los otros países, y que muchas veces los superaban.”

Descontados, pues, los temas sentimentales, paisajistas y humorísticos, en las novelas de Baroja pugna el autor por conciliar sus grandezas ideales de felicidad social y de grandeza patria. El socialista y el español toman las páginas de ese libro como campo oportuno para la controversia, y el héroe barojiano no hace más, si bien se mira, que

polemizar constantemente sobre el tema sociológico nacional. Es un diálogo angustioso, cuya tortura no puede atenuar siempre los ágiles episodios, las finas descripciones y los graciosos pasajes que adornan a las novelas; por encima de lo que es arte y gracia moderna, el lector está asistiendo a la dolorosa pregunta del polemista, que es el mismo autor: ¿Hay una esperanza de alivio en los abusos y las tristezas sociales? ¿Podemos fiar en la gloria y el honor de los españoles?

Y al fin de todas las novelas, el alma angustiada de Pío Baroja deja trunca la respuesta. No. La esperanza es imposible. El mundo es egoísta y cruel, y España está abrumada bajo una montaña de plomo. El antiguo lector de Schopenhauer no logra sobrepasar el sentido fundamentalmente negativo de mundo, y cuantas veces se opone el tema social, cae vencido sin gran resistencia.

Podemos considerar a Baroja como un “pesimista nato”, fisiológico, a la manera de Leopardi. En el caso de Leopardi, el pesimismo orgánico trazaba una línea ascendente y era favorecido por la época, cada vez más llorosa y romántica y por la misma enfermedad del triste poeta. La tisis, el romanticismo triunfante y la esclavitud de la patria italiana hicieron inevitable.

Pío Baroja, al contrario, es como esos seres delicados que pasando la edad crítica entran en una zona de franca mejoría y aumentan gradualmente su robustez. En los primeros años halla que la vida carece de gusto. Se aburre. Es inhábil para los pequeños pecados de la juventud, y a falta de aptitudes para los vicios del calavera cotidiano, se entrega a la lectura, un poco anárquica. Estudia una carrera, la de médico, y al terminarla ya siente por ella desvío y horror. Embebe toda la literatura novelesca, antigua y contemporánea, y la imaginación, cargada de tal bagaje de fantasía y aventura, tiene que someterse a la pobre realidad prosaica de un joven desorientado, sin actividad concreta, sin oficio siquiera. Entra a escribir algo tarde, y no logra pronto el éxito popular.

Pero el tiempo ha pasado, y no en balde, seguramente. El tiempo ha ido labrando la dicha en casa de Baroja. Los negocios marchan propicios, las comodidades se acumulan en la familia, y el porvenir no inspira miedo. El miedo es en Baroja un elemento esencial, causa colaboradora del pesimismo; pues bien, Baroja ha perdido el miedo a la vida, a la necesidad. Si aun conserva un instintivo horror a los resfriados y a los contagios, ya no teme a la tisis ni a la dolencia trágica y desconocida; su salud es buena, engorda poco a poco, ríe bonachonamente y tiene libros, un palacio, un huerto, comodidades. El porvenir económico ya no le preocupa, y la gloria literaria va confirmándose y agrandándose de día a día.

En todo hombre ha de haber una especie de esfuerzo moral que podríamos llamar la voluntad del elogio. Nuestro novelista tiene muy debilitada esa especie de voluntad elogiadora, y cuando su patriotismo español le pone en el trance de tener que afirmar, Pío Baroja sufre íntimos conflictos, y al fin toma el partido de elogiar únicamente aquello que corresponde a la naturaleza.

Le gusta el paisaje español, y pocos artistas se han acercado a ese paisaje con tan fina, con tan religiosa sensibilidad. Especialmente el panorama de Castilla y los cuadros del suburbio madrileño han sido pintados por Baroja de un modo incomparable, con una unción dramática y con una agilidad de trazos de un gran aguafortista. En sus últimas obras aparece el paisaje vasco, y su pluma es como si se recreara en la blandura de los montes verdes y en la hermosa turbulencia del mar. Los pueblos, los caminos soleados, las ventas, los tipos castellanos, los trajes y los usos retrasados; todo lo que tiene sabor de rareza, todo lo pintoresco y un poco roto halla en Baroja un buen narrador. Vierte en las cosas su entusiasmo, o en las personas humildes que ayudan a componer el cuadro; siente por las cosas un cariño de pintor, y hasta posee el egoísmo especial del pintor, para quien la naturaleza solo existe en cuanto puede ser traducida al cuadro.

Pero al llegar a las personas de cierta representación nuestro novelista le retuerce el pescuezo al entusiasmo. Baroja procede en su cariño siempre de abajo para arriba; el muletero, el caminante, el artesano, el simple vagabundo, son para él sujetos de estimación posible, pero a medida que asciende en la escala jerárquica Baroja se siente demoledor, implacable. Los funcionarios, las autoridades, las dignidades, cuanto representa poder y jerarquía, suele ser odiado y ridiculizado por este escritor descontento. En cambio se goza en pintar en todas sus novelas el tipo contrapuesto, el hombre rebelde, libre, osado, aventurero; una especie de hombre que tiene algo de anarquista ruso, otro poco de héroe ibseniano, otro poco de influencia de Nietzsche y mucho del hombre de acción que Pío Baroja, si no hubiese sido tan hombre tímido, hubiera querido ser.

Pero en medio de la multitud bullanguera de los intelectuales negativos y antinacionalistas, Pío Baroja destaca una actitud muy interesante y extraña. Mientras sus compañeros aceptan sumisos la versión extranjera, y se someten a la idea del menosprecio de España, he ahí que nuestro novelista, que por su radicalismo extremo debería ser más antipatriota que nadie afirma su devoción a la patria y vuelve sus iras o su desdén hacia el extranjero.

Pío Baroja álzase ante el extranjero como un español irritado. ¿Qué hay, en efecto, entre España y Europa desde hace bastante tiempo sino una polémica sorda, tácita? Ante la

arbitrariedad europea que atribuye a España un sentido de obstáculo, de rémora y hasta de ignominia, Baroja no cree que pueda dudarse, y con verdadero rencor vuelve los dardos contra Europa. No se humilla; no asume esa actitud miserable de los aduladores y los serviles. Si marcha a París y Londres, después de admirar su grandeza y de gozar su cultura, torna a España y se dedica, no a pasmarse, sino a encontrar el lado de barro, de grosería, de torpeza, que se oculta bajo aquella civilización.

En *El amor, el dandysmo y la intriga* dice el héroe de la novela unas palabras que explican mejor que nada el sentimiento general de Pío Baroja.

“Comprendí entonces, al volver a vivir en Francia, lo que antes no comprendía bien: cómo era extranjero, cómo había en mí cierta hostilidad para mí. Estas dos hostilidades, la del hombre por un país extraño y la del país extraño para el hombre forman el lado negativo del patriotismo, que a veces es más fuerte que el lado positivo, o sea la simpatía del hombre por su propia tierra y de su tierra por el hombre...”

Yo creo que exagera un poco Pío Baroja. Creo que su patriotismo no nace *absolutamente* como una hostilidad contra otra hostilidad, como una reacción negativa contra el ultraje de fuera. Hay además en él una parte positiva de patriotismo: es esa íntima simpatía que a lo largo de su extensa obra literaria pone al describir las cosas, los tipos, el ambiente y las grandes creaciones de su patria que mejor se avienen con su humor un tanto díscolo, harto difícil y huraño por lo regular, y muy poco propicio generalmente al ditirambo.

La Vanguardia, 22- 12 -1922

60.- Marruecos y la literatura

Los escritores y periodistas españoles no regatean sus censuras cuando se trata de Marruecos. Todas las culpas y todos los defectos son anotados con prolijidad y se lleva buena cuenta de lo que no hacen y pudieran haber hecho en nuestra zona de protectorado los gobernantes, los militares, los administradores. Lo único que suele olvidarse de decir es la parte de pecado que corresponde a las plumas; lo mucho que pudieran hacer y no han hecho los literatos y periodistas españoles.

Efectivamente, es extraordinaria la escasez de libros y de informaciones que existe en España sobre Marruecos. Se han escrito algunas páginas inteligentes y veraces, sin duda; pero en substancia podemos decir que Marruecos padece del mal de una buena y amplia literatura, tanto informativa como emocionante. Marruecos ha tenido de o que se llama una "mala prensa"; digamos, además, que ha tenido una "pésima bibliografía".

Son escasos los escritores que se han dirigido a Marruecos con el ánimo libre de los prejuicios o prevenciones; otros ni siquiera pudieron disimular las pésimas o turbias intenciones que llevaban; y para colmo de desdichas, la mayor parte de esos escritores eran de una menos que mediana capacidad literaria, verdaderas plumas de tercera clase.

Casi todos los libros que se han escrito en español sobre Marruecos en los últimos años, después de ser vulgares como literatura, enseñan demasiado a las claras su intención. Son libros de escándalo, libros de tendencia política, o libros fabricados para defender o combatir a determinadas personas. Ese escritor que sale para Marruecos con su haz de "cuartillas en la maleta", antes de tomar el tren ha decidido y planeado ya su "campana". El libro que piensa escribir sobre los "escándalos de Marruecos" lo tiene ya acabado en la mente, aunque todavía no ha visto la catadura de un solo moro. De esos libros vulgares, interesados, con tremendos títulos y una falta de decoro español que entristece, de esos libros se han publicado algunas docenas. Todos ellos no aportan al público la menor información; sirven, al revés, para hacer más grande la desorientación de la gente.

Acabo de leer un libro escrito por un soldado joven, y él me compensa de tantas vulgaridades como desfilan ante los ojos de uno. El señor Giménez Caballero, antes de publicar sus *Notas marruecas de un soldado*, había dormido muchas veces bajo el palio estrellado de África y sufrido las penas de las marchas y los dolores del hospital. Antes de vestir el uniforme había frecuentado las universidades en España y los colegios especiales en el extranjero. Era un joven culto y estudioso, cuando la tragedia de Anual lo arrastró junto a la muchedumbre militar hacia los campos marroquíes. Y marchaba limpio de prejuicios, con esa generosa serenidad de la juventud que puede ser heroica, sufrida o simplemente disciplinada, sin darle al caso una importancia excesiva.

Por eso su libro resulta tan interesante, tan "legible". En sus páginas va el soldado describiendo pasajeramente sus impresiones, sus emociones, sus pequeños dramas de cuartel o sus pintorescas correrías de recluta. Intercala breves juicios sobre las operaciones; retrata al pasar a algunas personas de altura; deja caer un lamento, una condenación, pero nunca demasiado fastidiosamente. Hay capítulos, como el dedicado al "soldado desconocido" y el que se refiere a los tipos y escenas de hospital, que son admirables. Y si

hubiera sido acabado con más detenimiento, con una mayor “malicia” literaria, con más ambición, este libro sería nuestro “Libro de la guerra de Marruecos”, el libro correspondiente al de Alarcón el insuperado.

Es verdad que nuestros gobernantes no han fatigado mucho ni su mollera ni el presupuesto para favorecer la producción de una buena bibliografía sobre Marruecos. Se ha dicho que España es la única gran nación que desatiende la propaganda en el extranjero; que España carece de esas agencias telegráficas y periodísticas que tanto cultivan otras naciones, con el fin de formar un estado de opinión siempre favorable en el mundo. Pero nuestros gobernantes no se han preocupado siquiera de eso que es más inmediato: de producir una literatura que contribuyese a ilustrar al público español en todo lo referente a Marruecos, emocionando e interesando fuertemente a la opinión.

El ejemplo de Francia está bien próximo, y es cierto que en francés se publican constantemente bien escritos libros, de aire variado, unos repletos de documentación geográfica y política, otros llenos de amenidad y fantasía. Diversos de esos libros se escriben por iniciativa particular y con simples propósitos editoriales; pero muchos otros son sugeridos y costeados por el Gobierno francés, según el plan de propaganda que aquel país persigue con tanta obstinación en los últimos tiempos.

Es la manera derecha de hacer que la nación se entere y se interese y se apasione por una empresa de colonización. Es también el modo de impedir que la libre y estulta literatura se lance sobre la empresa y la manosee torpemente, contribuyendo a a que Marruecos se aparte cada vez más del corazón del país. ¡Cuándo empezarán nuestros políticos a comprender que esto que se llama literatura tiene actualmente en la vida y en la pugna de las naciones una importancia suprema!

La Vanguardia, 18-02-1923

61.- El caso Baroja

Pío Baroja acaba de publicar su novela *El laberinto de las sirenas*, ágil e interesante como todas las suyas. Al entrar en los cincuenta años, el admirable escritor puede ofrecer a

la consideración de sus compañeros en letras una obra literaria que cuenta más de treinta volúmenes. Esto ya es por sí solo una originalidad.

Sobre todo es una originalidad en España, donde por especiales motivos los escritores modernos tienen que simultanear todos los géneros, desde el teatro y el verso hasta el cuento y el artículo de periódico. Pío Baroja se ha libertado de la necesaria tiranía del artículo transeúnte y actualista, y esta cualidad es lo que invita a definirlo como *un caso* dentro de la estructura de la profesión de las letras. Desde sus primeros balbuceos literarios, Pío Baroja ha contado siempre con el libro y, muy rara vez y accidentalmente con el artículo de periódico. Así puede contemplar ahora su obra total, verdaderamente considerable, y ser llamado, como ningún otro, novelista, el novelista por antonomasia en nuestro moderno mundo español.

Claro es que a este resultado no se llega sin recursos particulares. Para componer un conjunto de libros tan considerable, huyendo a la tentación del periódico, es menester una cierta independencia económica o una cierta austeridad, siempre que no se quiera caer en otro peligro, más funesto que el del periódico todavía: la adulación de los gustos noveleros de la muchedumbre. Los recursos económicos de Pío Baroja tal vez no hayan sido muy grandes; en cambio, es evidente su austeridad. Porque Baroja, en efecto, para ser fiel a su modo de literatura, ha renunciado al amor, al lujo, a una vida abundante y completa.

Este tipo de escritor especializado, tipo de autor de libros exclusivamente, abunda cada vez menos en todas partes. Puede todavía encontrarse en algunos países ricos y muy cultivados; pero no en naciones de vida poco exuberante, como España e Italia, por ejemplo.

Leyendo últimamente a un autor italiano, Lucio d'Ambra, he conocido hasta qué punto los escritores de ese país amigo tienen que resignarse a vivir como proletarios de la Prensa. Un libro de gran venta en Italia aún es más raro que en España.

“El literato italiano en general – dice Lucio d'Ambra – se alimenta de ilusiones. En su reino imaginario vive y prospera casi en completa soledad. Pues que la literatura no llega a darle con qué vivir cómodamente, se le abren dos caminos: o vivir modestamente y con mediocridad de una cátedra o de un empleo, o pedir al periodismo, y hasta al cinematógrafo, los emolumentos que exige el que tiene necesidad de una vida fastuosa no indigna de su grandeza intelectual. El literato italiano, decía la otra noche un escritor, sufre una gran desventura inicial, que le acompaña desde la cuna hasta el sepulcro: ¡Es la de haber nacido italiano...!

Alguna vez he solido yo criticar la tendencia, tan frecuente entre españoles, de hacer comparaciones y buscar semejanzas desde abajo arriba en dirección al Norte. Este sistema de comparación, que yo llamo *meridiana*, sigue, efectivamente, la línea geográfica del Meridiano y conduce inexorablemente a Francia, a Inglaterra. De ahí resultan graves errores. Querer que España, con su clima y con su estructura natural e inexorable, se transporte al mismo seno de esos países más altos, más inexorablemente distintos, es algo que en nuestras modernas tentativas de reforma política, social, económica y hasta agraria ha producido serias equivocaciones y sensibles desorientaciones. Mientras las leyes de la Naturaleza no pierdan su inexorabilidad de siempre, la prudencia aconseja que tracemos nuestras comparaciones siguiendo, no la dirección del Meridiano, sino la de la latitud.

Así ahora, buscando en Italia el paralelo, he encontrado la exactitud de esas opiniones del escritor italiano, que tan bien pueden referirse a nuestra vida profesional. Los españoles, sin embargo, contamos con la prolongación de América, esa ventana abierta a la esperanza con que los italianos no cuentan.

Para el ideal de una buena literatura, el caso de Pío Baroja sería el perfecto. Escritores que escribiesen con continuidad novelas exclusivamente; otros que escribieran obras de crítica, de historia, de estética, de filosofía. Antes era esto más posible, más frecuente, cuando la literatura era una profesión más vagamente definida; fue posible incluso en los tiempos, todavía próximos, anteriores a la generación de gentes que ahora escriben. Pero ahora la literatura es una profesión como otra cualquiera. Es tan profesión definida y de pan llevar como la arquitectura o la medicina, y tan oficio como el del afilador. Cuando yo viajo por esas tierras, la imagen del afilador de tijeras y cuchillos suele acudir a mi mente con pintoresca ironía; como él, yo planto donde voy mi máquina de forjar cuartillas y gano por lo que trabajo a tanto la pieza. Cuando no trabajo, no gano. Y sigo después mi camino...

También hay acaso una pintoresca ironía de haber escogido a Baroja como ejemplo. El propio Baroja se ha de reír de oírse llamar ejemplar, pues lo ejemplar suena a “moralina”, que él detesta. Pío Baroja suele serlo todo, incluso genial; todo, menos escritor ejemplar. La prueba es que, siendo admirado por muchos, apenas tiene discípulos. Marcha solo y con una áspera independencia, procurando siempre zafarse de las garras de las ideas consagradas y de las opiniones obligatorias. Así ha podido escurrirse de entre los tentáculos de la máquina periodística y sostenerse como un caso excepcional, único, en nuestra historia literaria contemporánea. Pero él es periodista a su modo; él está vibrando de actualidad en todos los momentos. Sus novelas, aparte la porción imaginativa o fantástica,

son, a través de sus innumerables personajes, un archivo periodístico de las más interesantes ideas y conmociones de la vida moderna y de los paisajes y costumbres más diversos.

ABC, 28 de diciembre de 1923

62.- Sobre la crisis de la novela

Ese don de interesar que hoy como nunca es indispensable a cuantos desean intervenir en público, lo posee como pocos Ortega y Gasset. La vida moderna es muy numerosa y atropellada, y no resulta fácil siempre el atraer hacia uno la atención de los espíritus transeúntes. Algunos lo consiguen a fuerza de gesticulaciones, con música de fonógrafo o recursos llamativos semejantes. A otros les basta poner en la palabra amenidad e intensidad. De estos últimos, sobra decirlo, es Ortega y Gasset.

El admirado escritor ha publicado hace unos días un artículo sobre el arte de la novela, en el cual viene a decir que este género literario se halla en franca decadencia, como una cosa que tuvo su período pleno, brillante y que finalmente se ha agotado, falto de posibilidades creadoras. La opinión del insigne escritor habrá compungido a muchos, porque siempre es doloroso saber que algo que se estimaba con preferencia ya no se sostiene vivo.

Yo no trataré de negar que la novela se halla en franca decadencia. Lo está, en efecto. Pero pretendo, en cambio, protestar, como un simple autor y lector de novelas, de que se le cargue a ese género literario, a él solo, aislado como un criminal, toda la culpa de los grandes males y los grandes fenómenos modernos. Igualdad de trato, en suma. Y es verdaderamente injusto el acometer el análisis de un fenómeno literario, separándolo previamente de la tupida e infinita red de todos los fenómenos universales.

Cada día parece menos prudente el intento de localizar los problemas, y no reporta buenos resultados el plan de trabajo por el cual como si fueran microbios ante la lente del operador, se analizan una por una las cuestiones que andan trabadas unas con otras, pero de ningún modo sueltas. Así, Ortega y Gasset, en su interesante artículo, confiesa que suele

llenarse de turbación cuando algún joven que aspira a la acción literaria le anuncia su propósito de escribir una novela. Para el ilustre maestro nada hay tan aventurado como ese propósito, porque la novela está agotada, y el sacar agua de un manantial extinto supone una temeridad.

¿Pero a qué carrera podríamos encaminar a un joven actualmente? Ésta es la cuestión alarmante que nos deja perplejos. ¿Le aconsejaríamos que se hiciera ingeniero? Sí. Puede arrostrar un joven ambicioso la profesión ingeniera sin miedo a tropezar con limitaciones. Nunca encontrará extinto el manantial. Nuestra civilización comienza ahora, como quien dice, su vuelo maquinista, a base de acero y hormigón armado. Ni la Torre Eiffel ni los colosales puentes sobre los brazos de mar de Nueva York representan un límite; las posibilidades son infinitas. También podríamos aconsejarle que se dedicara a la farmacia o a la medicina, a la química o a la física.

En cambio, el resto... La novela es un género agotado. ¿Pero no deberemos decir lo mismo de la poesía? ¿No está el género teatral también en decadencia? Si pasamos a la pintura, pronto hallaremos que el manantial se había cegado, como no queramos tomar en serio las convulsiones cubistas. Todavía alienta menos la escultura. Y la arquitectura ve con desolación que todos los recursos eruditos y eclécticos de nuestra edad sólo sirven para hacer más evidente la impotencia creadora. No es mucho más firme la posición de la filosofía. En cuanto a la religión, como posibilidad de creaciones y reacciones fuertes, ya conocemos todos la endeble fortuna que consigue la tentativa teosófica, hábil cuando más para las sobrias necesidades de las solteronas anglosajonas o de algunos curiosos intelectuales. Tampoco podemos tomar en cuenta las tres o cuatro reformas religiosas que cada año se inventan en los Estados Unidos.

La novela es un género agotado. Pero amplíemos la noticia a casi todos los géneros que nos entregó la pasada cultura, y que nosotros hemos exprimido hasta dejarlos inservibles. Así seremos justos.

El artista es el ser que desde hace bastantes lustros se dedica con entusiasmo a destruir los elementos substantivos de su arte. Se puede decir que estamos ya al final de la obra; el arte, en efecto, es una gran cosa, que ha terminado en punta, que se desvanece entre nuestras manos. Cuando se asiste a una Exposición de ciertas pinturas de “vanguardia”, habría derecho a colgar del marco un cartel con esta inscripción: “*Non plus ultra.*” Que quiere decir que ahí acaba la posibilidad de una creación artística de mediana sensatez.

Las letras no siguen mejor conducta. Como los arquitectos y los albañiles se obstinaban en derribar las columnas, arrancar las claves de los arcos y suprimir el cemento que une las piezas del edificio que tenían levantado, así en literatura se ha ido suprimiendo la rima y el metro en los versos, la estructura en las frases, la construcción en las descripciones, el valor de la emoción. Se practica una cierta canallería de desvergonzado, en respuesta al anhelo de sensibilidad y profundidad que se perseguía antes. Hay en todo escritor que no quiere pasar por anticuado el aire del que está enterado de que no vale la pena de asombrarse por nada (Cocteau, Moraud, etc.)

Después de enumerar todas las partes de nuestra cultura que se hallan en decadencia, y luego de reconocer que el arte de la novela está en crisis, y que no se escriben por el momento novelas poderosas, deseo manifestar mi opinión personal. Que es como sigue. En el actual desastre de los géneros, tal vez sea la novela la forma de expresión que más firme se sostiene, por ser aquella que por su amplitud y elasticidad mejor puede, todavía, acoger el movimiento, la acción, el espectáculo y los matices infinitos de la vida nuestra.

ABC, 16 de diciembre de 1924.

63.- Las inquietudes de un novelista

Un nuevo libro de Pío Baroja tiene siempre, además de su valor propio, el interés de presentarnos la última forma intelectual y polémica del autor. El célebre novelista ha venido como si dijéramos desarrollando la historia de un temperamento a través de los accidentes políticos, sociales y estéticos de una época que comienza en 1900 y continúa en nuestros días. Como este temperamento barojiano es tan sensible a las alteraciones de cada hora, y como su producción literaria es tan frecuente, tan consecutiva, de ahí que sus obras resulten un perfecto panorama, en el que la vida positiva de nuestro tiempo, la vida europea que vale la pena, va destacando sus líneas más pronunciadas y sus principales matices.

Las tres novelas que el autor agrupa con el título de *Agonías de nuestro tiempo*, pertenecen al género muy barojiano, en el que se aprovecha el novelista del vaivén de

variadas personas para exponer sus propias ideas y sensaciones en el momento que pasa. La primera de esta serie, la llamada *El gran torbellino del mundo*, apareció el año anterior. Ahora salen a la luz, al mismo tiempo, *Las veleidades de la fortuna* y *Los amores tardíos*. En estas novelas puede observarse la transformación de una personalidad como pocas, alerta y aguda. La especie de estrago moral producido en un espíritu impresionable por la contemplación de una Europa que no acierta a digerir o liquidar el desatino de la gran guerra.

(Al frente de cada capítulo pone Baroja en sus últimos tonos una breve descripción o disertación de tono romántico. ¡Qué bellos trozos de literatura! Parecen viñetas en color de un libro de mediados del siglo XIX. Verdaderas estampas iluminadas. Dan ganas de arrancarlas y ponerlas aparte.)

Desde los días juveniles de *La Busca* y *Aurora Roja*, hasta los tomos que hoy aparecen, ¡qué curiosa gradación en los modos de pensar y sentir! El anarquista que era entonces Baroja, ahora, hablando por boca de algunos de sus personajes, manifiesta su desdén por la democracia, menosprecia el gesto de la actual cultura europea y vierte su enemistad sobre los judíos y sobre el aire judaizante que adopta el remolino humano. Pero sin demasiada amargura en el lenguaje, se entiende. Sin caer en lo patético. Con el tono jovial, hiriente, pasajero que ha sido la peculiaridad descollante de nuestro singular humorista.

En los últimos años, no se sabe por qué, el título de humorista se viene prodigando con una creciente copiosidad. Es un título que está a la moda. Conserva su prestigio sonoro, de cosa que ha sido rara y aristocrática, pero actualmente se ha hecho popular. Recuerda el fracaso y el popularismo de esa palabra, don, que antiguamente servía para distinguir a Reyes y magnates y hoy acompaña al nombre del último y más desharrapado de los ciudadanos. Si Luis Taboada viviera hoy, le llamaríamos humorista. Todos los que escriben chistes o hacen caricaturas son hoy humoristas. Y es lo singular que nadie se acuerde de meter en la cuenta a Pío Baroja, cuando el humorismo (el verdadero humorismo, flor de la inteligencia) es una de las más positivas cualidades de nuestro autor.

Espíritu discursivo y controversista, gran observador y (no obstante el aire despreocupado y antisocial que aparenta) lleno de curiosidad y de inquietudes morales, sociológicas y políticas, Pío Baroja utiliza sus novelas para soltar el exceso de ideas que se le van acumulando dentro. Es de esos hombres, además, que no pueden guardarse y ahogar sus impresiones. Pío Baroja, tan pronto como se le acerca alguien, necesita referir (camina que camina) lo que por el momento circula por su mente. Al escribir hace lo mismo.

Algunas de sus novelas (las tres novelas comprendidas en la serie de *Agonías* de nuestro tiempo, por ejemplo) no son otra cosa, en realidad, que una larga conversación, o un curso de conversaciones en que se tocan todos los puntos palpitantes de la actualidad europea.

Tal vez esta característica, tan apreciada por los lectores de fina cultura, haya perjudicado a las novelas barojianas, consideradas como simples y meras novelas. El novelista puro carece del apremio periodístico: procura reducir al mínimo sus necesidades polémicas y actualistas, y dedica al tema novelesco toda la fuerza y todo el talento de que se siente capaz. Pero en Pío Baroja, el hombre de ideas palpitantes está vibrando continua y profusamente. La efervescencia de su espíritu, sensible a todos los guiños de la vida transeúnte, le priva de reposar, cuajar y diríamos que apoltronarse e un conflicto puramente novelesco.

Puesto que la mentalidad de Pío Baroja es tan exuberante, impresionable y expansiva, le hubiera convenido dedicarse al ensayo y el artículo de periódico, labor que ha rehusado obstinadamente. En el ensayo o el artículo hubiera logrado vaciar el exceso de ideas y sensaciones que se le acumulan. Un modo de “desangrarse” y poder quedar así más ligero, más desembarazado para la obra de pura imaginación. Por el contrario, Pío Baroja parece que llegase al momento de la novela con el espíritu y los nervios sobrecargados; con una balumba de cosas por decir; con el ánimo dispuesto a opinar sobre lo divino y lo humano, y a discutir con todo y contra todo.

No hay, en efecto, problema e inquietud en la Europa de nuestros días que no hallen refugio en las páginas de *Las veleidades de la fortuna* y *Los amores tardíos* que acaban de publicarse. Pocos libros tan “europeos”, tan palpitantes de europeísmo como estos últimos de Baroja. Pero su interés polémico, ideológico y emocional, tan caro a los buenos lectores, está logrado a costa de la verdadera arquitectura novelística. Hay un momento de *Las veleidades de la fortuna* en el que los personajes centrales de la narración, Pepita y su primo Larrañaga, se encuentran en Lindau, a orillas del lago Constanza, atraídos por una fatalidad amorosa. Se reúnen los dos, y se ponen a disertar sobre el carácter de los alemanes, sobre el aire de las distintas razas, sobre el giro que habrá de tomar la Humanidad futura. Un novelista menos sobrecargado de ideas y preocupaciones, un novelista de menos talento y de mayor viveza profesional, allí mismo, sobre las propias márgenes del lago romántico, hubiera hecho hablar a Pepita y Larrañaga de lo que la ocasión pedía.

Y es que a Pío Baroja, por otra parte, no le abandona nunca un íntimo pudor, algo como un miedo a incurrir en la afectación erótica. (El pudor vasco). Su alma,

profundamente crítica, es como si estuviera observando constantemente la línea frágil que separa a lo sincero de lo ridículo. “No hay bromas con el amor”, podría repetir Pío Baroja con harto fundamento. Es incapaz de recrearse en la sostenida narración de los episodios pasionales, como el hombre, efectivamente, que ha vivido respecto del amor con una mezcla de timidez, de respeto, de miedo... y de escepticismo. El verdadero novelista erótico, naturalmente, no se sitúa en semejante estado de ánimo frente a las cuartillas; el amor, para él, es una simple materia literaria que hay que trabajar en frío y sacarle todo el rendimiento posible.

De ahí procede el acento de tristeza que en el ánimo del lector dejan las novelas de Pío Baroja, y no porque los conflictos del corazón acaben en terribles catástrofes, en asesinatos y suicidios, sino por lo contrario precisamente: por lo insatisfecho, lo inlogrado de las ansiedades pasionales. Así vemos a Larrañaga, en *Las agonías de nuestro tiempo*, fracasar en su ilusión de amor y quedarse a un lado de la vida “viéndose” envejecer, mientras contempla desvanecerse, junto a su quimera de amor, los sostenes de su mundo intelectual.

En el mundo intelectual de Pío Baroja hay también muchas cosas que se han venido abajo. Sus ideas sobre los pueblos y las culturas, sobre todo, yacen en ruinas. En los dos tomos recién publicados se dedica Baroja, con su acre y zumbona manera de decir, a señalar el tono de vulgaridad a que han descendido las naciones más presuntuosas, las que antes de la guerra parecían sostenerse sobre brillantes pedestales de artificio. Baroja, en su última producción, es como si le volviese la espalda a la Europa que tanto le había interesado siempre, haciendo el gesto de decir: “No vale la pena”. Y en este rotundo no valer la pena se hallan incluidos otros muchos desengaños. ¿La revolución? Pío Baroja ya no cree en la revolución. Es verdad que tampoco cree en el fascismo, ni menos todavía en Mussolini. Probablemente se encuentra Baroja en ese trance tan crítico de la vida en el que no se sabe adónde tirar el fardo inútil de las muertas convicciones, ni se sabe, lo que es peor, con cuáles sustituirlas...

ABC, 4 de febrero de 1927.

64.- Carteles de vanguardia

El libro de Gecé anda ya por ahí, por los escaparates; antes anduvo desperdigado por los periódicos, que son los verdaderos escaparates de nuestros días. El título no le va mal: *Carteles*. De esos carteles revolucionarios (estamos en la república de las letras nada más) que un hombre con una brocha y un cubo lleno de engrudo se encarga de ir pegando en las esquinas a manera de pasquines. Y, después de todo, resulta que no son pasquines.

Es el aire o el gesto de la época simplemente. En tiempo de Moratín se escribía a lo correcto; en la época de Espronceda había que adoptar el tono de quien está desesperado e increpa a los cielos en elocuentes octavas reales; hoy, al contrario, se recomienda un aire de despreocupación algo “clownesca”, propia del muchacho precoz que aún no ha soltado del todo el uniforme de “cuota” y ya está de vuelta de todas las teorías trascendentes.

Yo conocí a Gecé, en efecto, como soldado de cuota. Hace cuatro años Gecé se marchó, o lo llevaron, a castigar a los moros de todas aquellas bellaquerías que hicieron el año 21. Ignoro las proezas marciales que pudo consumir Gecé por los caminos y los poblados del Rif. Lo único que trajo fue un libro: *Notas marruecas de un soldado*. Un libro de nivel, desde luego. Pero que aparecía como una ventana desde la que se está viendo un largo horizonte. Yo le hice al libro del “cuota” un artículo de recepción, y me alegro de no haberme equivocado. Porque Gecé, verdaderamente, es, de los nuevos escritores, el que más ruido viene metiendo.

En el libro *Carteles* es donde mejor resaltan y se distinguen las dos cualidades que hacen característica la personalidad del autor: desgarró un poco callejero y erudición. Parece una amalgama paradójica. Parece que no puede haber manera de acoplar ese tono como de parroquiano de café de la plaza del Progreso y ese consumado saber que sólo se adquiere asistiendo largos años al Gabinete del Centro de Estudios Históricos, donde Menéndez Pidal gobierna el mundo aparte de las papeletas y los ficheros. Y el caso es que Gecé lo logra. Y da, por consiguiente, el espectáculo propio de nuestra edad de instrucción extensiva y democrática, del joven que habla con dejo de pueblo y dice cosas de alta y fina cultura.

Algo semejante a lo que ocurre con Ramón Gómez de la Serna, con el que tiene Gecé tanto parecido. Pero nada más que en el acento. En el aire patrio. Ambos son madrileños, no a la manera de Ortega y Gasset, al cual le cae mejor el título de

“capitaleño”, sino como pertenecientes al Madrid-villa, o sea, un Madrid que tiene una vida y un carácter propios con prescindencia de la capitalidad nacional. Madrileños “castizos”, en una palabra. Como que es seguro que habrán ido de mozalbetes a Las Vistillas a jugar o apedrearse con los chicos de la calle, acción que en Ortega y Gasset nos es imposible concebirla. Pero el parecido entre Gómez de la Serna y Gecé termina ahí, en el acento patrio (cierto desgarró popular y chulapón). En Gómez de la Serna se diría que el mundo aparece disuelto en imágenes, o más exactamente, en ademanes; para Gecé, rostro de miope precoz, amparado en lentes, el mundo se descompone en metáforas y en esencias de lecturas. Uno da la impresión de que a duras penas ha podido aprobar el bachillerato en el Instituto de San Isidro; y le basta, porque el resto pertenece al dominio de la fantasía; el otro, sería inútil que disimulase, porque en la Universidad, la Biblioteca, el Gabinete, lo han impregnado para siempre de sabiduría. Y de horizontes. Y de posibilidades de preocupación. Siendo lo más interesante el que todo esto no logre en lo más mínimo cortarle a la pluma su vuelo juvenil, zumbón, detonante.

Explosivo. El ímpetu con que Gecé suele lanzarse al peligroso manejo de las metáforas, de las descripciones y las clasificaciones, recuerda esos cartuchos de pólvora que se encienden y se arrojan al suelo y al azar; todos se previenen o se escapan, porque nadie sabe hacia qué lado soltará su explosión el cartucho. En el poco tiempo que lleva de carrera, el cartucho de Gecé ha producido por ahí diversas quemazones, que el tiempo, como de pólvora sola, se encarga de cicatrizar pronto después de todo.

La nueva literatura tiene un carácter como de señorito y de madrileño, desde luego. También en Francia. Pero cabe, sin embargo, extraerlas modalidades regionales que inevitablemente se observan. No son regionales, en el sentido limitado de la palabra. Así, el asturiano Valentín Andrés Álvarez, y Jarnés, el zaragozano, representan una orientación hispano-septentrional, que podríamos situar en Proust, por ejemplo. Ramón y Gecé, madrileños castizos, corresponderían a la geografía de Apollinaire y de Picasso (llevando Gecé, por su cuenta y aparte, el peso de sus lecturas en el Centro de Estudios Históricos). En cuanto a los meridionales... ¿música de Falla? ¿Cante *jondo* a lo cubo? Queda el madrileño completamente señorito, el que parece que siempre debiera llevar el ancho cuello planchado y la chalina de lazo con que iba al Instituto: Guillermo de Torre.

Los andaluces de “vanguardia” son los que mayor curiosidad despiertan. Los Machados ya no son nuevos; tampoco son enteramente viejos; están en la Granada de Albéniz. El Platero y yo, ¿acaso no tiene el aire (hermoso en grado supremo) de una fina canción de ruta, una *mariana* entonada entre olivares? Y Moreno Villa es la *soleá* que ha

pasado por Goethe y se ha sumergido en lo cúbico. Pero lo interesante, y en cierto modo dramático, es presenciar la aparición de ciertas revistas “de vanguardia” en Sevilla, y ver a los jóvenes con qué especie de estupor procuran arreglárselas para pasar, menudo salto, del flamenco al expresionismo...

En su exuberancia verbal, como de fuegos artificiales, en una verdadera embriaguez de barroquismo (muy barroco madrileño de finales del seiscientos), Gecé anda al retortero con las ideas, acumula las citas y extiende el tapiz persa e las teorías que circulan ahora mismo por el mundo, con el cosmopolitismo despierto de quien ha viajado, se ha enterado, ha bebido el aire fino y, al mismo tiempo, dentro de Centro-Europa, sin perder el acento desgarrado y algo chulo del auténtico hijo de Madrid. A veces el tono de las palabras choca con la calidad del asunto. En la parte referente a los “Viajes clásicos”, por ejemplo; parte llena de interés y de densidad, por cierto. Diríamos que Gecé, no queriendo faltar a la ley de pirueta y de irreverencia que informa la nueva literatura, se afanase en disimular su oficio de erudición con abundantes, quién sabe si demasiado abundantes, salidas de tono. Es el miedo al ridículo. El miedo al ridículo de caer en lo grave y “viejo”. Ese miedo al ridículo que hace decir a un poeta (el primero que nos venga a mano: Rafael Laffon):

Canto triple,
gallo de la madrugada,
tercer golpe del optimismo en subasta.

Y así. Hasta que pasen diez o veinte años, y Gecé, como otros muchos, recapacite, se relea y murmure: Verdaderamente, la juventud es una cosa comprometida, comprometedora y estupenda...

ABC, 12 de marzo de 1927.

III.- Crítica artística.

65.- Arte antiguo y arte moderno

Un pintor joven me decía, en uno de esos momentos desalentados que todos los artistas padecemos a veces, cuando menos, en cada semana:

“Estos tiempos de ahora no son buenos para el arte; los artistas vivimos fuera de centro; nadie nos hace caso, nuestras obras pasan inadvertidas dentro de la vorágine de la industria, de la política y del comercio; no cumplimos ningún fin en la vida moderna y nuestros cuadros son un mero pasatiempo para los nefandos burgueses. En cambio, antiguamente, en la época del Renacimiento, cuando vivían Miguel Ángel, Vinci...”

Yo sé que me he propuesto no ser injusto con los tiempos actuales, y que tampoco quiero resignarme con el predominio del pesimismo, le respondí al joven pintor de esta manera:

“Amigo mío, pienso que cuando nosotros, tanto los pintores como los literatos, abominamos con tan fuerte indignación de nuestra época, procedemos de un modo capcioso y picaresco, es decir, que al condenar a nuestros contemporáneos, sólo queremos disculpar nuestra carencia de vigor y audacia y, sobre todo, nuestra impotencia de adaptación al medio. El mundo corre y circula en torno nuestro; nosotros no queremos circular con él; protestamos e injuriamos al mundo, y tan dichosos... Vamos a ver, amigo mío, ¿qué tiene la época actual de menos? ¿Qué le falta? ¿Hay ahora menos cultura que en la época del Renacimiento? ¿Nos falta comprensión y fuerza crítica? Nada le falta a nuestra época; mejor dicho, sí le falta; les falta a los artistas el buen sentido, un poco de humildad y otro poco de instinto adaptable.

“Dice usted que antiguamente los pintores cumplían un fin dentro de la sociedad en que vivían, y que la religión, por ejemplo, los buscaba y hacía de ellos unos agentes indispensables; pues bien, ¿por qué los artistas de ahora no proceden del mismo modo? Argüirá usted que en la época actual carecemos de aquella fuerza mística de antes, y que ni los pintores ni los poetas pueden entregarse en brazos de la religión; pero además del sentimiento religioso, ¿no existen, por ventura, otro sin fin de sentimientos ponderables, poetizables y merecedores de que se les pinte? La dificultad estriba en que los artistas modernos no sabemos encontrar el punto definitivo, el lugar exacto de nuestro destino;

nos ha cogido la ola de la vida moderna, y navegamos sin rumbo en mares que no conocemos, con la mirada puesta en el antaño, con la memoria llena de visiones pasadas petrificadas.

“¿Cómo procedieron Miguel Ángel, Leonardo da Vinci, etc.? Pues primeramente supieron adaptarse de tal forma a su época, que ellos y su época componen un todo apretado y sumamente conexo. Eran lo que su tiempo les exigía que fuesen: pintores místicos, para obedecer a las exigencias de la fe; pintores de retratos, para obedecer al orgullo de aquellas portentosas personalidades del Renacimiento; pintores de batallas y apoteosis, para obedecer al instinto de grandeza de aquella edad magnífica, y no contentos aún con esto, eran además arquitectos, matemáticos, estrategas y diplomáticos, para obedecer a las necesidades múltiples de aquel siglo inquieto. No hacían, pues, otra cosa que *obedecer*... Mientras que ahora los artistas no quieren, no queremos *obedecer*; porque a la obediencia la consideramos cosa vil; pero como no obedecemos, nos desesperamos, y el mundo pasa ante nosotros indiferente.

Sólo servimos para realizar obra de *dilettantismo*; algo como productores de *bibelots*, que el mundo admira, compra y pone en un rincón del gabinete.

“Hagamos, amigo mío, arte útil; hagamos antes que nada, arte decorativo, como Miguel Ángel, que puso todo su genio en decorar las paredes de la Capilla Sixtina; seamos humildes y obedezcamos a las exigencias de nuestro siglo, y nuestro siglo nos ensalzará. Arte útil, arte que sea necesario, arte actual y arte que cumpla un fin contemporáneo, y arte –indígnese si quiere, joven pintor,- arte para el burgués... Porque los burgueses de ahora son los correlativos de los príncipes y priores de antes; puesto que no hay príncipes ni priores que encarguen cuadros, busquemos a los burgueses. Pero si no queremos servir a los burgueses, dejemos el pincel y cojamos el escoplo...”

Viendo la Exposición de Carteles hecha en la Casa del *ABC*, he recordado a mi amigo el pintor joven y las palabras que mutuamente nos dijimos. He aquí estos carteles: ellos son como un gesto de humildad de los artistas... Los artistas, descendiendo de su soberana torre de marfil, han venido a la misma puerta de un industrial, han comprendido la idea moderna de este industrial, y han pintado, no un aparatoso cuadro, sino un simple y vulgar cartel de anuncio. Por este sencillo movimiento de humildad, los artistas pintores de carteles han querido rectificar todas las arrogancias del oficio y se han puesto a tono y a compás con su época. Han *obedecido* a su época, y han dado a sus contemporáneos lo que

les pedían. No quieren apartarse del camino por donde van las gentes, y desde allí, desde el borde del camino, injuriar a las gentes y lanzar lamentos. Han hecho arte útil, arte decorativo y arte necesario. Muy bien hecho.

De eso precisamente carece nuestra época, del concurso de todos los elementos espirituales y materiales; por faltarle alguno de dichos elementos, marcha nuestra época como rota, como coja o como indecisa, llena de lagunas e incorrecciones, arrastrando cosas pesadas y muertas, tratando de atraer cuerpos e ideas que huyen, que se rebelan.

He aquí estos carteles anunciadores. ¿Por qué no habíamos de ponerlos paralelamente con los lienzos del Renacimiento? Aquellos lienzos representaban a su época; estos carteles representan a nuestra edad: un fin de utilitarismo inspiraba aquellas obras, y el mismo fin de utilidad inspira a éstas. ¿Por qué hemos de rebelarnos, por qué hemos de quedar inmóviles mirando la figura gloriosa de Miguel Ángel, que no pintó *carteles*...? Pero si Miguel Ángel naciese hoy, ¿no es seguro que se pondría a pintar carteles, y que los pintaría tan maravillosamente como pintó el *Juicio Final*?

ABC, 29 de Noviembre de 1907

66.- El arte inmoral

El que fue rey e la gloriosa Gran Bretaña, Eduardo VII, tuvo el honor de verle en Fuenterrabía una tarde de Viernes Santo. Es Fuenterrabía una ciudad arruinada, ilustre en los siglos pasados, adusta y melancólica dentro de sus tremendas murallas medio derruidas. A pesar de ser pueblo fronterizo y portal de Francia, tiene esta ciudad un tono tan arcaico, tan netamente español, que los ingleses de Biarritz suelen venir a visitarla para sorprender eso que llamamos “costumbres españolas”, “carácter español”.

El rey Eduardo llegó con su séquito, se plantó en lo alto de la plaza, a la sombra del palacio de Carlos V, y se entretuvo en mirar la procesión que pasaba. Sus ojos abotargados, sus ojos de epicúreo y de ironista, miraban gravemente el desfile de las imágenes. Eran imágenes de honda estirpe hispánica. Había en ellas un derroche de llagas y de sangre, de dolor y agonía, como hechas para una raza tosca, realista y pétrea; una raza que quiere las cosas claras y evidentes, porque lo abstracto y alambicado se le escapa. Pasó la procesión; el rey Eduardo saludó respetuosamente, y los automóviles salieron después trepidando en

busca de los amables rincones de Francia. Y quedó la vieja ciudad española metida en sí misma, triste y callada bajo la sombra de sus recuerdos.

Viendo la realidad sangrienta de la imaginaria hispánica, pensé yo entonces que todo nuestro arte está inspirado en un consecuente odio a la vida. Me acordé del Museo del Prado, en donde no existe un lienzo español que hable de flores, de sonrisas y de amenidad. Pensé con pena en la ineficacia de la obra de España. Toda la obra artística de España es ineficaz porque está inspirada en el odio a la vida. Y pensé todavía con más pena en que esa tradición de arte negativo continuaba ahora sosteniéndose de pie gracias a la escuela de Zuloaga, como antes se mantenía en pie con los feroces “cuadros de historia” que tanta gloria dieron a Pradilla y demás congéneres.

Las escenas lacerantes de El Greco, los monjes de Ribera y Zurbarán, los enanos y borrachos de Velázquez, hallaban en los fusilamientos y caprichos de Goya una sólida continuidad, hasta parar en los “cuadros de historia” de nuestros padres, pringosos de sangre y los jibosos y paletos fúnebres de Zuloaga. Como si se revolviera en la fiebre de una pesadilla macabra, España no ha producido más que arte trágico y funerario. Los santos de sus ermitas, como los lienzos decorativos de sus palacios, son el parto de una alucinación.

Si, nuestro arte es fuerte y sublime, pero es malo, en el sentido inmoral de la palabra malo. Los extranjeros vienen a visitarnos como a seres raros, como se visita un aduar o una tribu curiosa. Vienen para ver las lacerías de nuestro Museo del Prado, nuestras ruinas, nuestro culto sangrante, nuestras procesiones con disciplinantes y saetas. Todo eso es malo. Como es inmoral nuestra literatura picaresca. Incitan al horror, al asco, a la tristeza, al odio de la vida, a la renunciación y al gusto del dolor. Y a la picardía, a la risa sarcástica, a la delectación de la picardía. Un pícaro de Cervantes, Mendoza y Quevedo son cosas inmorales. Una cara angustiosa de El Greco, un idiota de Velázquez, un monje de Zurbarán, un capricho de Goya, son cosas horribles, lacerantes, negativas, que no sirven hoy para nada, que no se pueden ofrecer como manjar de deleite, que son como aceradas críticas de la vida y de la civilización.

Nuestro arte es insano, enfermizo, fanático. Sirve como dato artístico y como demostración de la originalidad de una raza; pero nada más: no sirve para la vida, para la belleza, para el agrado, para el encanto de los ojos, para estímulo del espíritu, para la civilización. Es deprimente, mortal y negativo. Fruto de la ignorancia, del fanatismo, de la pobreza, del odio, del despecho, de la desesperanza.

España debería enajenar sus obras de arte. Se sentiría aligerada de una pesadumbre, más ligera y libre, desprendida de ese sueño triste de su pasado. Con la colosal fortuna que le rendirían esas obras de arte bien vendidas podía comprar... ¡cuantas cosas amables, estimulantes, alegres y útiles dispone la civilización para los pueblos tristes, pobres e ignorantes!

ABC, 12 de mayo de 1910

67.- San Ignacio de Loyola

En esta sede de risas y sensualidades que es San Sebastián, y en pleno reino del verano frívolo, un brioso pintor guipuzcoano tiene casi el valor de exponer al público un cuadro de asunto místico. Cuadro místico y sincero, de una energía impresionante, cuya figura representa a uno de los personajes más discutidos y geniales de la mística española: San Ignacio.

Todavía pudiera ser un acto normal que encajase bien en la frivolidad veraniega si el autor de este cuadro hubiese pintado al fundador de la Compañía en la forma usual, o sea, un tal lamido y atusado, bueno para ser puesto en el altar de una iglesia bonita. Pero aquí se trata de un San Ignacio *humano*. Quiere decirse que el cuadro aspira a ser una obra de arte y a conceder al célebre Íñigo de Loyola la cualidad estética que hasta el momento le faltara. He ahí un acto de valor que me apresuro a anotar. Por primera vez acaso, San Ignacio de Loyola penetra en la religión de la plástica, y es interpretado ardientemente con el pincel, como antes lo fuera en el campo de la historia y de la psicología.

El autor del cuadro es mi homónimo y amigo Elías Salaverría; lo ha concluido por encargo de la Diputación provincial de Guipúzcoa, y será colocado, por tratarse del patrón e hijo ilustre de la provincia, en uno de los nuevos salones del Palacio provincial.

Hubo un tiempo en que se asignaba a los vascongados cierta limitada esfera de acción, atribuyéndoseles tan solo aptitudes para la guerra, la navegación y las empresas industriales. Hacíase en España una caprichosa repartición de las mercedes intelectuales y suponíase que un pintor debía nacer necesariamente en Andalucía o Valencia, pero nunca en los países brumosos del Cantábrico. También se les negaba a las gentes de aquí condiciones poéticas o literarias por insuficiencia de palabra y falta de finura verbal. El

tiempo es el que da la opinión última, sin embargo, y es bien cierto que los nuevos escritores vascos han insuflado a las letras españolas bastantes matices originales: en canto a la pintura, abundan los ejemplos de vigor e inspiración. Bastaría el ejemplo de Zuloaga; pongamos además el de los hermanos Zubiaurre y el de Elías Salaverría. Y en Bilbao pulula una verdadera legión de buenos pintores.

Yo no sé qué efecto ha de producir en el público estival el cuadro de San Ignacio de Loyola. Me atrevo a adelantar mi opinión de que se trata de una obra que será muy discutida. Por lo pronto, Elías Salaverría merece la estimación del público intelectual por haber iniciado la interpretación plástica de un tipo representativo de la grey española. Desde que Oliveira Martins, el gran portugués, dedicara a San Ignacio aquellas páginas inspiradas, somos bastantes los escritores modernos que nos hemos empeñado en desentrañar, de alguna manera, el *misterio* de San Ignacio. Es éste un ejemplar de hombres, un tipo extraño y poderoso que interesa siempre, no ya como santo, sino sencillamente como hombre. Y era un hombre, además, que representaba la buena época de la casta española; fruto augusto del Renacimiento, complicado carácter castizo que desvió la mística castellana hacia el terreno de la acción y que, en efecto, haciéndose el paladín del catolicismo, en vez de fundar un virreinato como los otros españoles aventureros, fundó la organización cristiana más fuerte, eficaz y sabia que conocieron los siglos. Cuando el fragor de las disputas políticas y religiosas se atenúe un poco y dé lugar a un objetivismo intelectual, el héroe de Loyola será uno de los principales ejes de nuestros estudios históricos y literarios.

En el cuadro de Elías Salaverría está San Ignacio colocado de frente, simplemente, sin ninguna artimaña de composición, con un honrado desdén por las triquiñuelas del oficio. Abajo, en segundo término, se abre un paisaje dulce, sobriamente pintado, de luz amable y entonaciones justas; entre los prados y arboledas, significativos del País Vasco aparece una casa-torre, reproducción de la nobiliaria casa de Loyola. Y al fondo, azuleando en la lejanía, medio velada por vagos cendales de niebla, se yergue una montaña enorme de cresta punteada y rocosa.

San Ignacio está de pie; se echa encima del espectador con hermosa valentía estética. Es una sombra negra; el vestido talar cae normal, en pliegues rectos, sinceramente. Pero esa sombra negra, ¡qué imborrable impresión procura...! Desde luego, es un negro vaporoso, ágil, magistral, que, a pesar de su volumen, no causa opresión en la retina. Envuelto en su ropa talar, San Ignacio medita. Tiene las manos enlazadas por debajo del pecho; esas manos admirablemente trabajadas, expresan ellas solas una actitud de

meditación reconcentrada. Los ojos profundos, bajo unas cejas hirsutas, miran al suelo, a lo lejos, a la eternidad... Tiene el rostro, que empieza a envejecer, un aire de tristeza, de sufrimiento más bien y de ascetismo. Pero, al mismo tiempo, expresa una idea de energía y de genial valor. Una nariz grande, recta, firme, nariz de vasco. Y como corona mística, una gran cabeza calva, quizá lo más importante del cuadro.

¿Era así San Ignacio? De algunos hombres tenemos una silueta marcada y definida; el santo de Asís se nos aparece simple, iguala sí mismo, invariable; pero San Ignacio es materia de infinitas interpretaciones. Cada uno *lo ve* a su manera; esta es la gracia articular de ciertos ejemplares de hombre. Por tanto, habrá espectadores que ante el cuadro de Elías Salaverría sientan una especie de defraudación. Los devotos del santo lo verán ahí demasiado humano; otros lamentarán tal vez que ese San Ignacio carezca de una *posse* más refinada, que ese tipo de hombre no sea más aristocrático y decadente. Pero todos han de convenir en que se trata de una figura admirablemente plantada, manejada con vigor.

Tiene la fuerza y la sinceridad de la buena pintura española. Resalta y vibra como un monje de Zurbarán y es, como en Zurbarán, un conjunto de maestría y de simplicidad; carece este cuadro de *literatura*. El pintor desdeña los recursos que un hábil cualquiera puede adquirir en los cenáculos artísticos de Francia y Alemania. Confía en su fuerza, en su técnica personal, y se permite el valor de ser honrado. Tiene el realismo español de la buena época, sin añadiduras literarias... Exento de literatura, el cuadro de Elías Salaverría sugiere, sin embargo, una suerte de sugestivas interpretaciones, que es la verdadera cualidad de las grandes obras. Y esta es, sin duda, una gran obra; un cuadro que ha de impresionar al público y dará seguramente motivo de polémica a los intelectuales.

ABC, 9 de agosto de 1916

68.- La pintura nihilista

La Exposición de pintura que algunos artistas polacos tienen instalada en el Ministerio de Estado está produciendo viva curiosidad en el público, y es la nota interesante, sin duda, de este principio de primavera. Cabe sospechar que este arte novísimo, extraño y con vistas a lo estupefaciente o macarrónico ha de causar bastantes burlas, desde luego muy fáciles de hacer, y acaso también más de una conversión *snobista*.

Vale la pena de visitar la Exposición polaca. No sólo a título de curiosidad es notable, sino como lección pedagógica, y un espíritu que desea estar al tanto de cualquier guiño de la modernidad no puede desatender el dato que ahora llega a Madrid. Estos valerosos hijos de la Polonia nos traen una de las últimas recetas de la pintura que nosotros estamos en la obligación de examinar humildemente, por lo menos con la misma humildad con que estudiamos el figurín de la moda que nos envían los sastres de Londres. La cualidad de moderno y de europeo impone ciertos deberes y hasta sacrificios ineludibles.

Sin embargo, ¡qué dura prueba necesitamos soportar cuando nos vemos en esta Exposición! Primeramente sentimos la impresión de quien se ve perdido, desplazado, ignorante hasta la estultez. No comprendemos nada. Si al pronto nos asalta la estratagema de recurrir al chiste, renunciamos enseguida a ese recurso, porque comprendemos que los artistas polacos son personas inteligentes, sabias, cultísimas, que han recorrido además los centros más ilustrados de Europa. Cuando ellos pintan así, no será por mera distracción ni por ganas de reírse de nosotros. Es la última receta, adquirida al cabo de muchas tentativas. Seamos humildes y confesemos que está en nosotros la imposibilidad.

Esta es la primera impresión. Después vamos poco a poco reaccionando, y, por virtud del instinto de defensa, que tiene que existir en toda persona, nos preguntamos si, en efecto, hay en las inteligencias contemporáneas, una distancia insalvable. Lo que estos artistas piensan y sienten, ¿acaso es algo enormemente profundo y difícilísimo? Y si son de la especie de nosotros, si su sensibilidad y erudición entran en la esfera de lo accesible, ¿por qué haremos la tontería de insistir en nuestra actitud de subordinación y humildad...? No comprendemos, no nos gusta ese arte. Pues bien; osemos rebelarnos y digamos que no a los artistas de Polonia, de Munich o de París quienes se equivocan y los que fracasan. Desde hace mucho tiempo, quizá desde los impresionistas, la pintura persigue al color con un ensañamiento que ahora llega a su máximo. Estaría bien si no hubiese el peligro de la exageración. Y lo terrible de nuestra época, para todo menester estético y literario, es que el dogma precede a la realización. Por tanto, el exceso de criticismo y de cerebralismo construye primero la receta, el concepto, el dogma, y después se ensaya la obra artística. Pero la obra, sujeta así al despotismo de las reglas anticipadas, carece, desde luego, de libertad, ¡y los que huyen con horror del academicismo caen desdichadamente en un academicismo más riguroso, más infecundo!

Descoyuntemos la forma; desequilibremos las líneas, destruyamos todo lo que haya de normal, de tradicional y despótico en las actitudes. Después introduzcamos en las líneas

otros valores; por ejemplo, hagamos *inefable* la línea... Si los literatos lo han conseguido, ¿por qué no lo realizarán los pintores?

Y, ante todo, procuremos que la pintura exprese con tanto matiz y emoción, con tanta neurosis, con tanta inefabilidad que los poetas y los prosistas. Entre el pintor y el literato, casi no existen diferencias; se vive en común, se manipulan iguales tópicos; se mezclan las plumas y los pinceles, y ya no se conocen las fronteras de las dos profesiones; el pintor sabe tanta literatura como el literato, el literato *escribe cuadros*, el músico narra y pinta... pero al querer asimilar sustancias de esas recetas y esos cerebralismos ocurre que hallamos sólo tentativas.

En la Exposición de los artistas polacos nos asalta una idea desolador de término, de finiquito. Esas digresiones de color, esas deformaciones de la forma, nos parecen el gesto final de un arte que muere.

Si no hubiese en pintura otras manifestaciones que esas “sinfonías de color” y esas “naturalezas muertas” pensaríamos, en efecto, que el arte de pintar había recorrido su curva entera y derivaba, por último, en la forma agotada de la decadencia, el nihilismo. Pero sabemos que paralelamente conservan otros pintores las disciplinas ineludibles, los cuales pintan con nervios modernos las cosas que siempre han pintado los pintores: un Sorolla y un Zuloaga nos evitan el peligro de poder caer en la desesperación nihilista.

Hay la sospecha, no obstante, de que la pintura sea actualmente el arte más desconcertado y desorientado. Desde que al derrumbamiento del Siglo XVIII se quebraron todas las disciplinas sociales, religiosas y culturales, las diversas partes del mundo intelectual debieron abandonarse a su propia suerte en plena democracia. Cada arte, como cada ciencia, debió buscar en sí mismo las soluciones para poder existir y para intentar una evolución o un progreso. Ya no podía confiarse en la subordinación; los caminos eran libres; cada uno necesitaba hallar su rumbo. El arquitecto debía inventar un estilo, puesto que ya no había disciplinas y estilos; al poeta se le privaba de construir sus rimas como su maestro, porque no había maestros; el pintor acudía a los museos con voluntad de recoger el polen de infinitas escuelas. Era el reinado del eclecticismo, manifestación lógica de la democracia imperante. Y en tanto el individuo robusto se beneficiaba e esta libertad de concurrencia en la vida económica y política, las artes veían agravarse su dificultad. Las artes, de origen aristocrático y necesitadas de la obediencia y de la disciplina, hallábanse como pájaros de jaula en mitad de un bosque profundo.

En la angustiada porfía por asirse a una realidad segura, fenómeno común a todas las partes de la intelectualidad dentro de la democracia, la pintura se presenta especialmente

perpleja y zozobante. No contemos a la arquitectura, que definitivamente pereció con el advenimiento de la democracia. La música ha resistido con éxito la ola de la nueva edad, y para ella existen muy ricas posibilidades; la literatura, en posesión de la música, del matiz, de lo inefable y sobre todo de la idea, se ha conformado a las nuevas necesidades y es capaz de imprevistas invenciones. La pintura, al contrario, sigue en su actitud perpleja del pájaro de jaula a quien dieron libertad. La historia moderna de la pintura se reduce a locas tentativas que acaban en el nihilismo, o al encuentro de insignificantes recursos coloristas y emotivos, siempre inferiores a la plena invención de un Goya, un Velázquez, un Rembrandt, un Miguel Ángel, un Durero, un Boticelli. Continuar, o caer en el nihilismo: éste parece el dilema moderno para la pintura.

Miesntrastanto, ¿no merecemos que algún grupo de artistas polacos, barceloneses o de cualquier país no ofrezca una exposición de *cubismo*, tal vez de *futurismo*? Los *cubistas* han tenido su buena hora poco antes de la guerra. Hasta lograron introducirse legalmente en el Salón de Otoño, de París. Y no hay que decir con qué bazaría soportaron las burlas de los críticos y cronistas parisienses, que tato saben aguzar y envenenar el chiste.

Un poco de *cubismo* nos sentaría bien en Madrid, arrastraría a los impacientes y a los novedosos.

Y acaso perderíamos de vista, por último, a esos pintores que se obstinan en el *angladismo* impenitente y en las resobadas variaciones del *baile ruso*. Ya que debemos soportar al *snob*, que cambie siquiera de postura el *snobismo*, y que no nos distraigan.

ABC, 18 de marzo de 1918

69.- Arte nuevo

Como todas las personas que se preocupan de las manifestaciones culturales, yo acudí también a una exposición de artistas independientes que días pasados se ha abierto en Madrid. Allí encontré a un señor de esos que, pase lo que pase, considéranse en el deber de apoyar todo movimiento avanzado. Se encontraba, naturalmente, lo que se dice a sus anchas en medio de tantos cuadros cubistas, y me preguntó qué es lo que me parecía el certamen.

Yo le dije que me parecía muy curioso y sobremanera interesante. Pero comprendiendo que mi entusiasmo no iba demasiado lejos, volvió a preguntarme que cómo me las arreglaba yo para considerar muy interesante y hasta muy plausible una cosa que, en realidad, no era de mi gusto.

Entonces yo le respondí que en la vida existen muchas cosas que a mí no me placen, y con las cuales estoy en una oposición apasionada. Pero que antes de todo deseo que mi país se ponga al mismo paso que las mejores naciones extranjeras, y que no carezca de ninguna de las manifestaciones del progreso. Por ejemplo, yo no le asigno la menor simpatía a los submarinos, pues me parecen naves grotescas, y sólo la idea de que yo puedo alguna vez navegar en semejantes máquinas antipáticas me pone de mal humor. Si embargo, yo quisiera que en mi país hubiese muchos cientos de submarinos, y muchos miles de marineros que se entusiasmasen manejándolos. Por lo mismo también me interesa que España no quede mal en cuanto a novedades de arte, y estaría dispuesto a contribuir para que unos cuantos pintores cubistas, entre los más osados, recibiesen el premio de una gran medalla de oro, o de plomo, o del metal que pareciera más oportuno. En cuanto a mi amor, yo exijo, como es justo, mi perfecto derecho a reservármelo.

Lo cierto es que el arte adopta últimamente posturas que a un espectador honrado le sumen en plena perplejidad. Uno se dirige al arte con la decidida intención con que el alado insecto se lanza sobre el macizo de flores. Busca uno allí precisamente aquello que tanto le place y necesita; busca la emoción, la belleza, el azúcar de la poesía, o sea, el alimento espiritual que la vida cotidiana no sabe dar siempre, y que el arte, viejo y prodigioso mago, se encarga de servirnos. Pero como el insecto que viera su intención frustrada porque las flores del ramo eran simples hojuelas de papel, así uno queda perplejo ante un arte que, por ironía o por impotencia, aparece vacío de emoción, de poesía y sobre todo de belleza.

El caso es que el arte siempre se ha propuesto como primero y único fin la belleza. Para esto solamente queremos el arte. No quiero que nadie osaría atribuirle otra función. Pero he ahí que llegan una especie de hombres admirables que acuerdan, en vista de que las academias se han hecho demasiado aburridas, emprender un gran arte revolucionario, un arte completamente nuevo. Cuando nos aproximamos a examinarlo, vemos con admiración que el arte nuevo, como quien venía muy aprisa, se ha olvidado de lo esencial. En efecto, ha olvidado la belleza. Y entonces, pese a todos los gritos de los interesados, nosotros tenemos derecho a decir que un arte cuyo resultado positivo es la fealdad, no nos sirve. Nadie está obligado a presenciar un espectáculo que no le gusta, porque el empresario ha

querido deliberadamente que la función fuera desagradable. Que nos devuelvan el importe del billete, y en paz.

El naturalismo literario impuso al arte la obligación de perseguir el “documento humano” de índole negativa, lo deforme ha sido durante varios lustros, el mejor propósito estético. Es la manifestación final de un arte que se regodea en lo deforme, lo feo, lo triste, pero sin ninguna compensación ideal. Lo feo sin redención, lo feo por complacencia y con ensañamiento. Pleamar zolesca.

El artista, en su odio al idealismo, amanerado y fastidioso de las academias, decidió buscar el tipo contrario. A la perfección opuso la torpeza; frente a lo bello frío ensalzó lo feo emocionante. Pero esto, al convertirse en doctrina, cayó en el mismo defecto que condenaba. Se formó una afectación naturalista que sucesivamente hubo de dar en el peor de los amaneramientos, como es ese aire de caricatura que las cosas, los hombres y el paisaje adquieren en el arte moderno. Se habla del cubismo como suprema ocasión de risa, pero al menos el cubismo arrostra con valentía su gallardo internado en la región de la burla. Es que todo arte, incluyendo a muchos poetas, se complace en reducir a simple caricatura el Universo.

Así tenemos esa larga serie de pintores que, con cargante uniformidad, nos pintan las inevitables “mujeres en el baño”, y que con la misma fastidiosa terquedad nos las ofrecen con unos tobillos de elefante, unos flancos de cargadora del muelle, un torso de monstruo y un semblante de idiota. ¿Y para esto se había inventado el arte? ¿Para reducir a simple caricatura el Universo? Si no hay modo de habilitar otra estética más entretenida, nos pasaremos sin arte el tiempo que sea preciso. Que lo cultiven entre ellos y para ellos los propios artistas, los críticos profesionales y la sagrada cohorte de los “snob”.

El arte clásico y académico, dicen los pintores, había agotado el sentido de la perfección y la corrección hasta incurrir en la terrible frialdad. Era, pues, necesario reaccionar contra un peligro tan serio. Entonces el artista se lanzó con ímpetu al extremo contrario. Y cada pintor pretendía demostrarnos que él, como un niño inocente, ignoraba el dibujo, la perspectiva y el valor equivalente e las formas. ¡Oh, pintores angelicales! ¡Cándidos y torpes como verdaderos niños!... Y todavía dura la farsa.

¿No los veis? Por ahí se multiplican las mesas que se caen, las casas que han perdido su centro de gravedad, los cacharros desdibujados, los rostros torcidos, las personas como peleles. ¡Pobres pintores angelicales! De tan niños e ingenuos como son, ignoran los más elementales recursos del dibujo. Pintan a través de su encantadora inocencia. Y este “truco” de la candidez pretenden que nosotros nos lo traguemos, cuando

no ignoramos que el último de semejantes artistas tiene el alma más vieja que Miguel Ángel, es más cuco que Carracuca y posee y posee una erudición más grande que Leonardo da Vinci.

- En este caso, ¿usted desea que se rehabilite la pintura académica a lo David, la pintura de historia a lo Moreno Carbonero, las odas a lo Quintana y el régimen político de Fernando VII? Hay que buscar nuevas formas. Hay que someterse a la eterna ley del cambio.

Perfectamente. Estamos conformes en que la vida del arte no puede detenerse mientras la vida universal apresura su paso en torno nuestro. Es necesario cambiar. Ahora bien, ¿cómo se arreglan ustedes para realizar el cambio tan desastradamente, con gracia tan poca? La novedad por sí misma, la novedad a secas, o sea sin contenido de inspiración, sólo puede contentar a los señoritos que aman la moda porque aman la moda porque es moda únicamente. Los señoritos, cuando el sombrero les muestra el último modelo de Londres, no miran si el sombrero es lindo o feo, si les cae bien o les pone en ridículo; es suficiente que sea el último grito de la moda para aceptarlo y admirarlo. Por mi parte, lo que no me convence y lo que no me aporta ni gracia ni belleza, por más último modelo de París que sea, yo lo dejo a un lado.

La Vanguardia, 17 de junio de 1925

70.- La lección del Modernismo

En una calle moderna y lujosa, ante una casa de aspecto aburguesado, me he detenido con curiosidad a ver cómo los pintores y albañiles desde sus andamios van reformando, mejor dicho *rectificando*, la arquitectura externa de la mansión. Esta casa fue construida hace veinte o veinticinco años. Plena furia de la moda que se llamó *modernista*. En aquel tiempo querían los espíritus más avanzados vivir en modernista, adquirir muebles modernistas y trazar los edificios por el patrón modernista. El dueño de esa casa, que era sin duda un carácter progresivo, pidió también a su arquitecto que le dibujara un plano bien modernista.

Pero aquel modernismo, es claro, ya no se usa. Hoy se estila otro sistema de adorno. Mañana se estilará otro... Y así sucesivamente, indefinidamente, lo que ayer se consideraba como modernísimo será considerado como detestable y vil. Los albañiles, entre tanto, van picando los adornos de cascote, borran las líneas y las volutas, raspan los requilorios ornamentales y procuran, como si se tratase de una vergüenza, quitarle a la fachada todo vestigio de aquella moda que murió tan pronto y tan sin honor.

He ahí una lección que todo espíritu avisado no debe desoír. Ella nos ilustra sobre la fugacidad de esos muchos arrebatos ideológicos o estéticos que tanto abundan en nuestra época presuntuosa y precipitada. ¿Qué opinión tenían de su buen gusto estético los que imaginaron el arte modernista? Creían firmemente recibir la inspiración por vía directa de los propios dioses, y estaban convencidos de que eran el auténtico ombligo de la Historia. ¿Y qué resta de toda esa arrogancia? Pues es: la vergüenza. ¡Y un tropel innumerable de mamarrachos arquitectónicos y decorativos prodigados por esas ciudades!

Lo malo es que el arte modernista nació al mismo tiempo que el cemento armado. Ambas materias de ludibrio se asociaron para componer el esperpento suntuario más infeliz que han conocido los hombres. Era el tiempo en que aún había Exposiciones Universales en París. Rubén Darío proclamaba el lujo de sus versos líricos. Paralelamente, en Barcelona levantaban en sus grandes vías aquellos palacios y catedrales trazados con sujeción a la más rumbosa moda modernista. Todas las capitales de provincia españolas quisieron poseer en la mejor esquina nueva, su correspondiente casa con firuletes modernistas. Toda pareja de novios deseaba, al casarse, amoblar su casa con un brillante mobiliario modernista.

Hoy, en a hora de la vergüenza, es relativamente fácil de ocultar con rubor los muebles chabacanos, los floreros ridículos y los chocantes centros de mesa. ¿Pero cómo se deshace y se oculta un ostentoso palacio o una catedral que se levantan con la complicidad de los pavorosos hierros del hormigón armado? Habría de ocurrir un terremoto, y aún esos esperpentos mantendríanse en pie. Ni los repetidos cañonazos de una invasión guerrera conseguirían borrar esas vergonzosas equivocaciones. Feliz el propietario que, como el de la casa a que me refiero, tiene la suerte de que el arquitecto no se ensañase demasiado en su furor modernista. La vergüenza será borrada, y la casa, vestida en traje decente, no proclamará a las generaciones su condición de mamarracho.

El arte modernista fue la última tentativa seria que hizo el hombre moderno para crear un estilo. Resulta, en efecto, humillante el comprender que aquellas despreciables gentes de la Edad Media, que ni siquiera conocían los ferrocarriles de vapor poseían la

virtud de inventar una catedral gótica, mientras el hombre moderno, que lo sabe todo y todos los recursos se hallan en su mano, sea incapaz de crear una línea, un adorno, una expresión suntuaria cualquiera dotada de estilo. Entonces se aventuró la prueba modernista. Parecía ya llegado el día de gloria. Repicaron las campanas de gozo. Pero aquello duró poco tiempo, y ahora no existe.

¿Pero existirá mañana? Dicen que nada se pierde, lo mismo en el mundo de la materia que en el del arte. Formas de arte que fueron denigradas por las generaciones próximas, más tarde han tenido el amor de las gentes comprensivas. Hasta el arte barroco ha sido reivindicado. Del modernismo, sin embargo, no quedará nada; es imposible imaginar que eso llegue a mirarse jamás con respeto. Y aquí tienen, los que gustan de mirarle tres pies al gato en las cuestiones peliagudas, un fenómeno bien curioso e interesante.

Dice Jorge Simmel, en su *Filosofía de la moda*, recién traducida al español, que “la nueva moda sólo ejerce su influjo específico sobre las clases superiores, y tan pronto como las inferiores se la apropian, traspasando las fronteras que la clase superior ha marcado, los círculos selectos la abandonan y buscan otra nueva, que nuevamente los diferencie de la turbamulta. Sobre esta reciente moda actúa otra vez el propio mecanismo, y así indefinidamente. Porque, naturalmente, las clases inferiores miran y aspiran hacia lo alto.”

Esto que el filósofo germano nos insinúa ha podido ser siempre verdadero, pero hoy tiene la verdad un cierto aire de angustia. Porque hoy la industria, el dinero democrático y la supresión de clases implican en las gentes inferiores una mayor rapidez para lograr las formas que usan las clases selectas. El último de los horterillas puede vestir un traje cortado como el de los duques; el último de los tenderos puede construirse un chalet a la última moda; todos pueden construir sus versos o sus prosas según la última manera de los cenáculos de vanguardia de París. Y entonces surge esa carrera desbocada de los que, deseando ser únicos e incopiables, inventan una nueva teoría cada noche, una nueva moda cada mañana, y los que corren tras ellos en su afán democrático de ser todos iguales. Esto impide que las cosas vengán a la vida con un ímpetu de perduración. Y que el viento de cada mañana barra las fugaces invenciones del día anterior.

Moraleja.

Cuando te pongas al trabajo, pórtate con un poco de ambición. Haz tu obra, joven, pensando en los grandes palacios de estilo modernista, que ni los terremotos ni las baterías de cañones son capaces de derribar. No pongas hormigón armado en tus obras, para que puedan destruirse fácilmente si la fortuna les fuera contraria. Pero si tienes más ambición, si

deseas pasar de un salto al mismo futuro, entonces no obedezcas excesivamente a la batahola del momento y piensa en los hombres que han de venir mañana.

ABC, 24 de enero de 1925.

IV.- Artículos de viajes

71.- El prejuicio alemán

Acaso por una preocupación de fundamento falso, o por una arbitrariedad mimosa de nuestros instintos nos ha dicho siempre, y hemos obedecido, que para amar es preciso aborrecer. Positivamente, sin duda una mala educación nos induce a tomar partido entre dos funciones, y odiamos sin titubear a alguien, por oposición a quien deseamos amar.

Mi simpatía por Francia no excluye mi profunda estimación por Alemania. Y si al salir de mi patria, entrando en Francia, se me abre el espíritu como ante una magnífica obra de la Naturaleza y de los hombres, más tarde, al pasar a Alemania, siento que en mi espíritu se opera algo como una compensación. En la rubia Germania encuentro lo que le falta al mundo latino. Sin la incorporación de Alemania, la vida, para mí cuando menos, sería desgraciadamente incompleta.

De mis incursiones por Alemania conservo recuerdos imborrables. La primera vez que pasé la frontera incurrí en equivocaciones cómicas, que más tarde me hicieron reír. Marchaba pertrechado de todas las prevenciones consuetudinarias, vulgares y hasta presuntuosamente doctas. ¿Cómo sustraerse a la labor asidua, sistemática y sin piedad que Francia, con su prestigiosa literatura, ha esparcido por el mundo? Vivimos tan cerca de Francia, tan dependientes de ella, que es imposible opinar libremente sobre muchos aspectos humanos.

Como en todas las mentes latinas, yo llevaba el criterio de una Alemania ruda, férrea, hostil, militarista, violenta. La disciplina alemana equivalía, por lo tanto, a un continuo acoso del individuo por la autoridad. La rigidez, de que se me había hablado, la traducí yo en un sentido incómodo, vejatorio, triste y expuesto a graves peligros.

Así, tan pronto como el tren, cerca de Metz, transpuso la frontera, quise conformar mis actos a una severa vigilancia, para evitar todo choque, para evadirme de la reconvencción alemana. ¡Bien pronto vi que mi actitud era ridícula, y que, a poderseme mirar por dentro, hubiera causado la hilaridad de los alemanes!

En Alemania no se siente ninguna incomodidad; no se nota el roce hostil de la decantada disciplina. Ésta es, por lo menos, mi impresión. ¿Acaso porque mi carácter se

acomoda bien a la disciplina germánica?... Puede ser. Yo he encontrado que la disciplina alemana no significa hostilidad, brutalidad, intemperancia, esclavitud. A mí me ha parecido, simplemente, *orden*.

Pero el orden, cuando todos los hombres lo aceptan con gusto y por temperamento, inspira una sensación contraria a la esclavitud. Es posible que si ahora, de repente, se transportase el régimen social germánico a un país del Mediodía, como Nápoles y Sevilla, o hasta como Cataluña y Francia, produjese un disgusto grandísimo en las gentes y diera lugar a una revolución. Pero a los alemanes se les ve circular contentos, ligeros, fáciles, dentro de su régimen.

Como yo no he conculcado la menor ley, ni el más insignificante aviso, en mis excursiones por Alemania, no he podido traer un bagaje de invectivas contra la brutalidad germánica. Todo me ha sido allí fácil, y especialmente amable, excepto las incomodidades a que me obligó el desconocimiento del idioma.

Esta impresión de facilidad y de amabilidad, que tantos habrán observado pero que no han querido confesar; esta rectificación de los prejuicios tendenciosos dirigidos contra Alemania, es algo que la justicia exige que publiquemos.

También se les niega la gracia a los alemanes, según los términos vulgares y convenidos. Desde luego, al pasar de Francia a Alemania, se percibe un aumento de civilización que corresponde, por antagonismo, a un descenso en la belleza natural. Los serenos, los elegantes y fértiles panoramas del valle del Sena se cambian por las llanuras frías de la nebulosa Germania. El paisaje pierde su estética, en elegancia, en gracia intrínseca.

Y marchando desde Italia, remontando las soledades bohemias, hasta caer en Leipzig, el ánimo se vuelve hacia los insuperables edificios que han dejado atrás, en Roma, en Florencia, en Venecia. El encanto del Renacimiento italiano, fortalecido por la divina luz meridional, nos deja en el alma resabios de nostalgia que no pueden dominarse.

Pero si logramos capitular, ¡qué suma de encanto hallaremos también en las ciudades alemanas! Volviendo a lo que decíamos al principio, es adverso obstinarse en odiar, para poder amar. La belleza meridional ¿por qué ha de excluir esa otra belleza de los países septentrionales? La *gracia* que gozábamos en la plaza florentina de la Señoría, en las alturas del Janículo romano y en la plaza insuperable de San Marcos, tiene una continuación, aunque de otro género, en la *gracia* de los edificios germánicos.

Esas casas civiles, tan románticas, tan íntimas y sugestivas. Aquella plaza del Römer, en Francfort, que puede servir de telón a una ópera; aquella trayectoria del Rin, desde

Maguncia a Colonia, donde los castillos feudales se conciertan con los pueblos fabriles, sin que las chimeneas ultrajen a las torres nobiliarias. Y luego ese fervor alemán, que trata de dar a su vida un sentido de continuidad, y construye los edificios de hoy sobre las pautas tradicionales, sin que se observe amaneramiento; de tal manera la vida toda del país es una *continuación*, perfectamente lógica, y no, como en tantos países, una suerte de saltos y de tentativas. Y luego todavía esa imaginación potente de Alemania, que aplicada a la arquitectura produce infinitas formas de edificios civiles, juega con el ladrillo, combina los colores; no descansa, en fin, ni se declara nunca vencida...

Obedeciendo a su partidismo, los adversarios de Alemania aspiran a la destrucción de ese emporio de energía que está clavado en el centro de Europa. ¡Que no sea destruido, todavía! Germania es actualmente una sanción, ejercida sobre el mundo latino. Representa la ciencia, la fuerza, y sobre todo la sinceridad. Si Inglaterra es también sincera, su desdén olímpico la hace extraña y como inasequible. En tanto que Alemania es más humana, más ingenua.

El mundo latino, hecho de impresionabilidad, de retórica, de pereza y, sobre todo, de falsedad, necesita aún sentir la premura y la vigilancia de esa masa grave y honda que en Europa ocupa el sitio equidistante, el de mayor responsabilidad.

San Sebastián, 10 de agosto de 1914

La Vanguardia, 13 de agosto de 1914

72.- Lo que dicen las Ramblas

Existe un temor literario ante las repeticiones, y suele horrorizar la idea de descubrir mediterráneos. Esta adversa manía produce el inconveniente de que las cosas más importantes se conozcan mal o muy poco. Yo he venido a *descubrir* Barcelona. Y pienso descubrirla en su totalidad y en sus detalles, como si se tratara de una ciudad que nunca ha sido antes vista por el escritor; como si fuese un pueblo extraño y remoto. Este sistema me ha guiado siempre, y es, para mi gobierno personal, el más oportuno.

El escritor que sea viajero necesita mantener el anónimo en una particular frescura, en una blanda disposición femenina, de manera que se deje emocionar por todas las cosas y matices que transitan delante de sus ojos. La virginidad de la emoción es indispensable, así como un entusiasmo intrínseco, trascendental, por lo fenómenos transeúntes. Vista ya otras muchas veces, en diferentes épocas de mi vida, sin embargo, al entrar ahora en Cataluña, siente el viajero la emoción de la cosa desflorada, ¿conocéis ese prurito de curiosidad que consiste en ver, desde la ventanilla del vagón, el tránsito o el cambio de las distintas regiones? Aunque los trenes corren demasiado, siempre es posible corroborar la diferencia de una región a otra. Suele haber algo en los sembrados, en la arquitectura de las iglesias, en los campesinos que labran, en el aire, en el color, algo que nos revela una mutación regional. De una Castilla a otra Castilla, a pesar e la uniformidad meseteña, existe verdadera diferenciación. Se conoce asimismo el paso de Castilla a Aragón, tal vez por la mayor abundancia de árboles frutales y de vegas de regadío, por la forma de los campanarios; porque, en efecto, el campanario aragonés no es igual que el castellano; es un campanario alto y sutil, de forma prolongada, que se repite en Valencia y Cataluña y halla su expresión más artística en Italia. En cuanto a otras transiciones regionales, las hay bruscas y decisivas, como las que se producen en el camino de Valencia y de Andalucía, después de la rasa Mancha, o al saltar las boscosas crestas de la divisoria cantábrica.

Desde la ventanilla voy mirando el paisaje aragonés, y asisto al desfile de aquellos lomazos resecos, calvos, terribles como una visión lunática o como un panorama de las altiplanicies de los Andes. Entre las lomas reseca, donde ni pájaros ni hombres ni ovejas existen, saltan como oasis de confortante verdor las vegas frondosas y regadas. Y me digo: si en alguna parte puede tener eficacia la política hidráulica, es aquí, en Aragón, donde perdura el uso secular del riego y la huerta, y en cuyas lomas desiertas y abrasadas sería casi imposible otro cultivo que no fuera el forestal de especies californianas o australianas.

El tren se detiene con más frecuencia en las estaciones, y se observa en los andenes un bienestar más grande. ¿Es que estamos ya en Cataluña? Pero no; las mozas de pañolón en punta y faldas ahuecadas hablan todavía en castellano. Un poco más allá, sobre el andén de una estación, oyes el son de la lengua lemosina. He ahí Cataluña. La gente va y viene, compra chucherías de comer, pronuncia con fuerza sus vocales intermedias, y, de repente, el alma del escritor patriota siente una temblorosa emoción llena de inquietudes; pasan por la memoria los discursos catalanistas, la comida de los 5000 en el Parque Güell, las definiciones de Abadal, los rencores catalanistas. Y el alma piensa con zozobra: ¿será

verdaderamente posible que alguna vez esta hermosa región catalana, por imprudencias de unos y negligencias de otros, llegue a considerarse desvinculada de España?

Pero en llegando a Barcelona nadie podría evadirse al impulso que empuja hacia las Ramblas. En esta hora matinal de junio, la arteria central barcelonesa hierve de multitud y de movimiento. En el centro de la Rambla no falta la nota de las flores; se ven los puestos colmados; grandes ramilletes de rosas opulentas ofrecen su gracia magnífica. Y hay un derroche de claveles grandes, rojos y frescos. El público circula numeroso. Hablan en grupos, discuten; otros pasean; otros van afanados a su tarea. Esto es, en suma, meridionalismo.

Un meridionalismo como no se ve ni en Madrid ni en Sevilla. Es ese meridionalismo a base de Mediterráneo; verdadero latinismo, en fin, según el concepto usual o moderno de la palabra. Significa, pues, ese meridionalismo el llevar la vida pública al centro de la ciudad, siguiendo la tradición helénica e italiana. Que no sea la calle como en Sevilla, el lugar donde *están*, casi aisladamente unos de otros, los hombres con exclusión absoluta de las mujeres; que no sea tampoco un lugar, como en Madrid, útil para tomar el sol. La calle, en todo el Mediterráneo, es el sitio esencialmente *cívico*. Así, la Rambla de Barcelona significa la antigua plaza pública, que era el corazón de la ciudad. El meridionalismo equivale a llevar al medio de la plaza todo el contenido social, religioso y estético de los ciudadanos. Es vivir en público, al sol, en medio del aire, todos juntos. Civismo... Y sentir en la muchedumbre la electrización, el contacto emocional, la vibración de todos los componentes.

En esta clase de poblaciones, el conocimiento rápido de la preocupación pública es siempre fácil. Todo está hablando a nuestro alrededor; todo está *gesticulando*. Yo observo, por tanto, que los barceloneses se ocupan de dos principales cuestiones: la guerra europea y la política catalana.

Pero estas dos cuestiones ocupan la atención de todos los pueblos. Solo que en Barcelona, a causa precisamente de su exaltado civismo, las cuestiones suelen adquirir un aspecto resaltante. Desde luego me atrevo a decir que en Barcelona se toma mucho más en serio la guerra que en Madrid. Por lo demás, en Barcelona todo se toma en serio... En el fondo del carácter barcelonés hay un algo del provincialismo que impide cierto moderado, aristocrático y capitaleno uso de la banalidad. Es curioso observar cómo en Barcelona se han tomado tan en serio todas las cosas, desde el republicanismo hasta el anarquismo; desde el carlismo hasta el separatismo; desde la arquitectura modernista hasta el teatro de

Ibsen. Es admirable un pueblo así, dotado de tal blandura femenina, que se deja fecundar por todas las novedades que pasan.

En los quioscos de la Rambla, las publicaciones que cuelgan al aire nos hablan de los antagonismos y de las fobias. Están ciertos periódicos en pleno hervor partidista, como al principio de la guerra. Hay revistas, como la *Esquella*, que emplean todo el número en hacer campaña germanófoba. Otra revista, pintorescamente titulada *Iberia*, vierte sobre los alemanes las injurias que en París mismo, acaso, no se consentirían.

En cuanto a los periódicos puramente catalanes, dan de lado a la guerra para ocuparse de la cuestión política. Se observa al primer golpe un recrudecimiento del fervor regionalista. Pero la palabra regionalista carece ya, lo aseguro, de virtualidad; es una palabra demasiado vieja. Hoy la palabra exacta debe ser: nacionalismo. Y los periódicos, en efecto, no hablan ahora de regionalismo, sino que emplean la expresión nacionalista en toda su significación. Además, observo en el lenguaje un tono que antes no existía; los periódicos catalanistas, en fin, hablan con una desenvoltura, con un descaro, que conmueve.

Yo me resuelvo a decir a Madrid, a España: no consideren superficial este movimiento político catalán; fíjense en él, pongan una verdadera atención...

Por mi parte, procuraré en otros artículos reflejar el fenómeno catalán según salte a mis ojos o como yo acierte a interpretarlo.

ABC, 11 de junio de 1916

73.- Visita a París

Después de tantos años de ausencia, no ocultaré que al volver a entrar en París me sentía afectado por una especial emoción. Los sitios donde hemos vivido algunos momentos interesantes de nuestra existencia pasan a convertirse en cosas familiares, llenas de nuestra personalidad y adscritas a las profundidades de nuestra memoria. El pasado se nos revela en forma de camino, del que sobresalen, como columnas miliarias, los recuerdos de esos sitios donde hemos padecido o gozado alguna vez.

Yo había vivido en París algunos meses emocionantes. Era el tiempo de la guerra, cuando la población se contraía, inquieta, temerosa y también amenazadora, bajo la inminencia del ataque enemigo. Hoy, al volver a la ciudad cuatro veces ilustre, ningún enemigo llama a sus puertas. Es la victoria, al contrario, la que bate sus alas en el ámbito de la ciudad.

Y el conocer y experimentar este cambio es lo que da a mi visita a París un sabor tan emocionante y extraño. Entre todos los placeres que París otorga al viajero sea acaso el principal ese entusiasmo con que nos abandonamos a la dicha de deambular por las calles tumultuosas, por los bulevares ruidosos, por las regias avenidas. Pasar, circular, mezclarse con la heterogénea muchedumbre, percibiendo al paso el encanto del matiz, la gracia de un árbol o una mujer o un escaparate; he ahí el placer que como ninguna otra ciudad reserva París a toda alma curiosa y sensible.

Pues este placer está aumentado en mi caso por otra picante curiosidad. Mientras me incorporo a la multitud ambulante, yo voy haciendo comparaciones. Consulto y palpo las realidades, observo el aire de las personas y de los edificios, y mentalmente comparo todo esto con aquella fisonomía del París del tiempo la de guerra. ¡Qué diferente gesto!... Recuerdo la mañana en que por primera vez se dieron cuenta los parisienses de que un dirigible enorme había volcado sobre la población su carga de dinamita. Los mismos bulevares centrales habían perdido su ademán despreocupado y su turbulenta circulación de riada inextinguible. Notábase en los rostros de los transeúntes un rictus de rabia y de perplejidad. Furtivamente, todos enviaban miradas al cielo, como si todos comprendiesen que del cielo (de lo providencial y misterioso) debería venir la vida, acaso la muerte...

Pero es la gloria la que ha llegado, y París, en efecto, muestra una fisonomía triunfal, imperiosa, robusta. El sol de mayo contribuye a hacer más radiante y entonada esa fisonomía con que París sale a recibirme. Los macizos de lilas se cansan bajo el peso de sus flores, intensamente perfumadas. Ya no existen las trabas y supresiones de los años de guerra. Todo ríe en la ciudad, pero con la fuerza que caracteriza a esta sonrisa de París, que es la sonrisa más desconcertante del mundo. (Gracia ligera y energía implacable).

Pues bien; lo que da el tono al París actual es eso que podríamos llamar «el aire de vencedor». Se observa en el rostro del hombre de la calle lo mismo que en el ademán de la mujer que pasa; en el poderío de la circulación locomotiva, como en los artículos vibrantes de los diarios.

París hace constar ante el mundo el hecho positivo de su victoria. Pero no confundamos este «aire de vencedor» con el vulgar empaque del que se siente embriagado

por una gloria llamativa y fácil. La fisonomía de París no se parece nada a aquella versión que una literatura de preguerra se obstinaba en propagar a todos los vientos; París no hace ostentación de su genio impresionable y ruidoso, simple mente meridional; todo al contrario, en el gesto de París hay un rictus de severidad y de contraída energía que sin duda ha de sorprender bastante a los que vienen a visitarla con un mero intento de frívola diversión.

La culpa es de la guerra, y, por consiguiente, de la victoria. La guerra ha sido demasiado dura, demasiado exigente en vidas y en dinero. Se han despedazado provincias enteras, han perecido millones de hombres, y las finanzas han quedado comprometidas quién sabe para cuántas generaciones. Por otra parte, la victoria no ha sido un acto verdaderamente triunfal y aparatoso que se verifica después de una gran batalla, sino un compromiso que deja en el aire cien hilos por atar, y que sobre todo deja a la nación vencedora en el trance de tener que cuidar de los gajes del triunfo con la misma energía y molestia del tiempo de guerra. Pues en realidad la guerra europea no ha terminado.

Todo está cambiando en nuestros días, hasta el tono de la victoria. En cuanto a la situación política del mundo, ésta ha cambiado de una manera sorprendente.

¡Quién hubiera pensado hace unos pocos años que el centro de gravedad de la política europea habría de situarse en París! Viena, Berlín, San Petersburgo, Londres, cualquiera de esas ciudades se consideraba más apta para los menesteres del mando y de la orientación política. A París se le reservaba el reino de la gracia, de la elegancia y la frivolidad, y se creía que ya era suficiente. En este momento, sin embargo, el centro político de Europa se halla situado en París.

No se mueve una idea pública ni un gobernante en Europa sin la vigilancia y el refrendo de París. Es la ciudad graciosa y ligera que conocíamos como un gran ojo investigador que está mirando constantemente hacia todos los puntos de peligro o sospechosos. Esas miradas atienden con igual inquietud a las turbulencias de Polonia como a las nerviosidades de los países balcánicos; observan los movimientos reaccionarios de Hungría y los estertores decadentes de Austria, los quebrantos de Grecia, la insolencia de Turquía, las dificultades de España en Marruecos.

Todo lo mira, todo lo vigila París, y en todo interviene. Después investiga el caos temeroso de Rusia, la actitud reservada de Inglaterra, la postura dudosa de la Italia fascista. Es natural que esta suma enorme de responsabilidades baya hecho variar la fisonomía de París, que ya no es el París despreocupado y zaragatero que nos pintaban los cronistas de antes de la guerra.

Actualmente, París es la ciudad del mundo acaso más seria, más preocupada, por cuanto no hay ciudad del mundo sobre la cual pesen mayor número de problemas y responsabilidades.

La Vanguardia, 31 de mayo de 1923.

74.- Paisajes de interior

La contemplación de la llanura desde una elevada cumbre inspira al alma una emoción indefinible. Habitado a los paisajes del Cantábrico, verdes y jugosos, la inmensidad castellana me ha producido siempre una especie de transporte religioso.

Hay en la parte septentrional del Guadarrama, hacia Segovia, un trozo de carretera que yo cruzo siempre con singular agrado. Es propiamente una cornisa que con suaves gradaciones va escalando la cota máxima del puerto, sin que el viajero se dé casi cuenta del esfuerzo ascendente. Bordeando la falda dilatada del macizo montañoso, la carretera nos pone delante, gradualmente y con habilidad de escenógrafo, el sublime y cada vez más extenso espectáculo de la llanura castellana.

Para que el efecto sea mayor, en todo ese país falta arbolado; y es una suerte; porque la abundancia de árboles destruiría por completo la impresión panorámica. Aunque desde niños estemos habituados a la frecuentación del bosque y el matorral, llega un día en que comprendemos que la fronda verde y gárrula no es indispensable para la emoción y la simpatía, y que un paisaje raso, pero lleno de densidad, puede hablarnos al ama tal vez más intensamente que una naturaleza frondosa.

El Guadarrama ofrece en esta zona una serie de amplias extensiones lisas, exentas de peñascos y cubiertas de un césped montañés uniforme, que con los primeros calores se torna vagamente amarillento. Así se logra que entre los declives de la cordillera y los planos ondulados de la llanura no exista contraste alguno. La planicie y la montaña se continúan materialmente. En pocos sitios es posible una dilatación tan gigantesca de la inmensidad.

Toda otra expresión de lo inmenso resulta inferior. Ni el mar, ni la Pampa argentina pueden sugerirnos una idea de lo inmenso como cuando pasamos en automóvil por esa carretera segoviana. Nos sentimos ascender, y comprendemos que subimos a lo alto de la

sierra, y sin embargo no hemos perdido el contacto con la llanura. Es como si la llanura se hubiese inclinado hacia el cielo, haciéndose, así, más dilatada y espiritual.

Entonces, estando el sol en su punto decreciente, la luz se dedica a componer los más increíbles efectos sobre la llanura. Toda la llanura es una fiesta de amarillos suaves, alternados con discretos toques de sombras tenues. ¡Qué finura y delicada aristocracia, y sobre todo qué religiosa serenidad en todo lo que abarca la mirada! Allá en medio, las torres de Segovia emergen limpias, como pensativas. ¿Pero toda la llanura no es una cosa pensativa? Siéntese uno como empapado del tiempo, lleno realmente de siglos, como si nuestro espíritu hubiera hecho un alto en la cumbre de la historia.

Al aproximarnos a Segovia, sentimos la extraña sensación de quien está descubriendo el misterio de una ciudad medio sumergida en la infinita llanura. Al revés de otras históricas ciudades españolas, Segovia se hunde y se oculta a la mirada del viajero. No es como Ávila, Cáceres, Plasencia y Toledo, que se encaraman en una colina con aire marcial y queriendo ser altos y vigilantes centinelas en el llano; Segovia se agazapa y se esconde, y sólo cuando llegamos a sus arrabales hemos logrado descubrirla.

Pero entonces vemos que es igual que sus hermanas: una ciudad medio guerrera y medio comerciante, que se defiende contra los riesgos moriscos con sus fuertes murallas y su firme alcázar erguido sobre el escarpe que da sobre el río. Este alcázar segoviano es de una refinada elegancia; sus ágiles torres almenadas, por fortuna íntegras, son una de las más graciosas y puras evocaciones medioevales que quedan en España.

Yo no he comprendido por qué la Musa artística de Ignacio Zuloaga escogió a Segovia como materia para sus cuadros, en que lo rudo, lo tosco y lo terrorífico se dan cita. El país segoviano es suave de color, fino de líneas, religioso de expresión; si hay un arte que le conviene, es el arte delicado de los florentinos, pero nunca un arte rudo y naturalista. Por otra parte, la gente segoviana tiene un hondo sentido campesino o pastoril, un tono primitivo, ingenuo, amable, medioeval, que los artistas, repito que no sé por qué equivocación interpretativa, se han empeñado en tergiversar.

El ambiente de Segovia es único. Parece una de esas ciudades de leyenda que se ha perdido en el fondo de un valle, que ha quedado olvidada y sigue viviendo su vida de otros tiempos. Sus casas solariegas, sus torreones hidalgos, su catedral magnífica, nos hablan de una civilización cristiana y caballeresca que dio alguna vez sus mejores frutos y que ahora el ferrocarril y el automóvil persiguen con saña.

Sin embargo, a pesar del ferrocarril y el automóvil, el viajero que se detiene en el Plaza Mayor de Segovia puede sin esfuerzo considerarse como desprendido de toda

modernidad. Hay allí una sencillez antigua, una buena fe honrada e hidalga que nos atrae y nos convence. Sentimos sobre nuestras almas como el paso grave de los siglos. Y avanzando un poco por la solitaria calle, cuando damos vista al caballeresco y elegante alcázar, nido otrora de reyes, entonces la emoción se agranda como ante un acorde musical de un artista romántico, o como un grabado majestuoso y exagerado de Gustavo Doré.

La Vanguardia, 27 de noviembre de 1923

75.- En las orillas del Sena

Vagabundear y divagar por la orilla del Sena es un acto que yo no dejo de realizar siempre que visito París. Es un beneficio que yo mismo me doy, fiesta de vagancia imaginativa para el vago fracasado que hay en mí. Yo puedo renunciar a otras cosas de París: prescindir de los bulevares y los espectáculos, de las buenas comidas y tantos otros excesos; pero que me dejen regalarme con ese festejo gratuito de ir a pie y lo más solo posible por las márgenes vitales del Sena.

Todo el río es hermoso; pero yo dejo el resto para los demás visitantes y me ciño a la medida que prefiero: lo que va desde la isla de San Luis hasta el final del paseo de las Tullerías. En ese espacio del Sena han ocurrido los hechos más importantes de Francia; ahí han discutido los teólogos de la Edad Media, han cantado los sonetistas del Renacimiento, han lucido sus mostachos los mosqueteros, han rodado las carrozas reales y han vociferado las turbas en marcha hacia el tablado de la guillotina del 93.

El río baja con sereno ímpetu, arrastrando su agua profunda por entre las márgenes de gigantescos árboles. Sugiere sin esfuerzo una idea de poder y de fecundidad, de plenitud y de energía. A veces surca la corriente uno de esos vapores finos y ágiles, moteada de infinitos agujeros la cámara de pasaje y que atraviesan como jugando la curva del ojo de un puente; otras veces se deslizan un poco pesadamente las barcazas mercantiles, llenas de carbón, de troncos o de fardos. Pero después hay los incontables imprevistos del Sena; los muelles que sugieren la proximidad del mar, los rincones remansados, donde un hombre

pacífico hace que está pescando concienzudamente; los baños flotantes, los refugios de sombra bajo el muro que separa el río de la calle.

Allí las torres de Nuestra Señora levantan su figura espiritual, acordes y parejas junto al río histórico. Con una pequeña violencia imaginativa y entornando algo los ojos, podemos figurarnos que el tiempo ha retrocedido algunas centurias y que llega a nosotros el son grande y delicado de las campanas en el aire de París hacia el mil cuatrocientos. Más adelante la mole elegante del palacio de los reyes de Francia se extiende paralela al río, y ayudándonos otra vez de la imaginación asistimos a un desfile de soldados barbudos, con artesanas y arcabuces al hombro, con calzas de colores y mangas acuchilladas, y entre ellos, a caballo, la arrogante figura del rey Enrique IV, el rey querido de su pueblo.

Por último, ahí están los libros. Y entonces bendecimos la original costumbre de situar sobre el largo pretil esas minúsculas librerías en forma de cajón, donde los volúmenes viejos se confunden con los nuevos, y donde siempre hay estampas curiosas o pintorescas de todas las épocas literarias, que nos retienen, que nos hacen olvidarnos del tiempo y de nuestras ocupaciones. Allí es grato abandonarse como un bohemio o como un perezoso que no tiene prisa, y entregarse de lleno a mirar una caricatura de la época del Directorio o un grabado romántico de cuando Musset hacía suspirar a todas las chicas sentimentales de París.

Si un sol vehemente de verano ilumina esa parte insigne del Sena, el cuadro resulta de una soberbia admiración. Pero es mucho mejor, sin duda, cuando el cielo está entoldado, cuando el ambiente toma un tono de gris denso y al mismo tiempo fino. Es la atmósfera que más bien armoniza con este lado de París. Entonces las perspectivas se rodean de una gracia singular, y lo demasiado real o actual de la materia se disuelve en bruma. Las cosas pierden su grosería, su torpeza, su sentido inmediatamente utilitario, y todo parece flotar con una verdadera pereza histórica.

Es el momento en que las cosas menos actuales y que estaban un tanto postergadas cobran un valor de primera fila. Las torres de Nuestra Señora destacan su vaga figura sobre el turbio caserío, y son ellas las que imperan en el aire, son las que tienen realidad y alma y significación, mientras que los vehículos, los tranvías y los comercios se anulan, desaparecen en la turbiedad del ras de tierra. Es cuando también el palacio de las Tullerías se agranda más, se hace más ceremonioso y majestuoso, frente al jardín y las terrazas que a la luz ambigua del día nublado parecen más elegantes y sugerentes todavía.

Entonces el río se hace más profundo, lo vemos correr con más latente violencia, y sus aguas oscuras toman como un sentido trágico. Bajo ese cielo de niebla de París, al

mismo tiempo temeroso y fino, el Sena se nos representa como un gran receptáculo de dramas; nos figuramos descubrir en la corriente los cadáveres de los suicidas, de los asesinados, de todos los sobrantes que la ciudad inmensa arroja cada día al gran canal de la muerte, que es el río.

Las librerías que se apoyan en el pretil del río son entonces otros cadáveres. Allí mueren los libros que alguna vez salieron a la luz llenos de vida; allí yacen los volúmenes rotos, las obras que nadie volverá a leer, los títulos presuntuosos que ya no conmueven ni interesan a nadie... ¡Oh muerte de los libros sin alma, los libros marchitos; la más aterradora y triste de las muertes!

La Vanguardia, 22 de julio de 1923

76.- La abadía flotante

La aparición del Mont Saint-Michel en medio del mar, elevándose al cielo como una pirámide mística, es de aquellos espectáculos que dejan profunda huella en el alma. La vida, considerada como un cinematógrafo, no abunda en cuadros de sobresaliente interés; paisajes vulgares y escenas manidas nos agobian con demasiada frecuencia. De pronto salta la nota excepcional, y es como si el divino operador del Universo quisiera recrearse con nuestro asombro.

Para contemplar el Mont Saint-Michel recomiendan que se aguarde el momento de la pleamar. Yo he obedecido a la indicación con la humilde servidumbre del verdadero turista. Un autocar resonante y suficientemente veloz me transportaba desde Saint Malo es compañía de unos concienzudos ingleses de ambos sexos, a pleno sol y por un camino delicioso de la más pura estirpe bretona. Cuando a distancia apareció la silueta del monte famoso, yo hubiera deseado apearme y hacer como que olvidaba que en el mundo hay comerciantes ingleses que llenan los autocares. Hubiera deseado entrar en la pequeña población religiosa como un peregrino de la Edad Media, y que un soldado con alabarda y ballesta me gritase desde la puerta el ¡quién vive! reglamentario.

No ocurrió así, naturalmente, y tuve que entrar en el largo malecón que separa el monte de la costa montado en el vehículo resonante, mezclado con los concienzudos comerciantes de Londres.

El Mont Saint-Michel es una isla pequeña y abrupta que la industria de los hombres ha unido a la tierra. Situado en la profundidad de un golfo, pronto se comprende que su destino fue desde la primera hora el de esconderse, el de aislarse. En los primeros siglos de la Edad Media semejava Europa un mar proceloso en que las invasiones y los saqueos hacían el papel de las marejadas. Entonces, para orar más tranquila y calladamente, los hombres que aborrecían las matanzas de las guerras, buscaban en algún sitio retirado un refugio donde vivir al margen.

El Mont Saint-Michel es eso: una roca que para los medios de combate de aquellos siglos parecía inexpugnable, fácilmente defendible y con posibilidad de extender su influencia pacificadora por el país vecino cuando la marea de la guerra fuese menos airada. Participa así de ambos caracteres, el militar y el monástico. Por algunos momentos, frente a las gruesas murallas y las altivas torres, nos creemos estar en una fortaleza; luego nos enfrentamos con las líneas espirituales de la abadía, y comprendemos que la cintura de bastiones no tiene más misión que preservar a las plegarias de las acometidas de la soldadesca.

Viendo elevarse al cielo las naves y las torres de la abadía de Saint-Michel, se comprende el hondo sentido de la Edad Media. Imaginemos a esta en forma de un gran edificio. Cuatro pilares lo sostienen. Uno se llama monarquía, otro caballería; el tercer pilar lo constituye el pueblo, con sus ciudades que los fueros y franquicias defienden, con sus gremios, con sus aldeanos. El cuarto pilar es la Iglesia. Pero en los tiempos más azarosos, la Iglesia tiene que defenderse ella misma y en cada sitio. Hay obispos que logran tanto poder como los señores feudales. Hay ciudades episcopales que obedecen y tributan sólo a la catedral. Entre tanto, en medio de los castillos temibles y las ciudades fuertes, a lo largo de los campos y las costas, nacen las abadías.

Si algo de ciencia ha quedado en la Europa Occidental, allí se oculta. Detrás de los muros sobre los claustros en silencio, distantes del temblor de guerra del enorme mundo, allí están las bibliotecas. ¡Plazo enorme de siglos! Durante cinco, siete o más siglos, el hombre normal en Europa no quiere leer. Se le ha volado la facultad, tan trabajosamente lograda, de interesarse por los libros. Ama otras cosas; pone su curiosidad y entusiasmo en otras empresas, en otras aficiones. Ha olvidado hasta el recuerdo de las antiguas culturas.

De tal modo, que cuando, ya más adelante, pretende reanudar la tradición poética, sus versos son balbuceos que se llaman *La Chanson de Roland* y el *Poema de Mío Cid*.

Sin aquellas abadías silenciosas, sin las bibliotecas de aquellos monasterios desparramados por las naciones más diversas, el mundo antiguo, o sea toda la cultura grecorromana, habría desaparecido de la memoria de los hombres. Entonces sí que el cataclismo de las invasiones bárbaras hubiese sido total e irreparable. Entre la civilización antigua y la moderna, esas bibliotecas monacales, con todos sus defectos, hacen el oficio de hilo de continuidad. Vendrá un tiempo más ávido de saber, el renacimiento, y los príncipes y los letrados se darán con entusiasmo el placer de la busca de los antiguos vestigios. Se removerán las tierras para hacer que surjan a la luz las estatuas sublimes que se creían perdidas para siempre. Si antes apareció Venus de entre las espumas del mar, según el mito caro a los helenos, ahora surgirá de entre los escombros al golpe de las azadas de los anticuarios que remueven las ruinas. Pero más bella tal vez que en el mito primitivo.

Y entonces también anhelantes de curiosidad, los príncipes y los letrados indagarán por los monasterios, revolverán sus bibliotecas, y con gritos de asombro y júbilo, verán aparecer los libros antiguos, el pensamiento de las muertas civilizaciones de Grecia y Roma...

La pleamar ha colmado la playa. El Mont Saint-Michel flota verdaderamente en el mar que ni el menor soplo del viento riza. En la serenidad del mediodía, sólo falta, para hacer completa la escena, que una campana tañese con solemne gravedad. El monte todo es un edificio. Un gran edificio que se eleva en esfuerzo poderoso hacia el cielo de un puro azul. Es el esfuerzo hacia arriba de lo ojival. El característico esfuerzo anhelante del gótico parece materialmente alargar a nuestros propios ojos sus estribos de piedra. Y el mayor signo de ese anhelo de levantarse y volar es esa aguja de la torre que está como penetrando en el mismo seno el cielo.

La Vanguardia, 14 de setiembre de 1924.

V.- Cuadros de costumbres.

77.- En el Boulevard.

El verano en San Sebastián ya está en su apogeo. Hay en este año más concurrencia, más lujo y mayor animación. ¿Acaso porque la nación entra francamente en un bienestar económico? ¿Acaso porque la tentación del viaje va sacudiendo nuestra pereza y nuestra proverbial quietud? ... El caso es que estas calles están llenas de automóviles alborotadores, de ostentosos carruajes, de velos y trajes blancos de mujer.

Y el Boulevard está completo de elegancia. Pero el Boulevard, en la hora del mediodía, ¿con qué palabras podría describirse? Ciertas hadas parecen andar sueltas bajo los árboles. Y esas hadas son las mujeres, que en el verano actual han convenido todas vestirse todas de blanco, desde la cabeza hasta los pies: hadas bulliciosas, venidas de distintos países, con las cabelleras multicolores – teñidas, onduladas, ahuecadas como abatidas alas -: perfiles largos de mujeres vascas; cinturones livianos, nuca codiciosas de las francesas; bustos opulentos de las jamonas madrileñas...

En esos clásicos momentos del mediodía, el asfaltado del Boulevard es un indescriptible rebullicio de abanicos, ondear de velos, agitarse y crujir de faldas. En esos momentos suena acaso la música grave de algún compositor alemán: a veces se oyen los serenos compases de las *Walkyrias*: pero, ¿quién escucha las graves notas de la música? Tal vez algún grupo de obreros endomingados o algún pescador de cara morena, de ojos fruncidos, de meditativo gesto, a quien la música de Wagner remueve en el alma un mundo de sensaciones y de ideas amorfas. Pero en la acera de las gasas y las plumas nadie escucha a Wagner: su genio adusto desgrana en vano la solemnidad de su *Walkyria*. Sobre la multitud rica y preciosa y graciosamente ondulante, pasa sólo la música de risas breves, de batir de faldas, y el tableteo de los abanicos al cerrarse...

Este año hemos convenido todos en que todo sea blanco. En el paseo puede verse: la nota blanca se ha enseñoreado de la moda. Y son blancos hasta los hombres, hasta el decorados de casinos cafés, hasta el vivir... blanco de puro insustancial y blandamente risueño.

Pero las mujeres son las que han extremado la nota cándida. Y mediante ellas, el paseo del Boulevard es solamente una mancha de blancura. Una, pasa, vedla; son blancos su sombrero espacioso, su velo flotante, sus guantes, su blusa, su falda, su rostro, sus zapatitos de alto tacón, y en esa blancura de serafín, sólo los ojos negrean, y sólo los labios son rojos: delgados labios que se pliegan y abren al reírse, con la flexibilidad de dos serpientes gemelas.

El Gráfico, 21 de julio de 1904.

78.- El domingo

El domingo en San Sebastián es la antítesis de los días tranquilos de la semana. ¡Un domingo de agosto en San Sebastián es algo que sobrepasa los límites de lo ruidoso, de lo estrepitoso, de lo desacordado!

Llega un viajero a esta ciudad un sábado por la noche. ¿Qué es lo que le despierta? ¿La luz del sol, una voz amiga, la campana de un reloj? No: una banda callejera lo despierta. La murga pasa por las calles anunciando la corrida de toros de la tarde, y a sus sonos violentos y acelerados se unen los estampidos continuos de los cohetes. Y como los cohetes son aquí la mejor voz de anuncio y de alegría, su estampido seco y fuerte ya no le abandonará al viajero en todo el día y en toda la noche.

El viajero, cuando la murga se aleja, trata de volverse a dormir. Pero otra banda de música, más vigorosa y más agitada, le levanta del lecho definitivamente. Esos son los soldados, que atraviesan la ciudad de cabeza a rabo, marchando a misa marcialmente. Desde este momento el viajero está condenado a todo un día de música, de ruido y de alboroto. Pasa el tamboril, los tres hombres clásicos del tamboril, con su andar reposado y sus tonos infantiles, campesinos. Torna a pasar la murga anunciadora; a la vuelta de misa, la tropa bate una marcha más acelerada y más marcial. Los cohetes siguen retumbando toda la mañana. Nube de franceses y de provincianos colma las calles. Al mediodía hay música en el Boulevard, que está anegado de trajes blancos y de velos blancos. Mientras se almuerza en un *restaurant*, apretujado entre la multitud de forasteros, se oyen a intervalos medidos los estampidos secos de los cohetes implacables...

Luego el viajero se prepara a ir a la corrida. En los cafés no puede meterse.; en las mesas de la calle no halla lugar; una muchedumbre agitada, confusa, internacional e inter-regional, llena todos los cafés y alborota en ellos, con sus mil gritos desacordes. Los vendedores ambulantes gritan; los automóviles se suceden rápidos, crujientes, numerosos; los automóviles mugen con sus broncas bocinas; las murgas pasan sonando, y al frente de las murgas dos individuos avanzan, denodados, con un haz de cohetes bajo el brazo; ¡los cohetes siempre, los cohetes a toda hora!

En la Plaza de Toros el viajero tiene que sufrir la algazara del público provinciano y dominguero; tiene que sufrir el ansia de placer desbordado con que ese público diverso y disconforme solemniza el domingo y la fiesta nacional. Pero luego que el viajero ha salido de la Plaza y luego que ha caído la noche, la música vuelve. En alguna calle la murga airada y aviesa ha congregado un centenar de parejas bailadoras; en el Boulevard la banda municipal congrega a otra multitud, y en el Gran Casino, la orquesta de Arbós desgrana sus notas sobre otra muchedumbre. Luego comienzan otra vez los cohetes...

Y ahora son más ruidosos, de más grueso calibre, más abundantes y más luminosos. Se engranan en las ruedas de los fuegos de artificio; salen a trechos en montón, o seguidos rápidamente los unos por los otros; van alternos con detonantes y enormes morteretes; plagan todo el cielo, todo el espacio abierto de la bahía, con sus mil luces y sus mil ruidos. Y a media noche, como si los pirotécnicos no quisieran recogerlos que han sobrado, brotan un centenar de ellos, todos a una vez, en un último y capital estampido. Y cuando todos los cohetes han repiqueteado y se han deshecho, aún un último morterete surge violento, raya la negra atmósfera, estalla, trepida colosalmente y se abre en una magnífica lluvia de colores...

Después de todo esto, el viajero se recoge en su casa, se tiende en el lecho, y cree que un martillo implacable y rotundo le ha golpeado el cráneo y se lo ha desquiciado completamente.

El Gráfico, 8 de agosto de 1904.

79.- Veraneantes ínfimos

Este año se ha poblado San Sebastián de veraneantes de cuarta clase. Un enjambre de músicos y juglares, de limpiabotas, de vendedores de baratijas y de floristas jóvenes invade las aceras de los Cafés.

En las aceras de los Cafés se sienta esa multitud diversa y algo bohemia del Madrid callejero; y siguiéndola, como la sombra al cuerpo, o como el parásito al árbol, se ha venido el enjambre de vendedores, floristas y limpiabotas. El que en Madrid se sienta en la acera del Suizo o de Fornos, viendo pasar las horas negligentemente, aquí encuentra el mismo limpiabotas, la florista misma que en Madrid le ponía flores en el ojal. Una comunión de gustos, una solidaridad de existencia ata a esos dos mundos bohemios y les hace ir siempre juntos, en la Corte como en la playa.

Los limpiabotas hallan parroquianos que les llaman por su nombre; las floristas se topan con los mismos señoritos que en Madrid las requerían, las acosaban y las envanecían. En algunos cafés, y a ciertas horas, todos son compañeros de Madrid, desde el camarero hasta el industrial ambulante, pasando por el consumidor. Es como si una acera madrileña la hubiesen transportado, con gente y utensilios, a San Sebastián. Y todos se alegran de encontrarse, y todos entre sí ríen, se hablan y murmuran. Hasta los periodistas han acudido este año en mayor número, y toman plaza en las tertulias cortesanas de los Cafés.

Los limpiabotas hacen su agosto; no paran de fregar zapatos en todo el día. Pagan su respectiva contribución, se comportan con notable dignidad, reúnen un buen acopio de duros, y luego de veranear tan ricamente retornarán a sus lares.

Las floristas comenzaron bien: sus sonrisas, sus bellos palmitos y su insistencia en el rogar, dábales grandes resultados; pero acaso extremaron sus sonrisas y su insistencia, y el Municipio les advirtió que todo el campo no es orégano; es decir, que no todas las ciudades están regidas por el mismo carácter, ni por las mismas costumbres, ni por la misma manga ancha... y las floristas han tenido que comprimir un tanto sus recursos de tentación.

En cuanto a los músicos juglares, esos aumentan cada día, y de los cuatro lados peninsulares acuden con sus bandurrias, guitarras y clarinetes. El señor que se sienta a la puerta de un Café o de un Hotel, pasa su rato oyendo música de todos los estilos. Cada cinco minutos tiene que sobar su bolsillo, y a cada instante le obligan a contemplar toda esa pobretería vagabunda y sonora, de la cual no ha conseguido librarse nuestra nación, madre y maestra de la mendicidad andante...

Pero ahora me acuerdo de que a estos veraneantes de cuarta clase, bohemia del arroyo, no se les puede tocar sin peligro. Ellos tienen su particular altivez, y su decoro profesional no aguanta juicios, ni aun comentarios, acerca de ellos.

¿Qué digo juicios, qué comentarios? El que esto escribe tuvo un día la ocurrencia de escribir, en un diario de la localidad, cierto artículo en que se departía sobre los vendedores, mendigos o industriales de la calle. Pero todos a una, como si un gran deshonor hubiese caído sobre la clase, protestaron del artículo con ira. Su dignidad de hidalgos callejeros y errabundos se les subió a los sesos; y uno quiso maltratar al que esto escribe, otro le amenazó de muerte, otros le buscaron en grupo y airadamente, y las floristas le dieron los calificativos más *híbridos* y más femeninos.

Y el que esto escribe pensó, con honda pena, que en un país donde los mendigos tienen honor y se rebelan, hay mucho que escardar, que labrar y que aventar...

El Gráfico, 20 de agosto de 1904.

80.- Las cosas buenas de Madrid

Hace pocos días, un distinguido escritor, el poeta Marquina, hablaba en *El Mundo* de las cosas viejas y amables que hay en Madrid y de las muchas maravillas arquitectónicas que sería preciso conservar en la capital de España. Otros varios escritores han insistido anteriormente sobre el mismo tema, y esto hace suponer que existe una opinión nostálgico-arqueológica entre cierta gente de letras.

Si yo no temiese concitar las iras de muchos compañeros, me atrevería a decir que en la villa coronada no hay nada que valga la pena de estimarse, arqueológicamente hablando, y añadiría aún que en Madrid debe seguirse una política demoledora y nunca conservadora, en lo que afecta a las piedras, en lo que atañe a las personas, eso es cuestión aparte.

¿Para qué pensar en amores arqueológicos? Es, sencillamente, perder el tiempo, o son devaneos de poeta que deben olvidarse. Se comprende el amor a las piedras allá en Toledo, en Segovia, en Salamanca; pero en Madrid, las piedras viejas carecen de

aristocracia. Fuera de algunas portaladas algo graciosas, que datan del fin del Renacimiento, en Madrid solo existen edificios de cal y canto, hechos a la ligera, como provisionalmente. No haya pena de derribar en Madrid. En Madrid se hace precisa la piqueta del albañil y no las gafas del anticuario.

La belleza de Madrid no radica en sus edificios antiguos, ni tampoco en los modernos; radica en tres cosas naturales y ajenas al hombre: en el cielo, en el aire y en el paisaje.

Si el aire de Madrid no fuese tan sutil, fino y aristocrático, la capital de España no podría mirarse con paciencia; gracias al sol caliente y al alto, al radiante y azulino cielo toman las casas de Madrid ese tono claro, ese blanco apatinado, ese matiz inenarrable cuyo precio sobrepasa la medida, puesto que convierte las fachadas de cal en superficies marmóreas. El aire y el sol de Madrid son las riquezas supremas de los madrileños; traducen en mármol los cascotes; de ahí que Madrid, tan pobre de arquitectura, sea de aspecto tan claro y alegre y, en algunos momentos, elegante. Esta virtud les falta a las ciudades más ricas del Norte. Con todo su derroche arquitectónico, ni Berlín ni París alcanzan la gracia y finura de tono que presenta la corte de España.

Otra belleza imponderable de Madrid está en su paisaje. Tiene enfrente el Guadarrama, una de las cordilleras de líneas más bellas que hay en la Tierra. Y tiene la llanura, esa original llanura que no se parece a ninguna otra del mundo. Además, la suerte ha querido poner a Madrid sobre una eminencia, lo que le invita a ser una ciudad panorámica.

Las ciudades panorámicas son las privilegiadas, los benjamines del globo. Una ciudad achatada sobre la tierra, como Londres, Berlín, Buenos Aires, necesita realizar esfuerzos considerables para procurarse algo de belleza. En cambio, las ciudades panorámicas consiguen el encanto con muy poco esfuerzo, tal como Lisboa, Pau, Ginebra, Montevideo, Constantinopla.

Tener condiciones panorámicas y no aprovecharlas es lo mismo que poseer una mina de oro sin sacarla a la luz. Éste es el mayor delito de Madrid: el no saber aprovechar su situación topográfica. Ha querido Madrid vivir siempre como los monjes indostanes, mirándose al ombligo. El ombligo de Madrid es la Puerta del Sol y en torno a ella gira toda la atención de la capital de España, en vez de mirar para afuera, y, sobre todo, hacia el Guadarrama y el río. Quienes tuvieron más clara vista fueron los reyes anteriores: aprovecharon el antiguo alcázar fortaleza para convertirlo en palacio y así tenemos que el Palacio Real es el mirador más hermoso que existe en Madrid.

Si en Madrid hubiera habido espíritu municipal y sentido de la belleza, hace mucho tiempo que debería estar construida una larga *cornisa*, espaciosa y llena de blancos, árboles y edificios bellos. Esta cornisa, a semejanza de las muchas que se ven en otras ciudades del extranjero, debería empezar por la calle de Toledo, en su parte baja, y rodear toda la comba de la colina en que se asienta el antiguo pueblo madrileño; cogería las Vistillas, saltaría el barranco de la calle de Segovia, avanzaría por frente y al nivel mismo del Palacio Real, alcanzaría el cerrito del cuartel de la Montaña, por el Paseo de los Rosales adelante, llegaría hasta los campizos próximos a Amaniel.

Una cornisa como esta, construida ampliamente, le daría a Madrid un carácter opuesto al que hoy tiene: sería Madrid una de las capitales más bellas de Europa. Sería una ciudad panorámica. Canalizado el Manzanares, poblados de palacetes y alquerías la Casa de Campo y sus aledaños, la Moncloa y la vecindad de El Pardo, con el Guadarrama al fondo, el panorama que se contemplaría desde la cornisa, tendría carácter grandioso, ameno y original...

Pero todo esto equivale a lo mismo que a hablar de las estrellas. En Madrid no hay fuerza demoledora, no hay energía municipal. Y luego, el espíritu de las gentes, hasta el de las cultas, es sencillamente covachuelista, rancio, enemigo de la alegría ancha, de la alegría a plena luz. Perdura todavía el amor instintivo hacia el brasero y el cuarto estrecho con una ventanita a un patio interior. Aunque haya calefacción al vapor y habitaciones higiénicas, el espíritu sigue amando el brasero y los cuartos interiores.

De este modo se comprende la estúpida paradoja de Madrid, que abominó siempre de sus tres cosas buenas: el Guadarrama, el Manzanares y el paisaje. Dice que el Guadarrama envía pulmonías, que el Manzanares es feo y pobre, que el paisaje es desolado: en vista de esto, Madrid se encierra en su Puerta del Sol, se calienta al brasero y cierra las ventanas herméticamente para no constiparse. Si hubiera sabido utilizarlos, el Guadarrama, el Manzanares y el paisaje, junto con el aire fino y el hermoso sol, se convertirían ahora en fuerzas bien activas, fuerzas de salud y belleza, y también en fuerzas de dinero, por mediación del turismo.

Las piedras arqueológicas de Madrid no valen nada. No hay que llorar su demolición: aun demoliendo Madrid de cuajo, no deberíamos entristecernos, sino alegrarnos.

ABC, 12 de junio de 1910.

81.- Piedras viejas y nuevas

Una de las principales rémoras que existe en nuestro país es la imposibilidad de poder contrariar las opiniones consagradas: con ser tan anárquico, el espíritu español tiene, sin embargo, una pétreo resistencia a innovar los lugares comunes de la opinión. Probablemente, ese mal nace de la pereza intelectual, de la pereza de investigación, de la fatiga ante todo cambio, de postura intelectual. La pereza: he ahí nuestro enemigo.

Alguna vez he recibido cartas de ciertos lectores en las que me acusaban de mal patriota; todo porque me atrevía a opinar sobre cosas de España con alguna independencia. Esos lectores no han tenido en cuenta que la misma rabia con que a veces emito determinadas teorías nace de mi acendrado patriotismo. Yo ya sé que es mucho más cómodo el seguir la corriente de las ideas generales, sancionar con la propia opinión la del vulgo y marchar, como se dice en basto, “lindamente sobre el machito”. De ese modo no se contraría a nadie, y nuestra categoría de patriota jamás se pone en duda. Pero yo no tengo tranquilidad para ver el espectáculo del error sin indignarme, y el indignarse supone en España una falta de patriotismo.

También es un mal considerable de nuestro país el entender las palabras del revés: esto nace asimismo de la pereza intelectual. Me han considerado enemigo del arte, a mí, que siento por el arte una devoción religiosa. Pero la opinión general ordena que el culto del arte sea de tal manera; yo quiero que sea de otro modo, y de repente, sin apelación, me titulan poco menos que bárbaro. ¿Qué es eso de arte? Si el arte ha de ser esteticismo puro, idolatría por cosas muertas, acumulamiento de respetos hacia obras que en el fondo son falsas; si el arte ha de ser una afeminación y una exaltación de la sensualidad objetiva o imaginativa, yo soy un bárbaro, porque a ese arte lo detesto. Navegando por los mares y los grandes ríos, pisando los muelles y las plazas de las ciudades afanosas, cabalgando por las llanuras y bajo los bosques, se me ha formado en el espíritu un hondo desprecio por el esteticismo y el culto afeminado de las formas muertas. Mi arte proviene de la vida misma; es un arte vivo el que yo amo, y al llamarme vivo no quiero decir exclusivamente actual; no soy modernista, puesto que odio el esteticismo; el arte vivo es la naturaleza entera, con todas sus cosas vivas, tanto las que datan de mil años como las que circulan debajo de nuestras ventanas a la hora de hoy.

Y luego, porque dije que el culto a las piedras viejas es un absurdo en Madrid, me motejan de iconoclasta y de enemigo de las piedras antiguas. Yo he dicho que las piedras viejas son respetables y hermosas en Toledo, Salamanca, Segovia, Burgos; pero en Madrid las piedras viejas no valen nada. Empeñarse en dar un valor estético y arqueológico a las piedras de Madrid es un esfuerzo de imaginación del que sólo son capaces los poetas. Mi buen amigo Marquina me perdonará: yo insisto en que el cascote de los Austrias y del periodo churrigueresco es en Madrid cosa sin valor, fuera de alguna excepcional portalada. Y sigo declarando que la belleza y el tesoro de Madrid residen en su clima, en su sol, en su aire, en su paisaje. Si el Sr. Marquina encuentra alguna belleza en esas piedras viejas, ello se debe al sol y al aire tan finos, que convierten en poesía y aristocracia los cascotes madrileños. Pero póngale a Madrid una arquitectura racional, ensánchelo, ábralos por medio de cornisas y explanadas al panorama de su llanura y su sierra, y verá qué cosa tan rica, elegante y bella es la capital de España. En cuanto al aura espiritual que fluye de esas piedras antiguas, ¡cuán triste es y qué sabor de pena dejan esos recuerdos! La decadencia de Felipe IV, los poetas hambrones de los mentideros, los autos de fe, el ludibrio de Carlos II, la imitación desgraciada de los primeros Borbones, que remedan tristemente la opulencia de Versalles; los motines de Squilache, y luego unas cuantas asonadas de los sargentos y caudillos concupiscentes; todo ello mezclado con pobreza, casas de huéspedes de dos pesetas, cafés con tostada, toros y mendicidad. Tales son los recuerdos y el aura espiritual que fluyen de esas piedras viejas. Si se puede airear el alma de Madrid aventando pesadillas del pasado, y sanear su cuerpo de piedra, ¿no se habría realizado una obra de patriotismo, de madrileñismo y de arte?

ABC, 1 de julio de 1920

82.- La pasa de turistas

La fauna del mundo se ha enriquecido con un nuevo animal, bípedo, que es el turista. Como las golondrinas, el turista señala el comienzo de la primavera.

Yo los veo pasar, desde la frontera, con rumbo a las tierras del sol. Van armados de su Baedeker, vestidos con ropas claras, en grupos medianamente grotescos

Despreocupados de la moda, ajenos al ridículo, pasean en bandadas con la mirada atenta, llenos de ávida curiosidad. Empiezan por Fuenterrabía – murallas ancianas, calles solemnes, una iglesia húmeda, imágenes de santos pavorosos: la España decantada-. Luego entran en San Sebastián, y sus ojos azules o verdes se abren con una estupefacción de cándido regocijo, al ver que tan lejos de Inglaterra pueden contemplar colinas de hierba y calles limpiísimas. Luego se sumergen en el azar español. Burgos, Madrid, Escorial, Toledo. En fin, la mágica Andalucía. Vino de Jerez. Gitanos de Granada.

Por el momento, todos los turistas son ingleses. Lo alemanes no llegan todavía a España. Y los franceses no tienen madera de turistas. Para ser turista es preciso, según palabras de Yago, “dinero, dinero, mucho dinero”. El francés tiene dinero, mucho dinero; pero le falta coraje para tirarlo. Sólo hay un pueblo en Europa capaz de tener dinero y de saberlo gastar: es el pueblo inglés. En América existen muchos turistas. Toda América es terreno abonado para la parición de turistas.

Las cifras que corresponden a la industria del turismo son estupendas. Dicen que la mitad del presupuesto suizo se cubre con la utilización del turismo. Muchos millones anuales cobra Italia, a cuenta de sus ruinas de piedra y su prestigio romántico. En España vamos un poco retardados. Pero aunque en menos cantidad, las bandadas de turistas pasan, como aves extrañas, la frontera, y vienen a dejarnos su dinero, vienen también a reavivar nuestra curiosidad, aunque más no sea que por el ejemplo y el mimetismo.

Si no fuera, en efecto, por los turistas, y especialmente por el Baedeker, ¿cuántos españoles conoceríamos nuestras ruinas sagradas y nuestros raros pintores? Demos gracias a esos individuos estafalarios, que nos han descubierto el encanto de Toledo, que conservan en buen pie de policía el Museo del Prado, y que, en suma, son los que impiden que los gitanos andaluces abandonen definitivamente el sombrero de catite. Las juergas sevillanas o granadinas, ¿en qué habrían parado ya si no fuera por los ingleses? El turismo proporciona grandes ganancias. Contribuye a que algunas poblaciones vivan, y vivan con decencia. Por otra parte, no hay duda que del turismo saca gran ventaja el arte. Y los pueblos se ven, se conocen, se relacionan, merced al Baedeker. En último caso, ¿puede haber nada tan piadoso como el proporcionar a esos nebulosos británicos la inmersión anual en olas de sol y en mil escenas pintorescas?

Pero mi criterio personal es enemigo del turista. Un criterio estéril, que no ha de variar el curso de las cosas, y que ni siquiera aspiraría yo a que lo variase. Puesto que en cuestiones de interés universal no es humano oponer nuestro gusto, nacido casi siempre de un humor atrabiliario.

Veo en el turista, no una persona amorosa, sino el impudor y el desacato. La curiosidad, que siempre tiene tanto de grosero y de sacrílego – la iglesia la condena justamente -, esa curiosidad, en el caso del turista, asume una proporción inexcusable. El turista pone sus ojos ávidos en todas las virginidades... Entra en las iglesias, manosea las imágenes, fastidia a sacristanes y bedeles, corrompe a los servidores, inyecta la codicia en los lugares y las personas más respetables y tranquilos.

Desflora la paz de los paisajes sin ninguna reverencia. Mete músicas y *restaurants* en el fondo de los sagrados bosques. Turba las aguas de los misteriosos lagos, de los románticos ríos con chalupas a vapor. Si un templo druida se desmoronaba, en el silencio venerable de una muerte augusta, el turista hace recomponer el miserable templo, y le obliga a tenerse en pie, como un pobre cadáver sacado de su buen sueño. Y el turista hace que las gentes se mantengan en actitudes violentas y teatrales, en actitud de espectáculo. Se sacan los viejos trajes provinciales, sin temor al ridículo, para decorar un país. Muchos países necesitan estar continuamente en escena, en espectáculo, en honor al turista que paga los gastos.

Ese turista desentierra las ruinas, saca al aire los esqueletos, barniza las momias. Nada respeta, ante nada se contiene. Los vetustos faraones salen de sus pirámides y se colocan en espectáculo. Ciudades enteras, que dormían bajo el ala del destino, necesitan volver a la luz, con un cansancio, con una tristeza tan profunda. ¿Hay más grande crueldad que el suprimir el derecho a la muerte?

Por lo que afecta a España, ¿estamos seguros de que las lidias de toros existirían aún si no fuese por la presión del turismo? Recuérdese el refuerzo que proporcionó Francia a los toros. Desde Nimes hasta Burdeos, una constelación de “arenas” comprueba la identidad de los pueblos hermanos. Cuando ya íbamos cansándonos de toros, cuando discutíamos seriamente la necesidad de su supresión, el turismo llegó, y hoy somos más taurómacos que nunca.

En realidad, el prestigio español se apoya en el toreo. Sería muy difícil poder substituir ese inmenso prestigio, esa gloriosa y genial originalidad, por otro recurso nuevo y más incruento. La Inquisición, la Alhambra y los toreros sostienen nuestro nombre en el mundo, más allá de los climas, por encima de todas las industrias y todos los progresos.

ABC, 7 de abril de 1914

83.- La mujer española

La palabra feminismo ha ingresado también en el número de nuestras preocupaciones, y ojalá podamos afrontar ese problema sin caer en el mar de los habituales prejuicios. De nuestras mujeres se han dicho bastantes tonterías y no pocas groserías. Y en esto, como en todas las cuestiones españolas, lo que más corre prisa es contradecir los lugares comunes de elaboración extranjera e indígena.

En España no es ninguna novedad el feminismo, desde las mujeres de Numancia que encendían las hogueras del sacrificio patriótico, pasando por el Romancero, lleno de ruido de armas y de olor de fémina, hasta llegar a la mujer gloriosa que se llama Isabel I, o la otra mujer insuperada que se llama Santa Teresa, o el modelo de mujer perfecta que nos presentara el dulce, hondo, renacentista, Fray Luis de León.

Los españoles del sexo masculino sienten con frecuencia un modo de despecho o irritación contra la mujer española. ¿Por qué? Sencillamente, a causa de la honestidad española. Sin ánimo de ofender a las damas de los otros países, diremos que la mujer española es más inaccesible que ninguna otra a conceder prendas materiales de amor. Por catolicismo, por mahometismo, por virtud o por defecto, ello es que la mujer española, en caso de que no pueda ofrecerse al matrimonio, es casi siempre capaz de hacer el sacrificio de su naturaleza. Si esto significa una rémora para la civilización, o si es, al contrario, un distintivo de originalidad y fuente de virtudes trascendentales, los filósofos especialistas nos lo dirán algún día.

Pero a vía de paréntesis, será útil anotar aquí un fenómeno de la guerra. Un distinguido escritor, de vuelta de París, me decía que la temperatura pasional en Francia ha subido de grado. En Francia *ya es frecuente que se mate por amor*. La infidelidad, que antes se disculpaba allí tan fácilmente, ahora merece una sanción trágica. Y el soldado que vuelve del frente y halla su hogar intervenido, no duda en recurrir al cuchillo o la pistola... Esto se considera en Francia como un progreso moral, y yo lo transmito a los muchos españoles que suelen sentirse tristes por nuestra barbarie, por la puñalada del amante indignado y por los dramas del amor.

Es corriente entre nosotros el involucrar los términos del progreso. A veces, con más frecuencia de lo que convendría, se toma lo accidental y esporádico por lo esencial

verdadero. En este orden de equivocaciones, muchos compatriotas nuestros salen a Biarritz, París, Bruselas o Milán, y vuelven exclamando: “¡Qué civilización la de aquellas gentes! ¡Qué libertad de costumbres...!”

Y piensan ingenuamente que esa *libertad* en el trato ambi-sexo es lo que origina la verdadera civilización. No se hacen cargo de que la libertad, la laxitud, la blandura de las costumbres, es un defecto o un musgo o un orín de la civilización. Esos ingenuos compatriotas (menos ingenuos de o que aparentan ser) se apresuran a predicar la buena nueva. Y repiten: “Mientras en Madrid no se resuelva el problema del amor fácil, no tendremos civilización.” Para estos señores, un barrio cancanesco de Marsella, Argel o Dakar representa el desiderátum del progreso.

Yo he conocido bastantes jóvenes intelectuales españoles que se han marchado a radicarse en el extranjero, no tanto por estudiar más, sino por resolver el problema del amor fácil y con todas sus consecuencias las novias españolas no se avienen a esas facilidades. Y con la mente llena de historias de Mimí, de grisetas y enlaces funambulescos, los jóvenes intelectuales españoles... ¡han concluido por casarse en el extranjero! Fueron por no casarse. Pero el carácter español, excesivamente honrado tal vez, no es apto para ciertas bellaquerías. Además, toda mujer, por liberada y modernista que fuere, en todos los climas busca el fin y verdaderamente y sinceramente feminista: el casamiento. Pero en esas uniones extrañas, en esos enlaces de razas y nacionalidades distintas, ¡cuántas decepciones, cuántas incompatibilidades esenciales e irreparables! Las uniones entre razas antagónicas están bien para América o Australia, Patria de los *deracinés*; en la vieja Europa, donde los caracteres tienen hueso, conviene no alejarse de los preceptos antiguos: cada uno con su semejante.

En mis estadas por el extranjero he examinado, claro es, con alguna curiosidad, el problema de nuestro feminismo. Igual que en Londres, como en París y Berlín y Buenos Aires he visto desenvolverse a las mujeres extranjeras y a las españolas, y las he comparado atentamente. En España hay la idea de que nuestra mujer es ignorante, falta de flexibilidad psicológica y poco diestra para la vida. ¡Cuánto error...! He visto muchas mujeres españolas (hablo de las honestas y medianamente ilustradas) que en el extranjero se desenvolvían con indudable aptitud y que se mostraban muy frecuentemente superiores a las del extranjero.

Cuando se habla de feminismo e intelectualidad femenina, en la mente de los hombres españoles gira, como ejemplar deseable, un tipo de mujer liberada y culta que se mueve en los balnearios internacionales, en los hoteles de Roma, en los barrios de los

artistas de París, en los Museos de Londres, en Berlín o en Nueva York. Pero esas mujeres, por su carácter internacional y anónimo, no pertenecen a ninguna Patria ni pueden servir de modelo; lo mismo son rusas, que rumanas, irlandesas, que judías polacas. Son la espuma, la excrecencia, el musgo de la civilización. También España aporta su contingente a ese núcleo de vaivén, y nada debe entristecernos si nuestra cifra es pequeña en esa aportación internacional de mujeres rodantes, después de todo, bastante pedantescas y literatizadas.

¿Qué tiene, por ejemplo, de más una mujer de Londres si la comparamos con una de Madrid? Es así como debe proponerse el tema del feminismo.

Puede ser que una mujer de Londres haya leído más novelas sentimentales que una mujer madrileña; es posible que sepa montar en un tren subterráneo con más desenvoltura. Pero esas aptitudes significan bien poco o no valen nada. Una mujer de Londres ignora el sentido del hogar; piensa que el hombre es un ser de trabajo, que debe aportar muchas esterlinas; la mujer de Londres deseará cuidar un perro mejor que un niño; si le nace un niño, lo alimentará con leches preparadas y lo dejará al cuidado de una *nurse*: habrá una habitación para los niños, y la madre cuidará de que no le molesten; si el régimen este resulta caro, la mujer de Londres no pensará que ella debe sacrificarse un poco, sino que estimará que su hombre debe traer a casa muchas esterlinas, confort, trajes interiores de seda, perros bonitos, sillones delante del fuego para leer novelas, servidumbre numerosa y cara, administración absurda; todo esto hace de la mujer de Londres un objeto excepcional. Pero todo esto es fruto de un gran egoísmo y de la idea eminente de que en el hogar necesitan eludirse las molestias.

Yo creo que la mujer española tiene otro sentido del amor, del hogar, de los deberes. Su madre le ha enseñado a guisar, a tejer puntilla, a interesarse por la administración familiar. Sabe ser novia, esposa y madre. Entiende que en la vida no todo es egoísmo, sino que hay el deber de sacrificarse... Pensemos, pues, que esa moral es algo más grande que la otra. Y cuando la mujer española ha recibido una buena ilustración, entonces, podemos decirlo sin miedo, es superior y tan completa como cualquier mujer del mundo. Porque, además de la cultura, la mujer española, por intelectual que sea, posee los conocimientos del hogar, las aptitudes caseras, el saber tejer puntilla o guisar un arroz, y una sensibilidad tierna, amorosa...

En los mediodías de claro sol, todos podemos ver el espectáculo que forman los albañiles con sus blusas blancas, comiendo su puchero o su cazuela junto a la mujer providente. La providencia de esta mujer es tan sublime, que bajo el imperio de las tres o cuatro pesetas del jornal varonil ha sabido limpiar su pobre casa, cuidar los niños, zurcir los

calcetines, recomponer el humilde mantón, regir a casa y llevarle a su hombre ese pucherete de garbanzos sabrosos, esa cazuela de arroz azafranado, ese pan tierno y albo, ese mimoso y grave orden, esa unción protectora, maternal, puesto que el amor verdadero de la mujer, si es buen amor, necesita hacerse maternal. Cuando veáis esos cuadros humildes, esas santas comidas al sol, podéis creer con orgullo y seguridad que en los países más civilizados no existen otros cuadros mejores, ni que demuestren más verdaderamente la realidad profunda de una civilización, de un feminismo.

ABC, 20 de febrero de 1917.

84.- Absurdas maneras de veranear

A cierta altura del verano se reconcentran en San Sebastián muchos, la mayor parte, de los políticos influyentes españoles.

Son de todas las especies, de todos los matices partidistas. Los que gobiernan y los que han gobernado, como los que esperan gobernar, aquí coinciden y aquí se entregan a sus habituales corrillos, murmuraciones y tejemanejes.

Hoy mismo, sin salir de los límites de la Concha, podrían organizarse dos Gabinetes conservadores y tres o cuatro liberales.

Sudorosos y sofocados, casi más de su ratonil faena que del calor, abandonan Madrid y forman sitio en las tertulias de San Sebastián. No hay en sus vidas solución de continuidad. Sus vidas son hebras fatigosas iguales siempre, afanadas en trabajos menudos. Cuando residen en Madrid, no leen, no estudian, no se colocan dentro de esa esfera del silencio solitario, que es al hombre inteligente la indispensable zona de la fecundidad adquisitiva. Mientras se agitan en Madrid hallan disculpa fácil: la lucha cotidiana e inexorable les impide frecuentar el estudio nutritivo, la soledad fecunda. En el verano es cuando, apartados del público, se entregarán a la meditación provechosa y a la recompostura de los nervios. Esto dicen; pero esto es lo que no acostumbra a cumplir el político español.

Es posible que en todas partes sean los políticos unos hombres que gustan del ajeteo, del reportaje y de la exhibición reclamista. Sin embargo, en cualquier país tendrán los políticos más desarrollado el instinto de conservación que en España.

Nuestros políticos administran pésimamente sus facultades mentales y fisiológicas. Atareados en tareas minúsculas, ocupados siempre en la esgrima causadora de la crisis y teniendo que murmurar, tramar, y decir sandeces a los periodistas y a los amigos, ¿cómo hallar tiempo para nutrirse de cultura? Y privados de contacto con la Naturaleza, sin aficiones higienistas, ¿cómo lograr una vida tónica, una salud ponderada? Verdaderamente es indispensable tener un sistema nervioso de gañán para resistir esa existencia ratonil, mucho más cansada por cuanto se desenvuelve en un torbellino de estériles afanes. Nuestros políticos no saben descansar, no saben aislarse, y esto quiere decir que nunca encuentran ocasión de ponerse a solas delante de un libro.

¿Quién lee durante el verano...? A todas las horas del día se ven las calles de San Sebastián cruzadas por infinitos automóviles. Porque las ganancias de la guerra dan para todo, o porque actualmente cualquier pelafustán es rico, lo cierto es que los automóviles se acrecientan asombrosamente. Paseos y carreteras retumban con el estrépito de las bocinas. A la puerta de los hoteles y los cafés y los Casinos y los teatros, he ahí los automóviles apelotonados. Van por las cornisas del mar y por los rincones placenteros rezumantes de grasa y de ruido, trepidando, infatigables. En ellos marchan los negociantes, los ingenieros, los armadores, los banqueros, los terratenientes, los afamados artistas. Toda esa gente esencial es la que conserva en sus manos las llaves directrices de la vida de la nación. ¿Cuándo reposa esa gente? Y, sobre todo, ¿cuándo se pone esa gente a solas delante de un libro?

Algunas veces me dedico a servir de policía literario. Vigilo las terrazas de los hoteles en las tibias mañanas luminosas; observo los bancos solitarios, bajo los árboles propios de los paseos; voy a las cornisas de junto al mar, miro a los jardines y cenadores de los “chalets”. ¡En ninguna parte descubro a un hombre, a una mujer, leyendo un libro!

Esto explica que San Sebastián, ciudad de lujo, sede de las personas más encopetadas de la nación, únicamente posea una librería. Esa propia y única librería, se ve obligada a vender, para alivio de costes, objetos de escritorio y otros útiles menudos.

La vida moderna tiene mucho de disparatada, y si salvamos las razones de relatividad, ese mismo fenómeno de la gente que no lee libros puede observarse en el resto de mundo. Las estadísticas nos dirán, es cierto, que hoy se venden ocho veces más volúmenes en Inglaterra, Italia y Alemania que hace cien años. Pero la riqueza de esas

naciones era hace cien años inmensamente inferior a la actual, y el número de los individuos letrados y capaces de leer, era entonces mucho más pequeño. Además, hoy se compran libros que luego no se leen. Se compran los libros y se dejan sobre la mesa, para cuando haya tiempo, y el tiempo de leer no llega nunca. Una nerviosidad de muchacho precoz hace que el hombre moderno aprenda a enterarse de un libro por una mera ojeada, por el título, por el índice. El periódico supe el resto.

El manual del buen veraneante: ése es un tratado que está por escribirse. Nadie como el español necesita aprender el arte de utilizar los ocios veraniegos. Ordinariamente se considera el estío al modo de los colegiales: como una gratuita y generosa vacación, apta para no hacer nada. Al contrario; es una vacación que toda persona responsable necesita hacer útil por el descanso, por la lectura, por la contemplación y por el afianzamiento de la salud.

En el tole tole de la ciudad ruidosa, políticos, banqueros, aristócratas y negociantes trenzan su vida absurda de ratón atareado. Aislarse y “veranear” propiamente les resulta incomprensible. Yo he morado unas semanas en la aldehuela de Igueldo, ese lugar delicioso, incomparable, el más indicado y encantador de todo el contorno de San Sebastián; y algunos amigos, muy asombrados, han llegado a decirme: “¿pero usted puede soportar aquella soledad de la montaña separada...?”

Y se trataba de una alta y olorosa montaña, con el infinito y luminoso mar enfrente, toda ella asistida de innumerables, de “populosas” sensaciones aldeanas.

ABC, 7 de septiembre de 1919

85.- Discreto elogio del “taxímetro”

Uno no ha tenido nunca, es claro, automóvil. Solo podía usárselo en raras ocasiones, por casual convite de un amigo o en los breves viajes por el extranjero. El automóvil era para uno el objeto difícil con el que no caben familiaridades: pero hoy, al menos en Madrid, las cosas han variado completamente.

Una muchedumbre de “taxímetros” ha puesto al alcance de cualquier fortuna el uso frecuente del automóvil. De difícil que era se transforma en el objeto accesible y cotidiano

que todos manosean. Y entonces, por una ley natural y comprensible, ese sentido que llamaríamos de la circulación callejera se transforma también en nosotros. La relación entre el transeúnte y el automovilista sufre un cambio profundo, y de repente sentimos que en nosotros se ha revelado una nueva facultad: ahora es cuando e veras conocemos la psicología del hombre que va por la calle, la psicología en suma, del peatón.

Mientras no se corre, en efecto, a bordo de un automóvil por las calles de una gran ciudad no se da uno cuenta de hasta qué punto es infinita en matices psicológicos la multitud circulante. Lo primero que a uno se le ocurre es pensar en la inagotable bondad de la Providencia. Inmediatamente se mira al conductor o mecánico como a un ser poseído de las mayores virtudes de longanimidad, de paciencia, de sangre fría y de conmiseración por los débiles, los pobres de espíritu y los idiotas. Uno se pregunta asombrado: ¿pero cómo puede ocurrir que no sucedan cada día quinientos atropellos de automóvil cada día?

De pronto, cuando más alegres y confiados íbamos en nuestro automóvil de alquiler, el corazón cesa de latir y un ay de terror nos cierra la boca. ¡Lo ha matado...! Era un transeúnte pazguato que en plena torrencera circulatoria estaba como quien piensa en las musarañas. El conductor, sin embargo, siempre aguda la vista, siempre tensa la atención, ha podido hacer a tiempo la maniobra. No ha pasado nada. Pero entonces interviene el transeúnte. El transeúnte que se halaba pensando en las musarañas se ha vuelto, se ha revuelto airado, y con faz colérica y levantando los puños hace en medio de la calle la función dramática del hombre víctima, del hombre insultado que clama justicia a todos los dioses del cielo.

Un poco más adelante, una brusca arada del coche nos hace saltar sobre el asiento. Era un tipo de hombre jactancioso que atravesaba la cale “a su paso”, sin descomponerse, como quien ha nacido magistrado o general de división; o como el sacerdote que lleva el viático. Ni cuando le rozaba casi el automóvil se creyó en el deber de hacer algo por su parte. Siguió caminando “a su paso”, convencido hasta la médula de que un hombre de pro tiene el “derecho a la calle” (derecho que, en realidad, sólo podrían reclamar las bestias). Y después de discutir con el conductor, a quien debe la vida y de haberle llamado bruto o cualquier palabra por el estilo, el hombre jactancioso se aleja acompasadamente...

Es extraño este fenómeno. Yendo a pie por las calles siempre se está dispuesto a dar la razón al transeúnte contra el automóvil. Hay sin duda alguna una ley de perspectiva por la cual nos sentimos solidarios con la gente de a pie y miramos el automóvil como una palpable representación de la torpeza, del abuso de fuerza, de la injusticia. En cambio, desde el interior del automóvil en marcha nuestra apreciación sufre una vuelta en redondo,

entonces pensamos que la torpeza, la imbecilidad y el abuso residen en el transeúnte. Nunca como entonces nos parece tan atontada, tan indomesticada y arbitraria la multitud callejera.

¿Pero no sucederá lo mismo en la política? Los gobernados se unen en una tácita solidaridad protestataria frente a la autoridad y el mando que los agobia; el Gobierno siempre es injusto, estólido y abusivo cuando se le mira desde fuera, desde la calle; ante la discusión entre un guardia y un infractor de las órdenes gubernamentales, la solidaridad de los seres que en la vida marchan a pie siempre toma el partido el infractor contra el guardia. Sin embargo, desde los puestos comprometidos de la autoridad, desde lo alto del mando, ¡qué diferentes parecerán las cosas! ¡Cómo se destacará la arbitrariedad puntillosa, la estolidez injusta, los movimientos pueriles de los gobernados...!

Hay hombres que tienen alma de peatón; son los protestantes eternos y los opositoristas inveterados. Otros han nacido para ir en auto, como antes nacían para ir a caballo; son los caballeros en la más alta y verdadera aceptación de la palabra.

Lo indudable es que el automóvil ha caído sobre la civilización como un acontecimiento revolucionario. Pocas invenciones modernas le ganan en virtud transformativa de las costumbres y de los mismos sentimientos humanos. ¿Qué otro artefacto fue nunca más aborrecido? Infinidad de atentados anarquistas y de robos truculentos han nacido del odio o de la envidia por el automóvil. La plebe lo ha perseguido con reconcentrada furia, los carreteros y los habitantes de las barriadas lo han apedreado con rencor asesino. El automóvil, es cierto, venía como a servir de estímulo a la fatuidad; el arribista en un automóvil se siente más arribista que nunca, mientras el infeliz pazguato de la calle se siente más pazguato que nunca también.

Pero el “taxímetro” ha obviado ese conflicto incómodo. He ahí un invento verdaderamente democrático. Ahora todos nos sentimos con opción al automóvil, pues todo el mundo tiene en el bolsillos dos pesetas. Que sea de la propiedad de uno o de alquiler, esto no importa; el caso es que cualquiera puede hacer desde el margen la seña ritual, y el automóvil que marchaba corriendo, se detiene a la orden.

En ese gesto de mandar parar el automóvil que pasa hay el sentido íntimo de una positiva contrarrevolución. El “taxímetro” ha roto aquella tirantez que existía entre los poderosos y los desdichados. Ahora ya no hay clases en cuanto a la circulación. Todos somos poderosos mientras al hurgar en el bolsillo tropecemos con una pieza de dos pesetas. Y ni los anarquistas ni los ladrones tendrán ya tanta excusa como antes para justificar sus depredaciones.

El “taxímetro” responde a la tendencia general de la civilización moderna, que consiste en democratizar, en universalizar las cosas más apetecibles y curiosas. De objeto casi inaccesible pasa el automóvil al rango de los objetos que cualquiera puede usar. No sólo la política sino la misma industria moderna tiende a la supresión de los privilegios y las excepciones. ¿Pero lo consiguen, tanto las leyes como las fábricas...? Sobre la igualdad aparente, hoy sigue señalándose como sus estigmas característicos el hombre que tiene alma de peatón, y nada podrá, a pesar de todo, evitar que se distinga, que resalte, el hombre que tiene alma de caballero.

ABC, 24 de mayo de 1924

86.- Breve elogio del “autocar”

Lo mismo que antes nos habíamos adelantado a hacer un elogio del *taxímetro*, apresurémonos ahora a rendirle al autocar la alabanza que se merece. Es el personaje más visible del verano. Es el monstruo retumbante de las carreteras, un poco atropellador, un poco brutal, como hijo que es probablemente de la irresistible civilización americana. Grande como un automóvil multiplicado por sí mismo, él se encarga de convertir en turistas a los pobres que pertenecen a la famosa y, como se decía antes, sufrida clase media.

¡Ya no hay clases!, viene la sustancia a decir a la industria de nuestros días. Por dos pesetas puede el más humilde oficinista darse el placer de emular al Duque de Alba, sentado en un *taxi* que le transporta veloz a la tertulia del café. Igualmente por una asequible cantidad puede cualquiera emular a los multimillonarios anglosajones, montado en esos grandes vehículos de resplandeciente color donde uno se suma a la masa de los turistas estivales como un sensato personaje de Baedeker. Las playas francesas, los lindos pueblos españoles, los rincones del Pirineo: todo es accesible ya para la bolsa modesta, porque a todas partes llega ese retumbante *autocar* que se ha puesto de moda.

¿Vulgar...? ¿Pero por qué? ¿Por qué es barato? ¿Por qué caben en él los tenderos, los ingenieros y los pequeños rentistas? Todo es cuestión de saber administrar el aislamiento. Se está bien solo entre muchos cuando uno sabe ausentarse espiritualmente. Entre tanto, por delante desfilan las montañas, los ríos, las aldeas, los horizontes, todo eso

que uno se reserva para sí, y en cuyo saboreo está uno cierto de que no le ha de ganar nadie.

Yo recuerdo haber empleado el autocar para ir nada menos que de París a Versalles; pero con cicerone y todo. Un cicerone ilustrado, que hacía sus explicaciones poniéndose de pie en la parte delantera del carruaje y que empleaba alternativamente el inglés y el francés para sus explicaciones para sus concienzudas lecciones. Mis tácitos y discretos compañeros de viaje le escuchaban atentamente. ¿Vulgar...? Pero a mí no me interesaba el cicerone bilingüe, ni la atención de escolares maduros que ponían mis compañeros desconocidos. Lo importante era entonces el poder substraerse a la incómoda tiranía del ferrocarril y poderse cruzar por el jugoso paisaje de la isla de Francia, entre los bosques, en medio de los parques antiguos, bajo la gloria de un fuerte cielo estival. Todo por unos pocos francos.

Son, por otra parte, los tenderos, los ingenieros, los pequeños rentistas, gentes exentas de presunción y que agradecen, convencidas como están de su económica o poco dilatada cultura, cualquiera lección que se les presta. Saben escuchar en silencio. Les gusta aprender, aunque solo sea la fecha exacta en que Napoleón I entró a dormir por primera vez en determinado gabinete. ¡Ah! Los malos, los temibles, son los otros, los que se hospedan en el Gran Hotel y que viajan en automóvil propio y en *sleeping car*; esos que compran cuadros cubistas o expresionistas y asisten a las conferencias de Bergson o de Einstein. Esos sí que son peligrosos.

El *autocar* viene a desarticular la restringida rigidez de las vías férreas, poblando los llanos y los montes de fáciles comunicaciones. Alumbra nuevos manantiales de vaivén. Lleva la vida a las tierras antes reseca y retrasadas. Así van surgiendo al ruido civilizado pueblos que por carecer de ferrocarril se avejentaban y se arruinaban resignadamente. El automóvil grande y para todos ha liberado, ha desapolillado a esas villas rancias que carecían de estación y que no contaban para nada en los mapas de las guías de los ferrocarriles nacionales. Ahora sus habitantes bullen, trajinan, van y vienen adonde quieren con rápida movilidad. Alabado sea el automóvil grandullón y estrepitoso.

También el *autocar* para turistas baratos debe alabarse, porque ha puesto los paisajes sugestivos y los pueblos poéticos al alcance de todos. La visión amanerada y resabida que daban los trenes ferroviarios ha sido rota; ahora los panoramas los vemos del revés, y desde distintos puntos, y es como sentir que el mundo de los espectáculos se nos ha enriquecido graciosamente.

Contemplad el país de Guipúzcoa, por ejemplo, cien veces consecutivas desde la ventanilla del tren: cuando os figuráis haber desentrañado del paisaje guipuzcoano, un

autocar os lleva de través por la provincia, o sea, desde Tolosa hasta Azpeitia, y entonces comprendéis que quedaba lo más importante por descubrir. Desde los altos de Vidania, a la sombra de la montaña de Hernio, famosa en las guerras contra los romanos, la carretera se asoma bruscamente aun impresionante precipicio. La tierra es como si se hubiese hundido a vuestros pies. Y allí abajo, a tiro de piedra, cuelga en el fondo de un escarpe el pueblo de Régil. La patria, precisamente, de ese admirable Paulino Uzcudun, que llena a Europa del prestigio de sus formidables puñetazos. Después, caracoleando por la carretera, pasáis a lo hondo del valle más ameno, a cuyo final los jesuitas tienen secuestrada entre mármoles la casa solariega de San Ignacio de Loyola.

Otro día, si queremos, nos será fácil recorrer la ruta de los grandes ricos, a bordo del retumbante autocar, hacia los hoteles, castillos, y casinos de Biarritz. Podremos darnos el aire de verdaderos millonarios, y disfrutar de las bellas cosas que los millonarios habían hecho para ellos solos. El *autocar*, como el *taxímetro*, es la venganza del pobre envidioso que sabe que tiene en su alma mejores aptitudes para gozar que el propio millonario, y que, al fin, ve satisfechos sus anhelos de reivindicación por esa especie de club jacobino revolucionario que es la industria moderna.

¡Pah! ¡Pah! ¡Pah...! El *autocar* se mete por todas las carreteras, invade todas las cornisas panorámicas, roza todos los palacios y parques señoriales. El verano jocundo, pintado de verde y azul, le sirve de cómplice. Hay un placer honrado y muchachil, un placer de burgués inspirado o de escritor en vacaciones, en ese ir remontado en el último asiento del largo coche y con todas las potencias sensitivas abiertas hacia el paisaje que se descorre en ademán de película. ¡Pah! ¡Pah...! El mundo tiene a nuestros ojos aire de domingo. Y uno reconoce que sí, que en efecto, de vez en cuando, conviene hacerse contentadizo y alegre como un muchacho.

ABC, 25 de julio de 1924